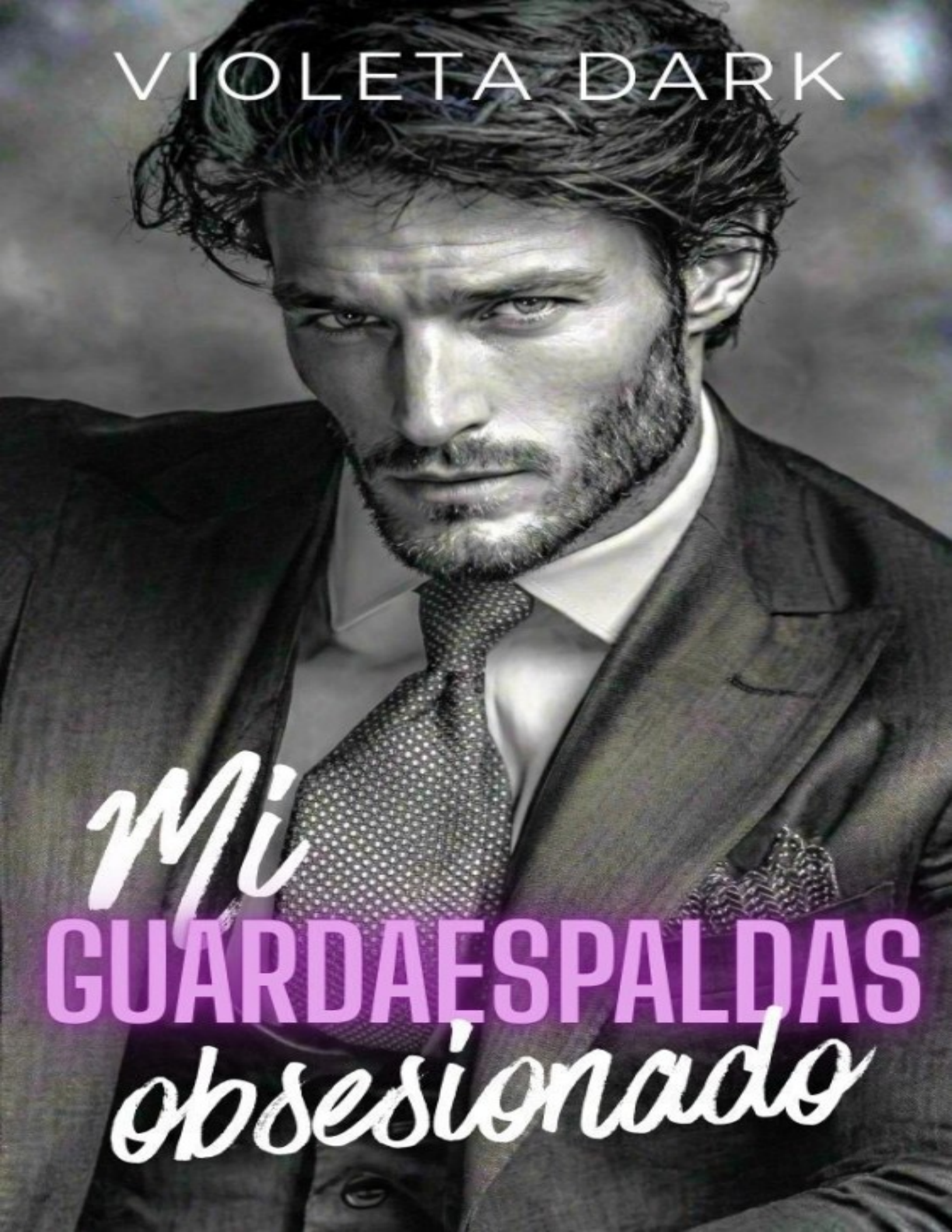

VIOLETA DARK
Mi
GUARDAESPALDAS
obsesionado

MI GUARDAESPALDAS OBSESIONADO

SERIE GUARDAESPALDAS
LIBRO 1

VIOLETA DARK

© 2026 Violeta Dark
Todos los derechos reservados
Este libro está protegido por derechos de autor. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea digital, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Solo se permiten breves citas para reseñas literarias.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Jax y Elsie

¡Únete al **club DARK** y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

SIENNA

15 años

«Tienes que estar perfecta».

La voz de mi madre se repite una y otra vez en mi cabeza mientras avanzo por la pasarela. Los focos me abrasan la piel desnuda y me arrancan gotas de sudor que se deslizan por mi espalda, pegándome el vestido al cuerpo. El maquillaje, una máscara pesada, me arde en la cara. Tengo la sensación de que se me está derritiendo con cada paso.

No veo rostros entre el público, solo manchas oscuras con ojos que me analizan, que buscan el más mínimo defecto. Mi cuerpo entero se tensa bajo ese escrutinio. Lo noto. Lo siento. Me está aplastando.

Sonrío porque he aprendido a hacerlo, aunque me esté muriendo por dentro. He tenido años de práctica frente al espejo mientras mi madre me corregía: «Sonríe más amplio, Sienna. No, no tanto. Pareces desesperada. Más sutil. No, ahora pareces aburrida». Hasta que mi sonrisa dejó de pertenecerme.

El vestido me aprieta tanto que apenas puedo respirar. Me han embutido en un corsé que me comprime las costillas hasta convertir cada inhalación en una batalla. Los tacones, demasiado altos para mis piernas, hacen que cada paso sea una tortura. Clac, clac, clac. Retumban en el suelo como pequeñas puñaladas.

Al llegar al final de la pasarela, giro tal como me han enseñado. Un movimiento estudiado hasta la extenuación. La música se distorsiona en mis oídos, convirtiéndose en un zumbido amenazante. Mi estómago, que lleva vacío más horas de las que puedo recordar, se contrae dolorosamente.

«Un paso más, Sienna. Solo uno más», me digo, pero mi cuerpo ya ha decidido por mí.

El suelo parece moverse bajo mis pies. Mi visión se estrecha como si estuviera mirando a través de un túnel cada vez más pequeño. Siento un hormigueo en los dedos, en los labios. El sabor metálico del miedo me invade la boca. ¿Cuándo fue la última vez que comí algo sólido? ¿Ayer? ¿Anteayer?

He llegado al final. Giro una última vez. La gente aplaude, pero el sonido me llega amortiguado, como si tuviera la cabeza sumergida en agua. Mi sonrisa sigue ahí, congelada, mientras todo mi ser grita.

El camino de vuelta es un infierno. Cada paso me cuesta más que el anterior. No sé cómo lo consigo, pero mis piernas, que parecen hechas de algodón, siguen sosteniéndome. El telón negro está cada vez más cerca. Solo unos metros. Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo. Mi madre, Diana me está mirando. Siempre está mirando.

Atravieso la cortina y el mundo explota en un caos. Hay voces que gritan, manos que tiran de mi ropa, cuerpos que se mueven a mi alrededor como si fueran a cámara rápida mientras yo voy a cámara lenta. El aire huele a laca, a sudor nervioso, a perfume caro y a miedo. Miedo que emana de todas las chicas adolescentes que, como yo, tienen los ojos vidriosos y los huesos demasiado marcados.

Me arrebatan el vestido para dárselo a otra modelo. Me quedo de pie, temblando, en un sujetador sin relleno y unas bragas minúsculas que me han dado para que «no se marque nada». Como si hubiera algo que marcar en mi cuerpo famélico.

La habitación empieza a girar a mi alrededor. Los sonidos se alejan, como si alguien estuviera bajando el volumen gradualmente. Las luces parpadean, o quizás son mis ojos que no pueden mantenerse abiertos. Siento que me desvanezco, que me diluyo.

—¡Sienna!

Unos brazos me rodean justo antes de que mi cabeza golpee el suelo. Reconocería ese contacto en cualquier parte. Ese calor, ese olor a vainilla mezclado con grafito. Scarlett. Mi hermana gemela. Mi reflejo perfecto. La única que ve a la auténtica Sienna debajo de esta fachada.

—Estoy bien —consigo murmurar, pero la mentira me quema la garganta casi tanto como el ácido del estómago vacío.

—Y una mierda estás bien.

Su voz es idéntica a la mía, pero nunca confundiría su manera de hablar con la mía. Donde yo soy complaciente, ella es rebelde. Donde yo me doblego, ella se mantiene firme.

—Necesitamos irnos ya —dice Scarlett, sujetándome con más fuerza.

Apoyo la cabeza en su hombro, agradecida por su solidez cuando todo lo demás parece deshacerse. El mundo ha dejado de girar tan violentamente, pero sigue distorsionándose en los bordes. Su mano pequeña me acaricia la espalda, dibujando círculos que me anclan a este momento, a esta realidad. Su tacto es lo único que me impide romperme en pedazos.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

El tono cortante de Diana me atraviesa como un latigazo. Mi cuerpo reacciona instintivamente: me tenso, me enderezo, intento parecer fuerte. Es un reflejo condicionado, como cuando un perro se encoge ante la mano que le ha pegado demasiadas veces.

Nuestra madre está plantada frente a nosotras, perfecta en su traje negro de Armani. No tiene ni un pelo fuera de lugar. Ni una arruga. Ni una gota de sudor. Está perfecta. Inalcanzablemente perfecta.

Sus ojos, exactamente del mismo verde que los nuestros (herencia que odio compartir), nos escanean con la frialdad de un médico forense examinando un cadáver.

—Nada —responde Scarlett—. Solo necesita descansar cinco minutos.

Diana entrecierra los ojos. Conozco esa mirada. Es la que precede a la tormenta.

—Tienes tres cambios más, Sienna —dice, ignorando a Scarlett como siempre hace—. Es la colección primavera-verano. Han preguntado específicamente por ti. No por cualquier modelo. Por ti.

Intento hablar, pero tengo la lengua pegada al paladar. La cabeza me late como si me estuvieran martilleando desde dentro.

—Mamá, está agotada —insiste Scarlett—. No ha comido nada en todo el día. Ni siquiera ha bebido agua.

—Precisamente por eso está espectacular —replica Diana, y sus palabras me golpean con la fuerza de una bofetada—. El hambre te da ese brillo en los ojos que las cámaras adoran. Deja de ser tan blanda con ella, Scarlett. No le estás haciendo ningún favor.

Mi hermana aprieta los dientes. Puedo sentir su cuerpo tensándose contra el mío, cargándose de una rabia que nunca puede liberar del todo. Es una batalla perdida de antemano.

Diana se acerca tanto que su perfume, Chanel Nº5, me invade las fosas nasales y me provoca náuseas. Agarra mi barbilla entre sus dedos huesudos, apretando con la fuerza justa para que duela sin dejar marca.

—Mírate. Tirada como una perdedora. —Sus dedos se clavan en mi piel—. ¿Quieres tirar por la borda todo por lo que hemos luchado? ¿Quieres volver a ser una don nadie?

Las palabras se me atragantan. Quiero chillarle. Quiero decirle que preferiría ser una don nadie que pueda respirar, comer, existir sin sentir que me estoy muriendo por dentro. Pero las palabras mueren antes de llegar a mis labios. Como siempre.

Diana suelta mi cara y dirige toda su atención a mi hermana. Sus ojos se entrecierran hasta convertirse en dos rendijas verdes y venenosas.

—Dejad de ser tan blandas. Las dos. Os he criado para ser más fuertes que esto. —Su voz baja, convirtiéndose en un susurro que me hiela la sangre.

Coge un vaso de agua de una mesa cercana y me lo tiende. El cristal está tan frío que casi me quema los dedos entumecidos.

—Bebe. Respira. Y vuelve a salir. —No es una sugerencia. Es una orden—. La vida está llena de momentos duros, hija. Aprende a superarlos con una sonrisa.

Me bebo el agua mecánicamente. No calma mi sed, pero al menos alivia la sequedad de mi boca.

Diana se aleja taconeando sobre el suelo de hormigón, ladrando órdenes a un asistente que comete el error de cruzarse en su camino.

Scarlett y yo nos quedamos solas en nuestro pequeño rincón lejos del caos. Su mano encuentra la mía. La aprieta con fuerza, y yo le devuelvo el apretón, transmitiéndole todo lo que no puedo decir en voz alta.

—Un día —susurra, tan bajo que solo yo puedo oírla—. Un día nos largaremos de aquí. Y esa bruja no podrá hacer nada para detenernos.

Asiento, pero no la creo. No creo que exista un lugar en el mundo donde Diana Blake no pueda encontrarnos. No creo que exista una vida donde no tenga que estar perfecta. Una vida que pueda ser mía. Una vida en la que a alguien le importe por mí misma y no por lo que le puedo conseguir.

Respiro hondo, me separo de Scarlett, y me dirijo hacia el estilista que ya está esperando con mi siguiente conjunto. Siento la mirada de mi hermana clavada en mi espalda, una mezcla de preocupación y rabia contenida.

Tengo quince años y me siento como una anciana. Con el alma gastada. Con el cuerpo hambriento. Con la sonrisa congelada en una perfección que me está matando a fuego lento.

Pero el espectáculo debe continuar.

CAPÍTULO 1

GRAYSON

Presiono mi mejilla contra la culata del rifle, ese trozo de madera pulida que conozco tan íntimamente como las cicatrices de mi propio cuerpo. El mundo se reduce a este momento. A esta respiración. Inhalo el aire cargado de pólvora y exhalo lentamente, vaciando mis pulmones hasta que todo se detiene.

Mi dedo acaricia el gatillo sin aún presionarlo. Espero ese instante perfecto entre latidos.

Disparo.

El retroceso me sacude el hombro con una familiaridad casi reconfortante. El estampido retumba en mi pecho antes de perderse en el aire. Observo a través de la mira cómo el impacto da en el centro exacto de la diana a doscientos metros. Justo donde lo quería.

Una gota de sudor me recorre la sien. No por el esfuerzo, sino por la concentración. Por ese momento de claridad absoluta en el que no hay pasado ni futuro. Solo existe el ahora. Es el único jodido momento en que mi mente se calla.

Bajo el arma y me permito sentir esa calma que solo encuentro aquí. Solo precisión. Control. Paz.

—¿En serio, tío? ¿Es sábado por la tarde y estás aquí jugando a ser francotirador?

La voz rompe mi burbuja como un cristal haciéndose añicos. Cierro los ojos un segundo, resistiendo el impulso de soltar una maldición. Reconozco ese tono burlón sin necesidad de darme la vuelta. Easton Reid.

—Mierda, Gray, cualquiera pensaría que un empresario multimillonario tendría mejores planes. Qué triste.

Exhalo lentamente, aseguro el arma y me giro. Y ahí están: Easton y Weston. Como siempre, juntos. Como si uno no pudiera existir sin el otro.

—Por un segundo he tenido la esperanza de que os hubieran separado quirúrgicamente —respondo, sintiendo cómo la comisura de mi boca se curva ligeramente hacia arriba—. ¿Qué hacéis aquí?

Easton sonríe con esos malditos hoyuelos que hacen que las mujeres se derritan. Es el eterno chico dorado, con su pelo rubio despeinado y esa expresión de que la vida es un chiste. A su lado, como siempre, está Weston Torres, su antítesis perfecta. Alto, imponente, callado como una tumba, con esa mirada que parece atravesarte. Son el sol y la sombra. Y por algún motivo que solo el universo conoce, son mis mejores amigos. Los únicos que se han ganado ese derecho.

—Venimos a salvarte de ti mismo —dice Easton, acercándose para darme una palmada en el hombro—. Porque si fuera por ti, te pudrirías aquí todos los fines de semana.

—Estoy practicando —murmuro, mientras empiezo a desmontar metódicamente mi rifle—. No puedo permitirme oxidarme.

Weston suelta un bufido tan leve que cualquier otro lo habría pasado por alto.

—Ya demostraste en Kandahar que sabes disparar —dice, con esa voz profunda que usa tan poco—. Esto es pura terapia.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier puñetazo. Kandahar. El nombre solo me revuelve las entrañas. Noto cómo mi mandíbula se tensa automáticamente, cómo mis dedos se cierran con más fuerza alrededor del cañón que estoy limpiando. Ellos lo notan. Claro que lo notan. Me conocen mejor que nadie. Quizás mejor que yo mismo.

—A veces me pregunto si recuerdas que ahora eres un civil —continúa Easton, cambiando de tema con la fluidez de quien está acostumbrado a leer mis cambios de humor—. Que diriges una empresa de seguridad para famosos y multimillonarios, no una operación encubierta en territorio hostil.

—Los principios son los mismos —respondo, mientras guardo cada pieza en su sitio exacto. Cada movimiento calculado, preciso—.

La diferencia está en que ahora cobro más y me disparan menos.

Easton suelta una carcajada que resuena en el campo casi vacío.

—Eso, y que ahora tienes que llevar trajes de tres mil dólares en lugar de uniforme.

Frunzo el ceño. Odio los malditos trajes. Odio las galas benéficas y las reuniones con clientes ricos que creen que el peligro es algo teórico, algo que solo le pasa a los demás. Pero es el precio que pago por hacer las cosas a mi manera. Por mantener el control.

—¿Habéis venido solo a tocarme los cojones o hay un propósito para esta visita?

Weston, que ha estado observando en silencio, da un paso adelante. Sus ojos oscuros, casi negros, me examinan como si pudiera ver cada grieta en mi fachada.

—Nos vamos a O'Malley's —anuncia, en un tono que no admite discusión—. Ahora.

—Tengo cosas que hacer.

—Siempre tienes cosas que hacer —replica Easton—. La empresa no se va a hundir porque te tomes una tarde libre.

Abro la boca para protestar, pero Weston me interrumpe con un gesto.

—No es negociable, Gray.

—Sois unos pesados de cojones —murmuro, pero ya estoy cerrando el maletín de mi equipo.

Podría negarme. Podría mandarlos a la mierda e irme a casa, a mi ático vacío, a revisar informes de seguridad hasta quedarme dormido en el sofá. Como cada sábado. Como cada día. Pero no lo hago.

Porque estos dos hombres son lo más parecido a una familia que tengo. Porque cuando todo se fue a la mierda, cuando perdí a tres hombres bajo mi mando y Easton casi muere en mis brazos, ellos siguieron a mi lado. Sin juzgar. Sin abandonar.

—Vale. Una cerveza —concedo finalmente—. Una. Y luego me largo.

Easton y Weston intercambian una mirada de complicidad, con esa comunicación silenciosa que tienen, como si compartieran un solo cerebro.

—Lo que tú digas, jefe —sonríe Easton, y sé que no tengo ni una jodida posibilidad de irme después de una cerveza.

Cuando llegamos a O'Malley's está abarrotado. El ruido de conversaciones, risas y el partido de fútbol en las pantallas me golpea como una ola física, tensando cada músculo de mi cuerpo. Odio los espacios concurridos. Hay demasiadas variables que no controlo. Demasiados puntos ciegos.

Me siento automáticamente de espaldas a la pared, con visión directa a la entrada principal y a la salida de emergencia. Son viejos hábitos, pero hábitos que me han mantenido vivo.

La cerveza está helada contra mi palma. Le doy un sorbo y dejo que el sabor me recorra la lengua. No me disgusta, pero tampoco la disfruto realmente. Bebo por costumbre, no por placer. Como tantas otras cosas en mi vida.

—¿Cómo va el contrato con el primer ministro italiano? —pregunta Easton tras un largo trago—. ¿Ya está cerrado?

—Firmamos el jueves —respondo—. Si todo va según lo previsto.

—Va a ir según lo previsto —afirma Weston con esa certeza inquebrantable suya—. Siempre lo hace cuando tú lo gestionas.

Algo se aprieta en mi pecho ante sus palabras. No es exactamente orgullo. Es más complejo. Es saber que alguien confía en ti. Que cree en ti cuando tú mismo has dejado de hacerlo.

—Será otro cliente de alto perfil para la colección —dice Easton, recostándose en su silla—. A este paso, necesitarás contratar a más personal.

—Ya estoy en ello.

—Sí, pero rechazas al noventa por ciento de los candidatos.

—Al noventa y cinco —corrige Weston, y puedo jurar que hay diversión en sus ojos.

—No voy a poner la seguridad de mis clientes en manos de cualquiera —me defiendo, sintiendo una punzada de irritación—. Si quieren protección mediocre, que contraten a otra empresa.

Es más que eso, y los tres lo sabemos. Es que cada vez que contrato a alguien, cada vez que lo asigno a una misión, me persigue el fantasma de aquella noche en Afganistán. Los rostros de mis hombres. Los rostros de las familias a las que tuve que mirar a los ojos mientras les entregaban banderas dobladas. Nunca más. Nunca bajo mi mando.

—Eres un perfeccionista de mierda —murmura Easton, pero hay afecto en su tono.

La conversación fluye hacia temas más ligeros. Los nuevos sistemas de seguridad. El último ligue de los chicos. La madre de Weston, que sigue enviándole comida congelada porque está convencida de que no sabe alimentarse.

Y entonces lo siento. Esa sensación de ser observado. Un cosquilleo en la nuca que nunca me miente.

Giro ligeramente la cabeza y las veo. Hay dos mujeres en la barra. La rubia me está mirando directamente, con esa sonrisa que conozco demasiado bien. Interés. Deseo. La oportunidad de pasar una noche con el «misterioso empresario de seguridad», como me llamó aquella ridícula revista.

Aparto la mirada. No estoy interesado. No tengo tiempo. Y, siendo honesto conmigo mismo en uno de esos raros momentos de claridad, no tengo nada que ofrecer.

Pero Easton, con su radar para estas situaciones, ya las ha visto.

—Vaya, vaya —dice, inclinándose hacia adelante con una sonrisa traviesa—. Parece que tienes una admiradora, Gray. La rubia te está comiendo con los ojos.

—No empieces —gruño.

—¿Por qué no? —su sonrisa se ensancha—. Está buenísima. Y a juzgar por cómo te mira, seguro que no busca compromiso.

Noto cómo mi mandíbula se tensa. Easton sabe perfectamente que no me interesan los rollos.

—Déjalo —interviene Weston, para mi sorpresa—. No va a hacer nada. Como siempre.

Hay algo en su tono que me hace mirarlo. No es burla. Es más como... preocupación. Como si viera algo en mí que ni yo mismo reconozco.

Demasiado tarde. Las dos mujeres ya se están acercando a nuestra mesa. Noto cómo mi cuerpo se tensa automáticamente. No es rechazo. Es... vacío. Como si hubiera un interruptor desconectado en mi interior.

—Hola —dice la rubia, con una voz que intenta ser seductora—. Mi amiga y yo nos preguntábamos si podríamos invitaros a una ronda.

Sus ojos están fijos en mí, ignorando casi por completo a Easton y Weston. Un error estratégico. Easton es quien tiene el encanto. Yo solo tengo... bueno, nada que quiera compartir.

—No, gracias —respondo, intentando no sonar tan cortante como me siento.

La sonrisa de la mujer vacila. Veo la confusión en sus ojos. Probablemente no está acostumbrada al rechazo.

—¿Ni siquiera nos das la oportunidad de presentarnos? —insiste, inclinándose ligeramente hacia mí.

Su perfume me inunda la nariz. Demasiado dulce. Demasiado intenso. Me recuerda a las tiendas de los aeropuertos, artificiales y transitorias.

—No —contesto, y esta vez ni siquiera intento suavizar mi tono—. No estoy interesado.

Easton me da una patada por debajo de la mesa. Puedo sentir la censura en su mirada. «No seas capullo», me dice sin palabras. Pero no puedo evitarlo. La idea de fingir interés, de seguir el juego, me agota antes incluso de empezar.

La rubia parpadea, como si le hubiera insultado. Su amiga, que ha permanecido en silencio, la toma del brazo.

—Vámonos, Laura. Este tío es un imbécil.

Se alejan, lanzándome miradas asesinas. No me afecta. He estado bajo fuego real. Las miradas furiosas de dos mujeres despechadas no me hacen ni pestañear.

—Joder, Gray —suspira Easton una vez se han ido—. ¿Era necesario ser tan borde? Podrías haberlas rechazado con un poco de tacto.

—¿Para qué? —replico, dando otro sorbo a mi cerveza—. Así es más rápido. Más limpio.

Como un disparo certero. Sin dudas. Sin remordimientos.

Weston me observa con esa mirada penetrante suya.

—¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo, Callahan? —pregunta de repente.

La pregunta me pilla por sorpresa. Weston rara vez habla de estos temas. De hecho, Weston rara vez habla, punto.

—No lo sé —respondo—. ¿Cuándo fue la última vez que follaste con una mujer sin que Easton estuviera presente?

Es un golpe bajo, pero efectivo. Weston no se inmuta, pero Easton suelta una carcajada que hace que varias cabezas se giren en nuestra dirección.

—*Touché* —dice, levantando su cerveza en un brindis—. Esa ha sido buena.

La tensión se disipa. Volvemos a territorio seguro. Pero la pregunta de Weston sigue resonando en mi cabeza. ¿Cuándo fue la última vez que follé? Ni siquiera puedo recordarlo. Y lo más perturbador es que no lo echo de menos. No echo de menos el contacto humano, la intimidad, la conexión.

¿Qué dice eso de mí?

—En serio, tío —insiste Easton, interrumpiendo mis pensamientos —. Desde que volvimos, no te he visto con nadie. Ni una cita. Ni un rollo. Nada.

Me encojo de hombros, molesto con la dirección que está tomando la conversación.

—No tengo tiempo.

—Todos tenemos tiempo para lo que queremos hacer —replica—. No es por falta de tiempo, es por otra cosa.

Sí, que no me interesa ninguna mujer. Pero no pienso decírselo.

—Déjalo, East —interviene Weston, y por su tono sé que ha visto algo en mi expresión que le preocupa—. Cada uno lleva su mierda como puede.

Y esa es la cuestión, ¿verdad? Mi mierda. Mi oscuridad. El vacío que llevo dentro desde aquella noche en Afganistán. O quizás desde antes. Quizás siempre he sido así. Roto. Incompleto. Mientras finjo que todo está bajo control.

—No es asunto vuestro —digo, dando por zanjado el tema.

El resto de la tarde transcurre entre cervezas y conversación profesional. Es más fácil así. Más seguro. Hablo de sistemas de seguridad, de protocolos, de cosas que puedo controlar.

Y si hay un agujero en mi interior que cada día se hace más grande, si hay una sensación constante de que algo me falta, algo fundamental... bueno. Eso es solo problema mío.

Mientras tenga mi rifle, mi empresa y a estos dos hombres a mi lado, puedo seguir adelante. Puedo funcionar. Puedo existir.

Y por ahora, eso tendrá que ser suficiente.

CAPÍTULO 2

SIENNA

El murmullo de los periodistas se filtra a través de las paredes como un enjambre furioso. Puedo sentirlo vibrar bajo mis pies, haciendo que mi estómago se contraiga dolorosamente.

Estamos en una pequeña sala anexa al salón de conferencias del hotel Biltmore. Scarlett y yo nos hemos sentado juntas en un pequeño sofá, con nuestros hombros pegados como si fuéramos dos niñas pequeñas esperando una reprimenda.

Scarlett me aprieta la mano. Sus dedos, manchados de tinta como siempre, se entrelazan con los míos. Sus manos son el único indicio de lo que realmente le apasiona: dibujar, crear, diseñar. Diana siempre le decía que se las limpiara antes de cualquier evento. «Pareces una obrera, no una modelo», le espetaba. Hoy, esas manchas de tinta son como pequeñas insignias de rebeldía.

—Quedan cinco minutos, chicas —nos avisa Carrie Whitmore, nuestra nueva representante, mientras consulta su reloj.

Carrie es todo lo que Diana no era. Donde nuestra madre es todo ángulos afilados y sonrisas calculadas, Carrie es curvas suaves y miradas cálidas. Lleva el pelo recogido en un moño despeinado y un traje que, aunque elegante, parece hecho para una persona real, no para una muñeca de porcelana.

—¿Estáis preparadas? —pregunta, y hay auténtica preocupación en su voz, algo que aún me resulta extraño después de toda una vida con Diana.

—No —respondo con honestidad—. Pero supongo que nunca lo estaremos.

Un recuerdo se abre paso en mi mente. Tengo siete años. Diana me está peinando para un casting. Tira con tanta fuerza de mi pelo

que siento como si me arrancara el cuero cabelludo. «Deja de quejarte, Sienna. El éxito requiere sacrificio». Sacrificio. Una palabra demasiado grande para una niña que solo quería jugar en el parque como las demás.

—No tenéis por qué hacerlo —dice Carrie, interrumpiendo mis pensamientos—. Podríamos emitir un comunicado. No es obligatorio que os enfrentéis a ellos directamente.

Scarlett niega con la cabeza.

—Si no salimos, Diana controlará la narrativa. Ya ha empezado a filtrar que somos unas desagradecidas, que la hemos traicionado ahora que tenemos éxito.

Mi hermana tiene razón. A pesar de que hemos conseguido despedir a nuestra madre como representante, su sombra sigue cerniéndose sobre nosotras como una nube tóxica. La mujer que debería habernos protegido es ahora nuestro peor enemigo.

A través de la puerta entreabierta, alcanzo a oír fragmentos de conversación de los periodistas. Palabras sueltas que se clavan como pequeños alfileres.

«...obligaba a hacer dietas...» «...las pesaba cada mañana...» «...ahora que son famosas la despiden...»

Cierro los ojos un instante, intentando controlar la presión que siento en el pecho. El aire acondicionado es demasiado fuerte, demasiado frío. Me hace temblar, o quizás es el miedo.

Otro recuerdo me asalta. Tengo quince años y estoy en un probador con Diana. El vestido para el desfile no me cierra. «Has engordado», acusa. «Mañana empiezas con zumos. Solo zumos». Tras esa conversación no como nada sólido durante una semana. El vestido me queda bien. Diana sonríe satisfecha. Yo solo siento un vacío que no tiene nada que ver con el hambre.

—Sienna, ¿me estás escuchando?

La voz de Carrie me trae de vuelta al presente. Sus ojos marrones me miran con preocupación.

—Lo siento —murmuro—. Estaba... pensando.

—Te decía que no tenéis que responder a todas las preguntas. Si algo os incomoda, me miráis y yo intervendré. ¿Vale?

Asiento, aunque sé que no importará. Nada de lo que diga hoy importará realmente. La prensa ya ha decidido su historia: las gemelas Blake, las niñas prodigio del modelaje, han crecido para convertirse en divas desagradecidas que echan a su propia madre.

No saben nada. No saben lo que es despertarse cada mañana sintiendo que debes justificar el espacio que ocupas en el mundo. No saben lo que es tener a alguien evaluando constantemente cada gramo, cada centímetro, cada imperfección de tu cuerpo. No saben lo que es ser valorada únicamente por cómo sales en una foto.

—Ha llegado la hora —anuncia Carrie, consultando su reloj—. Recordad, pase lo que pase, vosotras tenéis el control. Vosotras sois las que mandáis en vuestra carrera ahora.

Me levanto, sintiendo que mis piernas son de gelatina. Llevo un vestido azul marino, sobrio pero elegante, que Scarlett diseñó específicamente para hoy. «Queremos pareceres profesionales, no muñecas», me había dicho mientras cosía los últimos detalles. «Que se note que ya no somos las marionetas de Diana».

Scarlett lleva un conjunto similar, pero en verde oscuro. Una pequeña diferencia. Toda la vida hemos ido vestidas exactamente igual porque Diana decía que era «nuestra marca». Estas pequeñas rebeliones ahora me parecen enormes victorias.

—Vamos allá —dice mi hermana gemela, y su voz suena más firme que la mía.

Caminamos por un pasillo corto, Carrie va delante y nosotras detrás, como una pequeña procesión. El murmullo se intensifica conforme nos acercamos a la sala. Siento cómo el sudor empieza a formarse en mi nuca.

—Recuerda respirar —me susurra Scarlett.

Un último recuerdo asalta mi mente antes de entrar. La noche en que todo cambió. Tres meses atrás. Yo llorando en el suelo del baño después de que Diana me hubiera gritado por comerme una galleta. «¡Tienes una sesión mañana! ¿Quieres arruinarlo todo gorda de mierda?». Scarlett entrando, pálida de rabia. «Se acabó. No puedes seguir tratándonos así. No somos tus posesiones».

Esa noche tomamos la decisión. Ahora estamos pagando las consecuencias.

Las puertas se abren y somos recibidas por un estallido de flases cegadores. El ruido es ensordecedor. Clics de cámaras, voces superpuestas, preguntas lanzadas como proyectiles antes incluso de que nos hayamos sentado.

«¡Sienna! ¿Es cierto que tu madre te obligaba a pesarte cada mañana?"» «¡Scarlett! ¿Has estado a la sombra de tu hermana por imposición de Diana?» «¿Es cierto que habéis cambiado las cerraduras de vuestra casa para que vuestra madre no pueda entrar?»

La mesa donde nos sentamos parece un patíbulo. Los micrófonos apuntándonos como pequeñas armas. Las luces son tan intensas que apenas puedo distinguir los rostros de quienes nos interrogan.

Carrie toma la palabra, su voz profesional y serena cortando el caos.

—Buenos días a todos. Agradecemos vuestra asistencia. Las hermanas Blake han decidido comparecer para aclarar su situación profesional actual y responder a algunas de vuestras preguntas. Os pedimos, por favor, que respetéis los turnos de palabra.

Su mano se posa brevemente en mi espalda, un pequeño gesto de apoyo. Respiro hondo, recordando los ejercicios que mi terapeuta me ha enseñado. Cuatro segundos inhalando, cuatro segundos reteniendo, cuatro segundos exhalando. Mi corazón sigue latiendo demasiado rápido.

—Sienna, Scarlett —empieza un periodista con cara de comadreja —, vuestra madre ha declarado esta mañana que os ha dedicado su vida entera, que ha sacrificado su propia carrera por vosotras, y que la habéis despedido por pura avaricia, porque ahora que tenéis éxito no queréis compartir los beneficios. ¿Qué respondéis a eso?

Siento cómo se me cierra la garganta. Diana ya ha empezado a mover sus fichas. Miro a Scarlett, buscando ayuda, pero por una vez mi valiente hermana parece tan perdida como yo.

La sala se queda en silencio, esperando nuestra respuesta. Puedo sentir el sudor frío recorriéndome la espalda. La luz de los focos es abrasadora, pero tengo tanto frío que mis dientes están a punto de castañetear.

Entonces ocurre algo extraño. Una calma absoluta me invade. Es como si me observara desde fuera. Veo a esta chica, a esta Sienna Blake que el mundo conoce, sentada frente a los micrófonos. Veo su palidez, su fragilidad oculta bajo capas de maquillaje profesional. Y por un segundo, siento una inmensa compasión por ella. Por mí.

—Nuestra madre —empiezo, y mi voz suena sorprendentemente firme— nos ha enseñado muchas cosas. Nos ha enseñado a caminar perfectamente rectas con tacones imposibles. Nos ha enseñado a sonreír, aunque estemos muertas de miedo. Nos ha enseñado que nuestro valor está directamente relacionado con cuánto pesamos cada mañana.

Un murmullo recorre la sala. Noto cómo Scarlett me aprieta la mano bajo la mesa, dándome fuerzas.

—Pero, sobre todo —continúo—, nos ha enseñado que el amor tiene condiciones. Que solo somos valiosas si somos perfectas. Si somos rentables.

Una periodista a mi izquierda toma notas frenéticamente. Otro levanta su móvil, grabándome.

—No hemos despedido a nuestra madre por avaricia. La hemos despedido porque necesitábamos sobrevivir. Porque tenemos veintiséis años y por primera vez en nuestra vida queremos descubrir quiénes somos sin que nadie nos diga que no somos suficiente.

Mi voz se quiebra ligeramente al final. Scarlett toma el relevo, como siempre lo ha hecho cuando yo no puedo más.

—Diana Blake ha sido nuestra representante toda nuestra vida. Pero antes que eso, se suponía que era nuestra madre. Y una madre no te dice que eres una decepción por haber comido un trozo de pan. Una madre no te hace sentir que solo mereces amor si pesas menos de cincuenta kilos.

Las cámaras no paran de disparar, inmortalizando nuestra pequeña rebelión. Siento un nudo en la garganta. No estoy acostumbrada a hablar así de Diana. Durante años, incluso en terapia, he minimizado lo que nos hizo. «No fue para tanto». «Solo quería lo mejor para nosotras». «Es la industria la que es así».

Pero la verdad es que Diana eligió. Eligió su ambición por encima de nuestro bienestar. Eligió convertirnos en productos en lugar de hijas.

—Sentimos si esto decepciona a alguien —añado, mirando directamente a las cámaras—. Pero ya no tenemos quince años. Ya no necesitamos su aprobación para existir.

Las preguntas se suceden como balas. Cada una más incisiva que la anterior. Sobre nuestros trastornos alimenticios (sí, los hemos tenido). Sobre si Diana nos impedía tener relaciones (sí, lo hacía). Sobre si es cierto que nos hacía competir entre nosotras (constantemente).

Para cuando la rueda de prensa termina, me siento como si me hubieran pasado por una batidora. Estoy agotada, vacía. Pero también siento algo que no he sentido en mucho tiempo: el orgullo de haber dicho nuestra verdad.

Mientras salimos, escoltadas por Carrie que despeja el camino entre los periodistas que siguen gritando preguntas, mi mente se llena de dudas. ¿Y ahora qué? Toda mi vida ha estado estructurada por Diana. Cada decisión, cada paso, cada respiración. ¿Quién soy sin ella dictándome lo que debo hacer, cómo debo comportarme?

Ya en el coche, lejos de las cámaras, me permito apoyar la cabeza en el hombro de Scarlett. Ella me rodea con su brazo, como ha hecho miles de veces a lo largo de nuestra vida.

—Lo hemos conseguido —susurra.

Pero yo no estoy tan segura. Hemos ganado una batalla, sí. Nos hemos liberado de Diana, al menos profesionalmente. Pero la verdadera guerra es la que sigue dentro de mí. La voz de mi madre sigue ahí, juzgándome, diciéndome que no soy suficiente, que nunca lo seré.

Miro por la ventanilla mientras el coche nos aleja del hotel. El sol brilla con fuerza, indiferente a nuestro pequeño drama humano. La gente camina por las calles, ocupada en sus vidas, sin preocuparse por las gemelas Blake y su madre tóxica.

Y me pregunto, por primera vez sin miedo a la respuesta, si algún día podré ser simplemente Sienna. No la modelo. No la influencer

con millones de seguidores. No la hija perfecta. Solo Sienna, quien quiera que sea esa persona.

Si habrá alguien en el mundo que me querrá solo por ser yo.

Solo espero que, ahora que hemos cortado las cadenas que nos ataban a Diana, pueda descubrir quién soy realmente. Y tal vez, solo tal vez, pueda encontrar algo que me haga feliz de verdad, no solo aparentar que lo soy para las cámaras.

CAPÍTULO 3

GRAYSON

El traje negro Tom Ford me oprime el cuerpo como una armadura incómoda. Detesto estas malditas galas. Detesto tener que sonreír a millonarios que creen que su dinero los hace intocables. Detesto cada segundo que paso fuera de mi despacho, lejos del control absoluto que tengo sobre mi empresa, mi vida y mis decisiones.

Pero aquí estoy. Haciendo trabajo de campo como un novato cualquiera.

—Señor Callahan, el equipo del sector norte reporta que todo está en orden —informa Parker a través del auricular casi invisible en mi oído.

Apenas asiento, sin molestarme en responder, sé que Parker me está mirando desde el otro lado del salón. No me gusta estar aquí. No hago este tipo de trabajo desde hace años. Para esto tengo un equipo de élite perfectamente entrenado. Yo dirijo Callahan Security desde arriba, no desde la trinchera.

Todo porque Mitchell, uno de mis hombres, recibió una llamada de su mujer embarazada cuando yo estaba en la oficina. «El bebé se ha adelantado, estoy en el hospital». Y como todos los demás estaban asignados, y es sábado por la noche, y mi agenda solo incluía entrenar en mi gimnasio privado y revisar contratos, decidí venir yo.

Fue un error.

El salón principal está abarrotado de la élite de Palm Beach. Escucho fragmentos de conversaciones insulsas sobre yates, propiedades en Aspen y divorcios recientes. Mantengo mi rostro impasible, pero por dentro siento aburrimiento.

Mi cliente, un magnate petrolero texano con más dinero que cerebro, está a quince metros de mi posición, rodeado de aduladores. No necesita mi protección. Nadie en esta sala representa una amenaza. Pero paga lo suficiente para tener a alguien como yo vigilando sus espaldas, así que aquí estoy. Desperdiciando mi tiempo.

Tomo posición cerca de una columna que me da visibilidad de tres cuartas partes del salón. La copa de champán que me han servido permanece intacta en mi mano. Nunca bebo en el trabajo. El control lo es todo.

Observo a la multitud con la mirada clínica de quien ha pasado años analizando amenazas. Evalúo. Catalogo. Archivo. Un hábito imposible de romper después de lo que vi en Afganistán. Después de los hombres que perdí por no ser lo suficientemente minucioso.

Y entonces, el universo entero se detiene.

No es gradual. Es un impacto brutal, como una bala que no ves venir.

Una mujer entra en el salón y todo lo demás desaparece.

Lleva un vestido dorado que parece flotar alrededor de su cuerpo como si estuviera hecho de luz líquida. Su cabello rubio cae en ondas perfectas sobre su espalda desnuda. Su piel brilla bajo los candelabros de cristal, como si absorbiera y reflejara toda la luz de la habitación.

Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Y no tengo ni la más remota idea de quién es.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Siento un tirón en el pecho como si alguien hubiera enganchado un anzuelo directamente en mi esternón. La respiración se me corta. Cada músculo se tensa, listo para... ¿para qué? No lo sé. Solo sé que algo primordial se ha activado dentro de mí. Algo que ni siquiera sabía que existía.

La multitud se aparta instintivamente para dejarla pasar, como si sintieran que es diferente. Pero yo veo algo más. Veo cómo su sonrisa no alcanza sus ojos. Veo la tensión en sus hombros. Veo a una mujer interpretando un papel a la perfección, mientras nadie más parece notarlo.

Me encuentro moviéndome sin haber tomado la decisión consciente de hacerlo. Rodeando la sala, manteniéndome en las sombras, posicionándome para no perderla de vista. Como si fuera la única que importa en la habitación. O tal vez, la única persona que necesita protección.

—¿Señor? —la voz de Parker suena en mi oído—. ¿Todo bien?

—Identifica a la mujer del vestido dorado —ordeno, mi voz más baja y áspera de lo normal.

Hay un breve silencio antes de que Parker responda.

—Es Sienna Blake, señor. Modelo e influencer. Muy conocida en redes sociales. Dirige una marca de moda con su hermana gemela.

Sienna Blake. El nombre resuena en mi cabeza como un mantra. Lo memorizo instantáneamente, grabándolo a fuego en mi mente.

La observo interactuar. Sonríe, asiente, se ríe en los momentos precisos, pero me doy cuenta de que solo es una actuación perfecta. La manera en que mantiene siempre cierta distancia física de los que la rodean. El ligero temblor en su mano cuando alguien se acerca demasiado.

Esta mujer está aterrorizada. Y nadie más lo nota.

Mi sangre empieza a hervir. ¿Qué le ha pasado?

Los hombres orbitan a su alrededor como planetas alrededor del sol. Demasiado cerca. Demasiado insistentes. Veo cómo uno le toca la parte baja de la espalda, y algo dentro de mí se endurece hasta convertirse en acero puro. Tengo que controlar el impulso de cruzar la sala y apartar esa mano de ella.

¿Qué demonios me está pasando?

Llevo años sin sentir nada. Nada que no sea control, responsabilidad, ocasional ira. Las emociones son vulnerabilidades. Aprendí eso en Afganistán de la peor manera posible. Y las eliminé de mi vida como quien extirpa un tumor.

Pero ahora... ahora estoy sintiendo algo tan intenso que me asusta.

La veo separarse del grupo y dirigirse hacia uno de los balcones. Está buscando aire. Espacio. Soledad. Lo sé porque reconozco la expresión. Es la misma que veo en mi espejo cada mañana.

Sin pensarlo, cambio mi posición para tener una línea visual clara hacia ella. Está sola en el balcón ahora, mirando las estrellas. Por un momento, la máscara cae. Sus hombros se hunden ligeramente. Exhala un suspiro que parece venir de lo más profundo de su ser. Cierra los ojos.

Parece tan jodidamente vulnerable que siento un dolor físico en el pecho.

Y entonces alguien más entra en el balcón. Un hombre. Trajeado, con ese aire de superioridad que tanto detesto. Se acerca a ella por detrás.

Mis músculos se tensan automáticamente. Mi mano abandona la copa de champán, dejándola en la mesa más cercana. Estoy calculando la ruta más rápida hacia el balcón cuando veo que ella se gira. Fuerza una sonrisa y lo despacha de forma educada. Se recompone en un instante. La máscara vuelve a su lugar.

Pero yo la he visto. He visto a la verdadera Sienna Blake en ese momento de vulnerabilidad.

Y ahora no puedo dejar de mirarla.

Durante el resto de la noche, a pesar de mi entrenamiento, a pesar de mi profesionalidad, no logro concentrarme en mi cliente. Mi mirada vuelve constantemente a ella. La sigo por la sala como si hubiera un hilo invisible conectándonos.

La veo interactuar con docenas de personas. Ninguna la ve realmente. Ninguna nota que está interpretando un papel. Ninguna se da cuenta de que hay una mujer real, compleja y posiblemente herida detrás de esa fachada perfecta.

Yo sí la veo. Y eso me está volviendo loco.

—Señor, el cliente se está retirando —me informa Parker, sacándome de mi trance.

Asiento, volviendo a mi papel. Al trabajo. A la responsabilidad. A la misión. A lo único que ha importado en los últimos años.

Pero mientras escoltamos al magnate petrolero hacia la salida, mis ojos la buscan una última vez. Está de pie junto a la barra, conversando con una mujer mayor. Nuestras miradas se cruzan durante un segundo fugaz.

Verde. Sus ojos son de un verde intenso que destella incluso a esta distancia.

Parpadea, quizás sorprendida por la intensidad con que la estoy mirando. Luego aparta la vista, volviendo a su conversación.

Ese breve contacto visual se siente como una marca al rojo vivo sobre mi piel.

Tres horas después, estoy en mi ático. Solo. Las luces de Palm Beach brillan a través de las ventanas del suelo al techo. No las veo. Estoy completamente absorto en mi ordenador.

He buscado todo sobre Sienna Blake. Absolutamente todo.

La pantalla está llena de imágenes suyas. Entrevistas. Artículos. Cuentas de redes sociales. Aprendo que tiene 27 años. Que tiene una hermana gemela idéntica, Scarlett. Que juntas dirigen Blake Sisters, una marca de moda en ascenso. Que tiene 4.8 millones de seguidores en Instagram.

Leo sobre el escándalo con su madre, Diana Blake. Cómo las gemelas la despidieron como representante hace un año, acusándola de años de abuso psicológico y trastornos alimenticios. Veo fragmentos de una rueda de prensa donde Sienna, con una dignidad que me deja sin aliento, habla sobre crecer bajo el control absoluto de una madre que valoraba más su potencial comercial que su bienestar.

Cada nueva pieza de información que encuentro es como gasolina en un fuego que no sabía que ardía dentro de mí. Ahora entiendo esa vulnerabilidad que vi. Esa soledad. Esa actuación perfecta.

Sienna Blake ha pasado toda su vida siendo controlada, moldeada, utilizada. Y ahora que por fin es libre, sigue atrapada en una jaula diferente. La jaula de las expectativas. De los millones de ojos que la observan. De una identidad construida por otros.

Algo dentro de mí, algo posesivo y primordial, ruge ante esa revelación.

Averiguo dónde vive. En una mansión en Ocean Boulevard que comparte con su hermana. Memorizo su rutina según lo que puedo deducir de sus publicaciones en redes sociales. Los restaurantes que frecuenta. Las tiendas donde compra. Los eventos a los que asiste.

Son las cuatro de la madrugada cuando por fin me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Me paso una mano por el rostro, sintiendo la barba incipiente raspar contra mi palma.

Esto no soy yo. No soy un acosador. No me obsesiono con mujeres que apenas conozco. Soy un profesional. Un hombre de control. Un ex-militar condecorado que dirige la empresa de seguridad privada más exclusiva del país.

Y sin embargo, aquí estoy. Incapaz de dejar de pensar en ella. En cómo sus ojos no reflejaban la sonrisa de sus labios. En cómo nadie parecía ver a la mujer real detrás de la fachada.

Cierro el ordenador de golpe, como si así pudiera cerrar también esta obsesión naciente. Me dirijo a la ducha, poniendo el agua tan fría como es posible, castigando a mi cuerpo por su debilidad.

Pero mientras el agua helada golpea mi piel, sé que es inútil. Algo ha cambiado dentro de mí esta noche. Algo fundamental. Irrevocable.

He visto a Sienna Blake. La he visto realmente.

Y ahora no puedo dejar de pensar en ella.

CAPÍTULO 4

SIENNA

El sol se filtra a través de los ventanales de la cocina, dibujando patrones dorados sobre el mármol de la isla central. Apoyo los codos en la encimera y dejo que el vapor de mi té de jazmín me acaricie la cara. Es uno de esos días perfectos de Palm Beach: cielo despejado, temperatura ideal, la brisa marina agitando suavemente las palmeras que rodean la mansión.

Nuestra mansión. Aún me cuesta creerlo. Este espacio es solo nuestro. De Scarlett y mío. Sin Diana controlando cada rincón, cada decisión, cada bocado.

Doy un sorbo a mi té mientras contemplo el bol de yogur griego con fresas y un toque de miel que he preparado. Hace un año, la culpa se habría instalado en mi estómago ante la idea de permitirme este pequeño capricho dulce. La voz de mi madre habría resonado en mi cabeza: «¿Miel, Sienna? ¿En serio? ¿Sabes cuántas calorías tiene eso?» Pero hoy, disfruto de cada cucharada sin contar mentalmente el tiempo que tendré que correr para compensarlo. Es una pequeña victoria que sabe a libertad.

Sé que estoy lejos de curarme, pero estoy cada vez más cerca de ser yo misma.

Como en silencio disfrutando de la explosión de sabores. Hasta que el silencio se rompe con un estruendo metálico seguido de una maldición.

Sonrío automáticamente. Scarlett.

Apenas unos segundos después, mi hermana irrumpe en la cocina como un pequeño tornado. Lleva el pelo rubio recogido en lo que pretendía ser un moño, pero que se ha convertido en un nido desordenado del que sobresalen dos lápices. Su rostro, idéntico al

mío en sus rasgos fundamentales, está manchado de pintura azul en la mejilla derecha. Viste un pijama de algodón demasiado grande que en realidad es mío, ahora decorado con salpicaduras de todos los colores imaginables.

—Buenos días, desastre —la saludo, sin poder evitar que el amor inunde mi voz.

Scarlett se dirige directamente a la cafetera, como si estuviera en piloto automático. Sus ojos, aunque comparten el mismo verde esmeralda que los míos, brillan con una intensidad creativa que nunca he conseguido sentir.

—He tenido una epifanía a las cuatro de la mañana —dice, vertiendo café en una taza que lleva escrito «No soy yo, eres tú»—. La colección de otoño. Todo estaba mal. Era demasiado previsible, demasiado segura.

Da un largo sorbo a su café, cerrando los ojos como si estuviera bebiendo el elixir de la vida. Cuando los abre, me mira con esa mezcla de entusiasmo y agotamiento que solo tienen los artistas en pleno frenesí creativo.

—Así que lo he tirado todo y he empezado de nuevo. He usado estampados más atrevidos, cortes más arquitectónicos. —Su sonrisa ilumina toda la cocina—. Sienna, va a ser espectacular. Ya verás cuando lo modeles.

La observo mientras habla, gesticulando con las manos manchadas de lápiz y pintura. Algo cálido se extiende por mi pecho. Orgullo. Admiración. Y sí, una pizca de envidia. No del tipo tóxico que Diana intentó fomentar entre nosotras, sino del más puro y simple.

¿Cómo sería sentir esa pasión? ¿Esa entrega total a algo que sale de tu interior, no de las expectativas ajenas? Scarlett crea mundos enteros con sus manos. Yo solo... poso. Sonrío. Existo para que otros miren.

—¿Has dormido algo? —pregunto, sacándome de mis propios pensamientos.

Ella hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Dormiré cuando esté muerta. O cuando termine los bocetos principales. Lo que ocurra primero.

Le acerco un plátano y ella lo coge automáticamente, pelándolo sin dejar de hablar sobre texturas y paletas de color. La escucho, asintiendo en los momentos adecuados, pero parte de mí sigue atrapada en esa sensación agridulce.

Amo lo que hacemos juntas con Blake Sisters. Nuestra marca es nuestro bebé, nuestra forma de demostrar que somos más que las muñecas de Diana. Pero en días como hoy, no puedo evitar preguntarme qué aportación real tengo yo. Scarlett es el cerebro, el corazón, el alma creativa. Yo soy... ¿qué? ¿Una percha bonita?

El timbre de la puerta interrumpe mis reflexiones. Miro el reloj: 9:30. Demasiado temprano para visitas.

—Debe ser el correo —digo, levantándome—. Ayer Carrie mencionó que enviaría unos contratos para revisar.

Me dirijo hacia la entrada, disfrutando del tacto del mármol frío bajo mis pies descalzos. Otro pequeño placer que antes me estaba vedado. Diana jamás habría permitido que caminara descalza. «Arruinarás tus arcos, Sienna. ¿Quieres que tus pies parezcan los de una campesina?»

Al abrir la puerta, efectivamente me encuentro con el repartidor habitual. Me entrega un montón de sobres y paquetes que acepto con una sonrisa. Reconozco los logos de varias marcas que quieren colaboraciones, la empresa de gestión inmobiliaria, algunas facturas.

Y luego un sobre. Blanco, común. Sin remitente. Solo lleva mi nombre escrito con una caligrafía elegante y estilizada.

Vuelvo a la cocina y dejo el montón sobre la isla. Scarlett, que se ha servido una segunda taza de café, comienza a curiosear entre la correspondencia.

—Dios, ¿has visto esto? —exclama, mostrándome un catálogo de joyas—. Quieren que seamos la imagen de su nueva colección. Los pendientes son horribles, pero los anillos...

Su voz se desvanece cuando ve que no estoy prestando atención. Estoy mirando fijamente el sobre blanco anónimo. No sé por qué, pero algo en él me produce una sensación extraña. Como un escalofrío anticipado.

—¿Qué es eso? —pregunta, siguiendo mi mirada.

—No lo sé. No tiene remitente.

Con un suspiro, rompo el sobre. Dentro hay una sola hoja de papel de alta calidad. La despliego y leo:

«Mi preciosa estrella,

Llevo tanto tiempo observándote. Cada aparición pública, cada selfie en Instagram, cada salida al supermercado. Eres tan hermosa cuando crees que nadie te mira. Tan auténtica cuando te quitas la máscara en la intimidad de tu hogar.

¿Crees que estás a salvo? ¿Que puedes esconderte de mí? Conozco tus rutinas. Tus horarios. El lado de la cama en que duermes.

Yo te daré lo que necesitas.

Pronto estaremos juntos. Es nuestro destino.

Tu admirador eterno.»

Un escalofrío me recorre la espina dorsal. Releo las palabras, intentando convencerme de que no son tan inquietantes como parecen a primera vista.

—¿Qué pasa? —Scarlett se acerca y me quita la carta de las manos. Sus ojos se ensanchan mientras lee—. Joder, Sienna, esto es espeluznante. ¿Quién te ha enviado esta mierda?

Me encojo de hombros, intentando aparentar una calma que no siento. El aire acondicionado, que antes me resultaba agradable, ahora me parece helado contra la piel.

—Probablemente es de algún fan demasiado entusiasta. Recibo cosas así en redes sociales constantemente.

—Esto no es un comentario en Instagram —insiste Scarlett, agitando la carta—. Esto ha llegado a nuestra casa. A nuestra dirección privada. Y el tono... —Se estremece visiblemente—. «Te veo cuando crees que nadie está mirando». Eso suena a que alguien te está vigilando.

—Estás exagerando —digo, pero mi voz suena menos firme de lo que me gustaría—. Cualquiera puede averiguar dónde vivimos. No es ningún secreto.

Scarlett me mira con esos ojos idénticos a los míos, pero que ahora brillan con preocupación.

—Deberíamos darle esto a Carrie. Y quizás... —duda un momento — quizás deberíamos considerar contratar seguridad. Ya sabes,

alguien que vigile la casa.

La idea de tener a alguien observándome constantemente, incluso en mi propio hogar, hace que mi estómago se retuerza. Este lugar es mi santuario. El único sitio donde puedo ser yo misma sin filtros, sin poses, sin expectativas.

—No —respondo con brusquedad—. No voy a convertir nuestra casa en una prisión vigilada solo por una carta rara.

—Pero Sienna...

—He dicho que no —insisto, cogiendo la carta y doblándola—. Ya tengo suficiente con ser observada las veinticuatro horas del día ahí fuera. Aquí dentro soy libre, y no pienso renunciar a ello.

Scarlett no parece convencida, pero conoce esa expresión en mi rostro. La misma que tenía cuando por fin nos enfrentamos a Diana. Cuando por fin dije «basta».

—Vale —concede—. Pero prométeme que si recibes otra, lo reconsiderarás.

Asiento, más para tranquilizarla que porque realmente lo crea necesario. Guardo la carta en un cajón, intentando archivarla también en mi mente.

—Tengo que prepararme —anuncio, cambiando de tema—. Tengo una reunión con Valentino a las once.

—¿Vas a enseñarle la carta a Carrie? —insiste Scarlett.

—Lo pensaré.

Mi hermana me mira con esa expresión que dice que no me cree, pero no insiste. Se acerca y me abraza fuerte. Huele a café, a pintura y a ese champú de vainilla que compartimos desde adolescentes. El abrazo me devuelve algo de calor.

—Ten cuidado ahí fuera, ¿vale? —murmura contra mi hombro.

Me separo con una sonrisa que espero sea tranquilizadora.

—Siempre lo tengo.

Mientras me dirijo a mi habitación para prepararme, intento ignorar la sensación de incomodidad que se ha instalado en mi pecho. Las palabras de la carta resuenan en mi mente. *«Te veo cuando crees que nadie está mirando»*.

Sacudo la cabeza, obligándome a centrarme en la rutina. Una ducha. Maquillaje. Ropa. Es hora de transformarme en «Sienna

Blake», la versión pulida y perfecta que el mundo espera ver.

Pero mientras me aplico el corrector bajo los ojos, no puedo evitar mirar por encima del hombro hacia la ventana. Por primera vez en mucho tiempo, las cortinas abiertas no me ofrecen la sensación de libertad habitual.

En su lugar, me siento expuesta. Como si realmente hubiera unos ojos observándome desde algún lugar.

Unos ojos que me conocen.

CAPÍTULO 5

GRAYSON

La sonrisa del actor frente a mí no me impresiona. He visto sonrisas como la suya demasiadas veces. Es el tipo de sonrisa que abre puertas, consigue contratos y logra que la gente haga lo que tú quieras. La lleva como si fuera otra pieza más de su atuendo diseñado para deslumbrar: traje italiano, reloj suizo, zapatos hechos a mano.

James Morrison. Ha sido el protagonista de tres películas de acción que han recaudado más de mil millones en taquilla. Tiene a sus espaldas dos matrimonios fallidos. Un problema con el alcohol que sus publicistas han conseguido mantener fuera del radar de la prensa. Y ahora, está sentado en mi despacho, queriendo contratar a mi empresa para su próxima gira mundial de promoción.

—El presupuesto no es un problema, señor Callahan —dice, reclinándose en su asiento como si ya hubiera cerrado el trato—. Mi agencia está dispuesta a pagar lo que sea necesario para garantizar mi seguridad.

Mantengo mi expresión neutra mientras lo evalúo. Morrison necesita protección, pero no por las razones que debería. No son los fans obsesivos los que representan la mayor amenaza para él. Es su propia imprudencia. Las mujeres con las que se acuesta sin discreción. Los traficantes de segunda a los que compra sus sustancias. La tendencia que tiene a meterse en peleas de bar cuando está demasiado borracho para recordar quién es.

—Callahan Security no solo ofrece protección física, señor Morrison —respondo, mi voz medida, profesional—. Ofrecemos un servicio integral que incluye análisis de riesgos y protocolos

preventivos. Para ser efectivos, necesitamos total transparencia por su parte.

Veo cómo su mandíbula se tensa ligeramente. No le gusta que le digan lo que debe hacer. Está acostumbrado a comprar lo que quiere sin condiciones.

Su agente, una mujer de mediana edad con unos ojos marrones que se nota que han visto demasiadas rabietas de famosos, interviene.

—James está absolutamente conforme con facilitaros toda la información necesaria. ¿Verdad, James?

El actor asiente a regañadientes. Por el rabillo del ojo, veo a Easton observándome desde la esquina de la sala. Está ahí porque es el mejor leyendo a la gente. Si él dice que Morrison es un riesgo inasumible, rechazaré el contrato por muy millonario que sea.

Mi teléfono vibra silenciosamente en mi bolsillo. Lo ignoro. Estamos en mitad de una negociación importante. Cualquier asunto puede esperar.

—La gira comienza en Tokio dentro de tres semanas —continúa la agente—. Necesitaríamos un equipo completo a partir de...

Mi teléfono vuelve a vibrar. Y otra vez. Y otra más. Tres vibraciones seguidas. Es el código interno que tengo para la vigilancia de Sienna.

Una punzada de preocupación me recorre la columna vertebral. Con un gesto que espero parezca casual, saco el teléfono del bolsillo y le echo un vistazo rápido.

Es un mensaje de Parker, uno de mis mejores hombres.

«Jefe, tengo un problema con el seguimiento de la señorita Blake. Reunión terminada una hora antes de lo previsto. Estoy atrapado en un accidente en Military Trail. No puedo llegar a tiempo para el cambio de ubicación. Blake se dirige sola a casa.»

El hielo me invade las venas. Desde el día después de la gala benéfica, he tenido a dos de mis hombres vigilando a Sienna por turnos. Los mejores. Los más discretos. Sin que ella lo sepa, por supuesto. Sin que nadie lo sepa, excepto los implicados. Un gasto personal, no de la empresa. Una precaución que me parecía excesiva hasta este preciso momento.

Mierda.

Ahora mismo, Sienna está sin protección.

Mi mente evalúa opciones a la velocidad del rayo. El edificio donde estaba Sienna está a quince minutos en coche desde aquí, sin tráfico. Su casa en Ocean Boulevard, a otros veinte. Si salgo ahora, puedo interceptar su ruta. Puedo asegurarme de que llega a casa sana y salva.

Pero estoy en medio de una reunión. Una reunión de siete cifras. Con un cliente que podría abrirnos las puertas a todo Hollywood.

Miro a Morrison, que sigue hablando, ajeno a mi dilema interno. Luego a Easton, que ha notado mi cambio de actitud y me observa con curiosidad.

No hay dilema. Nunca lo ha habido.

Sienna es mi prioridad.

—Discúlpenme un momento —digo, levantándome con un movimiento fluido—. Easton, ¿puedes continuar explicando nuestros protocolos de seguridad? Tengo una situación que requiere mi atención inmediata.

No espero respuesta. Con pasos medidos pero rápidos, salgo de la sala de reuniones, ignorando la expresión de sorpresa de Morrison y la mirada inquisitiva de Easton.

Tecleo una respuesta rápida mientras camino: «Voy personalmente. Dirígete directamente a Ocean Boulevard.»

En cuanto la puerta se cierra tras de mí, mi fachada profesional se agrieta. Atravieso el pasillo a zancadas, ignorando a mi asistente que intenta detenerme con alguna cuestión. En cuanto llego al ascensor, pulso repetidamente el botón de llamada, como si eso pudiera hacer que llegara más rápido.

Los segundos se estiran. Mi pulso retumba en mis oídos. La imagen de Sienna caminando sola, expuesta, vulnerable, se repite en bucle en mi mente.

No puedo permitir que le pase nada.

Cuando las puertas por fin se abren, entro y marco el botón del garaje. Mientras desciendo, me aflojo la corbata con un tirón brusco. El nudo que antes me parecía simplemente incómodo ahora amenaza con asfixiarme.

En el garaje, me dirijo directamente a mi Audi RS7 negro. El motor ruge al arrancar, un sonido que normalmente me tranquiliza. Hoy solo me irrita por no ser instantáneo.

Salgo del garaje subterráneo con un chirrido de neumáticos. El guardia de seguridad apenas tiene tiempo de reconocerme antes de que el coche pase como una exhalación.

El tráfico de Palm Beach a esta hora es moderado. Sorteo los vehículos con la precisión que viene de años de entrenamiento en conducción evasiva, me dirijo hacia el edificio donde Sienna tenía su reunión.

El sudor perla mi frente a pesar del aire acondicionado a máxima potencia. No es calor lo que siento. Es una ansiedad primitiva que no consigo controlar. Una parte de mi cerebro, la parte racional, la parte que construyó un imperio de seguridad desde cero, me grita que estoy comportándome como un lunático. Que Sienna Blake estará perfectamente bien. Que es pleno día en una de las zonas más seguras de Florida. Que nunca le ha pasado nada.

Pero otra parte, una parte más profunda, más oscura, más instintiva, sabe que el peligro acecha en todas partes. Que un segundo, un solo segundo de descuido, puede cambiarlo todo.

Lo aprendí en Afganistán de la forma más dura posible.

No estoy dispuesto a arriesgarme. No con ella.

Llego al edificio en tiempo récord. Aparco en doble fila, ignorando la prohibición. Mis ojos escanean la entrada, las aceras cercanas, buscándola.

No está.

He llegado tarde.

Una nueva ola de pánico me invade, pero la reprimo con brutal eficiencia. Disciplina. Control. Actuar, no reaccionar. Vuelvo al coche y arranco de nuevo, dirigiéndome hacia Ocean Boulevard, calculando mentalmente la ruta más probable que ha podido tomar.

Seguro que ha ido por Royal Palm Way. A esta hora, con este tráfico, es la opción más lógica.

Apenas he avanzado tres manzanas cuando la veo. Está dentro de un Range Rover blanco, parado en un semáforo. Incluso a través de los cristales tintados, reconocería esa silueta en cualquier parte. La

forma en que inclina ligeramente la cabeza mientras mira su teléfono. El destello dorado de su cabello bajo el sol.

El alivio me golpea con tanta fuerza que por un momento me quedo sin aire.

Sienna está bien. Está a salvo.

Pero no estará verdaderamente segura hasta que llegue a casa.

Reduzco la velocidad, manteniendo una distancia prudencial. Lo suficientemente cerca para no perderla de vista. Lo suficientemente lejos para que el conductor no se dé cuenta de que los estoy siguiendo, como un depredador silencioso velando por su presa.

Solo que no quiero hacerle daño. Quiero todo lo contrario. Quiero mantenerla a salvo de un mundo que no merece su luz.

El trayecto hasta Ocean Boulevard dura exactamente dieciocho minutos. Durante todo ese tiempo, no aparto los ojos del vehículo blanco. Estudio su estilo de conducción, cómo toma las curvas, cómo respeta escrupulosamente los límites de velocidad.

Cuando el Range Rover gira hacia la entrada privada de la mansión Blake, me detengo a una distancia segura. Las puertas automáticas se abren para ella y se cierran inmediatamente después. Solo entonces me permito respirar profundamente.

Está en casa. A salvo.

Por ahora.

Aparco en una calle lateral con buena visibilidad hacia la entrada. Apago el motor y me quedo allí, inmóvil, procesando lo que acabo de hacer.

He abandonado una reunión crucial. He conducido como un loco por media ciudad. He seguido personalmente a una mujer que ya tengo bajo vigilancia profesional.

Cualquier persona normal llamaría a esto obsesión. Control patológico. Una conducta totalmente inaceptable.

Pero yo no soy normal. No desde que vi a tres de mis hombres morir bajo mi mando por un fallo de inteligencia. No desde que sostuve a Easton mientras se desangraba en mis brazos, jurándome que nunca más perdería a nadie que me importara.

Y Sienna Blake me importa. No puedo explicar por qué. No puedo racionalizar esta conexión que siento, esta certeza de que debo

protegerla. Solo sé que es real. Tan real como las cicatrices que cubren mi cuerpo.

Mi teléfono suena. Es Easton.

—¿Por qué coño te has largado? —pregunta sin preámbulos cuando descuelgo—. Morrison se ha cabreado. Su agente ha tenido que calmarlo.

—Era una emergencia de seguridad —respondo, mi voz suena más ronca de lo normal.

—¿Qué emergencia? He comprobado los servidores y no había alertas en el sistema.

No respondo inmediatamente. Esta operación no está en los servidores de la empresa. Es mi proyecto personal. Mi obsesión privada.

—Parker tuvo un problema con un cliente VIP —miento a medias —. Tuve que intervenir personalmente.

—¿Y no podías enviar a otro agente? —insiste Easton, claramente no convencido—. Gray, eres el jodido CEO. No haces trabajo de campo desde hace años.

—Hay excepciones —respondo secamente.

—Gray —su voz ahora es más seria—. ¿Estás bien?

La pregunta me pilla desprevenido. ¿Estoy bien? No. Probablemente no. No hay nada «bien» en lo que estoy haciendo. En lo que siento.

—Sí —miento—. Te lo explicaré más tarde. Ahora mismo, cierra ese contrato con Morrison. Ofrécele un descuento del quince por ciento si es necesario.

—Ya está hecho —responde, y puedo imaginarle sonriendo con esos hoyuelos que hacen que todas las mujeres caigan rendidas a sus pies—. Soy más encantador que tú, jefe. Lo tenía firmando cinco minutos después de que salieras por la puerta.

A pesar de todo, siento una punzada de orgullo. Easton es un capullo la mayor parte del tiempo, pero es el mejor en lo que hace. Por eso lo contraté cuando fundé Callahan Security.

—Gracias —digo simplemente.

—No me des las gracias. Dame respuestas. ¿Qué cliente VIP tiene al gran Grayson Callahan saliendo disparado como si le hubieran

prendido fuego al culo?

Miro hacia la mansión Blake, sus muros blancos brillando bajo el sol de la tarde. En algún lugar tras esos muros está Sienna, probablemente riéndose con su hermana, sin idea de que estoy aquí fuera, vigilando, protegiendo.

—Nada que no pueda manejar —respondo finalmente—. Estaré en la oficina en una hora.

Cuelgo antes de que pueda insistir. Sé que habrá preguntas, que Easton no dejará pasar esto. Pero ahora mismo no puedo pensar en ello.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Parker: «En posición en Ocean Boulevard. Todo tranquilo. ¿Ordenes?»

«Mantén vigilancia normal. Envía informe a las 20:00. A las 22:00 te tomo el relevo», respondo.

Enciendo el motor y me alejo lentamente, echando un último vistazo a la mansión por el retrovisor. Una promesa silenciosa flota en mi mente, tan clara como si la hubiera dicho en voz alta:

«Nadie te hará daño, Sienna. No mientras yo respire.»

CAPÍTULO 6

SIENNA

Cuando llego a casa lo primero que hago es quitarme la ropa.

El vestido que he llevado toda la noche se desliza por mi cuerpo como una cascada hasta formar un charco de tela a mis pies. Suspiro de alivio mientras estiro los hombros, liberándome del corsé invisible que supone mantener la postura perfecta durante toda una gala. Aquí, en la intimidad de mi dormitorio, por fin puedo ser simplemente Sienna. Sin poses. Sin sonrisas estudiadas. Sin miradas calculadas.

La velada en el Flagler Museum ha sido interminable. Tres horas de conversaciones superficiales, de fotos y copas de champán que apenas he tocado. Pero hemos recaudado fondos para la fundación, que es lo importante. Eso me repito mientras cuelgo cuidadosamente el vestido en su percha.

Me dirijo al baño, dejando caer los pendientes en el joyero de la cómoda. El agua caliente de la ducha disuelve la tensión acumulada durante el día, arrastrando consigo el maquillaje, la sonrisa forzada, la máscara de perfección. Cierro los ojos, permitiéndome existir sin expectativas durante unos minutos.

Envuelta en mi albornoz favorito, mullido, suave, con ese toque de lujo cotidiano que tanto valoro, regreso al dormitorio. La moqueta bajo mis pies descalzos se siente como una caricia. La luz tenue de las lámparas crea una atmósfera de seguridad que solo existe entre estas paredes.

Es entonces cuando lo veo.

Un sobre blanco sobre mi almohada.

Me detengo en seco. El corazón me da un vuelco y se me forma un nudo en la garganta. Es exactamente igual al que recibí hace una

semana. El mismo papel. El mismo tamaño. Sin remitente, solo mi nombre escrito con aquella caligrafía estilizada.

Un escalofrío me recorre la columna mientras los dedos se me entumecen. *No puede ser*. Nadie tiene acceso a esta habitación excepto Scarlett y yo. Nadie podría haber entrado y dejado esto.

A menos que...

La carta anterior. Las palabras inquietantes. *«Te veo cuando crees que nadie está mirando»*.

Con dedos temblorosos, tomo el sobre. Es más pesado que el anterior, ligeramente abultado. Algo dentro de mí grita que no lo abra, que llame a la policía, que grite a Scarlett. Pero otra parte, una parte irracional, necesita saber qué contiene.

Rompo el sello y un puñado de fotografías resbala sobre la colcha.

El mundo entero se detiene.

La primera imagen muestra a un hombre tendido en una cama. *Mi cama*. Esta misma cama. Lleva una máscara negra que le cubre la mitad superior del rostro, pero su sonrisa es visible. Una sonrisa que hace que algo en mi interior se retuerza de repulsión. Entre sus dedos cuelga algo de encaje azul pálido.

Mis bragas. Las que llevé hace dos días.

El aire abandona mis pulmones como si alguien me hubiera golpeado en el estómago. Con dedos que ya apenas me obedecen, giro la segunda fotografía.

Soy yo. Desnuda. Bajo la ducha. La imagen está tomada desde dentro de mi propio baño, a través de la mampara de cristal empañado. Tengo la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, completamente vulnerable.

Un zumbido agudo comienza a sonar en mis oídos. Mi visión se estrecha, como si estuviera mirando a través de un túnel cada vez más angosto. La comprensión me golpea con una claridad devastadora: alguien ha estado aquí. No una vez, sino varias veces. Mientras dormía. Mientras me duchaba. Tocando mis cosas. Observándome en mi momento más íntimo. En mi santuario.

Las fotografías se deslizan de mis manos. Mi cuerpo se siente repentinamente muy pesado y muy ligero al mismo tiempo. Intento

gritar, pero mi garganta se cierra. Intento moverme, pero mis piernas no responden.

Lo último que recuerdo es el tacto de la alfombra contra mi mejilla cuando todo se vuelve negro.

GRAYSON

La noche se cierne sobre Palm Beach como un manto de terciopelo negro. Desde el interior de mi Audi, observo la mansión Blake iluminada en la distancia. He aparcado en el mismo punto de todas las noches: lo suficientemente lejos para no llamar la atención, lo suficientemente cerca para tener una visión perfecta de la entrada principal y de la parte trasera que da al océano.

El cuero del asiento se ha adaptado a mi cuerpo durante estas vigilias nocturnas. El termo de café negro reposa en el portavasos, a medio consumir y ya frío. En la guantera, mi Glock 19 descansa como una promesa silenciosa.

Son las once y catorce minutos. Hace apenas veinte minutos que Sienna y Scarlett han regresado de una cena benéfica en el Flagler Museum. Las he visto entrar, Sienna con un vestido azul noche que parecía hecho de estrellas, Scarlett con uno similar en verde esmeralda. La forma en que Sienna se ha quitado los tacones nada más cruzar la puerta, sosteniéndolos en la mano con un gesto de alivio, ha dibujado una sonrisa involuntaria en mi rostro.

No he tenido tiempo de cambiarme después de la reunión con el embajador francés. He venido directo, la necesidad de verla es mucho más fuerte que cualquier incomodidad del traje. Ni siquiera me he molestado en aflojarme la corbata, aunque ahora me pesa como una soga al cuello.

Conozco sus rutinas mejor que las mías propias. Ahora se cambiará de ropa para ponerse algo cómodo. Después, probablemente se desmaquillará mientras habla con Scarlett. Más tarde, puede que vean una película juntas en la sala de cine de la planta baja, como suelen hacer los viernes.

Me recuesto en el asiento, permitiendo que mi mente vague hacia el territorio prohibido que intento evitar cada noche. Sienna Blake. La perfección hecha mujer. No solo por su belleza, que es innegable,

sino por esa luz que emana de ella. Esa capacidad de sonreír genuinamente después de todo lo que ha sufrido. Esa dulzura que ni siquiera Diana pudo arrebatarle.

Y luego estoy yo. Un hombre con las manos manchadas de sangre. Con una mente tan oscura que a veces me asusta a mí mismo. He visto lo peor de la humanidad. He participado en ello. He tomado decisiones que han costado vidas.

La idea de acercarme a ella, de contaminar su pureza con mi oscuridad, me resulta casi blasfema. Sería como manchar deliberadamente una obra de arte.

No puedo reclamarla. No solo porque no tengo ningún derecho, sino porque ella merece algo infinitamente mejor que un hombre roto como yo.

Y sin embargo, aquí estoy. Noche tras noche. Incapaz de alejarme. Incapaz de dejarla sin mi protección, por muy retorcido que sea mi concepto de protección.

Me pongo cómodo, preparándome para la larga noche de vigilancia. Puede que no tenga derecho a tenerla, pero puedo asegurarme de que nadie le haga daño. Es lo único que puedo ofrecerle desde las sombras.

Un movimiento inusual capta mi atención. Faros que se aproximan a la entrada de la mansión.

Luces azules y rojas destellan en la noche.

Es la policía.

Todo mi cuerpo se tensa como una cuerda de piano. Un frío glacial sustituye la sangre en mis venas, como si me hubieran inyectado nitrógeno líquido directamente en el corazón. Mi mente se llena instantáneamente de imágenes demasiado vívidas, demasiado detalladas: Sienna herida. Sienna sangrando. Sienna...

No.

No puedo permitirme siquiera completar ese pensamiento.

No es solo un coche patrulla. Son tres. Y una furgoneta negra que reconozco demasiado bien: Unidad de Investigación Criminal.

Ha pasado algo. Algo grave.

Sienna.

¿Cómo ha podido pasar?

Antes de ser consciente de mis acciones, ya he salido del coche. El aire nocturno de Florida, cargado de humedad y sal, me golpea el rostro. El miedo, una emoción que creía haber extirpado de mi sistema hace años, me araña las entrañas como un animal salvaje.

No me molesto con sutilezas. No es mi estilo, nunca lo ha sido. Soy un hombre que entra por la puerta principal, que mira a los ojos sin pestañear, que impone su presencia sin disculparse por ello. Y eso es exactamente lo que hago ahora.

Me dirijo directamente hacia la entrada de la mansión, donde los policías están desplegándose. Mi paso es decidido, mi postura erguida. Cada movimiento calculado para transmitir autoridad absoluta.

—Disculpe, señor, no puede pasar —me detiene un joven oficial en la entrada.

Lo miro directamente a los ojos, sin hostilidad pero con una firmeza que no admite discusión.

—Soy Grayson Callahan, de Callahan Security —mi voz es un látigo de hielo—. Me han llamado específicamente para evaluar el perímetro.

No espero su respuesta. Simplemente avanzo, dejando al oficial con la boca abierta. En situaciones como esta, la duda de los demás es tu mejor aliada.

Al cruzar el umbral de la mansión, una oleada de adrenalina me recorre la columna vertebral. Estoy en su espacio. En su santuario. El lugar que he vigilado durante meses desde el exterior. El olor de Sienna, vainilla y jazmín, flota sutil bajo los olores más agresivos de una investigación policial.

El vestíbulo es un hervidero de actividad. Técnicos forenses. Policías uniformados. Detectives. Me muevo entre ellos como si perteneciera allí, cogiendo un par de guantes de látex de una caja abierta y poniéndomelos con la naturalidad de quien lo ha hecho mil veces antes.

Nadie me cuestiona. Nadie me detiene. Mi traje, mi postura, mi expresión de autoridad controlada. Todo grita «profesional». Todo dice «tiene derecho a estar aquí».

Capturo fragmentos de conversaciones mientras avanzo:

—...las fotos estaban por todas partes... —...ha entrado dentro de la casa... —...incluso había una de ella en la ducha...

Cada palabra es como ácido en mi cerebro. Una furia tan helada que quema se extiende desde mi núcleo hasta la punta de mis dedos. Quiero destruir. Quiero desgarrar. Quiero encontrar al responsable y convertirlo en un ejemplo de lo que ocurre cuando alguien toca lo que es mío. Cuando alguien se atreve a tocar a la mujer más perfecta del jodido mundo. A mi ángel.

Porque en algún momento, en algún punto de estos meses de observación, Sienna Blake se ha convertido en algo mío. No en el sentido de posesión —ella nunca sabría, nunca entendería—, sino en el sentido de responsabilidad. De deber.

Y he fallado. He estado vigilando, y aun así, alguien ha entrado. Alguien ha invadido su espacio más íntimo.

No solo tendría que haber puesto un hombre para seguirla. También debería haber puesto efectivos 24/7 vigilando su casa.

Avanzo por la casa como si la conociera de memoria, porque en cierto modo, así es. He memorizado cada rincón visible desde el exterior. He estudiado los planos arquitectónicos. Sé exactamente dónde está cada habitación, cada pasillo.

El ruido de la actividad policial aumenta en la planta superior. Me dirijo hacia allí, subiendo los escalones de dos en dos, mi cuerpo tenso como un muelle comprimido.

Y entonces la veo.

Está descendiendo lentamente por el otro lado de la escalera, apoyada en Scarlett. Lleva un pijama de seda azul pálido y una bata a juego. Su rostro, normalmente radiante, está mortalmente pálido. Sus ojos verdes parecen enormes en su cara, dilatados por el shock o el miedo.

Me quedo inmóvil, a media escalera, observándola. Está viva. Está físicamente ilesa. El alivio que siento al verla es tan intenso que por un momento temo que alguien se dé cuenta.

Pero no sucede.

Los policías y técnicos se mueven a mi alrededor, asumiendo que pertenezco allí, que tengo derecho a estar en esa escalera, en ese momento. La confianza genera aceptación. El poder genera espacio.

Sienna y Scarlett han llegado al pie de la escalera. Como sintiendo mi presencia, Sienna alza la vista. Nuestras miradas se cruzan por primera vez en meses sin barreras. Sin distancia. Sin cristales tintados o prismáticos de por medio.

El tiempo se detiene.

Sus ojos, del color exacto de un bosque en primavera, se fijan en los míos. No hay reconocimiento en ellos. Solo confusión, miedo, y algo más... ¿curiosidad?

Es solo un instante. Un segundo robado al universo. Pero en ese segundo, algo cambia dentro de mí. Ya no es solo protección lo que siento. Es una conexión primordial, visceral, irracional.

Ella parpadea, rompiendo el hechizo, y desvía la mirada hacia un detective que le habla. No sabe que ya me ha visto antes. Para ella soy solo otro hombre de traje en medio del caos, probablemente otro policía o investigador. Un extraño más en esta noche de pesadilla.

Y es mejor así. No necesita saber quién soy. No todavía.

Pero mientras observo cómo se alejan hacia la sala de estar, mi resolución se cristaliza en una certeza absoluta. Alguien ha osado amenazarla. Alguien ha invadido su santuario. Y ahora, ese alguien está oficialmente muerto. Puede que aún no lo sepa, puede que aún respire, pero ya es un cadáver andante.

Me deslizo entre el personal, captando detalles, escuchando conversaciones, evaluando la situación. Los policías no tienen ni idea de a quién buscan. No tienen pistas reales. Solo un puñado de fotografías inquietantes y la certeza de que alguien ha violado la seguridad de la mansión Blake.

No son suficientes. No serán suficientes para atrapar a alguien lo bastante inteligente para entrar y salir sin ser detectado.

Pero yo sí. Yo conozco este juego mejor que nadie. Y ahora, es personal.

La he mantenido vigilada porque sentía que debía hacerlo. Ahora, la protegeré porque es la única opción posible. No permitiré que nadie más se acerque a ella. No permitiré que nadie la dañe.

Y si para conseguirlo tengo que romper todas las reglas, que así sea. Sienna Blake puede ser demasiado pura para un hombre como

yo, pero eso no cambia un hecho fundamental: a partir de ahora, oficialmente, es mi responsabilidad.

Mi misión.

Mi razón.

Mía para proteger.

CAPÍTULO 7

SIENNA

—Sienna. Sienna, despierta. Por favor, Sienna.

La voz de Scarlett me llega como a través de un túnel, distante y distorsionada. Hay otras voces también. Demasiadas. Y luces. Luces demasiado brillantes que me perforan los párpados.

Abro los ojos con dificultad. El mundo gira a mi alrededor antes de estabilizarse. Estoy en el suelo de mi habitación, con la cabeza apoyada en el regazo de Scarlett. Su rostro, idéntico al mío, pero contorsionado por la preocupación, flota sobre mí.

—Gracias a Dios —murmura, apretando mi mano con fuerza—. He llamado a emergencias. La policía ya está aquí.

La policía. La palabra penetra la niebla de mi mente y me devuelve de golpe a la terrible realidad. Las fotografías. El intruso. El hombre que ha invadido mi intimidad más profunda.

Me incorporo demasiado rápido. La habitación da vueltas. Hay personas por todas partes. Hombres y mujeres uniformados. Otros con guantes de látex y maletines. Todos moviéndose por mi espacio como si tuvieran derecho a estar ahí. Y en cierto modo, lo tienen. Mi habitación ya no es mía. Es la escena de un allanamiento.

—Vamos abajo —dice Scarlett, ayudándome a levantarme—. Te han preparado un té en el salón. Necesitan... necesitan procesar la habitación.

Procesar. Como si fuera una escena de CSI. Como si fuera algo que le ocurre a otra persona, no a mí.

Cuando me levanto, el albornoz se me pega a la piel húmeda, recordándome que estoy prácticamente desnuda bajo él. Expuesta. Vulnerable. Exactamente como en esas fotografías.

—Necesito… necesito ponerme un pijama —le digo a mi hermana. Ella asiente y me acompaña a vestirme.

Cuando acabamos, Scarlett me ayuda a descender por la escalera principal hacia el salón, mi mente se desconecta de mi cuerpo. Observo el vestíbulo de mi propia casa como si nunca lo hubiera visto antes. Está lleno de extraños. Policías. Técnicos. Todos entrando y saliendo, hablando en voz baja, llevando bolsas de pruebas.

Mi santuario. Mi fortaleza. Profanada.

Al final de la escalera, algo me hace levantar la vista. Una presencia. Una energía diferente entre todo el caos.

Y entonces lo veo.

Un hombre. Alto. Imponente. De pie en medio de todo el caos como si fuera el dueño del lugar, no otro visitante más. Lleva un traje negro perfectamente cortado que contrasta con su piel bronceada. Su postura, la forma en que ocupa el espacio, irradia una autoridad silenciosa que hace que incluso los policías parezcan carentes de poder.

Pero son sus ojos los que me atraviesan como un rayo. Azules. No del azul cálido del Mediterráneo, sino del azul gélido del hielo ártico.

Nuestras miradas se cruzan y el tiempo parece detenerse.

No hay compasión en esos ojos. Ni la incomodidad educada que muestran los policías. Ni la curiosidad morbosa que sin duda tendría un extraño.

Hay algo más. Algo intenso. Algo primitivo.

Es como si su mirada creara un muro invisible entre yo y el horror que me rodea. Como si sus ojos dijeran: *Voy a encontrar a ese cabrón.*

Un escalofrío me recorre la columna, pero no es de miedo. Es algo más. Algo visceral que nunca había experimentado. Una conexión instantánea e inexplicable con un completo desconocido.

El momento se rompe cuando un detective se acerca a hablarme, bloqueando mi visión. Parpadeo, aturdida, como si despertara de un trance.

—Señorita Blake —dice el detective—. Necesitamos hablar con usted. ¿Se siente capaz de responder algunas preguntas?

Asiento mecánicamente.

Cuando vuelvo a mirar al desconocido ha desaparecido.

Scarlett me guía el resto del camino hasta el salón, donde me hundo en un sillón y me tapo con una manta a pesar del calor de la noche.

Las preguntas comienzan. Un borrón de palabras que mi cerebro apenas procesa. ¿Había notado algo extraño? ¿Alguien siguiéndola? ¿Cómo es la seguridad de la casa? ¿Ha recibido amenazas antes? ¿Por qué no tienen guardaespaldas?

La carta. Debería mencionar la carta.

—Recibí una carta —murmuro—. La semana pasada. Pensé... pensé que no era importante.

Scarlett aprieta mi mano. Sé que está pensando lo mismo que yo: debería haberla tomado en serio. Debería de haber actuado.

El detective toma notas, asiente, hace más preguntas. Pero mi mente sigue volviendo al hombre de ojos azules. Intento buscarlo con la mirada, pero ya no está en mi campo de visión. Por un momento me pregunto si lo he imaginado, si mi mente traumatizada ha conjurado esa presencia protectora de la nada.

El teléfono de Scarlett vibra. Ella lo consulta y me mira con una mezcla de alivio y preocupación.

—Es Carrie —dice—. Viene hacia aquí. Dice que... —duda un momento, como si temiera mi reacción— que mañana mismo vamos a contratar seguridad privada. Que no hay discusión posible. Que no va a tolerar más excusas con eso.

En otro momento, me habría rebelado. Habría insistido en que este es nuestro espacio, que no necesitamos guardias, que podemos cuidarnos solas. Pero ahora...

Ahora solo puedo pensar en esas fotografías. En ese hombre sobre mi cama. En esos ojos que me han estado observando sin que yo lo supiera.

—Vale —digo simplemente, y mi voz suena pequeña, ajena—. Tiene razón.

Scarlett parpadea, claramente sorprendida por mi fácil rendición. Abre la boca para decir algo, pero en ese momento pasan junto a la

puerta dos técnicos forenses, hablando en voz baja sobre «vigilancia prolongada» y «puntos de acceso».

Cierro los ojos, intentando bloquear sus palabras. Es inútil. La realidad me aplasta como una losa de hormigón.

Alguien me está observando. Alguien me ha elegido. Alguien me quiere.

CAPÍTULO 8

GRAYSON

Son las ocho de la mañana cuando aparco frente al edificio de Whitmore Management. He dormido menos de dos horas. El resto de la noche lo he pasado recopilando información sobre Carrie Whitmore, la representante de las hermanas Blake, y ultimando los detalles de mi plan.

Carrie tiene cincuenta y tres años. Está divorciada. Sin hijos. Comenzó como publicista en Nueva York hace treinta años. Se mudó a Los Ángeles, donde construyó una reputación intachable representando a actrices jóvenes. Conoció a las gemelas Blake hace tres años, cuando estaban bajo el control de Diana. Las ayudó a separarse profesionalmente de su madre. Abrió su propia agencia en Palm Beach hace dieciocho meses, trayéndose consigo a las Blake como clientas estrella.

Es protectora. Leal. Tiene fama de incorruptible.

Será difícil de engatusar.

Me ajusto el nudo de la corbata azul marino que he elegido específicamente para esta reunión. El azul inspira confianza. La corbata está hecha a mano por un artesano italiano, con un patrón sutil que sugiere sofisticación sin ostentación. El traje gris oscuro, también a medida, proyecta profesionalidad con un toque de poder contenido.

Cada detalle importa cuando vas a mentir descaradamente para conseguir lo que quieres.

Y lo que quiero es acceso completo a Sienna Blake. Quiero ser yo el que la proteja. No voy a dejar que ningún otro se encargue de ella.

La recepcionista me mira con una mezcla de curiosidad y apreciación cuando me anuncio. No estoy en su lista de citas. No importa. Raramente necesito una.

—Quiero hablar con la señora Whitmore —digo, mi voz calibrada para proyectar autoridad sin resultar intimidante.

—La señora Whitmore tiene la agenda completa hoy, señor —responde ella, revisando la pantalla—. Especialmente después del... incidente de anoche.

Hasta la recepcionista lo sabe. Probablemente todo el edificio está al tanto. El acosador de la famosa Sienna Blake. La noticia perfecta para los buitres de la prensa sensacionalista.

—Dígale que Grayson Callahan, CEO de Callahan Security, tiene una propuesta que resolverá su problema más urgente.

Algo en mi tono debe convencerla. Descuelga el teléfono.

Cuatro minutos después estoy atravesando la puerta de un despacho amplio y luminoso con vistas al mar. Carrie Whitmore se levanta para recibirme. Es más alta de lo que esperaba, con ese tipo de elegancia que solo otorgan los años de moverse entre los poderosos. Su pelo gris está cortado en una melena perfecta que enmarca un rostro de rasgos fuertes y ojos perspicaces. Lleva un traje sastre color burdeos de aspecto costoso.

No me sonríe. Solo me da un apretón de manos firme y una evaluación rápida pero exhaustiva.

—Señor Callahan. Tengo exactamente siete minutos antes de mi próxima reunión.

Me gusta su franqueza. Odio perder el tiempo tanto como ella.

—Seré directo entonces —respondo, tomando asiento solo después de que ella lo hace—. Sé lo que ocurrió anoche en la mansión Blake. Y vengo a ofrecerle la mejor protección privada de la costa este para sus clientas.

Sus cejas se alzan ligeramente. Es buena ocultando su sorpresa, pero no lo suficiente para mí.

—Los informes policiales no son públicos todavía. —No es una pregunta, es una acusación velada.

—Tengo contactos —respondo con una media sonrisa que no revela nada—. Como usted.

Entrelaza los dedos sobre la mesa. Sus uñas, perfectamente pintadas en el mismo tono que su traje, tamborilean una vez antes de detenerse. Un gesto revelador. Está evaluándome.

—¿Y por qué estaría interesado Callahan Security en este caso en particular? Tengo entendido que se especializan en dignatarios extranjeros, estrellas de Hollywood y CEOs paranoicos.

Sonrío internamente. Ha investigado mi empresa antes de hacerme pasar. No esperaba menos.

—Expansión de mercado —miento con perfecta convicción—. Las celebridades con problemas de acosadores son un nicho lucrativo. Las gemelas Blake serían referencias excelentes para ese sector. Además, el futuro perfil mediático del caso garantiza visibilidad para mi empresa.

Es una explicación perfectamente lógica. Fría. Calculadora. Exactamente lo que se esperaría de un empresario ambicioso.

Y completamente falsa.

—Ya veo —murmura, y casi puedo ver los engranajes girando tras sus ojos—. ¿Qué propone exactamente?

Saco una Tablet de mi maletín, la desbloqueo y se la entrego. En la pantalla se muestra un plan detallado que he elaborado durante la noche.

—Seguridad completa. Tres turnos de dos agentes cada uno, rotando las 24 horas. Sistemas electrónicos de última generación instalados en la mansión. Supervisión de todas sus salidas. Análisis de riesgos en cada evento al que asistan. —Hago una pausa calculada—. Y yo personalmente supervisando la operación.

Sus ojos se estrechan ligeramente.

—¿Usted? ¿El CEO se va a involucrar directamente?

—Como he dicho, es un caso de alto perfil. Merece mi atención personal.

Ella desliza el dedo por la pantalla, revisando números, protocolos, detalles.

—Este precio —dice finalmente—. Es significativamente menor que lo que esperaría por este nivel de servicio.

—Considérelo una inversión estratégica de mi parte.

Ella deja la Tablet sobre la mesa y me mira directamente. Hay una agudeza en su mirada que me recuerda a algunos interrogadores que conocí en Afganistán. Estoy ante una oponente formidable.

—Señor Callahan, llevo treinta años en un negocio construido sobre mentiras bonitas. Detecto cuando alguien no me está contando toda la verdad.

Mantengo mi expresión perfectamente neutra, pero mi pulso se acelera ligeramente. Esta mujer es buena. Muy buena.

—Todo lo que necesita saber está en ese contrato —respondo, mi voz firme.

—Mmm. —Se recuesta en su silla, estudiándome—. Sabe, mis chicas no son como la mayoría de los ricos con los que ha tratado. No son caprichosas. No son difíciles. —Su voz adquiere un matiz protector, casi maternal—. Son las personas más dulces y genuinas que he conocido en esta industria de mierda. Y lo que pocos saben es hasta qué punto están dañadas.

Algo se tensa dentro de mi pecho. Una cuerda invisible que se estira hasta casi romperse.

—¿A qué se refiere? —pregunto, genuinamente interesado. He investigado todo sobre Sienna, pero hay cosas que no aparecen en los expedientes.

Carrie me estudia, decidiendo cuánto revelar. Tras un momento, parece tomar una decisión.

—Hace tres meses tuve que atrasar una campaña porque Sienna tuvo una crisis de ansiedad tan severa que no pudo salir de su habitación en todo el día. —Sus ojos no abandonan los míos, observando cada micro-reacción—. Todo porque vio a su madre en una revista. Una maldita foto, señor Callahan. Y esa mujer sigue intentando contactarlas, sigue acosándolas a su manera.

Mis dedos se cierran en un puño sobre mi rodilla, fuera de su vista. La rabia me quema por dentro, una furia fría y cortante que amenaza con romper la fachada profesional que he mantenido durante toda la reunión. La idea de Sienna sufriendo aún, vulnerable, asediada por su propia madre... Me resulta insoportable.

Pero mantengo el rostro impasible. O eso creo.

—Veo que tiene usted una preocupación genuina por sus clientas —digo, mi voz controlada pese al incendio que arrasa mi interior.

Carrie se inclina hacia delante, clavando sus ojos en los míos con una intensidad que me sorprende.

—¿Sabe lo que quiero, señor Callahan? Quiero saber si sus intenciones son buenas. No hacia mi agencia. No hacia la marca Blake Sisters. Sino hacia ellas. Hacia Sienna y Scarlett como personas.

La pregunta me pilla desprevenido. Estoy acostumbrado a manejar negociaciones de alto nivel, a manipular situaciones para obtener lo que quiero. Pero ahora, frente a esta mujer que claramente se preocupa por Sienna, siento la necesidad de ofrecer algo de verdad.

—Señora Whitmore —digo, y por primera vez durante la reunión, dejo caer parte de la máscara—. Si hay algo que puedo jurarle, es que mientras yo esté a su cargo, no permitiré que absolutamente nadie les toque un puto pelo de la cabeza.

Las palabras salen con una intensidad casi brutal. No es la respuesta pulida que había planeado. Es demasiado cruda. Demasiado reveladora.

Pero funciona.

Algo cambia en su expresión. Un reconocimiento. Como si finalmente viera algo auténtico en mí.

—Eso —dice con una leve inclinación de cabeza— suena a una promesa que puedo creer.

Se levanta, dando por terminada la reunión. No ha sido ni de lejos el tiempo que teníamos asignado. Eso solo puede significar una cosa.

—¿Cuándo pueden empezar? —pregunta mientras extiendo la mano para estrechar la suya.

—Mañana a primera hora.

—Perfecto. Me reuniré con las chicas para comunicarles el acuerdo. —Hace una pausa mientras me acompaña a la puerta—. Debo advertirle que Sienna puede ser... resistente a la idea.

—Lo manejaré —aseguro, y realmente lo creo.

Cuando salgo del edificio y me siento tras el volante de mi Audi, permito que una sonrisa se extienda lentamente por mi rostro. La primera fase del plan está completa. Mañana estaré oficialmente dentro. Cerca de ella. Protegiéndola.

Pero mientras arranco el motor, otra emoción oscurece mi satisfacción. La furia fría sigue ahí, agazapada bajo la superficie.

Alguien ha herido a Sienna. Alguien la sigue atormentando. Y sea quien sea, algún día pagará por ello.

Porque si hay algo cierto en todo lo que he dicho, es que nadie, absolutamente nadie, volverá a hacer daño a Sienna Blake mientras yo respire.

CAPÍTULO 9

GRAYSON

—¿Te has vuelto completamente loco?

La pregunta de Easton flota en el aire de mi despacho como una granada sin seguro. Está sentado frente a mí, sus ojos azules desorbitados, mirándome como si me hubiera crecido una segunda cabeza. A su lado, Weston se mantiene en su habitual silencio, pero la forma en que ha arqueado su ceja derecha es el equivalente en él a un grito de asombro.

Me mantengo impasible, con las manos entrelazadas sobre mi escritorio de caoba. El silencio se prolonga deliberadamente. Es una técnica que uso en negociaciones difíciles: dejar que el oponente se ahogue en su propia incomodidad. Pero estos dos cabrones me conocen demasiado bien para caer en eso.

—Lo digo en serio, Gray —insiste Easton, inclinándose hacia delante—. ¿Tú? ¿En una misión de protección personal? ¿Cuánto hace que no te encargas de un cliente? ¿Tres años? ¿Cuatro?

—Cinco —responde Weston, su voz grave rompiendo su mutismo —. Desde el príncipe saudí.

Cinco años. Tienen razón. Desde que fundé Callahan Security, me he mantenido deliberadamente alejado del trabajo de campo. Soy el estratega, el negociador, el rostro público de la empresa. No el guardaespaldas que se planta a un metro de distancia de clientes caprichosos, aguantando sus berrinches y sus horarios imposibles.

Y, sin embargo, aquí estoy.

—No necesito que me recordéis cómo dirijo mi propia empresa — respondo, mi voz engañosamente tranquila—. Necesito que os preparéis. Salimos mañana a las 7:30.

Easton suelta una carcajada que reverberaría por todo el espacio si no hubiera mandado insonorizar este despacho.

—¿Las hermanas Blake? ¿En serio? —Niega con la cabeza, incrédulo—. Son famosas, Gray. Influencers. Exactamente el tipo de cliente que siempre has evitado. Siempre dices que son problemáticos, narcisistas y…

—Es suficiente —lo corto secamente.

Algo en mi tono hace que Easton se calle de golpe. No es habitual que hable así con él. Somos amigos desde hace demasiados años, hemos pasado por demasiadas mierdas juntos. Pero esto es diferente. Esto es sobre Sienna.

Abro una carpeta y extraigo varias fotografías, colocándolas cuidadosamente sobre el escritorio. Son imágenes que he seleccionado específicamente: la mansión Blake vista desde diferentes ángulos, planos de seguridad del perímetro, y una única foto del intruso enmascarado, recortada para mostrar solo al hombre y no la cama de Sienna.

—Alguien ha estado acosando a Sienna Blake —explico mientras ambos examinan las imágenes—. Entró en su casa. La fotografió en situaciones íntimas. Le dejó «regalos».

La expresión de Easton se transforma por completo. La diversión desaparece, sustituida por una seriedad profesional que pocas personas llegan a ver tras su perpetua fachada de encantador despreocupado.

—¿Qué tipo de «regalos»? —pregunta, tomando la fotografía del enmascarado.

—Del tipo que no voy a discutir —respondo cortante—. La policía no tiene nada útil. El tipo es listo. No dejó huellas, no hay imágenes en las cámaras de seguridad. Pero yo voy a encontrarlo.

Weston, que ha estado estudiando las fotografías en silencio, levanta la mirada. Sus ojos oscuros, siempre atentos, siempre calculando, me examinan con una intensidad incómoda.

—¿Por qué tú? —pregunta simplemente.

Es la pregunta que he estado temiendo. La que no puedo responder con la verdad. Porque la verdad es que llevo meses obsesionado con Sienna Blake. Que la he vigilado. Que he

memorizado sus rutinas, sus expresiones, la forma exacta en que inclina la cabeza cuando algo le interesa. Que he soñado con ella.

—Expansión de mercado —repito la misma mentira que le serví a Carrie Whitmore—. Las celebridades con problemas de seguridad son un sector lucrativo.

Weston mantiene su mirada fija en mí durante un segundo demasiado largo. No dice nada, pero su silencio es elocuente. No me cree.

—El motivo es indiferente —continúo, desplegando un plano sobre el escritorio—. Así es como lo vamos a organizar. Turnos de ocho horas. Yo tomaré el turno de día, de 8 a 16. Easton, tú te encargarás de la tarde, de 16 a medianoche. Weston, turno de noche.

—¿Por qué yo el turno de noche? —pregunta Weston, aunque su tono sugiere que ya sabe la respuesta.

—Porque eres el único que puede estar ocho horas sin abrir la boca —respondo secamente—. Y porque durante la noche es cuando son más vulnerables.

Easton ha estado revisando el dossier que he preparado, donde intencionadamente no he incluido ninguna foto personal de las gemelas. Solo información técnica, datos relevantes para la seguridad.

—Oye, ahora que lo pienso... —comenta, levantando la mirada del dossier—. Scarlett es la que diseña, ¿no? La hermana que siempre está en segundo plano. Tiene pinta de ser más interesante que la famosa.

Algo en mi interior se relaja ligeramente. Es mejor que se centre en Scarlett que en Sienna. Mucho mejor.

—Ninguna de las dos te interesa —respondo, mi voz plana—. Ambas están fuera de los límites.

—¿Fuera de límites? —repite Easton, una sonrisa traviesa formándose en su rostro—. ¿Para quién exactamente?

—Para todos —espeto—. Están bajo nuestra protección, no son objetivos de caza.

Weston y Easton intercambian una mirada que conozco demasiado bien. Es esa comunicación silenciosa que comparten,

como si tuvieran un idioma secreto. Siempre me ha fascinado y molestado a partes iguales.

—Así que... —Easton se recuesta en su silla, sus ojos brillando con diversión maliciosa— nada de tontear con ellas. Nada de acostarse con ellas.

—Correcto.

—Y supongo que —continúa, ahora claramente disfrutando— antes de que se nos ocurra hacer la puta gracia, tampoco los dos a la vez, ¿no?

No respondo inmediatamente. Sus «preferencias» no son un secreto para mí. Los he visto en acción, compartiendo mujeres durante años, creando esa extraña dinámica que parece funcionar para ellos.

—Especialmente eso —confirmo finalmente, mi voz cortante como una navaja—. Esto es un trabajo. Quiero profesionalidad absoluta. Sin excepciones.

Weston, que rara vez muestra ninguna emoción, tiene la audacia de esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Eso va para todos? ¿O solo para nosotros?

La pregunta me pilla desprevenido. No por su contenido, sino porque viene de Weston. El silencioso. El observador. El que normalmente se mantiene al margen de estas provocaciones.

Lo que significa que ha visto algo en mí. Algo que no he ocultado lo suficientemente bien.

Mantengo mi rostro perfectamente impasible, pero mis dedos se tensan casi imperceptiblemente sobre el escritorio.

—Por supuesto que va para todos —respondo, mi voz controlada y fría—. Yo más que nadie.

Easton suelta una risa que me irrita hasta lo indecible.

—Claro, claro. Por eso estás cogiendo personalmente este caso.

Le lanzo una mirada que habría hecho retroceder a cualquier otro hombre. Una mirada que he perfeccionado en interrogatorios a terroristas en campos de prisioneros. Él solo ensancha su sonrisa.

—Haremos el trabajo y tendremos las manos quietecitas —interviene Weston, salvando a Easton de mi respuesta—. ¿Hay algo más que debamos saber?

Respiro hondo, agradecido por el cambio de tema.

—La casa es grande. Tiene tres pisos, piscina, acceso directo a la playa. El sistema de seguridad es decente, pero voy a actualizarlo. —Señalo varios puntos en el plano—. Coged lo esencial para dos semanas, pero preparaos para una estancia indefinida. —Mi voz se endurece—. No nos vamos hasta atrapar a ese cabrón.

Easton y Weston asienten al unísono. A pesar de sus bromas, son profesionales. Los mejores. Por eso confío en ellos para esto. Por eso son los únicos a quienes permitiría acercarse a ella.

—Y una cosa más. —Me inclino hacia delante, clavando mis ojos en los suyos—. Sienna puede ser... resistente a la idea. No está acostumbrada a tener protección. No quiero que se sienta agobiada.

Easton arquea una ceja.

—¿Y qué sugieres exactamente? ¿Que la vigilemos sin que se dé cuenta? —Su voz rezuma sarcasmo—. Porque eso no es espeluznante en absoluto.

Le ignoro deliberadamente.

—Sed discretos. Profesionales. Dadle espacio cuando lo necesite. Y sobre todo... —Mi voz se vuelve grave, cargada de una amenaza velada— no hagáis nada que la incomode.

La reunión termina poco después. Les doy los últimos detalles, las contraseñas, los códigos de acceso. Les explico lo que sabemos del acosador, que es prácticamente nada.

Cuando finalmente se levantan para irse, Easton se detiene en la puerta, mirándome por encima del hombro.

—¿Sabes, Gray? Nunca te había visto tan... involucrado en un caso.

—Es importante —respondo secamente.

—Sí. —Su sonrisa se vuelve extrañamente sincera—. Ya veo que lo es.

La puerta se cierra tras ellos, dejándome solo con mis pensamientos y la imagen de Sienna que no deja de flotar en mi mente.

Son las diez de la noche cuando termino de hacer mi maleta. He organizado cada elemento con precisión militar: ropa, armas, equipamiento. Todo tiene su lugar asignado. Todo está bajo control.

Control. Es lo único que me ha mantenido cuerdo todos estos años. Control sobre mi entorno, mis emociones, mis instintos. Y ahora siento que estoy perdiendo ese control, centímetro a centímetro, por una mujer que ni siquiera sabe que existo. No realmente.

Mañana me conocerá.

No como el acosador que la ha vigilado desde la distancia. No como el hombre que irrumpió en su casa en medio del caos policial. Sino como su guardaespaldas oficial. Como alguien en quien puede confiar.

La ironía es casi dolorosa.

Cierro la maleta y compruebo la hora. Debería intentar dormir. Mañana será un día largo, y necesito estar en plena forma. Debería quedarme en mi ático, donde todo está perfectamente ordenado, donde nada está fuera de lugar.

Pero no puedo.

Diez minutos después, estoy en mi coche, conduciendo hacia Ocean Boulevard. No voy a entrar en la mansión, por supuesto. No hasta mañana, cuando sea oficial. Pero necesito estar cerca. Necesito saber que está a salvo durante esta última noche.

Aparco en mi lugar habitual, desde donde tengo una vista perfecta de la entrada principal. Las luces del ala este están encendidas. Scarlett debe estar trabajando hasta tarde. El ala de Sienna está a oscuras. ¿Estará durmiendo? ¿O estará despierta, aterrorizada, temiendo que el intruso regrese?

Mi mano se cierra en un puño tan apretado que los nudillos crujen. La idea de ella asustada, vulnerable, me resulta insoportable.

Mañana, eso cambiará. Mañana estaré allí, dentro, lo suficientemente cerca para protegerla de verdad. Para asegurarme de que nadie vuelva a acercarse a ella sin mi permiso.

Porque si hay algo que tengo claro, algo tan cierto como el latido de mi corazón, es que nadie, absolutamente nadie, tocará a Sienna mientras yo viva.

Para conseguirlo, tendrán que matarme primero.
Y no soy fácil de matar.

CAPÍTULO 10

SIENNA

La luz de la mañana se filtra a través de las persianas entornadas, dibujando patrones sobre las sábanas arrugadas. Han pasado dos días desde que encontré esas fotografías, y todavía me niego a dormir con la habitación a oscuras. Paradójicamente, la luz que antes me molestaba para conciliar el sueño ahora es mi único consuelo.

Me incorporo, estirando los músculos agarrotados. Anoche conseguí dormir casi cuatro horas seguidas. Todo un récord, teniendo en cuenta las circunstancias.

Scarlett ha insistido cada noche en que duerma en su habitación, pero me he negado. No voy a dejar que ese enfermo me expulse de mi propio espacio. Ni de mi cama. Ni de mi vida. A quien quiera que sea, no le voy a dar ese poder.

Aparto las sábanas de un manotazo y me dirijo al baño. La mujer que me devuelve la mirada desde el espejo tiene ojeras, sí, pero también una determinación férrea en sus ojos verdes. Mi madre pasó años tratando de quebrarme sin conseguirlo. Este acosador no va a lograrlo en unos días.

Bajo el chorro caliente de la ducha, intento no pensar en aquella fotografía. En que alguien estuvo aquí, mirándome, en mi momento más vulnerable. En lugar de eso, me concentro en el día que tengo por delante. Hoy llegan los guardaespaldas que Carrie ha contratado. La idea de tener desconocidos invadiendo nuestra casa me revuelve el estómago, pero lo último que quiero es mostrarme vulnerable o asustada.

Elijo cuidadosamente mi atuendo: un vestido verde esmeralda que resalta mis ojos y se ajusta perfectamente a mi figura, sin ser

vulgar. Si voy a perder mi privacidad, al menos me aseguraré de mantener el control sobre la primera impresión que dé. El maquillaje es sencillo pero impecable. Ni demasiado, que parecería que me he esforzado, ni demasiado poco, que revelaría lo poco que he dormido.

—¡Sienna! ¡Carrie acaba de llamar! ¡Estarán aquí en media hora! —la voz de Scarlett me llega desde el pasillo.

—¡Voy! —respondo, dándome un último vistazo en el espejo.

Cuando bajo las escaleras, encuentro a Scarlett en la cocina, con su habitual taza de café extragrande entre las manos. A diferencia de mí, ella ha optado por la comodidad: vaqueros desgastados, camiseta extragrande, y el pelo recogido en un moño descuidado del que escapan varios mechones rebeldes.

—No puedo creer que te hayas arreglado tanto para conocer a unos guardaespaldas —comenta con una sonrisa burlona.

—No me he arreglado «tanto» —replico, sirviéndome un té—. Solo lo justo para parecer una profesional que sabe lo que hace, no una víctima asustada.

—Tú nunca pareces una víctima asustada —dice, y hay un orgullo sincero en su voz que me reconforta—. Ni siquiera cuando realmente lo estás.

Le dedico una pequeña sonrisa mientras me siento frente a ella. Scarlett siempre ha sabido leerme mejor que nadie.

—¿Qué te ha contado Carrie? —pregunto, cambiando de tema.

Mi hermana se encoge de hombros.

—No mucho. Solo que ha conseguido a «los mejores del sector» y que el jefe vendrá personalmente a supervisar todo. —Da un sorbo a su café—. Espero que al menos no sean unos dinosaurios aburridos. Si vamos a tener compañía forzosa, que al menos sean agradables a la vista.

Justo cuando voy a responder, el intercomunicador de la entrada principal suena. El tintineo me provoca un escalofrío instintivo que me esfuerzo en disimular.

—Debe ser Carrie —dice Scarlett, levantándose—. Iré a abrir.

Mientras espero en la cocina, repaso mentalmente lo que voy a decir. Seré educada pero firme. Estableceré límites. Dejaré claro que,

aunque acepto la protección, esto es temporal. Mi casa sigue siendo mi casa. Mi vida sigue siendo mi vida.

Las voces en el vestíbulo me indican que Carrie ha llegado. Me doy un último momento para recomponerme antes de dirigirme al salón.

Carrie me recibe con un abrazo que huele a Chanel Nº5 y a preocupación genuina.

—Cariño, ¿cómo estás? —pregunta, examinándome como si pudiera detectar cualquier grieta en mi armadura—. Te ves... sorprendentemente bien.

—Estoy bien —respondo con una sonrisa que no es del todo falsa —. Ansiosa por resolver esto y volver a la normalidad, pero bien.

Ella asiente, aunque veo la duda en sus ojos. Me conoce demasiado bien.

—Ya he repasado algunos detalles con Scarlett —dice, mientras nos sentamos en los sofás—. El equipo de seguridad llegará en cualquier momento. Son...

El timbre la interrumpe. Intercambiamos una mirada.

—Deben ser ellos —comenta, levantándose—. Dejaré que Rosa los haga pasar.

Mientras esperamos, noto que las manos me sudan ligeramente. Es ridículo. He conocido a presidentes, celebridades internacionales, diseñadores legendarios. ¿Por qué estoy nerviosa por unos simples guardaespaldas? ¿Solo porque vayan a estar en mi espacio?

Un murmullo de voces masculinas llega desde el vestíbulo, y luego aparecen en la puerta del salón.

El impacto visual es inmediato. En lugar de los típicos matones trajeados de negro que esperaba, entran tres hombres que parecen sacados de una revista de moda para estilos completamente diferentes.

El primero en cruzar el umbral es alto, rubio y con una sonrisa que derretiría el polo norte. Tiene ese tipo de belleza dorada californiana, despreocupada y luminosa. El segundo, más alto aún, es todo lo contrario: pelo negro, expresión seria, una presencia silenciosa pero imponente.

—Madre mía —susurra Scarlett junto a mí, tan bajo que solo yo la oigo—. Están buenísimos.

Estoy a punto de darle un codazo cuando lo veo. El tercero.

Es él. El hombre de ojos azules de la noche del incidente. El que me miró desde el vestíbulo con aquella intensidad que me atravesó el alma. ¿Vendría por orden de Carrie?

Pero a plena luz del día, es aún más impactante. Alto, pero no de la forma desgarbada de algunos hombres altos, sino con una solidez que transmite fuerza contenida. Hombros anchos que el traje negro a medida no consigue domesticar del todo. Mandíbula cincelada cubierta por una barba incipiente perfectamente perfilada. Y esos ojos... Dios, esos ojos. De un azul tan claro que parece imposible, enmarcados por pestañas oscuras y cejas expresivas.

Nuestras miradas se cruzan y siento una descarga eléctrica que me recorre la columna vertebral. El reconocimiento es instantáneo, y durante un segundo pienso que va a decir algo. Pero su expresión permanece profesionalmente neutra, aunque me parece detectar un destello de... ¿qué? ¿Interés? ¿Reconocimiento?

Desvío la mirada, fingiendo estudiar a los otros dos hombres, mientras mi corazón martillea contra mis costillas como si quisiera escapar. Si él no da signos de que nos hemos visto antes no pienso ser yo la que diga que me fijé en él. Va a parecer que soy una lunática.

—Sienna, Scarlett —la voz de Carrie rompe el hechizo—, os presento a Grayson Callahan, director de Callahan Security. Y estos son Easton Reid y Weston Torres, sus asociados.

El rubio sonriente, Easton, nos saluda con un guiño descarado que hace que Scarlett suelte una risita. El moreno silencioso, Weston, simplemente asiente con un movimiento casi imperceptible.

Pero es Grayson Callahan quien se adelanta, su presencia dominando toda la estancia sin esfuerzo aparente.

—Señoritas Blake —su voz es profunda, con un timbre que parece vibrar directamente contra mi piel—. Lamento las circunstancias que nos han llevado a conocernos.

Extiende su mano primero hacia mí. Por un segundo, contemplo la posibilidad de ignorar el gesto, de establecer distancia desde el

principio. Pero algo en mí, algo que ni siquiera entiendo, me impulsa a aceptarlo.

Su mano envuelve la mía completamente. Es cálida, sorprendentemente áspera para alguien que debe pasar sus días en una oficina, y tan grande que hace que la mía parezca diminuta en comparación. El contacto envía una corriente eléctrica por mi brazo que casi me hace jadear.

—Señor Callahan —consigo articular, orgullosa de que mi voz suene firme—. Esperemos que su estancia aquí sea breve y efectiva.

Sus labios se curvan ligeramente en una casi sonrisa que no llega a sus ojos. Ojos que no se han apartado de los míos ni un segundo, como si intentara leerme el alma.

—Ese es precisamente mi objetivo, señorita Blake.

Algo en su tono, en la intensidad de su mirada, me hace pensar que hay capas y capas de significado bajo esas simples palabras. Pero antes de que pueda analizarlo, suelta mi mano y se gira hacia Scarlett.

Mientras todos tomamos asiento, no puedo evitar seguirlo con la mirada. Hay algo en él, en la forma en que se mueve, en cómo ocupa el espacio, que me resulta magnético. No es solo su atractivo físico, que es innegable. Es una especie de gravedad que parece emanar de él, atrayendo toda mi atención aunque intente evitarlo.

—Como ya le he explicado a la señora Whitmore —comienza Callahan, sentándose frente a nosotras—, la situación requiere medidas inmediatas y completas.

Su voz es tranquila pero autoritaria, el tipo de voz que hace que la gente escuche automáticamente. Mientras habla sobre protocolos de seguridad y evaluaciones de riesgo, no puedo evitar fijarme en detalles: cómo sus manos, grandes y con venas marcadas, gesticulan con precisión controlada; cómo su mirada, aunque aparentemente dirigida a todos, vuelve a mí una y otra vez; la forma en que el traje se tensa sobre sus hombros cuando se inclina ligeramente hacia adelante.

—...lo que significa que deberemos residir aquí durante el tiempo que dure la investigación —está diciendo, y sus palabras me sacan bruscamente de mi ensimismamiento.

—¿Perdona? —interrumpo, parpadeando—. ¿Has dicho «residir aquí»?

Callahan me mira directamente, sin parpadear.

—Es el protocolo estándar en casos de acoso de alto riesgo —explica con una calma que de repente me irrita—. Protección continua, las 24 horas. Y dado el nivel de acceso que el intruso ha demostrado tener, es imprescindible.

Algo se rebela dentro de mí. Después de años bajo el control de Diana, la idea de tener a tres desconocidos vigilándome constantemente, invadiendo el único espacio que consideraba verdaderamente mío, me resulta claustrofóbica.

—Pero…

—Sienna —interviene Carrie con tono conciliador pero firme—. Ya hemos hablado de esto. El señor Callahan y su equipo son los mejores, y sus recomendaciones no son negociables. Tu seguridad es la prioridad.

—Carrie tiene razón, Sienna —dice Scarlett a mi lado—. No podemos arriesgarnos.

Me siento atrapada. Sé que tienen razón. Sé que es necesario. Pero eso no hace que sea más fácil aceptarlo.

—Entiendo su reticencia, señorita Blake —dice Callahan, y hay algo en su voz, una nota casi imperceptible de... ¿compasión?—. Pero le aseguro que seremos lo más discretos posible. Su vida cotidiana continuará con las mínimas interrupciones necesarias.

Lo miro, buscando condescendencia en su rostro, esperando esa expresión que tantos hombres adoptan cuando creen que una mujer está siendo «irracional». Pero no encuentro nada de eso. Solo una intensidad honesta que, por alguna razón, hace que me sienta vista. No como Sienna Blake, la modelo, la influencer, la mitad de Blake Sisters. Sino simplemente como Sienna.

Es una sensación tan extraña que me descoloca por completo.

—De acuerdo —concedo finalmente—. Pero con una condición.

Carrie suelta un suspiro exasperado.

—Sienna, no estás en posición de poner condiciones. Esto es por tu seguridad.

—Es nuestra casa, Carrie —replico, sin apartar la mirada de Callahan—. Si vamos a tener tres hombres viviendo aquí, al menos quiero tener claro cuándo se terminará esta situación.

Callahan intercambia una mirada con Carrie antes de intervenir.

—¿Cuál es su condición, señorita Blake?

—Quiero que, en cuanto atrapen al acosador, esto se acabe. Inmediatamente. —Mantengo mi voz firme, ignorando la mirada de advertencia de Carrie—. No quiero excusas sobre «periodos de seguridad adicionales» o «vigilancia preventiva». Quiero mi vida de vuelta.

Carrie se inclina hacia mí, bajando la voz, aunque todos pueden oírla perfectamente.

—Sienna, no puedes poner plazos a la seguridad. El protocolo estándar incluye un periodo de…

—No me importa el protocolo estándar —la interrumpo—. O aceptáis esta condición, o no hay trato.

—Sienna... —el tono de Carrie es una advertencia clara.

—En realidad —interviene Callahan, su voz suena absolutamente controlada—, puedo acceder a esa petición, con una salvedad.

Tanto Carrie como yo lo miramos sorprendidas.

—Cuando confirmemos que el acosador ha sido capturado y que no hay cómplices ni amenazas secundarias, nos retiraremos —continúa—. Pero necesito su palabra de que, si aparecen nuevas evidencias de peligro, nos contactarán inmediatamente.

Sus ojos no se apartan de los míos, desafiándome a rechazar algo tan razonable. Es frustrante lo difícil que resulta leerlo. ¿Está cediendo porque le importa mi comodidad o simplemente porque quiere cerrar el trato?

—Eso parece justo —concede Carrie antes de que pueda responder—. ¿Te parece bien, Sienna?

Me gustaría seguir discutiendo, pero sé reconocer una buena oferta cuando la veo.

—Sí, estoy de acuerdo —acepto finalmente—. Pero lo digo en serio. En cuanto ese tipo esté tras las rejas, quiero mi espacio de vuelta.

—Trato hecho —dice Callahan, y algo en su mirada, una intensidad que va más allá de lo profesional, me provoca un escalofrío que no tiene nada que ver con el miedo.

—Excelente —suspira Carrie, visiblemente aliviada—. Ahora, si me disculpáis, el señor Callahan y yo tenemos que repasar algunos detalles del contrato. Sienna, ¿podríais Scarlett y tú mostrarles a Easton y a Weston qué habitaciones tienen disponibles?

—Por supuesto —responde Scarlett, que ha permanecido inusualmente callada durante toda la discusión—. Tenemos varias opciones en la planta superior.

Mientras nos levantamos, siento la mirada de Callahan siguiendo cada uno de mis movimientos. Es como un peso físico, como si pudiera sentirla sobre mi piel. Cuando paso junto a él, su aroma —algo cítrico con notas de madera y cuero— me envuelve momentáneamente, provocándome un escalofrío involuntario.

—Por aquí, caballeros —indico con una formalidad que no siento —. Les mostraremos las habitaciones disponibles.

Mientras subimos las escaleras, soy dolorosamente consciente de su mirada en mi espalda.

No entiendo qué me pasa. He conocido a hombres atractivos antes. Hombres poderosos. Hombres intimidantes. Ninguno me ha hecho sentir así, como si mi piel fuera repentinamente hipersensible, como si el aire entre nosotros estuviera cargado de electricidad.

Quizás es la situación. El estrés. El miedo subyacente por lo del acosador. Tiene que ser eso. Porque la alternativa, que hay algo en Grayson Callahan que despierta en mí sensaciones que creía dormidas para siempre, es demasiado complicada como para contemplarla siquiera.

Mientras abro la puerta de la primera habitación disponible, me prometo a mí misma que mantendré las distancias. Que seré educada pero distante. Profesional. Que no permitiré que esos ojos azules como el hielo ártico me desestabilicen de nuevo.

CAPÍTULO 11

GRAYSON

—La seguridad de este sitio es un puto chiste —gruñe Easton mientras terminamos de revisar el sistema existente en la mansión.

Estamos en una de las habitaciones que nos han asignado, convertida ahora en centro de operaciones. Los tres inclinados sobre planos desplegados, informes policiales y las imágenes que he conseguido de las cámaras perimetrales de la noche de la intrusión.

—Es una casa familiar, no Fort Knox —respondo, pero la rabia me hierve por dentro.

Cada deficiencia que detecto es como una puñalada. Cada punto vulnerable, una traición personal. El perímetro exterior tiene zonas sin cobertura de cámaras. El sistema de alarma es básico, fácilmente neutralizable. Las cerraduras de las ventanas del segundo piso son una broma para cualquiera con conocimientos mínimos.

Y este lugar alberga a Sienna. Mi Sienna.

—Cualquiera con un tutorial de YouTube podría entrar sin ser detectado —comenta Weston, que ha estado analizando silenciosamente las grabaciones—. No me sorprende que ese cabrón lo lograra.

La imagen mental de un desconocido entrando en su habitación, observándola mientras dormía, tocando sus cosas, hace que mi sangre se transforme en hielo ardiente. Mi mano se cierra en un puño sobre la mesa, tan fuerte que los nudillos crujen.

—Mañana lo vamos a cambiar todo —digo, controlando mi voz con un esfuerzo sobrehumano—. Vamos a instalar un sistema completo de última generación. Sensores de movimiento infrarrojo. Cámaras térmicas. Alarmas silenciosas conectadas directamente a

nuestros dispositivos. Quiero que esta casa sea más segura que la puta Casa Blanca.

Easton y Weston intercambian una mirada. La conozco bien. Es la mirada de «Grayson está perdiendo la cabeza».

—¿No es excesivo? —aventura Easton—. Digo, para ser solo un acosador...

Lo miro directamente, dejando caer por un segundo la máscara de profesionalismo. Lo que ve en mis ojos debe ser suficiente contestación a su pregunta, porque retrocede ligeramente.

—¿Excesivo? —mi voz es engañosamente suave—. Ese hijo de puta estuvo en su habitación. La fotografió desnuda. En su ducha. En su cama. Tocó su ropa interior.

El silencio que sigue es denso, casi palpable. Puedo sentir cómo mis amigos procesan no solo mis palabras, sino la intensidad con que las he pronunciado. Demasiada intensidad para tratarse simplemente de un trabajo.

—Vale, lo pillo —dice finalmente Easton, levantando las manos en gesto apaciguador—. Sistema completo. Va a ser la casa más segura del condado.

Exhalo lentamente, recuperando el control. Estos deslices son peligrosos. No puedo permitirme revelar la profundidad de mi obsesión por Sienna. No cuando todo depende de mi capacidad para mantener una fachada de profesionalidad fría y calculada.

—Bien —continúo, como si nada hubiera ocurrido—. Easton, tú supervisarás la instalación mañana. Weston, quiero un informe completo de todo el personal: asistentes, servicio de limpieza, jardineros, chófer, todos. Historial criminal, relaciones personales, situación financiera. Quiero saber hasta qué marca de pasta de dientes usan.

Ambos asienten. Después de tantos años, saben cuándo puedo tolerar bromas y cuándo no.

—¿Necesitas algo más? —pregunta Weston, con esa mirada penetrante que parece ver directamente a través de mis defensas.

—De momento no. Ahora voy a inspeccionar el perímetro —respondo, consultando mi reloj: son las 23:17—. Quiero revisar cada centímetro. Cada posible punto de acceso.

Lo que no digo es que necesito moverme. Que la idea de estar bajo el mismo techo que ella, a pocos metros de distancia, me está volviendo loco. Que cada fibra de mi ser me grita que vaya a su puerta, que me asegure de que está a salvo, que la contemple aunque sea un segundo.

—Como quieras —dice Easton, reprimiendo un bostezo—. Yo voy a dormir. Mañana será un día largo.

Me levanto y compruebo mi Glock 19, cerciorándome de que está correctamente asegurada en la funda de mi tobillo. Mi mano roza brevemente la navaja táctica oculta en mi cinturón y el cargador extra en el bolsillo interior. Son hábitos que no puedo romper. Estar preparado me ha mantenido vivo.

Weston me observa, su mirada demasiado perceptiva para mi tranquilidad.

—Ten cuidado —dice simplemente.

No especifica con qué. No hace falta. Ambos sabemos que el mayor peligro esta noche no está fuera de la casa.

Está dentro de mí.

La noche es cálida, típica de Florida, con esa humedad persistente que hace que el aire parezca casi líquido. La mansión se recorta contra el cielo estrellado, majestuosa y vulnerable a la vez. He recorrido metódicamente el perímetro exterior, centímetro a centímetro, identificando cada punto débil, cada posible vía de acceso.

Ahora estoy dentro de la casa, moviéndome como una sombra entre sombras. No necesito luz. La oscuridad ha sido mi aliada durante demasiado tiempo. Conozco esta casa mejor de lo que sus propias dueñas imaginan. Cada rincón, cada pasillo, cada escalón.

Me detengo en el pasillo superior, a unos metros de su habitación. De la habitación de Sienna.

La puerta está cerrada. Ninguna luz se filtra por debajo. Debe estar dormida.

Me quedo inmóvil, escuchando. El silencio es casi absoluto, apenas roto por el suave murmullo del aire acondicionado. A través de las paredes, imagino su respiración acompasada. Su cuerpo envuelto en sábanas que acarician cada centímetro de su piel. Su cabello extendido como un halo dorado sobre la almohada. Sus labios ligeramente entreabiertos.

Un latigazo de calor me recorre el cuerpo, instalándose en mi entrepierna con una intensidad que me avergüenza y me excita a partes iguales. Aprieto la mandíbula tan fuerte que duele. Esto está mal. Tan jodidamente mal. No tengo derecho a desearla así. No tengo derecho a fantasear con ella cuando mi único propósito aquí es mantenerla a salvo.

Me obligo a seguir adelante, bajando las escaleras con pasos tan silenciosos que ni siquiera las sombras notan mi presencia. La planta baja está sumida en una penumbra casi completa, solo rota por la luz plateada de la luna que se filtra a través de los enormes ventanales.

Estoy revisando por tercera vez los cerrojos de las puertas de la terraza cuando lo escucho.

Un sonido casi imperceptible. Pasos descalzos sobre el mármol frío.

Me quedo completamente inmóvil, todos mis sentidos se ponen en alerta máxima. Alguien se acerca desde el pasillo que lleva a la cocina. Pasos ligeros, delicados. Definitivamente femeninos.

Me deslizo hacia una esquina en sombras, convirtiéndome en parte de la oscuridad. No hago ningún sonido. No necesito ver para saber. Mi cuerpo entero reconoce su presencia incluso antes de que aparezca.

Y entonces la veo.

Joder.

La luz de la luna se derrama sobre ella como plata líquida, transformándola en algo etéreo, casi sobrenatural. Lleva una simple camiseta gris que apenas le cubre los muslos, dejando al descubierto unas piernas interminables que en mis sueños más prohibidos se enredan alrededor de mi cintura. Su cabello, siempre impecablemente peinado durante el día, cae ahora en una coleta

desordenada. Sin maquillaje, sin poses estudiadas, sin la armadura que lleva ante el mundo.

Es simplemente Sienna.

Y es la cosa más hermosa que he visto en mi puta vida.

Cada célula de mi cuerpo grita por acercarme a ella. Por tocarla. Por comprobar si su piel es tan suave como parece bajo esta luz traicionera. Si su cuello tiene el sabor que he imaginado durante noches interminables.

Se mueve con la gracia inconsciente de quien se siente segura en su territorio, completamente ajena a mi presencia. A mis pensamientos. A mi deseo que quema como ácido.

Debería anunciarme. Debería hablar. Debería comportarme como el profesional que se supone que soy.

Pero me quedo paralizado, bebiendo de su imagen como un hombre que ha pasado años en el desierto y por fin encuentra agua.

Entonces gira ligeramente la cabeza y nuestras miradas se encuentran.

Un grito ahogado escapa de sus labios mientras retrocede instintivamente, su espalda choca con la pared. En un segundo estoy frente a ella, cerca pero no demasiado, mis manos levantadas en un gesto universal de no-amenaza.

—Soy yo —digo rápidamente, manteniendo mi voz baja y controlada—. Callahan. No pasa nada.

Su pecho sube y baja aceleradamente, tiene una mano presionada contra su corazón como si intentara contenerlo. Sus ojos, enormes en la penumbra, brillan con una mezcla de miedo y alivio que me golpea directamente en el estómago.

—¡Me has dado un susto de muerte! —se queja con fiereza, la adrenalina aun pulsando visiblemente en su garganta—. ¿Qué demonios haces aquí a oscuras?

—Estaba revisando las cerraduras —respondo, y mi voz suena más ronca de lo que me gustaría—. Lo siento. No quería asustarte.

La observo mientras recupera la compostura. La forma en que su mano abandona lentamente su pecho. Cómo sus hombros se relajan gradualmente. El pequeño suspiro que escapa entre sus labios.

Labios que ahora mismo están a menos de un metro de los míos.

El pensamiento hace que una ola de calor me atraviese entero. Tan intenso que temo que pueda sentirlo irradiando de mí como de un horno.

—¿Siempre te mueves como un maldito fantasma? —pregunta, y hay algo en su tono, una especie de resignación irónica, que hace que algo se afloje dentro de mi pecho.

—Es parte del entrenamiento —respondo, permitiéndome una casi sonrisa—. Un viejo hábito.

El silencio se instala entre nosotros. No incómodo, sino cargado. Eléctrico. Como el aire antes de una tormenta. Estamos tan cerca que puedo distinguir cada matiz de sus ojos incluso en esta luz traidora. Verde esmeralda con motas doradas cerca de la pupila. Ojos que he estudiado en cientos de fotografías, pero que en persona tienen una profundidad que me deja sin aliento.

Puedo oler su aroma. Dios, su aroma. Sin el perfume caro que lleva durante el día. Solo ella. Vainilla y piel limpia y algo más, algo puramente Sienna que hace que mi cuerpo entero reaccione como si fuera un adolescente.

Soy dolorosamente consciente de la delgada tela de su camiseta. De cómo la luz nocturna revela más de lo que oculta. De cómo sus pezones se marcan suavemente contra el algodón, respondiendo al frío.

Aparto la mirada, odiándome por cada pensamiento, por cada reacción de mi cuerpo.

—Iba a la cocina —dice finalmente, su voz extrañamente suave—. A por un té. No podía dormir.

—Te acompaño —respondo automáticamente.

Me mira un momento, como sopesando algo, antes de asentir y dirigirse hacia la cocina. La sigo manteniendo una distancia prudente, aunque cada paso es un ejercicio de autocontrol brutal.

La cocina está en penumbra, iluminada solo por la pequeña luz bajo la campana extractora. La observo moverse con familiaridad por el espacio, llenando el hervidor, buscando una taza, seleccionando una bolsita de té de una caja ornamentada.

Y me permito, por un instante, la fantasía de que esta es mi vida. Que tengo derecho a estar aquí. A verla así. Que no soy un intruso,

un observador, un guardián no solicitado, sino alguien que pertenece a su mundo.

Es una fantasía peligrosa. Una que no puedo permitirme.

Pero mientras la miro, no puedo evitar memorizar cada detalle. La curva exacta de su cuello cuando se inclina. Cómo se muerde ligeramente el labio inferior mientras espera a que el agua hierva. El pequeño lunar justo bajo su oreja izquierda que nunca había podido ver claramente en ninguna fotografía.

Detalles que guardaré para siempre como un avaro guarda monedas de oro.

—¿Tú no duermes? —pregunta de repente, girándose hacia mí.

Su pregunta me toma desprevenido. Hay una curiosidad genuina en su mirada que me descoloca.

—No mucho —respondo con honestidad.

—¿Es por el trabajo? —inclina ligeramente la cabeza—. ¿O hay algo más?

Es demasiado perceptiva. Demasiado directa. Como si pudiera ver a través de las capas de control y disciplina hasta el desastre que soy por dentro.

—Un poco de ambas —digo, manteniendo el tono neutro—. El sueño y yo no mantenemos buenas relaciones.

Me estudia durante un momento, y tengo la inquietante sensación de estar siendo evaluado con una precisión casi quirúrgica.

El hervidor emite un suave pitido, rompiendo la tensión del momento. Se gira para servir el agua humeante sobre la bolsita de té, y el aroma a manzanilla inunda la cocina. Es un olor doméstico, íntimo, que contrasta brutalmente con la violencia de mis pensamientos.

—¿Quieres uno? —ofrece, levantando su taza.

—No, gracias —respondo, aunque lo que realmente quiero es beber de sus labios, no de su té.

El pensamiento me golpea con tanta fuerza que tengo que apretar la mandíbula para contener un jadeo. Esto se está yendo a la mierda. Estoy perdiendo el control, y ni siquiera hemos pasado un día completo bajo el mismo techo.

Se apoya contra la encimera, sosteniendo la taza entre ambas manos, y la luz tenue crea sombras que acentúan cada ángulo perfecto de su rostro. No hay ninguna mujer como ella. Ninguna. Y está a menos de dos metros de mí, vulnerable, confiada, hermosa hasta doler.

Me siento como un depredador y como una presa al mismo tiempo.

—¿Crees que volverá? —pregunta en voz baja.

No necesito preguntar a quién se refiere. La imagen del hombre enmascarado en su cama hace que un odio primario me recorra entero.

—Lo intentará —digo, porque merece la verdad, no falsas promesas—. Los acosadores no se rinden fácilmente.

Veo un destello de miedo cruzar su rostro, y daría mi vida por poder borrarlo.

—Pero no llegará a ti —añado, y mi voz se vuelve más profunda, cargada con una promesa que ni siquiera sabía que estaba haciendo —. No mientras yo esté aquí.

Alza la mirada, y nuestros ojos se encuentran en la penumbra. Hay algo en los suyos... una vulnerabilidad que nunca muestra al mundo. Una fuerza que pocos aprecian. Una pregunta no formulada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

No es un desafío. Es una pregunta genuina que merece una respuesta genuina.

—Porque he pasado toda mi vida entrenándome para proteger lo que me importa —digo, las palabras saliendo directamente sin filtros —. Y porque no permitiré que nadie te haga daño. Nunca.

Las palabras son demasiado intensas, demasiado personales, y sé que estoy cruzando una línea que me juré no cruzar. Pero no puedo evitarlo. No con ella mirándome así, en esta cocina a oscuras, donde por un momento las máscaras se han caído.

—Gracias —dice simplemente.

Una palabra. Solo una. Pero hay tanto significado en ella que mi corazón da un vuelco en mi pecho.

La observo, incapaz de apartar la mirada. La forma en que sus labios tocan el borde de la taza. Cómo un mechón de pelo cae sobre

su frente y ella lo aparta distraídamente. El movimiento hipnótico de su garganta al tragar.

Cada pequeño gesto es una tortura exquisita que me hace sentir más vivo de lo que me he sentido en años.

Sienna Blake está a menos de dos metros de mí. En ropa de dormir. Vulnerable. Confiando en mí lo suficiente para estar aquí, a solas, en la oscuridad.

Es un privilegio que no merezco. Un regalo que no tengo derecho a recibir.

Y sin embargo, en este momento, me siento como el hombre más afortunado sobre la faz de la Tierra.

—Deberías intentar dormir —digo finalmente, obligándome a romper el hechizo—. Mañana será un día ocupado con la instalación del nuevo sistema.

Asiente, terminando su té. Cuando deja la taza en el fregadero, nuestros cuerpos quedan momentáneamente cerca. Demasiado cerca. Su calor me envuelve como una promesa, su aroma como una invitación.

Por un instante, un peligroso instante, mi cuerpo entero se tensa con el impulso de eliminar la distancia entre nosotros. De tomarla entre mis brazos. De sentir cómo su cuerpo encajaría perfectamente contra el mío. De atrapar su boca con la mía y descubrir si sabe tan dulce como siempre he imaginado.

La sangre me pulsa con tanta fuerza que temo que pueda oírla. Siento cómo mi erección presiona dolorosamente contra la cremallera de mi pantalón, y doy gracias a la oscuridad que oculta mi estado.

Retrocedo un paso, recuperando el control a duras penas.

—Buenas noches, señorita Blake —consigo articular, mi voz tan ronca que apenas la reconozco.

—Sienna —corrige ella, y hay algo en su tono que no puedo interpretar—. Si vas a vivir en mi casa y asustarme en la oscuridad, al menos llámame Sienna.

Algo se afloja en mi pecho. Una tensión que ni siquiera sabía que estaba sosteniendo.

—Buenas noches, Sienna —digo, y su nombre en mis labios sabe a algo prohibido y perfecto a la vez.

—Buenas noches... Grayson.

Mi nombre en su boca. Mi jodido nombre en su boca. Suena diferente. Suena a algo que nunca he tenido. Algo que nunca mereceré.

La observo alejarse, y con cada paso que da parece llevarse un poco del aire de la habitación. Solo cuando ha desaparecido por el pasillo me permito soltar el aliento que he estado conteniendo.

Me apoyo pesadamente contra la encimera, dejando caer la cabeza entre mis hombros. Mi cuerpo entero tiembla con la fuerza de lo que estoy conteniendo. Deseo. Necesidad. Una obsesión que se ha vuelto más real y más imposible ahora que la tengo tan cerca.

La tengo bajo mi protección.

Y sin embargo, nunca me había sentido tan fuera de control.

Porque ahora sé cómo huele sin perfume. Cómo suena su voz cuando no está actuando para el mundo. Cómo se ve en la intimidad de su hogar.

Y ese conocimiento es adictivo. Peligroso. Una droga que no puedo permitirme.

Enderezo los hombros y me sumerjo de nuevo en la oscuridad de la casa. Hay un hogar que proteger. Hay un acosador que encontrar. Hay una mujer a la que mantener a salvo.

Aunque sea de mí mismo.

CAPÍTULO 12

SIENNA

El taladro atraviesa el mármol de la terraza como si fuera mantequilla, enviando vibraciones que parecen trepar por mis huesos hasta instalarse en mi mandíbula. Aprieto los dientes y doy un sorbo al té que llevo fingiendo beber desde hace media hora, mi excusa perfecta para observar la invasión tecnológica de mi santuario.

En menos de cuatro horas, nuestra elegante mansión se ha transformado en una versión del Pentágono. Técnicos vestidos de negro se mueven con la eficiencia silenciosa de hormigas organizadas, instalando dispositivos que probablemente podrían detectar el aleteo de una mariposa a un kilómetro de distancia. Cables serpentean por las paredes como venas metálicas antes de desaparecer en conductos invisibles, conectando un sistema nervioso artificial que pronto envolverá cada centímetro de mi espacio vital.

Y en el centro de este caos meticulosamente orquestado está él.

Grayson Callahan.

Desde mi posición estratégicamente casual en el sofá de la sala, lo observo inclinarse sobre la mesa donde ha desplegado los planos de mi casa. Ha sustituido el traje formal de ayer por unos vaqueros oscuros y una camiseta negra que debería suavizar su imagen pero, por alguna perversa ironía, solo consigue intensificarla. Sin la armadura del traje, sus músculos no tienen dónde esconderse. Cada movimiento revela la potencia contenida bajo esa tela que parece quejarse silenciosamente por la tarea imposible de contenerlo.

Sus manos se desplazan por el plano con la precisión de un cirujano, señalando puntos específicos a un técnico que asiente con

la reverencia de un acólito ante su sumo sacerdote. Esas manos... grandes, de dedos largos, con venas marcadas y pequeñas cicatrices que hablan de una vida que nada tiene que ver con reuniones corporativas y contratos millonarios. Son manos que han hecho cosas. Cosas duras. Y ahora esas manos están reorganizando mi vida con la misma facilidad con que están reorganizando mi casa.

Un calor traicionero se expande desde mi estómago hacia zonas que llevan demasiado tiempo ignoradas cuando, al girarse ligeramente, la camiseta se le pega a la espalda revelando una musculatura que parece esculpida en mármol griego. Exactamente igual que los abdominales que pude vislumbrar cuando se estiró para alcanzar algo en la estantería superior.

Aparto la mirada de golpe, como si me hubiera quemado con ella. Esto es ridículo. No soy una adolescente hormonada babeando por el quarterback del instituto. Soy una mujer adulta, independiente y, por el amor de Dios, estoy acostumbrada a estar rodeada de modelos masculinos con cuerpos perfectos. He visto más abdominales definidos en mi vida profesional que la mayoría de las nutricionistas deportivas.

Pero ninguno me ha hecho sentir como si tuviera un cortocircuito entre el cerebro y el resto del sistema nervioso.

—No sé qué estás mirando con tanta atención, pero parece fascinante.

La voz de Scarlett me sobresalta tanto que casi derramo el té. Mi hermana se ha materializado a mi lado en el sofá con su habitual sigilo felino. Hay una sonrisa maliciosa jugando en sus labios mientras sostiene su taza de café humeante.

—Estaba calculando mentalmente cuántos años tardaremos en pagar por toda esta tecnología —miento descaradamente.

Scarlett arquea una ceja, la misma que yo arqueo cuando sé que alguien me está tomando el pelo.

—Claro, y yo estoy planeando mi futuro como monja de clausura —responde—. En serio, ¿has visto cómo trabajan? Es como un equipo SWAT pero en versión instaladores de alarmas.

Suelto un bufido.

—Lo que veo es a un hombre que cree que puede entrar en nuestra casa y convertirla en su fortaleza personal sin consultarnos sobre cada maldito detalle.

Mi hermana me mira con esa expresión que dice «te conozco mejor que tú misma» y que siempre me ha irritado profundamente.

—Lo que yo veo —dice bajando la voz— es a alguien que sabe exactamente lo que hace. Y que, a juzgar por cómo se mueve, probablemente ha estado en lugares donde esa seguridad no era un lujo sino una necesidad de supervivencia.

Tiene razón, por supuesto. Hay algo en Callahan que grita «peligroso» a un nivel instintivo. No es solo su físico intimidante o su voz que parece poder comandar ejércitos. Es algo más profundo, más primitivo. La certeza absoluta de que este hombre ha visto el lado oscuro del mundo y ha salido victorioso.

Y eso, más que su físico, es lo que me tiene tan perturbada.

Como si mis pensamientos lo hubieran llamado, Callahan levanta la mirada directamente hacia mí. No es una mirada casual, de esas que barren una habitación. Es precisa, directa, como si hubiera sabido exactamente dónde estaba yo en todo momento. Sus ojos, de ese azul imposible, se clavan en los míos a través de la habitación y por un segundo el aire entre nosotros parece crepitar lleno de tensión.

Luego se endereza, dice algo al técnico y comienza a caminar hacia nosotras con la determinación de un depredador que ha localizado su objetivo.

—Oh, viene hacia aquí —murmura Scarlett con un entusiasmo que me dan ganas de darle un codazo.

—Gracias por la obviedad —respondo entre dientes, enderezándome instintivamente en el sofá.

Callahan se detiene frente a nosotras, su presencia es tan sólida y dominante que parece comprimir el espacio a su alrededor. No es solo su altura o su complexión. Es como si gravitara de forma diferente, con una densidad mayor que el resto de los mortales.

—Señorita Blake. —Su voz profunda resuena en mi caja torácica como si hubiera puesto las manos directamente sobre mi esternón

—. Necesitamos revisar algunos detalles sobre los protocolos de seguridad diarios.

—Sienna —lo corrijo, recordándole nuestra conversación nocturna —. Creía que ya habíamos superado las formalidades.

Algo parpadea en sus ojos. Un destello de... ¿qué? ¿Sorpresa? Pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Sienna —concede con un leve asentimiento—. Y Scarlett. ¿Podemos hablar un momento?

Mi hermana, que aparentemente ha decidido traicionarme hoy, sonríe como si le hubieran ofrecido un contrato con Vogue.

—Por supuesto, señor Callahan. Estamos completamente a su disposición.

Le lanzo una mirada que promete venganza mientras Callahan toma asiento en el sillón frente a nosotras. Coge la Tablet y la activa con un movimiento fluido.

—El sistema estará completamente operativo esta noche —comienza, todo profesionalidad y eficiencia—. Incluye vigilancia perimetral avanzada, sensores térmicos en todas las entradas y un sistema de alarma silenciosa conectada directamente a nuestros dispositivos personales.

Nos explica cómo funcionará todo, los códigos que debemos memorizar, los procedimientos en caso de emergencia. Su voz es metódica, firme, pero no condescendiente. Nos habla como a iguales, no como a clientas frágiles que necesitan ser tranquilizadas con medias verdades. Y muy a mi pesar, eso me impresiona.

—La parte técnica está cubierta —continúa, deslizando el dedo por la pantalla de su Tablet—. Ahora necesitamos establecer los protocolos personales.

Aquí viene. La parte que he estado temiendo.

—Necesito vuestras agendas completas para las próximas semanas —dice sin rodeos—. Cualquier compromiso, reunión o salida debe ser comunicada con al menos veinticuatro horas de antelación para poder organizar la logística de seguridad adecuada.

Siento cómo mi columna vertebral se endereza como si me hubieran inyectado nitrógeno líquido.

—¿Veinticuatro horas? ¿Para todo? —pregunto, intentando mantener mi voz bajo control—. ¿Y si quiero salir a correr? ¿O a comprar un helado en un impulso? ¿Necesito presentar una solicitud por escrito?

Sus ojos azules se fijan en mí, serenos como un lago de montaña y tan inflexibles como el hielo que lo cubre en invierno.

—La espontaneidad es un lujo que no podemos permitirnos ahora mismo —responde con una calma que solo consigue irritarme más—. Tu acosador está estudiando tus patrones, buscando momentos de vulnerabilidad. La espontaneidad es nuestra enemiga.

—¿Así que la solución es que viva encerrada? —replico, cruzándome de brazos.

—La solución es que vivas protegida —corrige—. No estoy aquí para limitarte, Sienna. Estoy aquí para garantizar que puedas seguir haciendo tu vida sin tener que mirar constantemente sobre tu hombro.

La forma en que pronuncia mi nombre, como si fuera algo valioso que debe manejar con cuidado, envía un escalofrío por mi columna que nada tiene que ver con el miedo.

—Ya tenemos algunas cosas programadas para esta semana —interviene Scarlett, mediadora como siempre—. Yo tengo reuniones con varios proveedores y Sienna tiene una sesión de fotos el jueves.

Callahan asiente, desviando su atención hacia mi hermana. Inhalo profundamente, como si hubiera estado conteniendo el aliento sin darme cuenta.

—Perfecto. Te enviaré un correo para que me reenvíes los detalles. —Su voz se vuelve más firme cuando añade—: Y hay algo más que debe quedar absolutamente claro: bajo ninguna circunstancia saldréis solas de esta casa. Siempre estaréis acompañadas por uno de nosotros tres. Sin excepciones.

Y ahí está. La línea en la arena que hace que toda mi independencia duramente ganada parezca una ilusión que se desvanece entre mis dedos.

—Eso es completamente excesivo —protesto—. No podemos tener una sombra pegada a nosotras las veinticuatro horas del día.

—No es una sombra —responde con la misma calma exasperante —. Es protección. Y sí, la tendréis. Especialmente tú.

Algo en su última frase me hace detenerme.

—¿Especialmente yo?

—Eres el objetivo principal del acosador. Tú eres quien aparece en las fotografías. —Hace una pausa casi imperceptible antes de añadir —: Además, yo seré tu guardaespaldas personal.

Mi guardaespaldas personal.

Las palabras resuenan en mi cabeza con una intimidad que me desconcierta. No debería sonar así, como una promesa, como algo que trasciende un contrato profesional. Debería sonar clínico, distante. En cambio, hace que algo se derrita en mi interior, algo que ni siquiera sabía que estaba congelado.

—No necesito un guardaespaldas personal —digo, pero incluso a mis propios oídos mi voz suena menos convincente de lo que pretendía.

—No es negociable. —Sus ojos sostienen los míos sin pestañear —. Al menos no hasta que atrapemos a quien está haciendo esto.

Nos miramos fijamente a través del campo de batalla en el que se ha convertido nuestra sala de estar. La tensión entre nosotros es casi tangible, como si el aire se hubiera cargado de electricidad estática. Y lo más perturbador es que no es solo por la discusión. Hay algo más, algo que hace que mi pulso se acelere y que mi piel parezca demasiado sensible.

—Sienna —dice finalmente—, sé que esto es difícil para ti. Sé que valoras tu independencia. Pero necesito que confíes en mí.

Y ese es el verdadero problema, ¿no? Una parte de mí, una parte completamente irracional e inexplicable, ya confía en él. Sin motivo. Sin nada más que una mirada en una noche caótica y una promesa susurrada en una cocina a oscuras.

—De acuerdo —concedo finalmente—. Pero que conste que no estoy conforme.

Una sombra de sonrisa curva sus labios, tan breve que casi me la pierdo. No es una sonrisa completa, ni siquiera alcanza sus ojos, pero transforma su rostro por un instante, como un relámpago iluminando brevemente un cielo nocturno.

—Anotado.

Se levanta con un solo movimiento fluido que ningún hombre de su tamaño debería ser capaz de ejecutar con tanta gracia, y regresa con sus técnicos como si nuestra conversación no hubiera alterado todo mi interior.

Scarlett me mira con una expresión que oscila entre la fascinación y la diversión.

—Ni una palabra —le advierto antes de que pueda abrir la boca.

—No iba a decir nada —responde, y parece la inocencia personificada—. Solo que no recuerdo la última vez que te vi tan... afectada por alguien.

—No estoy afectada —protesto—. Estoy siendo atacada. Es diferente.

—Claro, y yo soy daltoniana y diseño por intuición.

Me levanto del sofá, necesitando moverme, escapar de la mirada demasiado perspicaz de mi hermana y de la presencia gravitacional de Callahan que parece tirar de mí incluso desde el otro lado de la habitación.

Me dirijo a la cocina, fingiendo que necesito más té, aunque mi taza está prácticamente intacta. Lo más inquietante es que no necesito girarme para saber exactamente dónde está él. Es como si mi cuerpo hubiera desarrollado un radar específico, como si parte de mi sistema nervioso estuviera permanentemente sintonizado a su frecuencia.

Esto no tiene sentido. No soy así. No me afecta la presencia de un hombre, por muy atractivo o intimidante que sea. He pasado mi vida entera rodeada de hombres guapos que me deseaban, y nunca, jamás, he sentido esta... esta perturbación en mi equilibrio interno.

Pero ahí está esa otra verdad, la que me niego a admitir incluso para mí misma: por primera vez desde que encontré esas fotografías, he dormido sin sobresaltos. Sin miedo a que cada crujido de la casa sea alguien acechándome. Sin imaginar ojos invisibles observándome en la oscuridad.

Me siento segura porque está él.

Y eso, más que su físico imposible o su voz que parece vibrar directamente contra mi piel, es lo verdaderamente peligroso. Porque

la seguridad es una ilusión.

Mientras remuevo distraídamente un té que no quiero, tomo una decisión: Grayson Callahan puede convertir mi casa en una fortaleza, puede seguirme como una sombra armada hasta el supermercado, puede incluso autodenominarse mi «guardaespaldas personal».

Pero jamás, bajo ninguna circunstancia, sabrá el efecto que tiene en mí. Porque en el momento en que lo sepa, habré perdido el único escudo que me queda.

Y por muchas alarmas y sensores que instale, esa es una vulnerabilidad que no puedo permitirme.

CAPÍTULO 13

SIENNA

—¿En serio necesitas saber hasta cuándo tengo cita con el dentista? —pregunto, dejando caer la agenda sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

Grayson ni siquiera pestañea. Está sentado frente a mí en la mesa del desayuno, con una taza de café negro que no ha tocado y su eterna Tablet donde va anotando meticulosamente cada detalle de mi vida con la precisión de un contable obsesivo.

—Sí —responde simplemente, como si estuviera explicando algo obvio a un niño particularmente molesto—. Cada salida requiere una evaluación de seguridad previa. Ruta, tiempo estimado, nivel de exposición pública.

Pongo los ojos en blanco tan fuerte que casi puedo ver mi propio cerebro.

—Es una limpieza dental, no una aparición en los Oscar, Grayson.

Un músculo se tensa en su mandíbula. Es tan sutil que cualquier otra persona lo habría pasado por alto, pero después de tres días teniéndolo pegado a mí como una sombra silenciosa, he desarrollado un radar para sus microexpresiones. Es lo único que delata que bajo esa fachada de control absoluto hay un ser humano y no un androide de seguridad.

—El riesgo no distingue entre eventos —dice, su voz tan controlada como siempre—. Un patrón predecible es una vulnerabilidad. Tu acosador podría estar esperando precisamente ese tipo de rutina.

Lo peor es que tiene razón, y los dos lo sabemos. Suspiro derrotada, deslizando mi teléfono hacia él con la aplicación del calendario abierta.

—Toma. Ahí está todo. Hasta el recordatorio mensual para cambiar el filtro de la cafetera.

Sus ojos escanean rápidamente la pantalla, y veo cómo se estrechan ligeramente.

—¿Siempre mantienes este ritmo? —pregunta, con un tono que no logro identificar.

Sé a qué se refiere. Mi agenda es un tetris imposible de compromisos, reuniones, sesiones de fotos y apariciones públicas. Apenas hay espacios en blanco.

—Es temporada alta —respondo encogiéndome de hombros—. Todo el mundo quiere lanzar sus campañas de otoño ahora.

No añado que siempre es así. Que desde que Scarlett y yo nos independizamos de Diana, hemos estado trabajando el doble para demostrar que podemos hacerlo por nuestra cuenta. Para probar que ella no tenía razón cuando dijo que fracasaríamos sin ella.

Grayson no parece impresionado. Termina de sincronizar mi calendario con el suyo y me devuelve el teléfono con un movimiento preciso.

—Haré los ajustes necesarios con mi equipo —dice, levantándose con esa gracia felina que parece imposible en un hombre de su tamaño—. Estaré listo para la reunión en Bergman Studios a las once.

No es una pregunta. Es una declaración.

—No es necesario que vengas a esa —intento, aunque sé que es inútil—. Es solo una reunión de planificación para la colección de primavera. Extremadamente aburrida.

Me mira con esos ojos azules imposibles que parecen atravesarme como rayos X.

—Estaré listo a las diez y media —repite, y sin más, se marcha con pasos silenciosos, dejándome con la réplica en la punta de la lengua.

Suspiro y apoyo la frente contra la mesa. Este va a ser un día muy largo.

Los cuatro días siguientes son un borrón de actividad constante, con Grayson Callahan como mi sombra implacable. Va conmigo a todas partes: reuniones con patrocinadores, pruebas de vestuario, sesiones de fotos, incluso a la maldita manicura.

Lo más perturbador es lo rápido que me acostumbro a su presencia. A su forma de mantener una distancia profesional perfecta mientras parece anticipar cada una de mis necesidades. Al modo en que despeja el camino en sitios concurridos sin parecer grosero. A cómo consigue que los paparazzi mantengan una distancia respetuosa con solo una mirada.

Y a pesar de su eficiencia, hay algo en su presencia constante que me desestabiliza. La forma en que me observa, no como un objeto de deseo o como un activo a proteger, sino como si estuviera resolviendo un puzzle complejo. Como si estuviera viendo algo en mí que nadie más ve.

Es profundamente incómodo. Y extrañamente adictivo.

Esta tarde estamos en la boutique exclusiva de Valentina Morris, donde estoy probándome opciones para la gala benéfica de la Fundación Océanos sin Plástico. Es un evento importante, con mucha prensa, y necesito algo que sea impactante pero que también transmita compromiso con la causa.

Grayson espera fuera mientras me pruebo vestido tras vestido. Está apoyado contra la pared del pasillo que conduce a los probadores, con los brazos cruzados y esa expresión inescrutable que siempre mantiene en público. Cualquiera pensaría que está aburrido, pero yo sé que está escaneando constantemente el entorno, evaluando riesgos potenciales incluso en una boutique casi vacía.

Estoy a punto de descartar el tercer vestido cuando la propia Valentina trae una creación que me deja sin aliento. Es un diseño de seda azul medianoche con detalles que evocan olas marinas, sostenible en su producción y absolutamente espectacular.

—Este es perfecto —murmuro, acariciando la tela que se desliza como agua entre mis dedos.

Valentina sonríe, complacida, y me ayuda a ponérmelo. El vestido se ajusta a mi cuerpo como si hubiera sido creado específicamente

para mí, revelando lo justo sin resultar vulgar.

—Tienes que vértelo puesto correctamente —dice Valentina—. Voy a buscar los zapatos y los accesorios que diseñé para acompañarlo. No te muevas.

Sale del probador con la energía frenética que caracteriza a los genios creativos, dejándome sola con un vestido a medio abrochar. Intento alcanzar la cremallera en la espalda, pero es inútil. El diseño es demasiado complejo, con una serie de pequeños broches que preceden a la cremallera principal.

Espero unos minutos, pero Valentina no regresa. Probablemente se ha distraído con algún otro detalle. Siempre lo hace. Después de varios intentos frustrados, me rindo y me asomo al pasillo.

Grayson sigue exactamente donde lo dejé, alerta como un centinela.

—Necesito tu ayuda —digo, odiando el ligero temblor en mi voz—. Con la cremallera.

Sus ojos se fijan en mí y por un segundo veo algo parpadear en ellos. Algo que hace que un calor inesperado se extienda por mi piel.

Sin decir palabra, me sigue al probador. El espacio, que ya era pequeño para mí sola, se reduce a nada con su presencia. Su altura, sus hombros, todo él parece llenar cada centímetro disponible, comprimiendo el aire entre nosotros hasta hacerlo casi irrespirable.

Me giro dándole la espalda y recojo mi cabello con una mano, exponiendo la cremallera y los broches a medio cerrar y, con ellos, una franja de piel desnuda que desciende por mi columna vertebral.

—Necesito que la subas, si no es mucha molestia —murmuro, sin atreverme a mirarle a través del espejo.

Puedo sentir su presencia detrás de mí, tan sólida y real que casi podría apoyarme en ella. El calor que emana de su cuerpo es como un campo magnético que atrae cada célula del mío.

Entonces siento sus dedos en mi espalda.

El primer contacto es tan eléctrico que tengo que morderme el labio para no emitir un sonido vergonzoso. Sus dedos son sorprendentemente hábiles mientras cierran cada pequeño broche, rozando mi piel en el proceso. No son caricias, son toques

profesionales, eficientes. Y sin embargo, cada uno me atraviesa como una corriente eléctrica de bajo voltaje.

El aire en el probador se vuelve denso, cargado. Puedo oír su respiración, ligeramente más profunda de lo normal. O tal vez es la mía. Ya no estoy segura.

Cuando llega a la cremallera principal, la desliza hacia arriba con una lentitud que me parece deliberada. Sus nudillos rozan mi columna vertebral a través de la abertura cada pocos centímetros, y cada toque es como una pequeña descarga que envía ondas de calor hasta mi bajo vientre, que no debería estar reaccionando así ante algo tan simple.

A través del espejo, nuestras miradas se encuentran. Sus ojos, normalmente de un azul glacial, parecen haberse oscurecido. Hay algo en ellos que nunca había visto antes. Algo primitivo, hambriento, que hace que mi pulso se acelere y que un calor líquido se expanda por mi vientre.

La cremallera llega al final, pero sus dedos permanecen allí un segundo más de lo estrictamente necesario. Un segundo cargado de posibilidades no expresadas.

—Listo —dice, y su voz suena más ronca, más profunda de lo habitual.

—Gracias —respondo, y me sorprende lo afectada que suena la mía.

Nuestras miradas siguen conectadas en el espejo. Hay una tensión entre nosotros que es casi tangible, como un hilo invisible que vibra con cada respiración. Por un instante, tengo la absurda certeza de que va a inclinarse y presionar sus labios contra la nuca que acaba de exponer. Mi cuerpo entero se estremece ante la idea.

Pero el momento se rompe cuando Valentina regresa con un par de zapatos y un estuche de joyas, hablando entusiasmada sobre cómo el conjunto completo causará sensación.

Grayson se retira discretamente, volviendo a su puesto en el pasillo, dejándome con las piernas temblorosas y la mente confusa.

¿Qué acaba de pasar?

Después de la boutique, Grayson me acompaña a una reunión con la agencia de publicidad, seguida de una sesión de fotos para la revista Spotlight que se alarga hasta pasadas las ocho. Para cuando terminamos, mi estómago protesta por haber ignorado la comida más allá de un sándwich a medio comer entre cambios de vestuario.

El conductor nos deja en la entrada de la mansión, donde un silencio pesado se instala en el coche antes de que bajemos. Desde el «incidente del probador», como lo he bautizado mentalmente, Grayson ha estado más distante, si es que eso es posible. Su profesionalidad, siempre impecable, se ha convertido en una barrera infranqueable.

Intento no pensar en ello mientras entramos en casa. Intento no recordar cómo se sentía el calor de sus dedos en mi espalda, o la forma en que sus ojos se oscurecieron cuando nuestras miradas se cruzaron en el espejo.

Estoy demasiado agotada para analizarlo ahora.

—Buenas noches —digo mecánicamente, dirigiéndome hacia las escaleras.

—Sienna —su voz me detiene, grave y controlada como siempre.

Me giro, expectante. Es la primera vez que inicia una conversación que no está estrictamente relacionada con mi seguridad en todo el día.

—Trabajas demasiado —dice simplemente.

La declaración me pilla tan desprevenida que por un momento no sé cómo responder.

—¿Disculpa?

—En los últimos cuatro días has tenido dieciséis reuniones. Tres sesiones de fotos. Dos pruebas de vestuario. Y apenas has comido o descansado entre un compromiso y otro.

El hecho de que haya estado contando, que haya notado estos detalles, me desconcierta. No es la observación de un guardaespaldas atento a las amenazas externas. Es la de alguien que me ha estado prestando atención a *mí*.

—Así es mi trabajo —respondo a la defensiva—. Así es la industria.

—No es sostenible —dice, y hay algo en su tono, una nota de... ¿preocupación? que me desarma más que cualquier crítica.

—Eres mi guardaespaldas, no mi asesor de bienestar —replico, cruzándome de brazos—. Tu trabajo es protegerme, no juzgar mi estilo de vida.

No se inmuta ante mi tono cortante. En lugar de eso, me mira con una intensidad que me penetra hasta los huesos.

—¿Y todo esto te hace feliz? —pregunta en voz baja.

La pregunta me golpea como un puño en el estómago. Es tan inesperada, tan directa, tan... personal, que por un momento no sé qué responder.

¿Feliz? ¿Quién pregunta eso? La gente me suele preguntar si estoy bien, si estoy cansada, si estoy satisfecha con los resultados, si estoy lista para el siguiente proyecto. Pero, ¿feliz? Es como si hubiera hablado en un idioma que apenas reconozco.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —consigo articular finalmente.

—Una simple —responde, su voz es extrañamente suave—. ¿Todo esto, las reuniones interminables, las sesiones de fotos, los eventos, saltarte comidas, dormir pocas horas por noche... te hace feliz?

Lo miro fijamente, incapaz de procesar la pregunta. O más bien, incapaz de procesar que venga de él. De este hombre al que apenas conozco, que ha estado en mi vida menos de una semana, y que de alguna manera está viendo a través de las capas de mi existencia cuidadosamente construida.

Algo que nadie ha hecho jamás.

—Yo... —empiezo, pero las palabras se atascan en mi garganta.

No puedo responder. No sé cómo. Y eso es lo más aterrador de todo.

La tensión entre nosotros es palpable. Sus ojos no abandonan los míos, y por un momento me siento completamente expuesta, como si pudiera ver cada grieta en mi fachada cuidadosamente construida.

Finalmente, asiente casi imperceptiblemente.

—Buenas noches, Sienna —dice con una formalidad que contrasta brutalmente con la intimidad de su pregunta, y se aleja por el pasillo hacia su habitación, dejándome sola con una pregunta para la que no tengo respuesta.

¿Quién es Grayson Callahan? ¿El guardaespaldas frío y distante que apenas habla? ¿El profesional inflexible que controla cada detalle? ¿O este hombre que de alguna manera ve más allá de mi fachada, que pregunta cosas que nadie se ha molestado en preguntar antes?

Y más importante aún: ¿por qué me importa tanto la respuesta?

GRAYSON

El agua caliente golpea mis hombros con fuerza, pero ni siquiera el chorro a máxima potencia consigue aliviar la tensión que se ha acumulado en mis músculos durante el día. Apoyo las manos contra los azulejos fríos, dejando que el agua corra por mi espalda mientras intento, sin éxito, vaciar mi mente.

Es inútil. Mi cabeza está llena de ella. De Sienna.

La imagen de su espalda desnuda bajo mis dedos me persigue como un fantasma obstinado. La suavidad de su piel, el ligero estremecimiento que la recorrió cuando la toqué, la forma en que contuvo la respiración cuando nuestras miradas se encontraron en el espejo...

Mi cuerpo reacciona al recuerdo con una inmediatez que sería embarazosa si alguien pudiera verme. Mi erección, dura como el acero, parece tener vida propia, pulsando dolorosamente en respuesta a las imágenes que inundan mi mente.

Cierro los ojos y me rindo.

Mi mano derecha abandona la pared y se cierra alrededor de mi miembro, arrancándome un gruñido gutural que el ruido del agua ahoga misericordiosamente. Empiezo a moverla, lento al principio, mientras mi mente recrea con precisión tortuosa cada segundo de ese momento en el probador.

En mi fantasía, no me detengo después de subir la cremallera. Mis labios encuentran la nuca expuesta, la piel delicada detrás de su oreja. Mis manos recorren su cintura, ascendiendo hasta cubrir sus pechos perfectos, respondiendo a mi toque con la misma electricidad que sentí entre nosotros.

Mi ritmo se acelera mientras la fantasía se vuelve más vívida. Puedo casi oler su perfume, sentir su cuerpo presionado contra el

mío, oír los pequeños sonidos que haría cuando mis dedos encontraran los lugares exactos que la harían temblar.

En mi mente, la giro para enfrentarla. Esos ojos verdes mirándome con el mismo deseo que me consume. Sus labios, esos labios que he observado durante días, separándose para recibir los míos.

El orgasmo me golpea con una intensidad que me hace apretar los dientes para no gritar su nombre. Mi cuerpo entero se tensa y luego se estremece mientras el placer me recorre en oleadas brutales, dejándome jadeante y apoyado contra la pared para no caer.

Cuando la bruma del placer se disipa, la culpa la reemplaza inmediatamente. La vergüenza. El disgusto conmigo mismo.

¿Qué clase de hombre soy? ¿Qué clase de profesional? Estoy aquí para protegerla, no para fantasear con ella como un adolescente calenturiento. Ella confía en mí para mantenerla a salvo, no para desearla en secreto.

Y sin embargo, mientras el agua arrastra la evidencia de mi debilidad, sé que es una batalla perdida. Llevo meses observándola, deseándola, pensando en ella. Estar ahora bajo el mismo techo, respirando su aire, viendo cómo vive realmente, no ha hecho más que intensificar una obsesión que ya era peligrosamente fuerte.

La pregunta que le he hecho esta noche —¿todo esto te hace feliz?— no formaba parte de ningún protocolo de seguridad. Era puramente egoísta. Quería saber. Necesitaba saber. Porque en estos pocos días de observarla de cerca, he visto a una mujer atrapada en una vida que la está consumiendo. Una vida que, sospecho, nunca ha elegido realmente.

Eso me enfurece. La idea de que esta mujer extraordinaria esté agotándose frente a mis ojos y nadie parezca notarlo. O peor aún, que a nadie parezca importarle.

Cierro la ducha y me envuelvo en una toalla, evitando deliberadamente mi reflejo en el espejo. No quiero ver al hombre que soy. Al hombre que miente, que se obsesiona, que cruza líneas profesionales que deberían ser sagradas.

Mañana volveré a ser el guardaespaldas perfecto. Distante. Profesional. Controlado.

Pero esta noche, en la oscuridad de mi habitación, sé que soñaré con ella. Con su piel bajo mis dedos. Con sus ojos mirándome a través del espejo. Con un futuro imposible donde tengo derecho a preocuparme por su felicidad.

CAPÍTULO 14

SIENNA

—Y como te iba diciendo, Scarlett, el contrato especifica claramente que las fotos deben ser entregadas en dos semanas...

Me detengo con la taza a medio camino de mis labios. El director creativo de la marca sigue hablando, ajeno al hecho de que acaba de confundirme con mi hermana. No es la primera vez hoy. A las once, la recepcionista del estudio fotográfico me saludó como «Señorita Scarlett». A la una, un periodista me pidió comentarios sobre «tus nuevos diseños» antes de darse cuenta de su error.

—Soy Sienna —le corrijo con una sonrisa profesional tan ensayada que podría hacerla dormida—. Scarlett es quien diseña. Yo soy la cara visible.

El hombre parpadea, confundido, antes de soltar una risa nerviosa.

—¡Por supuesto! Disculpa. Es que sois tan idénticas...

No me molesto en explicarle que los gestos de mi hermana son completamente diferentes. Es inútil. La mayoría de la gente sólo ve lo que quiere ver: dos copias exactas e intercambiables.

Lanzo una mirada hacia la ventana del café, donde Grayson espera de pie junto a la entrada. Incluso a esta distancia, su presencia es magnética. Esa forma de estar completamente inmóvil sin parecer una estatua, sus ojos en constante movimiento evaluando cada rincón. La camiseta negra, siempre negra, que se tensa sobre sus hombros cuando cruza los brazos.

Tras diez días siguiéndome como una sombra, todavía no consigo descifrarle. Un momento es todo frialdad profesional, y al siguiente me descoloca con un gesto inesperadamente atento.

El director creativo finalmente se marcha, no sin antes llamarme Scarlett nuevamente al despedirse. Suspiro y me recuesto en la silla, agotada pese a que son apenas las cuatro de la tarde.

Grayson se acerca con ese andar silencioso que parece imposible para alguien de su tamaño. No pide permiso para sentarse; simplemente ocupa la silla frente a mí como si le perteneciera.

—Deberías comer algo —dice sin preámbulos.

No es una sugerencia. Es una declaración, firme pero extrañamente carente de autoritarismo.

—No tengo hambre —respondo automáticamente.

Sus ojos me estudian con esa intensidad que me hace sentir completamente desnuda. Como si pudiera ver a través de la fachada pulida que presento al mundo.

—No has comido nada desde las siete de la mañana, y era una simple tostada —afirma con esa seguridad irritante que tiene cuando se trata de mis hábitos—. Tu siguiente reunión es en una hora y después tienes la sesión con Vogue. Necesitas energía.

Antes de que pueda protestar, hace una señal al camarero, que aparece al instante como si Grayson tuviera algún tipo de magnetismo al que nadie puede resistirse.

—Una ensalada mediterránea y un zumo de granada, por favor —ordena, y después me mira—. A menos que prefieras otra cosa.

Me quedo momentáneamente sin palabras. Ha pedido exactamente lo que suelo tomar cuando tengo sesión de fotos: algo ligero pero nutritivo, sin ingredientes que puedan provocar hinchazón.

—¿Cómo sabes...? —empiezo, pero me interrumpe con una de esas raras medias sonrisas que transforman su rostro.

—Es mi trabajo saber cosas —responde simplemente.

El camarero regresa con mi ensalada. Está perfectamente presentada: un lecho de hojas verdes, tomates cherry, aceitunas Kalamata, queso feta desmenuzado y una vinagreta ligera servida aparte. A su lado, el zumo de granada brilla como rubíes líquidos bajo la luz del café.

—Come —dice Grayson, empujando sutilmente el plato hacia mí.

Hay algo en su tono, una nota de preocupación bajo la firmeza, que desarma mis defensas mejor que cualquier orden. Cojo el tenedor más por complacerle que por apetito.

Pero en cuanto el sabor fresco y ligeramente ácido de la vinagreta se mezcla con la cremosidad del queso, mi cuerpo recuerda cuánta hambre tenía realmente. De pronto estoy comiendo con genuino placer, saboreando cada bocado con una atención que no suelo dedicar a las comidas.

Grayson me observa en silencio. No hay satisfacción en su mirada por haber tenido razón, solo esa atención absoluta que parece reservar exclusivamente para mí.

—¿No comes tú? —pregunto, repentinamente consciente de que soy la única comiendo.

—Ya he comido —responde—. Mientras hablabas con el director creativo.

Por supuesto. Grayson Callahan probablemente tiene calculado hasta el último minuto de su día, alimentándose con la misma eficiencia con que hace todo lo demás.

—No necesito que supervises mi dieta —comento, intentando sonar molesta, pero fallando miserablemente—. No soy una niña.

Algo parpadea en sus ojos. Un destello de... ¿diversión?

—Evidentemente —dice, y hay un matiz en su voz, un tono más profundo, que envía un escalofrío por mi columna—. Solo me aseguro de que estés en condiciones óptimas para afrontar la tarde.

—¿Eso también está en el manual del guardaespaldas? ¿Comprobar que como mis cinco comidas diarias?

—Apartado tres, párrafo cuatro —responde con tal seriedad que por un segundo casi le creo, hasta que noto esa sombra de sonrisa jugando en la comisura de sus labios.

Es un gesto tan inesperado, tan humano, que me deja momentáneamente sin palabras. Este hombre es un enigma. Un momento es todo profesionalidad distante, y al siguiente me hace preguntarme si esa fachada esconde a alguien completamente diferente.

La jornada continua a ritmo frenético. La reunión con los inversores se alarga más de lo previsto, y después la sesión de fotos para Vogue se convierte en una auténtica maratón. La directora de fotografía, una mujer alemana conocida por su perfeccionismo implacable, nos mantiene hasta bien entrada la noche buscando «la toma perfecta».

Para cuando terminamos, son casi las diez y tengo un dolor punzante instalado en la sien derecha. Todo lo que quiero es llegar a casa, darme una ducha caliente y dormir doce horas seguidas.

En el coche de vuelta, Grayson permanece en silencio a mi lado. No intenta iniciar conversación, respetando mi evidente agotamiento. Es una de las cosas que más agradezco de él: sabe cuándo hablar y cuándo callar.

La casa está en silencio cuando llegamos. Scarlett debe estar encerrada en su estudio o quizás ya dormida. Me dirijo automáticamente hacia las escaleras, soñando con mi cama.

—Sienna —la voz de Grayson me detiene.

Me giro, demasiado cansada para mantener cualquier fachada. Él está de pie en el vestíbulo, sosteniendo una bolsa de papel que no había notado antes.

—¿Sí?

—Esto es para ti —dice, extendiéndola hacia mí como si no fuera nada importante.

La tomo, confundida, y miro dentro. El aroma que sale de la bolsa es inconfundible: sushi. Del pequeño restaurante japonés de Palm Beach que mencioné casualmente hace tres días que echaba de menos.

Lo miro, sin palabras.

—Apenas has comido en el set —explica con esa calma exasperante suya—. Solo un par de uvas y medio vaso de agua.

—La cámara añade cinco kilos —me defiendo débilmente—. Y ese vestido era particularmente ajustado.

—Lo sé —responde simplemente—. Por eso mandé comprarte esto.

Y eso es todo. No hay juicio en su voz, ni crítica, ni siquiera satisfacción por haber anticipado mis necesidades. Solo esa

aceptación tranquila que de alguna manera es más poderosa que cualquier discurso.

Miro nuevamente la bolsa, notando ahora que contiene exactamente mis piezas favoritas. Sashimi de salmón salvaje. Nigiri de lubina. Incluso ese raro roll de pepino y aguacate que casi nunca encuentro en las cartas.

—¿Cómo has...? —empiezo, pero me detengo.

Ya sé la respuesta. Es su trabajo saber cosas. Observar. Notar detalles. Recordar menciones casuales. Es lo que hace.

—Gracias —digo en su lugar.

Asiente una vez, un movimiento preciso y controlado.

—Buenas noches, Sienna —dice, y se da la vuelta para dirigirse hacia su habitación.

Lo observo alejarse, con su andar silencioso y controlado, y siento una confusión tan profunda que casi me marea.

¿Quién es este hombre? ¿Este guardaespaldas que se mantiene frío y distante un momento, y al siguiente me trae mi sushi favorito porque sabe que tengo hambre? ¿Que nota detalles sobre mí que ni siquiera mi hermana percibe? ¿Que parece entender mis necesidades mejor que yo misma?

Subo las escaleras con la bolsa en las manos, sintiéndola como algo más significativo de lo que realmente es. En mi habitación, me siento en la cama y saco los envases, el aroma familiar me envuelve como un abrazo.

Mientras como, saboreando cada bocado de este pequeño festín inesperado, me doy cuenta de algo perturbador: no puedo recordar la última vez que alguien se preocupó así por mis necesidades básicas. Por si había comido. Por si estaba cómoda. Por si necesitaba un descanso.

Estos pequeños gestos de Grayson, la ensalada de esta tarde, el sushi ahora, son tan simples y a la vez tan profundamente considerados que me dejan desconcertada.

Y lo que más me inquieta no es que lo haga, sino cómo me hace sentir. Vista. Atendida. Cuidada.

Pero, si me acostumbro a esto, ¿qué haré cuando ya no esté?

CAPÍTULO 15

SIENNA

Odio despertarme pronto, pero esta mañana me he desvelado por culpa de un trueno particularmente violento, y después de dar vueltas en la cama durante media hora, me he rendido.

Si no puedo dormir, al menos puedo ser productiva.

El pasillo está en penumbra cuando me dirijo hacia el gimnasio del ala oeste. Es un espacio amplio que diseñamos cuando compramos la casa, con vistas al jardín y equipado con todo lo necesario: máquinas de cardio, zona de pesas, incluso un pequeño estudio de yoga.

Aunque voy todas las mañanas, hoy estoy yendo mucho antes de mi horario habitual. Normalmente entreno a las siete, cuando la luz del día ya ilumina completamente la estancia, no a esta hora fantasmal cuando el amanecer apenas se intuye tras las ventanas.

Me detengo en seco al abrir la puerta, porque el gimnasio no está vacío.

Grayson está de espaldas a mí, golpeando el saco de boxeo con una intensidad hipnótica. Sus puños enfundados en guantes negros impactan contra el cuero con una precisión devastadora. Lleva unos pantalones deportivos que cuelgan peligrosamente bajos en sus caderas y tiene el torso completamente desnudo.

Su espalda es un mapa topográfico de músculos perfectamente definidos que se flexionan con cada golpe. Una fina capa de sudor hace que su piel bronce reluzca bajo las luces tenues del amanecer. Desde sus anchos hombros hasta su estrecha cintura, parece esculpido más que formado, como si algún artista obsesionado con la perfección masculina lo hubiera tallado en mármol vivo.

Me quedo paralizada en el umbral, incapaz de moverme o hacer notar mi presencia. Una voz en mi cabeza me dice que debería irme, que esto es una invasión a su privacidad. Pero otra, mucho más insistente, me mantiene clavada al suelo, devorando cada centímetro de lo que estoy viendo.

Da un último golpe al saco, haciéndolo balancearse violentamente, y se gira. Ni siquiera parece sorprendido de verme.

—Buenos días —dice con naturalidad, como si encontrarse conmigo a las cinco de la madrugada fuera algo habitual.

—Lo siento —respondo, y detesto cómo suena mi voz, ligeramente aguda por los nervios—. No quería interrumpir.

El frente de su cuerpo es tan impresionante como la espalda. Su torso es una obra maestra de definición muscular, con abdominales que parecen tallados en piedra y un pecho amplio marcado por cicatrices que, lejos de restarle atractivo, solo añaden un aire de peligro a su ya intimidante físico. Una fina línea de vello oscuro desciende desde su ombligo hasta perderse bajo la cinturilla del pantalón, creando una flecha tentadora que mis ojos siguen involuntariamente.

—No interrumpes —responde, quitándose los guantes con un movimiento fluido—. Ya había terminado con el saco.

Intento, realmente lo intento, mantener mis ojos a la altura de los suyos. Pero es como pedirle a un sediento que ignore un oasis.

—No sabía que entrenabas tan temprano —comento, buscando desesperadamente algo neutral que decir.

—Sí. Cinco días a la semana. De cinco a seis y media —responde, tomando un sorbo de su botella de agua—. Es el único momento en que puedo entrenar sin distracciones.

Hay un atisbo de algo en su voz que no puedo identificar. No es exactamente diversión, es algo más... intenso.

—Puedo volver más tarde —ofrezco, dando medio paso hacia atrás.

—No es necesario —dice, y sus palabras que me detienen—. El gimnasio es lo suficientemente grande para los dos.

Lo observo mientras se seca el sudor del rostro con una toalla. Sus movimientos son elegantes, precisos, como todo lo que hace.

Me pregunto si alguna vez este hombre hace algo sin calcular exactamente el esfuerzo necesario.

—¿Siempre golpeas así de fuerte? —pregunto, acercándome al saco que aún se balancea suavemente.

Una sonrisa enigmática se dibuja en sus labios.

—Solo cuando necesito... soltar tensión.

Hay algo en la manera en que dice «tensión» que envía un escalofrío por mi espalda. Como si estuviera confesando algo sin realmente hacerlo.

—Parece efectivo —comento, pasando los dedos por la superficie del saco—. Nunca he golpeado uno de estos.

—¿En serio? —Parece genuinamente sorprendido.

Me encojo de hombros.

—En mi profesión nos enseñan a cuidar nuestras manos, no a endurecerlas.

Se me queda mirando un momento, como si estuviera considerando algo.

—¿Quieres probar? —ofrece finalmente.

La pregunta me pilla desprevenida. Una parte de mí quiere decir que no, que he venido a hacer mi rutina habitual de cardio suave y estiramientos. Pero otra parte, una mucho más atrevida, se muere por saber qué se siente al liberar la energía de esa manera.

—¿Por qué no? —respondo, intentando sonar casual—. Podría ser útil saber golpear si alguna vez tengo que defenderme.

Algo cambia en su mirada. Un destello de intensidad que aparece y desaparece muy rápido.

—Ven aquí —dice, haciendo un gesto hacia él.

Me acerco, súbitamente consciente de mi atuendo: leggins negros y un top deportivo que deja mi abdomen al descubierto. Es la ropa que llevo cada día al gimnasio, pero que de repente me parece demasiado reveladora bajo su mirada atenta.

—Primero, los guantes —dice, tomando unos más pequeños de un estante cercano—. Para proteger tus manos.

Me los tiende y nuestros dedos se rozan brevemente durante el intercambio. Una pequeña descarga eléctrica me recorre el brazo ante ese contacto fugaz.

—¿Sabes cómo ponértelos? —pregunta, viendo mi indecisión.

Niego con la cabeza. Nunca he boxeado.

—Permíteme.

Se acerca y toma mis manos entre las suyas. El contraste es absurdo: mis manos, que siempre me han parecido proporcionadas, parecen diminutas entre las suyas. Con movimientos precisos y sorprendentemente delicados para alguien de su tamaño, me coloca primero uno y luego el otro guante, ajustando las correas con cuidado.

—¿Están demasiado apretados? —pregunta, y su voz suena más baja, más íntima.

—No —respondo, y detesto cómo mi propia voz parece haberse reducido a un susurro—. Están perfectos.

Asiente, satisfecho, y se coloca detrás del saco, sujetándolo para mí.

—De acuerdo, empecemos por lo básico. Posición de guardia.

Intento imitar lo que he visto en películas, alzando los puños frente a mi cara. Debe ser un desastre, porque veo cómo intenta reprimir una sonrisa.

—No se hace así —dice—. Permíteme.

Rodea el saco y se coloca frente a mí. Sin previo aviso, sus manos se posan en mis hombros, ajustando mi postura.

—Pie izquierdo adelante porque eres diestra —instruye, moviendo suavemente mi cuerpo—. Hombros relajados, no tensos. Codos cerca del cuerpo para proteger las costillas.

Sus manos se deslizan desde mis hombros hasta mis codos, corrigiendo mi posición. Cada punto donde me toca parece arder, como si sus dedos dejaran huellas invisibles sobre mi piel.

Toma mis manos enguantadas entre las suyas, moldeándolas en la posición correcta. Estamos tan cerca que puedo oler su aroma: una mezcla de sudor limpio, jabón caro y algo puramente masculino que hace que mis rodillas amenacen con fallar.

—Perfecto —murmura, y la aprobación en su voz me produce una satisfacción ridícula—. Ahora, golpea. No con el brazo, con todo el cuerpo. Gira la cadera, transfiere el peso.

Hace una demostración, moviéndose con la gracia letal de un depredador. Luego vuelve a sujetar el saco, esperando mi intento.

Mi primer golpe es patético. El saco apenas se mueve.

—No tengas miedo —dice—. No vas a hacerte daño. Pon intención en el golpe.

Lo intento de nuevo, con algo más de fuerza. Un poco mejor, pero aún lejos de lo que debería ser.

—Imagina que es alguien que te ha hecho daño —sugiere, su voz adquiriendo un matiz más duro—. Alguien a quien quieres hacerle pagar.

La imagen de Diana, mi madre, aparece instantáneamente en mi mente. Años de control, de manipulación, de empujarme hasta el límite. El saco recibe mi golpe con un sonido satisfactorio.

—Eso está mejor —aprueba—. Otra vez.

Durante los siguientes minutos, golpeo el saco bajo su atenta mirada. Con cada impacto, siento cómo algo dentro de mí se libera. Es catártico, casi adictivo.

—Descansa —dice finalmente, viendo que empiezo a respirar más pesadamente—. No querrás forzar demasiado los músculos el primer día.

Dejo caer los brazos y me quito los guantes, repentinamente consciente de lo cerca que está. En algún momento durante mi improvisada sesión de boxeo, la distancia entre nosotros se ha reducido. Ahora está a menos de un metro de mí, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me roba el aliento.

—¿Por qué nunca me dijiste que sabías hacer esto? —pregunto, buscando algo que decir para romper la tensión.

—¿Golpear un saco? —Una media sonrisa curva sus labios.

—No —insisto—. Enseñar. Tienes paciencia. Explicas bien.

Algo parpadea en sus ojos. Un destello de... ¿sorpresa? ¿Vulnerabilidad?

—Mi trabajo es protegerte, no ser tu entrenador personal.

—¿Y no podrías ser ambos? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Su expresión cambia sutilmente. La máscara profesional se agrieta, revelando algo más crudo, más honesto, debajo.

—Sienna... —Su voz pronuncia mi nombre como una advertencia y una caricia a la vez.

—Si tanto te preocupa mi seguridad —continúo, acercándome un paso más—, ¿por qué no me enseñas a defenderme? No estarás siempre a mi lado.

Una sombra cruza su rostro ante mis últimas palabras. Como si la idea de no estar a mi lado le causara un dolor físico.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta en voz baja—. ¿Que te enseñe a defenderte?

Asiento, sin confiar en mi voz. La verdad es que no me importa qué me enseñe. Solo quiero una excusa para mantener esta nueva proximidad, esta versión de Grayson menos controlada, más accesible.

—Date la vuelta —dice de repente.

Mi corazón da un vuelco ante la orden inesperada, pero obedezco, dándole la espalda. Un segundo después, siento cómo se acerca. No me toca, pero puedo sentir su presencia justo detrás de mí, el calor de su cuerpo irradiando hacia el mío.

—El error más común —su voz es un murmullo junto a mi oído— es no estar atenta a tu entorno. Un atacante casi siempre se acercará por detrás.

Su aliento roza la piel sensible de mi nuca, enviando escalofríos por todo mi cuerpo. Permanezco inmóvil, apenas respirando.

—Si alguien te agarra así... —Sus brazos se cierran alrededor de mí desde atrás, uno cruzando sobre mis hombros, el otro alrededor de mi cintura.

No es un abrazo. Es una demostración. Una lección. Pero mi cuerpo reacciona como si fuera algo completamente distinto. Su pecho, aún desnudo, presiona contra mi espalda, sólido y caliente. Puedo sentir cada músculo, cada contorno de su cuerpo perfectamente alineado con el mío.

—El instinto es forcejear —continúa, su voz ahora más grave, más profunda—. Es un error. En su lugar, debes hacer esto...

Me guía a través de una serie de movimientos, mostrándome cómo aflojar su agarre, cómo golpear hacia atrás con la cabeza o el codo, cómo girarme hacia un lado aprovechando su impulso.

Pero no estoy prestando atención a sus instrucciones. Solo puedo concentrarme en la sensación de estar rodeada por él. En cómo su piel arde contra la mía en cada punto de contacto. En el modo en que su respiración, cada vez más acelerada, acaricia mi cuello.

—¿Lo has entendido? —pregunta, y hay un matiz ronco en su voz que no estaba ahí antes.

—Creo que necesito... verlo de frente —respondo, mi propia voz apenas reconocible.

Lentamente, me libera de su agarre. Me giro para enfrentarlo y el aire entre nosotros parece cargarse de electricidad estática. Estamos tan cerca que podría contar sus pestañas. Sus ojos, normalmente de un azul glacial, parecen más oscuros, más profundos.

—¿Y si me agarran de frente? —pregunto, consciente de que estoy jugando con fuego, pero incapaz de detenerme.

Traga visiblemente, su nuez de Adán moviéndose en un gesto que encuentro inexplicablemente fascinante.

—Depende... de cómo te agarren —responde, y su voz es apenas un susurro.

Doy un paso más hacia él, eliminando casi todo el espacio entre nosotros.

—Muéstramelo.

Sus manos se alzan lentamente, como si estuviera luchando consigo mismo. Finalmente, las coloca en mis brazos, justo por encima de los codos. Su toque es firme pero extrañamente delicado, como si temiera romperme.

—Si te sujetan así... —comienza, pero se detiene cuando levanto la mirada directamente a sus ojos.

El tiempo parece detenerse. El único sonido en la habitación es el de nuestras respiraciones, cada vez más sincronizadas, cada vez más aceleradas. Hay una pregunta silenciosa en sus ojos, una vulnerabilidad que nunca antes había visto en él.

—¿Y ahora qué? —susurro, las palabras apenas audibles entre nosotros.

Se inclina hacia mí, tan lentamente que parece moverse a cámara lenta. O quizás soy yo quien se acerca a él. Ya no estoy segura. Solo sé que la distancia entre nosotros se reduce milímetro a milímetro.

Puedo sentir su aliento sobre mis labios, cálido y tentador. Mis ojos se cierran instintivamente, anticipando el contacto que parece tan inevitable como el amanecer que empieza a iluminar la estancia.

—¡Vaya! Perdón, no sabía que había alguien... Oh.

La voz de Scarlett rompe el hechizo como un cristal que se hace añicos. Nos separamos de golpe, como si nos hubieran electrocutado.

Mi hermana está en la puerta, con su esterilla de yoga bajo el brazo y una expresión de sorpresa que rápidamente se transforma en algo demasiado parecido a la diversión.

—Solo venía para hacer una sesión de yoga matutina —dice, con una inocencia tan falsa que casi me hace sonreír pese a la frustración—. Pero puedo volver más tarde.

—No es necesario —responde Grayson, su voz nuevamente bajo control, aunque noto un matiz áspero que antes no estaba—. Acabábamos de terminar.

Me mira brevemente, y por un segundo veo algo en sus ojos. Frustración. Anhelo.

—Gracias por la clase —consigo decir, sorprendida de que mi voz suene remotamente normal.

Asiente una vez, recoge su toalla y botella de agua, y sale del gimnasio sin mirar atrás. Su espalda, esa magnífica espalda que he estado admirando, está rígida como si llevara una armadura invisible.

Scarlett espera hasta que sus pasos se alejan por el pasillo para volverse hacia mí con una sonrisa que parece la de un gato que acaba de encontrar un ratón.

—Así que... ¿te estaba enseñando defensa personal? —pregunta, arqueando una ceja perfectamente depilada—. Qué conveniente.

—Exactamente eso —respondo, intentando sonar indiferente—. Y muy útil, por cierto.

—Ya lo veo —replica—. Especialmente la parte donde casi os besáis. Una técnica muy avanzada de defensa, sin duda.

Le lanzo una toalla a la cabeza, que ella esquiva entre risas.

—¡Cállate! —protesto, pero no puedo evitar que una sonrisa tire de las comisuras de mis labios.

Mientras me dirijo a la puerta, intentando ignorar la mirada divertida de mi hermana, soy dolorosamente consciente de una verdad que ya no puedo negar: estoy a un paso de caer por el abismo llamado Grayson Callahan.

Y lo peor de todo es que no estoy segura de querer detenerme.

CAPÍTULO 16

SIENNA

—Absolutamente no.

La voz de Grayson no se eleva ni un decibelio, pero su tono no admite discusión. Está de pie junto a la isla de la cocina, con los brazos cruzados sobre el pecho, ocupando el espacio como si le perteneciera. Como siempre.

—¿Perdona? —replico, dejando la taza de té sobre la encimera con más fuerza de la necesaria—. No te estoy pidiendo permiso. Te estoy informando de un compromiso profesional.

Su mandíbula se tensa, hay un pequeño músculo palpitando bajo la barba incipiente que lleva hoy. Después de casi dos semanas viviendo bajo el mismo techo, he memorizado cada uno de sus gestos, especialmente ese, el que delata que está conteniéndose.

—La exposición de Arte y Naturaleza en el Convention Center es un evento masivo, con entradas de venta libre y seguridad mínima —dice, cada palabra medida y precisa—. Hay más de dos mil personas confirmadas, tres puntos de acceso sin controles adecuados, y la distribución interior dificulta la vigilancia efectiva. El nivel de riesgo es inaceptable.

Lo miro fijamente, intentando que mi irritación no se convierta en algo más explosivo.

—Es una exposición de arte, no un mitin político —contraataco—. Y Blake Sisters es patrocinador oficial. Mi cara está en los carteles, en las invitaciones y en toda la campaña de redes sociales. No puedo simplemente no aparecer.

Grayson no parpadea. Sus ojos azules me estudian con esa intensidad perturbadora que me hace sentir completamente transparente.

—Scarlett puede representar a la marca —sentencia—. Ella no está siendo acosada por un puto demente. Puede ir acompañada de Easton y Weston. Tú te quedas aquí conmigo.

La indignación hierve en mis venas como agua a presión. ¿Quién se cree que es para decidir algo así?

—¿Y si Scarlett tiene otros planes? —pregunto, apretando los dientes.

—Los cambia —responde sin pestañear—. Tu seguridad no es negociable, Sienna.

Siento el calor subiendo por mi cuello hasta mis mejillas. No es solo rabia por su autoritarismo, es frustración porque una parte de mí sabe que tiene sentido lo que dice. Pero he pasado demasiados años bajo el control asfixiante de Diana para aceptar que otro tome decisiones por mí, aunque sea por mi bien.

—No puedes decidir por ella —insisto, aferrándome a mi argumento—. Ni por mí. No eres mi dueño, Grayson. Eres mi empleado.

Veo el impacto de mis palabras en su expresión, un destello fugaz de algo parecido al dolor que rápidamente queda sepultado bajo una máscara de frialdad profesional. Una parte de mí se arrepiente instantáneamente, pero mi orgullo no me permite retractarme.

Da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal con esa presencia que parece absorber todo el oxígeno de la habitación.

—Soy el hombre al que han contratado para mantenerte con vida —dice, su voz más grave, casi un gruñido—. Y te garantizo que ese evento es un riesgo que no estoy dispuesto a tomar.

—¿No estás dispuesto? —replico, alzando el mentón desafiante—. ¿Y quién te ha pedido tu opinión? Iré a esa exposición quieras o no. Puedes acompañarme o quedarte aquí, me da exactamente igual.

Sus ojos se oscurecen peligrosamente. Por un momento, creo que va a seguir discutiendo, pero para mi sorpresa, da un paso atrás y exhala lentamente, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener el control.

Abro la boca para protestar, pero la cierra con una mirada tan intensa que me deja momentáneamente sin palabras.

—Sienna —dice, su voz extrañamente suave—. Tu seguridad no es negociable. Y nada me va a hacer cambiar de opinión.

Y es justo en ese momento en el que me doy cuenta de que razonando con él no voy a ganar esta batalla.

Pero puedo hacer algo mucho mejor en su lugar.

—Bien —digo, dándome la vuelta—. Que Scarlett vaya en mi lugar.

Me alejo de la cocina con pasos furiosos, sintiendo su mirada clavada en mi espalda. En cuanto doblo la esquina del pasillo, apoyo la espalda contra la pared y respiro hondo, intentando calmar el torbellino de emociones que me invade.

—Estás completamente loca —susurra Scarlett, mirándome como si me hubiera crecido una segunda cabeza—. Como Grayson se entere nos mata a las dos.

Estamos en mi habitación, donde le acabo de explicar mi plan. Ella va a quedarse en casa, haciéndose pasar por mí con una supuesta migraña, mientras yo me haré pasar por ella y asistiré a la exposición con Easton y Weston.

Es un plan brillante.

—No se va a enterar —insisto, rebuscando en el armario—. Nadie nos distingue jamás, Scar. Ni siquiera nuestra propia madre lo hacía a menos que estuviéramos de pie una junto a la otra.

—Pero Grayson no es Diana. Es... diferente —replica mi hermana con amargura.

Me detengo un momento, mirándola con curiosidad.

—¿Diferente cómo? ¿Crees que puede distinguirnos?

Scarlett se encoge de hombros, pero hay algo en su expresión que me inquieta.

—No lo sé —dice finalmente—. Solo sé que ese hombre te mira como si estuviera memorizando cada detalle de ti.

Sus palabras provocan una extraña sensación en mi estómago, un aleteo que prefiero ignorar.

—Son imaginaciones tuyas —respondo, sacando un vestido burdeos del armario—. Mira, si quieres quedarte más tranquila, puedes pasar la noche en mi habitación, leyendo o viendo una película. Si Grayson viene a comprobar cómo estoy, le dices que tienes migraña y que necesitas oscuridad y silencio.

Scarlett suspira profundamente, pero veo en su expresión que ya se ha rendido.

—Vale —concede—. Me quedaré en tu habitación fingiendo ser tú. Pero, Sienna... ten cuidado. No me gusta nada esto. Si te pasa algo…

Le dedico una sonrisa tranquilizadora mientras me pruebo uno de sus vestidos, que me queda perfecto.

—Estaré bien —le prometo—. Solo serán un par de horas, cumpliré con el compromiso y volveré. Además, estaré con Easton y Weston todo el tiempo.

Scarlett me mira fijamente, viendo a través de mis excusas.

—¿Seguro que es solo eso? —pregunta, levantando una ceja—. ¿No estás intentando probar algo más?

Desvío la mirada, súbitamente incómoda. Porque tiene razón, aunque no estoy lista para admitirlo. No se trata solo de asistir a la exposición. Es también sobre Grayson. Sobre ese extraño poder que parece tener sobre mí. Sobre la necesidad de saber si realmente me ve como creo que lo hace.

—Solo quiero cumplir con mis obligaciones profesionales —respondo, evadiendo la verdadera pregunta—. Nada más.

—¿Estás lista, Scarlett? —llama Easton desde el vestíbulo.

Me miro una última vez en el espejo. El vestido burdeos abraza mi figura perfectamente, mi cabello está recogido en un moño elegante, y el maquillaje es sutilmente más intenso de lo que yo suelo usar. Cualquiera que me mire verá a Scarlett Blake, no a Sienna.

Tomo un respiro profundo y salgo de la habitación, bajando las escaleras con la confianza que me caracteriza. Easton y Weston esperan junto a la puerta, ambos impecablemente vestidos de traje

oscuro. Grayson no está a la vista, probablemente se ha encerrado en su oficina improvisada para revisar informes.

—Vaya, estás despampanante —comenta Easton con una sonrisa que forma hoyuelos en sus mejillas—. Vas a ser la sensación de la noche, Scar.

Fuerzo una sonrisa, imitando el gesto ligeramente ladeado que Scarlett suele hacer.

—Gracias. ¿Nos vamos? No quiero llegar tarde.

Weston me observa con una intensidad que me pone nerviosa. De los dos, siempre ha parecido el más perceptivo. Por un momento, temo que haya notado algo, pero finalmente asiente sin decir una palabra.

Salimos al coche que nos espera fuera. Con cada paso que me alejo de la casa, siento una mezcla contradictoria de alivio y culpabilidad. Por un lado, he conseguido escapar de la vigilancia sofocante de Grayson. Por otro, estoy traicionando su confianza, poniendo en riesgo su trabajo.

Pero mientras el coche se aleja por el camino de entrada, no puedo evitar una sensación de triunfo. Lo he conseguido. Soy libre, al menos por esta noche.

Y si tengo suerte, cuando regrese, ni siquiera habrá notado el cambio.

GRAYSON

Los informes de seguridad se vuelven borrosos frente a mis ojos. He leído la misma línea cinco veces sin absorber una sola palabra. Con un gruñido de frustración, cierro la carpeta y me recuesto en la silla, pasándome una mano por el rostro.

Estoy agotado, pero no físicamente. Es un cansancio más profundo, más insidioso. Un agotamiento que viene de estar constantemente alerta, de evaluar cada amenaza potencial, de anticipar cada posible escenario.

Y sobre todo, de estar tan cerca de ella sin poder acercarme realmente.

Miro el reloj. Hace casi dos horas que Easton y Weston se llevaron a Scarlett a la exposición, y desde entonces no he visto a Sienna.

Me levanto de la silla, incapaz de permanecer quieto por más tiempo. Me he cambiado a algo más cómodo —pantalones de chándal negros y una camiseta del mismo color— ya que no voy a salir esta noche. La tensión acumulada en mis músculos exige movimiento. Salgo de la oficina y comienzo a recorrer la planta baja de la mansión.

Pienso en la discusión de esta mañana, en la forma en que Sienna me miró, desafiante y furiosa a la vez. Por una parte, me alivia que haya entendido los riesgos y aceptado no asistir. Por otra, odio ser quien le imponga limitaciones, quien le recuerde constantemente el peligro que la acecha.

Porque lo último que quiero es ser otra jaula para ella, no después de todo por lo que ha pasado.

El pensamiento hace que algo se retuerza en mi pecho. Sienna lleva horas encerrada en su habitación y ni siquiera he ido a comprobar cómo está.

Antes de que pueda analizarlo demasiado, me encuentro en la cocina, preparando un té de manzanilla con miel.

Subo las escaleras con la taza en las manos, sintiéndome extrañamente nervioso. No sé si querrá verme, si todavía estará enfadada por la discusión de esta mañana. Pero no puedo mantenerme alejado.

Al llegar a su puerta respiro hondo. Quiero ser menos autoritario, más comprensivo. Quiero que entienda que mi única prioridad es su bienestar.

Llamo suavemente.

—Sienna —digo, manteniendo mi voz deliberadamente baja—. Soy Grayson. Te he traído un té.

Silencio. Luego, el sonido de pasos acercándose. La puerta se abre ligeramente, revelando un rostro familiar en penumbra.

—No hacía falta —responde con la voz apagada—. Estoy... descansando.

Y en ese preciso instante, algo dentro de mí se congela. Una señal de alarma tan potente que casi hace que suelte la taza. Porque esa voz... es casi igual pero no es exactamente la de Sienna.

La miro fijamente escaneando cada detalle. La forma ligeramente diferente en que pone la cabeza. El brillo sutilmente distinto en los ojos. La tensión casi imperceptible en la mandíbula.

Es Scarlett. No Sienna.

El pánico me invade como una oleada glacial, pero lo controlo con férrea disciplina.

—¿Dónde coño está? —pregunto, mi voz es un susurro mortal.

Sus ojos se abren con sorpresa genuina. No esperaba que la descubriera tan rápido.

—¿Qué? Soy Sienna, yo...

—No me tomes por idiota, Scarlett —la corto, dejando la taza en el suelo antes de que mis manos temblorosas de furia la dejen caer —. ¿Dónde. Está. Tu. Hermana?

La veo tragar saliva, la fachada desmoronándose por completo.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta, abriendo más la puerta—. Llevo su ropa, su perfume, incluso me he peinado como ella...

—Esto no es un puto juego —espeto, mi voz apenas controlada—. Está en peligro. ¿Se ha ido a la exposición haciéndose pasar por ti?

Scarlett asiente, la preocupación reemplazando su sorpresa inicial.

—Pensamos que nadie lo notaría. Nadie nos distingue nunca...

El hielo en mis venas se extiende a cada célula de mi cuerpo. Sienna, haciéndose pasar por Scarlett, en un evento masivo abierto al público.

—Está con Easton y Weston —intenta tranquilizarme.

Es un ligero alivio, pero no suficiente. Porque Easton y Weston no saben que están protegiendo a Sienna en vez de a Scarlett. No estarán tan alerta como deberían. Y si el acosador la ha estado vigilando, si se da cuenta de quien es...

No pierdo un segundo más. Me giro y me dirijo a las escaleras, bajándolas de tres en tres.

—¿Vas a ir así? —escucho a Scarlett preguntar desde arriba, refiriéndose a mi atuendo.

No me molesto en responder. No hay tiempo para cambiarme. No hay tiempo para nada excepto para llegar a ella lo antes posible.

Agarro las llaves del Audi de la mesa de la entrada y salgo de la casa como una exhalación. El motor ruge cuando lo enciendo, y en

segundos estoy atravesando la verja principal, apretando el acelerador al máximo.

Un único pensamiento ocupa toda mi mente mientras conduzco a velocidad temeraria por las calles de Palm Beach: encontrarla. Encontrarla antes de que alguien más la descubra.

Porque si algo le ocurre, si ese psicópata la localiza cuando está vulnerable...

La presión en mi pecho es tan intensa que apenas puedo respirar. El miedo, un sentimiento que creía haber desterrado hace años, me invade con una fuerza abrumadora.

Mi Sienna.

Y si tengo que atravesar el infierno para traerla de vuelta sana y salva, que así sea.

CAPÍTULO 17

SIENNA

El Convention Center bulle de actividad. La exposición «Arte y Naturaleza» ha superado todas mis expectativas: esculturas impresionantes, instalaciones que juegan con la luz y las sombras, y lo más importante, nadie me ha reconocido como Sienna Blake. Para todos soy simplemente Scarlett, la gemela diseñadora, menos mediática, más discreta.

Durante las últimas horas he navegado entre conversaciones con inversores potenciales y admiradores del arte, siempre con Easton o Weston a una distancia prudencial, sin que sospechen que están protegiendo a la gemela equivocada. Mi plan ha funcionado a la perfección. He conseguido disfrutar de esta libertad temporal, de esta sensación embriagadora de ser yo quien controla mi vida por una vez. He engañado a Grayson.

Estoy explicando la filosofía sostenible de nuestra próxima colección a un grupo de inversores cuando la atmósfera de la sala parece cambiar, como cuando un depredador entra en un territorio lleno de presas. Sin siquiera girarme, sé que algo ha ocurrido. Y entonces me doy la vuelta y lo veo.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Grayson Callahan está de pie junto a la entrada principal del Convention Center, escaneando la sala con la intensidad de un depredador buscando a su presa. Va vestido con un chándal negro y la expresión de su rostro haría retroceder al más valiente.

El corazón se me acelera.

Viene a por mí.

Sabe que le he engañado.

Debería moverme, esconderme entre la multitud, pero estoy paralizada. Como un conejo deslumbrado por los faros de un coche, incapaz de apartarse del peligro inminente.

Sus ojos, de ese azul imposible, recorren metódicamente el espacio atestado hasta que, inevitablemente, me encuentran.

Mi corazón se acelera hasta un ritmo casi doloroso cuando lo veo avanzar hacia mí, la multitud abriéndose inconscientemente a su paso como si percibiera el peligro. Con cada segundo que pasa, la distancia entre nosotros se acorta, y puedo ver con claridad creciente la furia apenas contenida en su rostro.

Nunca lo había visto así. Su habitual máscara de control profesional ha desaparecido por completo, reemplazada por algo primario, algo que hace que un calor inesperado se extienda por mi vientre pese al miedo.

No debería sentir esto. No debería experimentar esta extraña mezcla de temor y excitación ante su evidente furia. Pero aquí estoy, con las piernas temblorosas y la boca seca, esperándole como una condenada que ha aceptado su destino.

Cuando finalmente llega hasta mí, se detiene tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Huele a noche fresca y a algo exclusivamente suyo, más intenso ahora por la adrenalina.

—Nos vamos, Sienna. Ahora —ordena, su voz es un gruñido bajo que solo yo puedo escuchar.

No hay saludo. No hay preguntas. Solo esa orden implacable que no admite discusión.

Debería protestar. Debería recordarle que no es mi dueño. Pero la intensidad de su mirada, la tensión en cada línea de su cuerpo, me advierte que este no es momento para desafíos.

Sin embargo, no sería yo si me rindiera tan fácilmente, no con él. Su presencia me empodera y enfurece a partes iguales. Me hace sentirme lo suficientemente segura como para revelarme.

—Estoy en medio de una conversación —respondo, manteniendo la voz calmada pese al torbellino en mi interior—. No puedo irme así.

Sus ojos se entrecierran ligeramente, y por un instante temo haber ido demasiado lejos. Pero se limita a asentir una vez, un movimiento brusco que contiene apenas su furia.

—Tienes dos minutos para despedirte —concede, y se aparta solo lo suficiente para darme espacio, sin perderme de vista ni un segundo.

Me giro hacia el pequeño grupo con el que estaba conversando y les ofrezco una disculpa apresurada. Apenas registro sus respuestas. Toda mi atención está centrada en la presencia imponente que espera a mis espaldas, en la tormenta que sé que se desatará en cuanto estemos fuera.

En cuanto termino, siento una mano en la parte baja de mi espalda. No es un toque agresivo, pero es firme, inequívoco en su propósito. Me está guiando, o más bien, dirigiendo hacia la salida.

Avanzamos entre la multitud, su mano nunca abandonando mi espalda, quemando a través de la tela de mi vestido como un hierro al rojo vivo. Mantengo la cabeza alta, consciente de que estamos en un evento público, negándome a mostrar la turbulencia que siento por dentro.

No nos dirigimos a la entrada principal, sino hacia una puerta lateral que lleva a un pequeño patio interior, iluminado tenuemente y desierto a esta hora de la noche. En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, aislándonos del bullicio de la exposición, siento cómo la tensión entre nosotros alcanza un punto crítico.

Me giro para enfrentarlo, decidida a tomar la iniciativa antes de que él lo haga.

—Sé lo que vas a decir —comienzo, cruzándome de brazos—. Que he sido irresponsable, que me he puesto en peligro, que he traicionado tu confianza. Ahórratelo.

Por un momento, Grayson no responde. Se limita a mirarme con una intensidad que me deja sin aliento. Está tan furioso que casi puedo sentir el calor de su rabia irradiando en el aire fresco de la noche.

—¿Tienes idea —dice finalmente, cada palabra medida y precisa— de lo que podría haberte pasado?

Su voz es engañosamente tranquila, lo que la hace aún más intimidante. Pero no me dejo amedrentar.

—Estaba perfectamente segura —replico—. Easton y Weston estaban aquí. Nadie me ha reconocido como Sienna Blake. El plan

funcionaba a la perfección hasta que has aparecido tú.

Da un paso hacia mí, eliminando parte de la distancia que nos separa.

—¿Funcionaba? —su tono es incrédulo—. Me di cuenta al puto instante de que Scarlett no eras tú. Si yo puedo hacerlo, él también puede.

—Eso es diferente —argumento, aunque siento que mi convicción flaquea.

—¿Por qué? —exige saber, dando otro paso hacia mí.

Retrocedo instintivamente hasta que mi espalda toca la pared. Estoy literalmente acorralada.

—Porque... —me detengo, sin saber cómo continuar. ¿Porque me observas como nadie lo ha hecho jamás? ¿Porque pareces conocerme mejor que yo misma?

Grayson está ahora a menos de un metro de distancia. Su presencia es abrumadora en este espacio reducido. La luz tenue proyecta sombras dramáticas sobre su rostro, acentuando la dureza de su mandíbula, la intensidad de sus ojos.

—¿Tienes idea de cómo me he sentido cuando he descubierto que no estabas? —pregunta, su voz descendiendo a un registro más profundo—. ¿De lo que ha estado pasando por mi mente durante el tiempo que he tardado en llegar aquí?

Algo en su tono, una vulnerabilidad bajo la furia, me hace tragar saliva.

—Solo quería ir a la gala —digo, mi voz más débil de lo que quisiera—. No era para tanto.

—¿No era para tanto? —repite, y ahora sí hay incredulidad en su voz—. Hay un hombre obsesionado contigo ahí fuera. Un hombre que entró en tu habitación, que te fotografió sin tu conocimiento, que invadió tu espacio más íntimo. Y tú decides que es una buena idea escaparte, engañar a tu equipo de seguridad y asistir a un evento público.

Expuesto así, suena terrible. Pero no voy a darle la satisfacción de admitirlo.

—Quería demostrar que puedo tomar mis propias decisiones —replico, alzando la barbilla desafiante—. Que no necesito que otro

hombre controle cada aspecto de mi vida.

—Esto no es sobre control —gruñe, la frustración que siente es evidente en cada línea de su cuerpo—. Es sobre mantenerte a salvo.

—Es fácil para ti decirlo —espeto, la emoción finalmente desbordándose—. No eres tú quien ha pasado años bajo la presión de alguien que decidía hasta cuándo podías respirar. No eres tú quien finalmente consiguió su libertad solo para tener que entregársela a otro dictador con diferente nombre.

Sus ojos se oscurecen peligrosamente.

—¿Eso es lo que piensas que soy? ¿Un dictador? —hay algo herido en su voz, casi imperceptible bajo la furia—. Todo lo que he hecho, cada decisión que he tomado, ha sido para protegerte.

—Yo no pedí tu protección —respondo, aunque siento mi resolución debilitarse ante la emoción cruda en su mirada—. No así.

Grayson da un último paso hacia mí, eliminando casi toda la distancia entre nosotros. Está tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo, contar las pestañas que enmarcan esos ojos imposiblemente azules, ver la ligera cicatriz que cruza su ceja izquierda. Mi corazón late desbocado, y no es solo por la discusión.

—¿Qué quieres entonces, Sienna? —su voz es un susurro áspero —. ¿Qué es lo que realmente quieres de mí?

La pregunta me golpea como un puño en el estómago porque no tengo respuesta. O quizás sí la tengo, pero es una respuesta que no me atrevo a pronunciar en voz alta. Una que tiene que ver con la forma en que mi cuerpo reacciona a su cercanía, con los sueños que me han estado atormentando desde que entró en mi vida.

En lugar de responder, hago lo único que se me ocurre para desequilibrarlo. Contraataco.

—¿Y tú? —pregunto, mi voz suena más temblorosa de lo que me gustaría—. ¿Qué quieres tú, Grayson? Porque esto va más allá del deber profesional, ¿no es así?

Veo el impacto de mis palabras en su expresión. Un destello de —¿sorpresa? ¿miedo? ¿deseo?— cruza su rostro antes de que pueda ocultarlo. Por un segundo, la máscara se desliza, y lo que veo debajo me deja sin aliento.

—No sabes lo que estás diciendo —responde finalmente, su voz sale en un gruñido bajo—. No tienes ni idea.

Hay una advertencia en sus palabras, pero también una promesa. Y algo dentro de mí, algo temerario y hambriento, quiere presionar, quiere ver qué ocurre cuando ese férreo control finalmente se rompa.

—Entonces dímelo tú —lo desafío, levantando la mirada directamente a sus ojos—. Dime exactamente qué es lo que quieres.

El mundo parece detenerse en ese momento. El único sonido es el de nuestras respiraciones agitadas, mezclándose en el escaso espacio entre nosotros. La tensión es tan densa que casi podría cortarla con un cuchillo.

Y entonces, como si algo se rompiera dentro de él, Grayson gruñe. Es un sonido bajo, casi animal, que envía un escalofrío de anticipación por mi columna vertebral.

Sus manos se mueven tan rápido que apenas las veo. De pronto están en mi rostro, grandes y cálidas, acunando mis mejillas con una delicadeza que contrasta brutalmente con la intensidad de su mirada.

—Esto —gruñe—. Esto es lo que quiero.

Y entonces me besa.

GRAYSON

La beso como un hombre que se está ahogando y ha encontrado oxígeno. Con hambre. Con desesperación. Con toda la tensión acumulada durante meses de observación, de deseo reprimido, de autocontrol despiadado.

Sus labios son suaves, cálidos, exactamente como los había imaginado en mis fantasías más prohibidas. El primer contacto es casi violento en su intensidad, una colisión más que un beso. Toda mi furia, mi miedo, mi frustración se canalizan en este momento.

Espero que me empuje, que me abofetee, que me rechace. Merezco su desprecio. He cruzado la última línea, he roto la barrera final.

Pero entonces ocurre lo impensable: Sienna gime contra mi boca y sus manos se aferran a mis hombros, no para apartarme sino para

acercarme más.

El mundo entero se desvanece a nuestro alrededor.

Mis manos se deslizan desde su rostro hasta su nuca, enredando los dedos en ese cabello que he soñado con tocar desde la primera vez que la vi. La seda dorada se desliza entre mis dedos mientras inclino su cabeza para profundizar el beso.

Su boca se abre bajo la mía con un suspiro, y cuando mi lengua encuentra la suya, un gruñido animal escapa de mi garganta. Sabe a champán y a algo exclusivamente suyo, dulce y adictivo. Un sabor que sé que me perseguirá el resto de mi vida.

La aprieto suavemente contra la pared, mi cuerpo presionando el suyo sin ninguna pretensión de distancia profesional. Quiero que sienta exactamente lo que me hace, lo que ha estado haciéndome desde que entró en mi vida como un huracán de luz y color.

Sus manos abandonan mis hombros para enredarse en mi pelo, tirando ligeramente, arrancándome otro gruñido. La delicadeza inicial ha desaparecido por completo, reemplazada por un hambre mutua que amenaza con consumirnos a ambos.

El contraste entre nosotros solo intensifica el momento: ella en su elegante vestido burdeos, yo en mi chándal negro. La princesa y el guardaespaldas. La luz y la sombra.

Una de mis manos desciende por su costado, dibujando la curva de su cintura, sintiendo cómo se estremece bajo mi toque. La otra permanece en su nuca, manteniendo su boca cautiva bajo la mía mientras el beso se vuelve más profundo, más posesivo.

Mordisqueo su labio inferior, arrancándole un gemido que envía una corriente eléctrica directamente a mi entrepierna. Debería detenerme. Debería recuperar el control. Estamos en un lugar público, cualquiera podría vernos.

Pero no puedo. No ahora que finalmente sé a qué sabe el paraíso.

Sus manos descienden por mi pecho, explorando los músculos que se tensan bajo su toque incluso a través de la tela. Nuestras respiraciones se mezclan, agitadas, mientras el beso se vuelve casi desesperado en su intensidad.

La realidad se difumina. Ya no soy Grayson Callahan, el ex-militar, el CEO, el profesional despiadadamente controlado. Soy solo un

hombre rendido ante la única mujer que ha conseguido atravesar todas mis defensas.

Y ella responde con igual abandono. Sus caderas se presionan contra las mías, buscando instintivamente más contacto. El calor entre nosotros es tan intenso que temo que podríamos combustionar espontáneamente.

Cuando finalmente nos separamos para respirar, mantengo mi frente apoyada contra la suya. Sus ojos, esos ojos verdes que me han perseguido incluso en sueños, están dilatados por el deseo, las pupilas tan grandes que apenas queda un anillo de ese verde esmeralda.

Sus labios, hinchados y rojos por mis besos, se entreabren mientras intenta recuperar el aliento. Nunca he visto nada tan hermoso en toda mi vida.

—Grayson... —susurra, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria y una maldición a la vez.

Quiero decirle tantas cosas. Quiero explicarle que esto va mucho más allá del deber, que cruzaría el infierno solo por verla sonreír, que estos meses observándola se han convertido en la más dulce de las torturas.

Pero antes de que pueda formular un solo pensamiento coherente, la puerta que conecta con el salón principal se abre.

—¿Gray? ¿Está todo bien? Te he visto llevarte a... oh.

La voz de Easton nos devuelve brutalmente a la realidad. Nos separamos como si nos hubieran electrocutado, aunque es evidente por su expresión que ha visto suficiente.

—Estamos bien —respondo, mi voz tan ronca que apenas la reconozco—. Danos un minuto.

Mi amigo asiente, una sonrisa conocedora formándose en sus labios antes de retirarse discretamente. Pero el momento se ha roto. La burbuja en la que existíamos solo nosotros dos ha estallado.

Vuelvo a mirar a Sienna. Su pecho sube y baja agitadamente, su pelo, que había estado perfectamente recogido, ahora cae en mechones desordenados alrededor de su rostro. Mis manos han dejado marcas visibles en el tejido de su vestido.

La realidad de lo que acabo de hacer me golpea con toda su fuerza. He besado a Sienna. He cruzado todas las líneas profesionales. He comprometido su seguridad con mis sentimientos personales.

Pero mirándola ahora, con los labios hinchados por mis besos y los ojos brillantes de deseo, no puedo encontrar en mí un solo gramo de arrepentimiento.

Solo certeza. Y determinación.

—Nos vamos —digo, mi voz no admite discusión.

Para mi sorpresa, asiente sin protestar. Quizás ella también necesita tiempo para procesar lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

Extiendo mi mano hacia ella.

Después de un momento de vacilación, coloca su mano sobre la mía. Es pequeña, delicada, pero se siente increíblemente correcta ahí. Como si hubiera sido diseñada para encajar en la mía.

Con un último vistazo a su rostro, abro la puerta y la conduzco de vuelta al mundo real, consciente de que debo distanciarme de ella para mantenerla a salvo.

CAPÍTULO 18

SIENNA

Tres días.

Han pasado tres días desde que Grayson Callahan me besó como si el mundo fuera a acabarse y él quisiera que su último recuerdo en la tierra fuera el sabor de mis labios.

Tres días desde que su boca reclamó la mía en aquel patio del Convention Center, desde que sus manos grandes y cálidas sostuvieron mi rostro con una delicadeza que contradecía la ferocidad de su beso. Tres días desde que sentí su cuerpo, duro como el granito, presionado contra el mío, haciéndome sentir cosas que nunca había experimentado antes.

También han pasado tres días en los que no me ha dicho una sola palabra que no sea estrictamente profesional.

Y lo odio.

Me miro en el espejo del baño, estudiando mi reflejo como si pudiera encontrar alguna pista de lo que ha cambiado. Físicamente, sigo siendo la misma. Tengo el mismo pelo rubio, los mismos ojos verdes, la misma piel que todavía parece recordar el tacto de sus dedos. Pero algo dentro de mí se siente irreparablemente alterado, como un reloj cuyo mecanismo interno ha sido reconfigurado sin aviso.

¿Por qué me besó así para después tratarme como si fuera radiactiva?

El viaje de regreso a casa esa noche estuvo cargado de tensión silenciosa. Grayson condujo sin decir una sola palabra, con los nudillos blancos sobre el volante y la mandíbula tan tensa que temí que pudiera fracturarse. Cuando llegamos, se limitó a acompañarme

hasta la puerta de mi cuarto, asegurarse de que entrara a salvo y después se alejó sin una sola mención de lo ocurrido entre nosotros.

Y desde entonces, nada. Está ahí, cumpliendo rigurosamente con su deber, flanqueándome en cada salida, supervisando cada aspecto de mi seguridad, pero a kilómetros de distancia a pesar de estar físicamente presente. Es como si hubiera levantado un muro de cristal blindado entre nosotros: puedo verlo pero no puedo tocarlo, no puedo alcanzarlo.

Un golpe en la puerta del baño me sobresalta, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Sienna? —la voz de Scarlett me llega amortiguada a través de la madera—. ¿Estás bien? Llevas ahí una eternidad.

Me apresuro a abrir el grifo, como si realmente hubiera estado usándolo en lugar de contemplar patéticamente mi reflejo.

—Sí, salgo en un minuto —respondo, mojándome la cara para disimular.

Cuando finalmente abro la puerta, mi hermana me estudia con una mirada penetrante. Somos idénticas físicamente, pero a veces creo que ella tiene superpoderes para leer mis pensamientos que yo no poseo.

—Tenemos que hablar —dice, sin preámbulos—. Y no me digas que estás bien, porque llevas tres días con cara de fantasma con resaca emocional.

La empujo suavemente para que suba a mi habitación. Prefiero no tener esta conversación en el pasillo donde cualquiera —específicamente cierto guardaespaldas de ojos azules y capacidad recién descubierta para destrozar corazones— podría oírnos.

—No sé de qué hablas —miento descaradamente cuando llegamos, dejándome caer en la cama.

Scarlett cierra la puerta y se cruza de brazos, apoyándose en ella como si temiera que pudiera escapar.

—¿En serio vamos a hacer esto? —pregunta, arqueando una ceja perfectamente depilada—. Tú fingiendo que no pasa nada y yo pretendiendo que no te he visto mirar a Grayson como si quisieras prenderle fuego con la mente cada vez que os cruzáis.

El calor sube a mis mejillas de manera instantánea, traicionándome. Nunca he sabido mentirle a mi hermana.

—No le estoy mirando de ninguna forma —insisto débilmente—. Y si lo hago, es simplemente porque no entiendo cómo alguien puede comportarse de manera tan infantil.

Scarlett suelta un bufido de incredulidad antes de acercarse y sentarse a mi lado en la cama.

—Vale, voy a probar con otro enfoque. —Su voz se suaviza, volviéndose más íntima—. ¿Qué pasó exactamente en la exposición? Y no me refiero a la parte donde te escapaste haciéndote pasar por mí, sino a lo que ocurrió cuando Grayson te encontró.

Contemplo la posibilidad de seguir fingiendo que no ha pasado nada, pero la presión ha estado acumulándose dentro de mí como una olla a punto de estallar. Necesito hablar con alguien o voy a volverme loca, y si hay alguien en este planeta en quien puedo confiar, es mi hermana.

—Nos besamos —confieso finalmente, las palabras saliendo en un susurro como si decirlo en voz alta pudiera hacerlo más real—. O más bien, él me besó. Y yo... le correspondí.

Los ojos de Scarlett se abren con sorpresa, pero veo también un destello de algo más. ¿Satisfacción? ¿Como si de algún modo lo hubiera anticipado?

—¿Y...? —presiona cuando me quedo callada.

—Y fue... —busco las palabras adecuadas y fracaso miserablemente—. Fue el mejor maldito beso de mi vida, Scar. Como si todo este tiempo hubiera estado besando a niños y de repente un hombre de verdad me mostrara lo que significa realmente.

Ahí está, la humillante verdad. Grayson Callahan me besó y el mundo entero cambió de eje. Y lo peor es que él parece perfectamente capaz de seguir con su vida como si no hubiera pasado nada, mientras yo me quedo aquí, recordando el sabor de sus labios en los momentos más inoportunos.

—¿Y después? —pregunta mi hermana, ahora completamente intrigada.

Dejo escapar una risa amarga.

—Después nada. Easton nos interrumpió, Grayson dijo «nos vamos» en ese tono suyo que no admite discusión, y desde entonces me trata como si tuviera una enfermedad contagiosa. —No puedo evitar que la amargura se filtre en mi voz—. Es profesional, distante, frío como un iceberg. Como si nunca me hubiera devorado la boca.

Scarlett se recuesta contra el cabecero de mi cama, procesando la información. Hay un silencio prolongado antes de que vuelva a hablar.

—¿Te gusta? —pregunta finalmente.

La pregunta me pilla tan desprevenida que suelto una carcajada demasiado aguda.

—¿Gustarme? ¿Ese controlador obsesivo que me dice constantemente lo que puedo y no puedo hacer? ¿Que me besa como si fuera lo más importante del mundo un minuto y al siguiente actúa como si no existiera? —Niego con la cabeza enérgicamente—. No, no me gusta.

—Mientes fatal —señala Scarlett con una sonrisa compasiva—. Siempre lo has hecho.

Siento el calor extenderse por mi rostro de nuevo, y esta vez no puedo negarlo.

—Vale, me atrae físicamente —admito a regañadientes—. Tendría que estar muerta para no sentirme atraída por él. Pero gustarme implicaría sentimientos, y lo único que siento por Grayson Callahan en este momento es frustración y confusión.

Mi hermana me estudia con esa mirada que siempre me ha hecho sentir como si pudiera ver directamente en mi alma.

—¿Sabes qué creo? —dice finalmente—. Creo que estás asustada. Y creo que él también lo está.

Pongo los ojos en blanco dramáticamente.

—Por favor. Ese hombre no le tiene miedo a nada. ¿Lo has visto? es como una máquina.

—Nadie es una máquina, Sienna. —La voz de Scarlett adquiere ese tono de sabiduría mayor que siempre me ha irritado, principalmente porque suele tener razón—. Y para que conste, no creo en absoluto que él pase de ti.

—¿Ah, no? —replico con escepticismo—. Porque llevo tres días intentando tener una conversación normal con él y lo máximo que he conseguido son monosílabos y expresiones de profesionalidad desapasionada.

Scarlett coge mis manos entre las suyas, forzándome a mirarla directamente.

—Deberías haber visto su cara cuando descubrió que me estaba haciendo pasar por ti —dice, su voz bajando hasta casi un susurro—. Le llevó un microsegundo darse cuenta. Un segundo, Sienna. Le abrí la puerta, dije literalmente dos palabras, y él supo inmediatamente que yo no era tú.

Siento un extraño vuelco en el estómago ante sus palabras.

—Cualquiera podría... —miento, pero ella me interrumpe.

—No, no cualquiera. Nadie nos ha distinguido nunca, y lo sabes. —Su mirada se intensifica—. Pero él lo hizo. Y deberías haber visto su rostro cuando se dio cuenta de que no estabas a salvo en casa, sino en esa exposición. No era la cara de alguien preocupado por un cliente. Era la cara de un hombre aterrorizado por una mujer que le importa.

Un nudo se forma en mi garganta mientras proceso sus palabras. La idea de que Grayson pueda verme de esa manera, que pueda conocerme tan profundamente que ni siquiera mi propia gemela pueda engañarlo... es demasiado para asimilar.

—Si le importo tanto, ¿por qué me está evitando? —pregunto, odiando lo pequeña que suena mi voz.

—Eso tendrás que preguntárselo tú —responde Scarlett—. Pero si tuviera que adivinar, diría que está luchando contra sí mismo. Es tu guardaespaldas, Sienna. Su trabajo es protegerte, no enamorarse de ti.

La palabra «enamorarse» cae entre nosotras como una bomba. Es demasiado grande, demasiado significativa. Implica sentimientos que ni siquiera me atrevo a considerar.

—No se trata de eso —me apresuro a aclarar—. Solo fue un beso. Un momento de debilidad. No estamos... no es...

Scarlett me mira con compasión.

—Un hombre tan controlado como Grayson Callahan no besa a una mujer por un «momento de debilidad» —dice suavemente—. Y tú no estarías aquí torturándote si solo hubiera sido un beso sin importancia.

Quiero protestar, pero las palabras se atascan en mi garganta. Porque tiene razón, maldita sea. No fue solo un beso. Fue una declaración, una confesión, un terremoto que ha sacudido los cimientos de todo lo que creía saber.

—Da igual —digo finalmente, levantándome de la cama y caminando hacia la ventana—. Si ha decidido que fue un error y quiere fingir que nunca pasó, yo puedo hacer lo mismo. Los dos podemos jugar a este juego.

—Sienna... —hay advertencia en la voz de Scarlett.

—No, en serio —insisto, girándome para enfrentarla—. Si quiere distancia profesional, la tendrá. Yo también puedo ser fría e indiferente. No es como si me hubiera enamorado de mi guardaespaldas, por Dios.

Las palabras suenan huecas incluso a mis propios oídos, pero estoy demasiado herida para admitirlo.

Scarlett suspira, reconociendo la determinación en mi expresión.

—Como quieras —concede, levantándose—. Solo... no hagas nada estúpido, ¿vale? Como intentar ponerlo celoso, o buscar otra forma de escaparte, o cualquiera de esas cosas que hacen las protagonistas de las comedias románticas y que siempre acaban en desastre.

—Por favor —replico, fingiendo indignación—. No soy tan inmadura.

Mi hermana me mira con escepticismo antes de dirigirse a la puerta. Antes de salir, se gira una última vez.

—Para ser alguien que no está enamorada de su guardaespaldas, dedicas mucho tiempo a pensar en él —dice, y cierra la puerta antes de que pueda lanzarle un cojín a la cabeza.

Me quedo sola en mi habitación, las palabras de Scarlett resonando en mi mente. Vuelvo a la ventana, observando el jardín donde Grayson está supervisando la instalación de nuevas cámaras de seguridad. Incluso desde esta distancia, su presencia es

magnética. La forma en que se mueve, con esa gracia controlada. La autoridad natural que emana de él sin esfuerzo aparente.

Mi cuerpo recuerda con dolorosa claridad la sensación de sus brazos a mi alrededor, de sus labios devorando los míos. Un escalofrío me recorre la columna vertebral ante el recuerdo.

No estoy enamorada de Grayson Callahan. No puedo estarlo. Sería absurdo, imprudente, potencialmente devastador.

Pero mientras lo observo dirigir a su equipo con esa eficiencia silenciosa que lo caracteriza, siento una presión en el pecho que se parece peligrosamente a lo que siempre he imaginado que sería el anhelo.

Y eso me aterroriza más que cualquier acosador, que cualquier amenaza. Porque si hay algo que he aprendido en esta vida, es que las personas que tienen el poder de hacerte feliz también tienen el poder de destruirte.

Y Grayson Callahan ya ha demostrado que es perfectamente capaz de ambas cosas.

CAPÍTULO 19

SIENNA

Hoy es el quinto día desde que Grayson Callahan decidió que yo no existía más allá de su deber profesional.

Le doy los últimos toques a mi maquillaje para la entrevista con Vogue. Hay una precisión casi obsesiva en cada trazo del delineador, en cada pincelada de colorete, como si pudiera construir una versión blindada de mí misma que no sintiese absolutamente nada por el hombre que duerme bajo mi mismo techo, pero que bien podría encontrarse en otra galaxia.

Le he seguido el juego, evidentemente. Si él puede comportarse como si aquel beso perteneciera a una realidad alternativa, yo puedo superarle en su propio terreno. Al fin y al cabo, soy una experta en fingir. Llevo interpretando un papel toda mi vida.

Durante estos cinco días interminables, nuestras interacciones se han reducido a lo puramente funcional: «Buenos días», «El coche está preparado», «Estaré en la entrada cuando termines». Frases asépticas, como líneas de un guion mal escrito. Como si fuéramos dos autómatas programados para ocupar el mismo espacio sin establecer ninguna conexión real.

Y a pesar de todo, existe algo profundamente adictivo en cómo me observa. Esa mirada penetrante que noto en mi nuca cuando le doy la espalda. La forma en que sus ojos barren la habitación para localizarme cada cierto tiempo, como un radar de alta precisión.

Me vigila constantemente, pero se niega a verme de verdad.

Aplico una última capa de pintalabios y me examino una vez más. Parezco perfecta. Inmaculada. Es como si me hubiera puesto una coraza que no permite vislumbrar ni un ápice del huracán que se agita bajo la superficie.

Al bajar las escaleras, lo encuentro esperándome en el vestíbulo, puntual como un reloj suizo. Lleva un traje negro hecho a medida que resalta la amplitud de sus hombros y el contorno definido de su torso. Su postura es la de siempre: erguida, alerta, inexpugnable. Es el paradigma de la eficiencia profesional.

—Buenos días —lo saludo con una sonrisa que no ilumina mis ojos.

—Buenos días —contesta él, con ese tono neutro que me provoca ganas de estamparle un jarrón en la cabeza—. El coche ya está listo. Hoy conduce Easton.

Y ahí concluye nuestra profunda conversación matutina. Ni un comentario sobre mi aspecto, ni una pregunta acerca de cómo he dormido, ni el más leve indicio de que hace menos de una semana su lengua exploraba mi boca y sus manos recorrían mi cuerpo como si pretendiera cartografiar cada centímetro de mi piel. Tampoco ha vuelto a preocuparse por nada personal sobre mí. Lo odio.

—Maravilloso —respondo con un entusiasmo tan falso que casi me hace reír—. No quisiera llegar tarde.

Por un instante, cuando paso junto a él, me parece notar que contiene la respiración. Es un gesto minúsculo, casi imperceptible, que podría significarlo todo o absolutamente nada. Y lo detesto. Detesto analizar cada pequeña reacción, cada microexpresión, como una quinceañera obsesionada.

El trayecto hasta la sede de la revista transcurre en un silencio incómodo, interrumpido únicamente por los intentos de Easton de generar algún tipo de conversación. Si ha notado la tensión asfixiante entre Grayson y yo —y estoy convencida de que lo ha hecho, puesto que fue quien nos sorprendió en pleno beso— posee la suficiente delicadeza para fingir ignorancia.

Llegamos al edificio con tiempo de sobra. La asistente de la redactora nos recibe en el vestíbulo principal, toda sonrisas profesionales y eficiencia calculada. Nos conduce por un laberinto de pasillos hasta una pequeña sala de espera, donde deberé aguardar unos minutos mientras terminan de preparar el set para la entrevista.

Grayson se posiciona estratégicamente en una esquina, con visibilidad completa de la habitación y especialmente de la puerta. Su expresión permanece impasible, pero percibo la tensión contenida en sus hombros, en la forma en que sus ojos nunca dejan de moverse, evaluando constantemente el entorno.

Mi móvil vibra en el bolso. Probablemente será Carrie, recordándome algún punto importante para la entrevista o preguntándome si he revisado las preguntas pactadas. Lo extraigo con un suspiro, pero me quedo paralizada al ver el mensaje.

Es de mi madre.

El corazón me da un vuelco tan violento que por un momento creo que se me saldrá del pecho. El mensaje se despliega ante mis ojos como una serpiente venenosa:

«*Si estuvieras bajo mi tutela, como debería ser, no necesitarías guardaespaldas. Nadie se atrevería a acosarte. Sabes que puedo protegerte mejor que ese matón que te sigue a todas partes. Te estás hundiendo sin mí, cariño. Llámame. Diana.*»

El mundo a mi alrededor comienza a desdibujarse por los bordes, como una acuarela bajo la lluvia. Un zumbido agudo invade mis oídos, ahogando todos los sonidos. La habitación parece encogerse, las paredes acercándose milímetro a milímetro.

¿Cómo ha conseguido mi número nuevo?

El teléfono se me escurre entre los dedos temblorosos, rebotando silenciosamente sobre la moqueta. Intento respirar, pero es como si mis pulmones se hubieran olvidado de cómo funcionar. El aire entra en pequeñas bocanadas insuficientes que no logran alcanzar el fondo de mi pecho.

Sabe lo que me pasa. Sabe con quién estoy. Siempre me encuentra.

Los pensamientos se atropellan en mi mente, cada vez más caóticos, más aterradores. Una presión aplastante se instala en mi pecho, como si alguien hubiese colocado una losa de hormigón sobre mí. El cosquilleo en mis extremidades se intensifica hasta convertirse en un hormigueo doloroso.

Vagamente, como a través de una niebla espesa, me percato de que estoy teniendo un ataque de ansiedad. Aquí. Ahora. En la

maldita antesala de una entrevista.

Intento levantarme —necesito salir, encontrar aire, esconderme—, pero mis piernas no responden. El mundo gira a mi alrededor como un tiovivo enloquecido. Mis manos buscan desesperadamente algo a lo que aferrarme, algo sólido en un universo que parece desintegrarse.

Y entonces, como si hubiese percibido mi tormenta interna desde el primer instante, Grayson se materializa junto a mí. No recuerdo haberlo visto moverse; simplemente está ahí, su figura imponente bloqueando mi visión del resto de la habitación.

Se agacha frente a mí, sus ojos azules clavados en los míos con una intensidad que atraviesa la neblina de mi pánico. Su voz me llega amortiguada, como si hablara desde el otro lado de una pared:

—Sienna, mírame.

Intento enfocar su rostro, pero todo sigue siendo borroso, inestable. Mi pecho sube y baja en respiraciones superficiales y rápidas que no consiguen oxigenar mi cerebro.

Sin mediar más palabras, Grayson toma una decisión. Con un movimiento fluido, me levanta en brazos como si no pesara nada. Mi cabeza cae contra su pecho, donde el latido firme y constante de su corazón resuena como un metrónomo.

—Cancelad la entrevista —ordena a la asistente, que nos mira boquiabierta—. La señorita Blake no se encuentra bien.

No espera respuesta. Con pasos rápidos pero controlados, me lleva fuera de la sala de espera, a lo largo de un pasillo, hasta lo que parece ser una pequeña sala de descanso vacía. La puerta se cierra tras nosotros, aislándonos del bullicio de la redacción.

Con delicadeza me deposita en un sofá, pero cuando intenta apartarse, mis manos se aferran instintivamente a su camisa. No puedo soltarlo. No puedo quedarme sola con este terror que me consume desde dentro.

En lugar de separarse, Grayson hace algo inesperado. Se sienta a mi lado y, con un movimiento decidido, me coloca sobre su regazo. Una de sus manos encuentra la mía y la guía hasta su pecho, justo encima de su corazón.

—Siente esto —murmura, su voz es un ancla en medio de mi tormenta—. Concéntrate en mi respiración. Vamos a hacerlo juntos.

Comienza a respirar de manera deliberada, exageradamente lenta. Inhala contando mentalmente hasta cuatro, retiene el aire dos segundos, exhala durante seis. Su pecho se expande y contrae bajo mi palma con un ritmo constante, hipnótico.

No me habla. No intenta distraerme con frases hechas ni me asegura que «todo saldrá bien». Simplemente está ahí, respirando conmigo, anclándome al momento presente con su presencia física, con el latido de su corazón contra mi mano.

Poco a poco, mi cuerpo comienza a sincronizarse con el suyo. Una respiración tras otra. El pánico no desaparece de golpe —nunca lo hace—, pero se vuelve más manejable, como un oleaje que pierde fuerza gradualmente hasta convertirse en pequeñas olas que lamen la orilla.

El tiempo pierde su significado mientras permanecemos así, en esta habitación silenciosa. La presión en mi pecho se alivia progresivamente. El zumbido en mis oídos se atenúa. Mi visión se aclara, permitiéndome distinguir detalles que antes se desdibujaban: la perfecta simetría de su rostro, la pequeña cicatriz que atraviesa su ceja izquierda, las arrugas casi imperceptibles que se forman en las comisuras de sus ojos.

No hay lástima en su mirada. No hay incomodidad ni juicio. Solo una concentración absoluta, como si en este instante no existiera nada más importante que respirar conmigo.

—Lo siento —murmuro cuando por fin recupero el habla, la vergüenza reemplazando al pánico—. No suele ocurrirme... en público.

Sus ojos, de ese azul imposible, me estudian con una intensidad que me atraviesa.

—No te disculpes por algo que no puedes controlar —responde, su voz sorprendentemente suave—. No es tu culpa.

Desvío la mirada, súbitamente consciente de mi posición en su regazo, de su mano que aún sostiene la mía contra su pecho, del calor que emana de su cuerpo y que parece envolverme como una manta.

—¿Cómo sabías qué hacer? —pregunto, intentando desviar la atención de mi vulnerabilidad.

Hay un silencio breve, como si estuviera decidiendo cuánto revelar.

—Tengo mucha experiencia —responde finalmente—. He visto ataques de pánico antes.

No elabora más su respuesta, y algo me dice que no debo presionar. Todos tenemos secretos, partes de nosotros mismos que preferimos mantener ocultas. Si él respeta las mías, yo puedo respetar las suyas. Aunque me muera de ganas de saber más de él. De saberlo todo.

—¿Quieres contarme qué lo ha provocado? —pregunta después de un momento.

Pienso en el mensaje, en las palabras de Diana que aún reverberan en mi mente como veneno.

—Mi madre. Me ha mandado un mensaje —confieso, las palabras saliendo como piedras afiladas—. Siempre es ella. No importa cuánto tiempo pase, siempre encuentra la manera de... destrozarme.

Grayson guarda silencio, pero noto cómo sus músculos se tensan bajo mi cuerpo, la forma en que su mandíbula se endurece. Cuando habla, hay un filo peligroso en su voz:

—¿Te ha contactado directamente?

Asiento, incapaz de repetir las palabras exactas.

—Sí.

Dejo escapar una risa hueca, desprovista de humor.

—Diana siempre lo sabe todo. Era solo cuestión de tiempo que descubriese mi nuevo número de teléfono. Tiene espías en todas partes. O al menos eso me hizo creer de niña. —Las palabras fluyen ahora sin filtro, impulsadas por la adrenalina residual—. ¿Sabes lo que es crecer pensando que no puedes confiar en nadie? ¿Que cualquiera podría estar informando a tu madre de cada paso en falso?

No espero respuesta. De algún modo, intuyo que él entiende ese tipo de paranoia mejor de lo que admitirá.

—Lo peor es que una parte de mí sigue creyéndola —continúo, la vulnerabilidad desplegándose como un mapa de cicatrices invisibles

—. Una parte de mí sigue pensando que tiene razón. Que soy un desastre sin ella. Que no valgo nada por mí misma.

Sus ojos se endurecen, un destello de ira fría atravesándolos.

—Eso es exactamente lo que ella quiere que pienses —dice, cada palabra pronunciada con una claridad cortante—. Así es como funcionan las personas como tu madre. Te hacen creer que no puedes sobrevivir sin ellas. Intentan anularte. Pero tú vales mucho, Sienna.

A pesar del momento que estoy pasando, sus palabras despiertan un aleteo en mi corazón.

Hay algo en su tono, un conocimiento que parece venir de la experiencia personal, no solo de la observación. Me pregunto, no por primera vez, qué heridas oculta Grayson Callahan bajo su impecable fachada de control.

Permanecemos en silencio unos minutos, el único sonido en la habitación es el de nuestras respiraciones, ahora acompasadas. Su mano ha abandonado la mía, pero su brazo permanece alrededor de mi cintura, sosteniéndome con una firmeza que me resulta muy reconfortante.

—Hace unas semanas me preguntaste algo —digo de repente, sorprendiéndome incluso a mí misma—. Me preguntaste si todo esto me hacía feliz.

Él asiente, recordando aquel momento después de habernos conocido, cuando cuestionó mi frenético ritmo de vida.

—No lo soy —confieso, las palabras saliendo como un suspiro largamente contenido—. Feliz, quiero decir. No recuerdo la última vez que me sentí... viva de verdad. Relajada. Todo parece una sucesión de obligaciones, de expectativas ajenas. Sonreír para las cámaras, mantener los números de seguidores, ser la perfecta mitad de Blake Sisters.

Su mirada se suaviza, es un cambio tan sutil que apenas resulta perceptible.

—¿Qué te haría feliz, Sienna? —pregunta, y hay algo en su voz, una nota íntima que hace que mi nombre suene diferente en sus labios.

—No lo sé —respondo con honestidad—. Llevo tanto tiempo haciendo lo que se espera de mí que he olvidado cómo es querer algo para mí misma.

La confesión queda suspendida entre nosotros, frágil y reveladora. Es la primera vez que expreso estos pensamientos en voz alta, pensamientos que ni siquiera me había permitido formular completamente en mi propia mente.

—Lo que más me duele —continúo, las palabras encontrando su camino como agua que rompe un dique— es que nadie me ve realmente. Solo ven a Sienna Blake, la marca, la influencer, la imagen perfecta. Les interesan mis cifras, mis contactos, mi capacidad para vender. Pero nadie pregunta si esto es lo que quiero, si me llena, si significa algo para mí. A nadie le importa.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos, que me observan con una intensidad abrumadora, como si intentara memorizar cada palabra, cada inflexión de mi voz.

—A mí sí me importa —dice simplemente.

Cinco palabras. Solo cinco. Pero pronunciadas con tal convicción que hacen que algo se rompa dentro de mí, algo que llevaba demasiado tiempo sostenido por puro orgullo.

—¿Desde cuándo tienes estos ataques? —pregunta, cambiando de tema, quizás notando mi incomodidad ante la intensidad del momento.

Considero mentir, pero ¿qué sentido tendría? Ya ha presenciado lo peor de mí.

—Desde los trece años —confieso—. Después de un desfile donde Diana me obligó a ayunar durante días para «entrar en el vestido». Casi me desmayé al salir de la pasarela.

Una sombra oscura cruza su rostro, algo primitivo y peligroso que hace que me estremezca.

—¿Tu madre te hacía pasar hambre? —Su voz es engañosamente tranquila, pero puedo sentir la furia contenida vibrando bajo la superficie.

—Era lo habitual —respondo con un encogimiento de hombros, como si habláramos de algo trivial—. «Nunca se puede estar demasiado delgada ni ser demasiado rica», ese era su mantra

preferido. Me pesaba cada mañana y anotaba los números en una libreta. Si aumentaba aunque fueran cien gramos, había consecuencias.

Las palabras salen mecánicamente, desconectadas de la emoción, como un informe sobre la vida de otra persona. Es la única forma en que puedo hablar de ello sin desmoronarme.

Durante un instante fugaz, la máscara profesional de Grayson cae por completo. Lo que veo en su rostro me deja sin aliento: una furia tan intensa, tan visceral, que parece capaz de reducir edificios a cenizas. No es la rabia impulsiva de quien pierde los estribos; es algo más profundo, más frío, más controlado. Y por alguna razón, eso lo hace infinitamente más aterrador. Aunque me hace sentirme absolutamente segura y vista.

Pero tan rápido como aparece, esa expresión se desvanece, reemplazada por su habitual control férreo. Sin embargo, noto que su brazo se tensa alrededor de mi cintura, acercándome imperceptiblemente más a él.

—Nadie volverá a hacerte daño —dice, y no suena como una promesa o una garantía profesional. Suena como un hecho inmutable, como la ley de la gravedad o el amanecer tras la noche más oscura.

Nos quedamos así unos minutos más, en un silencio que no necesita ser llenado con palabras. Por primera vez en días, no siento esa tensión asfixiante entre nosotros. Es como si todas las barreras que ha levantado desde aquel beso se hubieran desvanecido momentáneamente, permitiéndonos existir juntos en este espacio de verdades compartidas.

—Deberíamos irnos —dice finalmente, su voz volviendo gradualmente a su registro profesional, aunque hay algo diferente ahora, algo más cálido en los bordes.

Asiento y me incorporo lentamente, abandonando a regañadientes el refugio de sus brazos. Por un instante permanecemos cerca, tan cerca que puedo distinguir las distintas tonalidades de azul en sus iris, sentir su respiración rozando mi frente.

—Gracias —digo, aunque la palabra es insuficiente para expresar todo lo que siento en este momento.

Él asiente una vez, un gesto breve pero elocuente. Y aunque vuelve a colocarse su armadura de eficiencia profesional mientras salimos de la habitación, algo fundamental ha cambiado entre nosotros.

Ya no somos simplemente guardaespaldas y cliente. Somos dos personas que han contemplado las grietas en el alma del otro y, en lugar de apartarse horrorizadas, han decidido quedarse.

Y yo solo quiero descubrir más verdades sobre Grayson.

CAPÍTULO 20

GRAYSON

El informe sobre las amenazas recibidas por Sienna permanece abierto en mi escritorio, pero llevo media hora contemplando la misma página sin procesar ni una sola palabra. Mi mente se ha convertido en un campo de batalla donde la disciplina militar que siempre me ha definido libra una guerra perdida contra algo más poderoso: la imagen de Sienna derrumbándose entre mis brazos.

Han pasado dos días desde su ataque de ansiedad, y no consigo deshacerme de la sensación de su cuerpo temblando contra el mío, de la fragilidad en su voz cuando confesó que no era feliz. Ha sido como si esas palabras hubieran atravesado mis defensas y se hubieran instalado directamente bajo mi piel.

Con un movimiento brusco, cierro la carpeta y me levanto de la silla. La habitación que he convertido en despacho provisional es demasiado pequeña para contener la energía que vibra en mi interior. Necesito moverme, actuar, hacer algo.

Me acerco a la ventana. Desde aquí puedo ver parte del jardín trasero de la mansión Blake. Scarlett está sentada bajo una pérgola, dibujando en su cuaderno con la concentración absoluta que la caracteriza. De Sienna no hay ni rastro. Se ha encerrado en su habitación tras el desayuno, alegando que necesitaba preparar contenido para sus redes sociales. Pero he visto la sombra en sus ojos, esa mirada ausente que aparece cada vez más frecuentemente.

«Llevo tanto tiempo haciendo lo que se espera de mí que he olvidado cómo es querer algo para mí misma.»

Sus palabras se repiten en mi mente como un eco que se niega a desaparecer. El dolor en su voz, la vulnerabilidad cruda de su

confesión... algo se retorció dentro de mí al escucharla. Algo que no debería sentir. Algo que va mucho más allá de mi deber como su guardaespaldas. De mi obsesión con ella.

Apoyo la frente contra el cristal frío, intentando ordenar mis pensamientos. ¿En qué momento crucé esta línea invisible que me había prometido respetar? En qué momento me permití acerarme tanto a ella.

Pero incluso mientras me lo pregunto, sé la respuesta. La crucé en el mismo instante en que la vi por primera vez. Por mucho que yo no sea digno de ella.

El sonido de una notificación en mi móvil me saca de mis pensamientos. Es un mensaje de la compañía telefónica informándome de que Diana Blake ha realizado tres intentos más de contactar con Sienna en las últimas 24 horas. Mi mandíbula se tensa automáticamente.

Esa mujer. Esa maldita mujer que destrozó la infancia de su hija, que la hizo pasar hambre, que sembró en ella inseguridades tan profundas que siguen aflorando años después. Que sigue intentando manipularla, controlarla a distancia.

No voy a permitírselo.

Y no es la única. Está también el sistema que la explota, que la valora solo por su imagen, por sus números en redes sociales. Las agendas imposibles, las expectativas constantes, la presión de ser perfecta a cada momento.

La está consumiendo. Poco a poco, día a día, como agua erosionando piedra.

Quiero alejarla de todo esto.

No quiero que sigan dañándola.

Una idea comienza a formarse en mi mente. Al principio apenas es un destello, pero rápidamente toma forma, se cristaliza en algo concreto, tangible. Una solución. Al menos una temporal.

Antes de poder analizarlo demasiado —antes de que mi parte racional enumere todos los motivos por los que es una mala idea— me encuentro enviando un mensaje a Easton y Weston para que vengan inmediatamente.

Mientras espero, encuentro y coloco un mapa en la pared. Señalo con un rotulador una ubicación a unas horas de Palm Beach. Es el lugar perfecto. Aislado. Seguro. Desconocido para cualquiera que pudiera estar siguiendo a Sienna.

La puerta se abre sin previo aviso, y Easton entra con ese aire despreocupado que siempre me ha irritado y admirado a partes iguales. Weston le sigue, silencioso como una sombra, observándome con esos ojos oscuros que siempre parecen ver más de lo que deberían.

—¿Qué ocurre? —pregunta Easton, dejándose caer en una silla—. ¿Has localizado al acosador?

—No —respondo, enderezándome—. Vamos a sacarlas fuera de aquí. A las dos. Vamos a llevarlas un tiempo a un lugar seguro.

Ambos me miran, procesando mis palabras. Es Weston quien rompe el silencio, su voz grave llenando la habitación.

—¿Ha habido nuevas amenazas?

—No directamente —admito—. Pero Diana Blake sigue intentando contactar con Sienna. No quiero que vuelva a tener un ataque de ansiedad.

Easton silba por lo bajo, reclinándose en la silla.

—Ni nosotros. Parecías a punto de asesinar a alguien.

Ignoro su comentario, centrándome en señalar el mapa.

—Tengo una cabaña aquí —señalo el punto que he marcado en las montañas—. Es una propiedad que no figura en ningún registro vinculado a mí. La uso para... situaciones especiales.

—Para esconder testigos protegidos, quieres decir —aclara Weston, con una ceja ligeramente arqueada.

Asiento secamente. No es el momento de explicar los detalles de cómo adquirí la propiedad ni para qué la he usado en el pasado. Lo importante es que nadie puede rastrearla hasta mí.

—Nos vamos a ir durante una semana —continúo—. Sin teléfonos, sin redes sociales, sin compromisos. Vamos a aislarnos por completo.

Easton suelta una carcajada incrédula.

—¿Y crees que aceptarán? No sé si te has dado cuenta, pero Sienna Blake no es precisamente alguien que disfrute recibiendo

órdenes.

—No será una orden —respondo, más bruscamente de lo que pretendía—. Será una recomendación de seguridad. Una necesaria.

Weston me estudia con intensidad, como si intentara descifrar algo escrito en un idioma desconocido.

—Esto no es solo por seguridad, ¿verdad? —pregunta, su tono está carente de acusación, pero lleno de certeza.

Siento cómo mi cuerpo entero se tensa.

—Por supuesto que es por seguridad —insisto, consciente de que mi voz suena demasiado defensiva—. Las amenazas son reales. Y el constante acoso mediático no ayuda a su estado mental.

Easton y Weston intercambian una de esas miradas que siempre me hacen sentir excluido, como si compartieran un lenguaje secreto.

—Gray —dice Easton, usando el diminutivo que solo ellos pueden usar sin que les arranque la cabeza—. Somos nosotros. No tienes que fingir.

—No estoy fingiendo nada —gruño, volviendo a concentrarme en el mapa—. Si salimos mañana pronto...

—Estás enamorado de ella —me interrumpe Easton—. Hasta las putas cejas. No es ningún secreto.

Me quedo inmóvil, las palabras golpeándome como un puñetazo en el plexo solar. Una parte de mí quiere negarlo, otra quiere romperle la cara por atreverse a decirlo en voz alta. En lugar de eso, me limito a fulminarlo con la mirada.

—Cierra la boca —ordeno—. Esto es profesional.

Weston suelta un bufido, el sonido más cercano a una risa que le he escuchado en meses.

—Profesional —repite, con un tono que deja claro lo que piensa de esa afirmación—. Como cuando casi le arrancas la cabeza a ese fotógrafo que intentó hacerle una foto mientras comía.

—O como cuando te pasaste tres horas investigando a ese diseñador que le habló «con demasiada familiaridad» —añade Weston, dibujando comillas en el aire.

—O como cuando la besaste en la exposición —remata Easton, y ahí está, la bomba que ninguno de los tres había mencionado hasta ahora.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Siento la sangre pulsando en mis sienes, el latido de mi corazón retumbando en mis oídos.

—Eso fue... —empiezo, pero las palabras mueren en mi garganta.

¿Qué fue exactamente? ¿Un error? ¿Una debilidad momentánea? ¿La culminación inevitable de meses de deseo reprimido?

—Eso fue lo que llevabas queriendo hacer desde que la conociste —completa Easton—. Y no es el fin del mundo, Gray. Es humano. Algo que a veces se te olvida que eres.

Me paso una mano por el rostro, sintiendo el peso del cansancio acumulado, de las noches sin dormir pensando en ella, en cómo protegerla, en cómo mantenerla a salvo cuando el mayor peligro podría ser yo mismo.

—No puedo permitírmelo —digo finalmente, mi voz más baja, más vulnerable de lo que pretendía—. No con ella. No con alguien a quien debo proteger.

Weston se acerca, apoyando una mano en mi hombro. Un gesto raro en él, que evita el contacto físico tanto como yo.

—Llevas cinco años castigándote por Afganistán —dice, su tono carente de juicio—. Por decisiones que tuviste que tomar en condiciones imposibles. ¿No crees que ya es hora de perdonarte?

Sus palabras me golpean con una precisión quirúrgica, abriendo heridas que creía cauterizadas hace tiempo. Los recuerdos suenan como una letanía de culpa que me ha acompañado desde aquella noche en las montañas.

—No se trata de eso —insisto, pero es mentira.

—Se trata exactamente de eso —contradice Easton, su habitual tono jocoso completamente ausente—. Te niegas a permitirte ser feliz porque crees que no lo mereces. Que no la mereces a ella.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes. ¿Desde cuándo estos dos idiotas se han convertido en expertos en psicología?

—No soy suficiente para ella —digo finalmente, las palabras saliendo a trompicones—. Nunca lo seré. Miradla, por el amor de Dios. Y miradme a mí. Soy un ex militar con TEPT que no puede dormir más de cuatro horas seguidas, que ve amenazas en cada

esquina. Un hombre roto que ha hecho cosas que la aterrorizarían si las supiera.

«Soy un guardaespaldas obsesionado». Aunque eso no lo digo en voz alta.

El silencio que sigue a mi estallido es diferente. Más denso. Más cargado. Es Weston quien lo rompe, su voz tranquila pero firme.

—Ella también está rota, Gray. A su manera. Y lo que necesita no es alguien perfecto. Necesita alguien que entienda lo que es cargar con esas grietas todos los días y seguir adelante.

Sus palabras me dejan sin respuesta. Porque en el fondo, muy en el fondo, hay una parte de mí que anhela creer que tiene razón. Que quizás, solo quizás, mis grietas y las suyas podrían encajar de alguna forma.

Pero no puedo permitirme ese lujo. No cuando su vida está en mis manos.

—Esto no es una cita romántica en la montaña —digo finalmente, volviendo al mapa—. Es una operación de seguridad.

Ambos asienten, reconociendo mi tono. Es el que uso cuando una decisión está tomada y no hay margen para discusión.

Saben que ahora mismo no van a poder razonar conmigo.

—Bien —continúa Easton, adaptándose al cambio de tono con la fluidez que lo caracteriza—. ¿Y Carrie Whitmore? Si las gemelas desaparecen durante una semana, su agenda se va a la mierda. Estamos hablando de millones de dólares en contratos.

—Yo hablaré con ella —respondo, ya marcando su número en mi móvil—. Mi decisión no es negociable.

Mientras espero a que Carrie conteste, vuelvo a mirar por la ventana. Scarlett sigue en el jardín, pero ahora Sienna se ha unido a ella. Está sentada en el césped, con la cabeza apoyada en el regazo de su hermana, diciendo algo que hace que ambas rían. Es la primera vez en días que la veo reír así, sin restricciones, sin la máscara de perfección que siempre lleva puesta para el mundo.

Algo se aprieta en mi pecho ante esa visión. Un anhelo tan profundo que duele físicamente.

Quiero verla así más a menudo. Quiero darle un espacio donde pueda ser simplemente Sienna, no la marca, no la influencer, no la

mitad de Blake Sisters. Solo ella.

—¿Grayson? —la voz de Carrie suena a través del teléfono—. ¿Ha ocurrido algo?

—Voy a llevarme a Sienna y a Scarlett durante una semana lejos de la ciudad —anuncio sin preámbulos—. A un lugar seguro. Sin teléfonos, sin contacto exterior.

El silencio al otro lado de la línea dura exactamente tres segundos antes de que estalle.

—¿Perdona? —su tono es incrédulo—. ¿Tienes idea de lo que hay programado para la próxima semana? Tenemos la presentación de la colección crucero, tres entrevistas ya confirmadas, la prueba final del...

—Cancélalo —la interrumpo—. Todo ello.

—¿Te has vuelto completamente loco? —ahora su voz ha subido una octava—. Estamos hablando de compromisos con cláusulas de penalización. De contratos firmados. De la imagen de Blake Sisters.

—Estamos hablando de la salud mental de Sienna —contraataco, mi voz es cortante como el acero—. ¿O eso no figura en tu lista de prioridades?

Otro silencio, este más largo, más pesado.

—Por supuesto que me importa su bienestar —dice finalmente, su tono más comedido—. Pero este no es el momento adecuado para...

—No te estoy preguntando, Carrie —la corto secamente—. Te estoy informando por cortesía profesional. Salimos mañana. Puedes reprogramar lo que sea imprescindible para dentro de ocho días.

—Grayson, escúchame —intenta nuevamente—. Entiendo tu preocupación, pero...

—Si has visto a Sienna últimamente, sabrás que esto no es negociable —mi voz adquiere un tono que rara vez uso fuera de operaciones de alto riesgo—. Está al límite. Y no pienso esperar a que se derrumbe completamente para actuar.

El silencio que sigue me dice que mis palabras han dado en el blanco. Carrie ha visto los signos: la palidez creciente, las ojeras, la distracción, la fragilidad apenas contenida.

—¿Dónde las vas a llevar? —pregunta finalmente, y sé que he ganado.

—A un lugar seguro —respondo, sin querer darle más detalles. Cuanta menos gente sepa donde estamos mejor.

Un suspiro profundo se escucha al otro lado de la línea.

—Está bien —concede—. Una semana. Pero ni un día más o todo se hunde.

—Lo tendré en cuenta —respondo, y cuelgo antes de que pueda añadir más condiciones.

Cuando me giro, encuentro a Easton y Weston observándome con expresiones que oscilan entre la admiración y el asombro.

—Joder, Gray —suelta Easton—. Creo que es la primera vez que te veo priorizar a una persona por encima de un contrato.

No respondo. No hay respuesta posible que no me haga parecer exactamente lo que soy: un hombre tan perdidamente enamorado que está dispuesto a enfrentarse al mundo entero por ella.

En lugar de eso, vuelvo al mapa y comienzo a trazar la ruta más segura hacia la cabaña. Hacia el único lugar donde, por una semana al menos, podré ofrecerle a Sienna el único lujo que nunca ha tenido: la libertad de ser simplemente ella misma.

Y si una pequeña parte de mí anhela ver cómo sería esa Sienna libre, sin presiones, sin expectativas... bueno, es un secreto que me llevaré a la tumba.

CAPÍTULO 21

SIENNA

—¿Qué te parece este corte para la falda? ¿Debería tener vuelo o ser más ceñido?

La voz de Scarlett me devuelve a la realidad. Parpadeo varias veces, intentando concentrarme en el boceto que me muestra. Llevamos desde que nos hemos levantado encerradas en su estudio, rodeadas de telas, dibujos y muestras de color para la colección del próximo año, pero mi mente se empeña en fugarse hacia territorios peligrosos. Territorios donde hay un hombre con ojos azules y mandíbula cuadrada.

—¿Sienna? —insiste mi hermana, agitando el dibujo frente a mi cara—. Tierra llamando a Sienna Blake.

—Perdona —murmuro, forzándome a examinar el diseño—. Creo que con vuelo. Transmite más libertad.

Scarlett se queda mirándome.

—¿Sabes que es la quinta vez en una hora que te quedas mirando a la nada? —dice, dejando el lápiz sobre la mesa de dibujo—. ¿Quieres hablar de lo que sea que te está absorbiendo el cerebro? ¿O debería decir de quién te está absorbiendo el cerebro?

Siento el calor subir por mis mejillas. Odio ser tan transparente para ella.

—Estoy concentrada —miento descaradamente, pasando los dedos por un retal de seda color esmeralda—. Solo estaba pensando en cómo incorporar esta textura a la nueva línea.

Mi hermana suelta un bufido tan poco elegante que nuestra madre habría sufrido un desmayo.

—Claro, y yo soy la Reina de Saba —replica, recogiendo un trozo de terciopelo burdeos—. Este tejido sí que tiene una textura

interesante. Me recuerda al vestido que llevabas cuando cierto guardaespaldas te besó hasta dejarte sin aliento.

—¡Scarlett! —exclamo, lanzándole un carrete de hilo que esquiva con facilidad.

Su risa cristalina llena el estudio, rebotando entre las paredes cubiertas de muestras de tela y bocetos. Es un sonido reconfortante, familiar, que consigue arrancarme una sonrisa a pesar de mi irritación.

En ese momento me siento agradecida de no haberle hablado a mi hermana de cómo me hizo sentir Grayson el otro día cuando me acompañó a través del ataque de pánico. Ese momento fue incluso más íntimo que el beso.

—Vale, vale —concede, levantando las manos en señal de rendición—. No hablaremos del señor Témpano de Hielo que se derritió por unos minutos y después volvió a congelarse. Concentrémonos en los diseños.

Agradezco el cambio de tema, aunque la mención de aquel beso ha despertado un hormigueo traicionero en mis labios, como si mi cuerpo recordara perfectamente lo que mi mente intenta desesperadamente olvidar.

Volvemos a sumergirnos en el trabajo, y por un rato consigo concentrarme realmente. Hay algo terapéutico en el proceso creativo, en dejar que mis manos recorran diferentes texturas, en imaginar cómo caerá una tela determinada, cómo reflejará la luz. Es la parte de nuestro negocio que genuinamente disfruto, lejos de las cámaras y las expectativas.

Estamos tan absortas discutiendo sobre la paleta de colores para la próxima temporada que no escuchamos la puerta abrirse. Es la repentina sensación de una presencia en la habitación lo que me hace alzar la vista.

Y allí está él. Grayson Callahan, ocupando el umbral como si fuera el dueño del espacio, con esa aura de autoridad que parece emanar de cada célula de su cuerpo. Viste unos vaqueros oscuros y una camiseta negra que se ciñe a su torso como una segunda piel, un atuendo sorprendentemente informal para sus estándares habituales.

—Id a hacer el equipaje —anuncia sin preámbulo, su voz grave llenando la habitación—. Nos vamos en una hora de vacaciones.

Durante unos instantes me planteo si lo he escuchado bien.

¿Se ha vuelto loco?

Intercambio una mirada desconcertada con Scarlett antes de volver a enfocarme en él.

—¿Disculpa? —pregunto, segura de haber oído mal.

—He dicho que hagáis el equipaje —repite, cada sílaba perfectamente articulada, como si estuviera hablando con niñas particularmente rebeldes—. Coged ropa cómoda. Para una semana. Nada de tacones ni vestidos de gala.

Suelto una carcajada incrédula, esperando que en cualquier momento suavice su expresión y admita que está bromeando. Pero su rostro permanece impasible, esos ojos azules fijos en mí con una determinación inquebrantable.

—¿Te has golpeado la cabeza? —pregunto, dejando la tela que sostenía sobre la mesa—. No podemos irnos así, sin más. Tenemos compromisos, reuniones, sesiones de fotos...

—Están cancelados —me interrumpe, cruzándose de brazos—. Todos ellos.

Mi mandíbula casi toca el suelo. ¿Quién demonios se cree que es?

—Eso es imposible —replico, levantándome de la silla—. Carrie jamás...

—Carrie está informada —vuelve a cortarme, y hay algo en su tono que me dice que esa conversación no debió ser precisamente agradable—. No está encantada, pero ha accedido.

Parpadeo, momentáneamente sin palabras. ¿Carrie Whitmore ha accedido a cancelar una semana entera de compromisos? ¿Qué clase de magia negra ha utilizado Grayson?

—¿Se puede saber adónde pretendes llevarnos? —pregunta Scarlett, y detecto un matiz de diversión en su voz que me irrita profundamente.

—A un lugar seguro —responde Grayson—. Lejos de acosadores, periodistas, y agendas imposibles.

Sus ojos vuelven a fijarse en mí, y hay algo en ellos, una intensidad que hace que un escalofrío me recorra la columna

vertebral.

—Has tenido un ataque de ansiedad —continúa, su voz ligeramente más suave—. Y no pienso esperar a que tengas otro. Necesitas descansar.

La mención del ataque me hace sentir súbitamente expuesta, vulnerable. Una cosa es que él lo haya presenciado; otra muy distinta es que lo mencione así, delante de Scarlett, como si tuviera todo el derecho a opinar sobre mi estado mental.

—Eso no es asunto tuyo —replico, cruzándome de brazos en un reflejo inconsciente de su postura—. Tu trabajo es protegerme físicamente, no decidir cuándo necesito unas vacaciones.

Una sombra cruza su rostro, algo fugaz que no consigo interpretar.

—Mi trabajo —dice, pronunciando cada palabra con precisión— es asegurarme de que estés a salvo. Y en este momento, tu peor amenaza eres tú misma y tu incapacidad para poner límites.

Sus palabras me golpean con la fuerza de una bofetada. Porque, maldita sea, tiene razón. Y lo odio por ello. Odio que haya visto a través de mis defensas, que haya identificado exactamente lo que me está destruyendo poco a poco.

—No tienes derecho... —empiezo, pero me interrumpe nuevamente.

—Tienes razón —admite, para mi sorpresa—. No tengo derecho. Pero lo voy a hacer de todos modos.

Nos miramos fijamente, ninguno dispuesto a ceder. La tensión entre nosotros es casi palpable, cargada de cosas no dichas, de sentimientos confusos que ninguno quiere nombrar.

Es Scarlett quien rompe el momento.

—A mí me parece una idea excelente —interviene, y puedo sentir su sonrisa sin necesidad de mirarla—. Hace años que no nos tomamos un descanso real.

Le lanzo una mirada molesta que ella ignora olímpicamente.

—Es solo una semana, Sienna —continúa Grayson, su tono no admite discusión—. Sin teléfonos, sin redes sociales, sin compromisos. Solo vosotras, descansando.

—¿Sin teléfonos? —repito, incrédula—. ¿Y si hay una emergencia? ¿Y si Carrie necesita contactarnos por algo importante?

—Estaremos Easton, Weston y yo —responde con calma—. Y tendremos un teléfono por satélite para verdaderas emergencias. El resto puede esperar.

La determinación en su voz me dice que esta es una batalla que no voy a ganar. Y lo peor es que una parte de mí, una parte que he estado ignorando desesperadamente, anhela exactamente lo que está ofreciéndome: escapar, aunque sea temporalmente, de la presión constante, de las expectativas, de los ojos siempre vigilantes.

—Tenéis una hora —sentencia, interpretando mi silencio como aceptación—. O os llevaremos con lo que tengáis.

Y sin esperar respuesta, se da la vuelta y sale del estudio, sus pasos resonando por el pasillo. La estancia parece súbitamente más pequeña tras su marcha, como si se hubiera llevado parte del oxígeno con él.

—Bueno —rompe el silencio Scarlett, con una sonrisa que amenaza con partir su cara por la mitad—. Tu novio-guardaespaldas es bastante mandón, ¿no?

—No es mi novio —protesto automáticamente, sintiendo cómo el calor invade mis mejillas.

—Mmm-hmm —asiente, con ese tono que usa cuando finge estar de acuerdo conmigo—. Solo es un hombre que cancela una semana entera de compromisos millonarios porque está preocupado por ti. Totalmente normal. Profesional al cien por cien.

Le lanzo una mirada fulminante mientras recojo algunos bocetos de la mesa.

—Es absurdo —murmuro—. No puede simplemente aparecer y decidir que nos vamos de vacaciones. ¿Quién se cree que es?

—Alguien que se preocupa lo suficiente por ti como para arriesgarse a que la agencia lo despida —responde Scarlett, sorprendiéndome con su seriedad repentina—. Piénsalo, Sienna. Está poniendo tu bienestar por encima de su trabajo. ¿Cuándo fue la última vez que alguien hizo algo así por ti? ¿Por cualquiera de las dos?

Sus palabras me dejan sin respuesta. Porque tiene razón. Toda nuestra vida, las personas a nuestro alrededor han priorizado sus propios intereses: Diana y su obsesión por controlarnos, los ejecutivos y sus preocupaciones por los beneficios, incluso Carrie, que aunque nos aprecia genuinamente, siempre pone la marca por encima de nosotras.

—Además —añade Scarlett, con una sonrisa traviesa volviendo a sus labios—, piensa en las posibilidades. Una semana, aislada, con ese monumento de hombre que claramente está loco por ti.

—¡No está loco por mí! —exclamo—. Me besó una vez, y después ha pasado días actuando como si yo fuera radiactiva.

—Hasta que te vio tener un ataque de ansiedad y decidió sacarte de aquí para protegerte —señala, recogiendo sus cosas—. Mira, no sé tú, pero yo voy a hacer la maleta. No tengo ninguna intención de que ese hombre me lleve a la fuerza si no estoy lista a tiempo.

Se dirige a la puerta, pero se detiene y se gira hacia mí con una expresión más suave.

—Sienna, permítete esto —dice, y hay un cariño en su voz que me desarma—. Permítete descansar. Permítete ser cuidada, por una vez.

Y con esas palabras, me deja sola con mis pensamientos caóticos y un extraño hormigueo de anticipación en el estómago.

El viaje transcurre en un silencio cargado de tensión. Vamos en un todoterreno negro con cristales tintados, Easton va al volante, Weston en el asiento del copiloto, Grayson entre Scarlett y yo en la parte trasera. Una disposición que hace imposible ignorar su presencia: el calor que emana de su cuerpo, el olor a sándalo y cuero de su colonia, la forma en que sus muslos, enfundados en vaqueros oscuros, rozan ocasionalmente el mío cuando el vehículo toma una curva.

El paisaje cambia gradualmente a medida que nos alejamos de Palm Beach. Los rascacielos dan paso a suburbios, luego a campos abiertos, y finalmente a un bosque cada vez más denso. Llevamos

casi tres horas de viaje, y aunque he intentado memorizar el camino, hace tiempo que perdí cualquier referencia reconocible.

—¿Falta mucho? —pregunto, rompiendo el silencio.

—Media hora —responde Grayson, sin apartar la mirada de la ventanilla—. Quizás menos.

Su voz suena diferente aquí, en este espacio confinado, más profunda, más íntima de algún modo. Me encuentro estudiando su perfil, la línea severa de su mandíbula, el pequeño pliegue entre sus cejas que aparece cuando está concentrado.

Scarlett se ha quedado dormida, su cabeza apoyada contra el cristal, su respiración suave y regular. En el asiento delantero, Easton tararea distraídamente al ritmo de alguna canción que solo él puede oír, mientras Weston permanece tan silencioso y alerta como siempre.

—¿Nos vas a decir a dónde vamos exactamente? —insisto, más por romper la tensión que por verdadera necesidad de saberlo.

Grayson se gira hacia mí, y por primera vez desde que subimos al coche, nuestras miradas se encuentran directamente. Hay algo en sus ojos, una mezcla de determinación y suavidad que no consigo identificar.

—A una cabaña —responde finalmente—. En las montañas. Completamente aislada, autosuficiente, y segura.

—Suena siniestro —comento, intentando aligerar el ambiente—. Como el escenario de una película de terror.

Un atisbo de sonrisa curva la comisura de sus labios. Es tan breve que casi me lo pierdo.

—Te aseguro que es más acogedor de lo que suena —dice—. Y considerablemente más cómodo que muchos lugares donde he tenido que quedarme.

Hay algo en su tono, un indicio de experiencias que no comparte, que despierta mi curiosidad. ¿Cuántos secretos guarda este hombre? ¿Cuántas capas habría que atravesar para llegar al verdadero Grayson Callahan?

El resto del viaje transcurre en un silencio más cómodo. Contemplo el paisaje cada vez más agreste, los árboles que se alzan majestuosos a ambos lados de la carretera, que ha dejado de ser

asfaltada para convertirse en un camino de tierra. El cielo, de un azul imposible, se vislumbra a retazos entre el dosel verde.

Finalmente, tras lo que parece una eternidad de curvas y caminos secundarios, Easton reduce la velocidad y toma un sendero apenas visible que asciende por la ladera de la montaña. Los árboles son tan densos aquí que las ramas acarician los laterales del vehículo, creando un túnel verde por el que avanzamos lentamente.

Y entonces, como por arte de magia, el bosque se abre a un claro donde se alza la cabaña. Excepto que «cabaña» es un término ridículamente inadecuado para lo que tenemos delante.

Es una construcción de madera y piedra de dos plantas, con amplios ventanales que reflejan el azul del cielo y el verde del bosque. Un porche espacioso rodea la estructura, y desde donde estamos puedo ver una chimenea de piedra que se alza imponente en uno de los laterales. Rústica pero elegante, perfectamente integrada en el entorno natural, como si hubiera crecido del propio suelo.

—Esto no es una cabaña —murmuro, incapaz de ocultar mi asombro—. Es una mansión en el bosque.

—Es un refugio seguro —responde Grayson con simplicidad, pero detecto un matiz de satisfacción en su voz ante mi reacción.

Scarlett se despierta con el movimiento del coche al detenerse, y su reacción al ver nuestro destino es similar a la mía: una mezcla de sorpresa y admiración.

—Vale, esto compensa totalmente el viaje —declara, estirándose como un gato satisfecho—. Si esto es un secuestro, consideradme felizmente secuestrada.

Bajamos del vehículo, y el aire de la montaña me golpea como una caricia fresca. Es tan diferente del aire húmedo y salado de Palm Beach que casi me marea. Puro, limpio, cargado de aromas de pino y tierra húmeda. Respiro profundamente, sintiendo cómo mis pulmones se expanden con gratitud.

El silencio es lo siguiente que noto. Un silencio profundo, solo interrumpido por el susurro del viento entre las hojas y el ocasional trino de algún pájaro lejano. Nada de tráfico, ni sirenas, ni el

constante zumbido de actividad humana al que estoy tan acostumbrada que había olvidado cómo era su ausencia.

—Es... precioso —admito, sin poder evitarlo.

Grayson, que ha estado observándome atentamente, asiente una vez, con ese gesto breve y masculino tan suyo.

—Venga, vamos dentro —nos apremia Easton, ya descargando el equipaje—. Quiero ver cómo es por dentro.

El interior de la cabaña es tan impresionante como su exterior. Tiene los techos altos con vigas de madera expuestas, suelos de piedra pulida cubiertos parcialmente con alfombras tejidas a mano, y en el centro de la sala principal hay una chimenea de piedra tan grande que podría entrar en ella sin agacharme. Amplios ventanales enmarcan vistas espectaculares del bosque y las montañas más allá.

La decoración es minimalista pero cálida: muebles robustos de madera, sofás tapizados en tonos terrosos, algunas pieles que añaden textura. Es masculina sin ser severa, funcional sin carecer de belleza. Me pregunto si Grayson la habrá decorado personalmente o si es obra de algún diseñador con buen gusto por lo rústico.

—Las habitaciones están arriba —explica Grayson, señalando una escalera de madera que asciende en espiral desde un rincón—. Podéis elegir las que queráis, excepto la del extremo oeste, que es la mía.

—¿Y la cocina? —pregunta Scarlett, siempre práctica—. Porque supongo que no habrá servicio de habitaciones aquí en medio de la nada.

Easton suelta una carcajada, su risa resonando en el espacio abierto.

—Por aquí —dice Grayson, guiándonos hacia una arcada que conduce a una cocina impresionante con encimeras de granito, electrodomésticos de acero inoxidable, y una isla central tan grande que podría servir de mesa para ocho personas.

—Si necesitáis algo específico, tendremos que ir al pueblo, que está a unos 40 minutos.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer aquí durante una semana? —pregunto, todavía procesando la idea de estar tan aislada —. ¿Mirar las paredes?

—Descansar —responde Grayson, con esa contundencia que no admite réplica—. Leer. Caminar por el bosque. Respirar aire limpio. Dormir más de cuatro horas seguidas. Lo que la gente normal hace cuando necesita recuperarse.

Hay un deje de ironía en su tono que me arranca una sonrisa reticente.

—Hay un lago a veinte minutos a pie —añade Weston, hablando por primera vez desde que llegamos.

—Y he visto una terraza en la parte trasera con una bañera de hidromasaje —añade Easton con un guiño—. Por si os apetece un poco de civilización en medio de toda esta naturaleza salvaje.

La idea de sumergirme en agua caliente bajo las estrellas, rodeada solo del silencio del bosque, provoca un cosquilleo anticipatorio en mi piel. Quizás esta semana no sea un completo desastre después de todo.

—Bueno, voy a instalarme —anuncia Scarlett, cogiendo su maleta —. Y después pienso explorar cada rincón de este lugar.

La sigo escaleras arriba, eligiendo una habitación con vistas al bosque y una cama con dosel que parece sacada de un cuento de hadas rústico. Las sábanas son de algodón egipcio, lo noto al tocarlas, y hay una manta de lana tejida a mano a los pies de la cama que parece increíblemente suave.

Una puerta en la esquina conduce a un baño privado con una ducha de piedra y una bañera que me hace suspirar de placer. ¿Quién hubiera imaginado tal lujo en medio de la nada?

Me tomo mi tiempo deshaciendo la maleta, colocando la ropa en el armario de cedro que ocupa una pared, disponiendo mi neceser en el baño. Hay algo extrañamente liberador en el hecho de que toda mi ropa sea casual: vaqueros, camisetas, jerséis, un par de vestidos sencillos. Nada de vestidos de gala, tacones imposibles o joyas extravagantes.

Cuando termino, me tumbo en la cama, hundiéndome en el colchón perfectamente firme, y contemplo las vigas del techo. El silencio es tan profundo que puedo escuchar mi propia respiración, el latido de mi corazón.

Por primera vez en lo que parecen años, no hay una lista interminable de tareas esperándome. No hay sesiones de fotos, ni entrevistas, ni publicaciones que programar. No hay teléfono que revisar constantemente, ni correos electrónicos que responder, ni comentarios que moderar.

Solo yo, esta habitación, y una semana por delante sin obligaciones.

Debería sentirme perdida, inquieta ante tanto tiempo sin organizar.

En lugar de eso, siento cómo una tensión que ni siquiera era consciente de estar cargando comienza a disolverse lentamente, como hielo bajo el sol.

No puedo dormir.

Lo he intentado durante una hora, dando vueltas en esa cama ridículamente cómoda, pero mi mente se niega a desconectar. Tengo demasiados pensamientos, demasiadas preguntas sin respuesta. Así que he bajado y me he encontrado con Grayson todavía despierto, contemplando el fuego como si contuviera los secretos del universo.

Me he sentado en el sofá a su lado, no demasiado cerca como para incomodarlo, pero tampoco demasiado lejos, y me he puesto a hojear un libro que he cogido de las estanterías.

—¿No puedes dormir? —pregunta de repente al cabo de un rato, sin apartar la mirada de las llamas.

—No —admito, cerrando el libro que no estaba leyendo realmente —. Hay demasiado silencio, supongo. Estoy acostumbrada al ruido constante.

Asiente una vez, como si entendiera lo que quiero decir. Quizás lo hace. Quizás hay más similitudes entre nosotros de las que estoy dispuesta a admitir.

—¿Y tú? ¿Por qué sigues despierto? —me atrevo a preguntarle amparada por la oscuridad y la quietud de la noche.

Se queda en silencio durante tanto rato que creo que no va a responder. Cuando lo hace, su voz tiene un matiz diferente, más

profundo, más áspero.

—No duermo mucho en general.

Algo en su tono me dice que hay más en esa simple afirmación. Mucho más.

—¿Desde cuándo? —me aventuro a preguntar.

Se produce otro silencio, este más denso. Toma un sorbo de su whisky, el ámbar líquido captura la luz del fuego.

—Desde que estuve sirviendo en Afganistán —responde finalmente, y la confesión cae entre nosotros como una piedra en aguas tranquilas, creando ondas que se expanden infinitamente.

Es la primera vez que menciona su pasado militar directamente. Lo he intuido, por supuesto, por la forma en que se mueve, por su lenguaje corporal, por mil detalles sutiles que hablan de entrenamiento militar. Pero nunca lo hemos discutido abiertamente.

—¿Estuviste allí mucho tiempo? —pregunto, midiendo cuidadosamente mis palabras. Quiero que me hable más de él.

Da otro sorbo a su bebida antes de responder.

—He ido tres veces. La última hace cinco años.

—¿Como soldado regular?

Una sonrisa sin humor curva sus labios.

—No, era un Navy SEAL —corrige, y aunque hay diversión en su tono, puedo sentir el peso de esas palabras, lo que significan.

Me quedo en silencio, asimilando esta información. He leído lo suficiente sobre fuerzas especiales para entender que no es algo que se mencione casualmente. Que implica un nivel de entrenamiento, de experiencia, de sacrificio que pocos pueden comprender realmente.

—¿Por eso sabes cómo manejar un ataque de ansiedad? —pregunto, haciendo la conexión repentinamente—. ¿Por tu entrenamiento?

Me mira directamente por primera vez en toda la noche, sus ojos reflejando el baile de las llamas.

—Parcialmente —admite—. Pero también porque he tenido mis propios episodios.

La confesión me sorprende. Grayson Callahan, el epítome del autocontrol, ¿sufriendo ataques similares a los míos? Es difícil de

imaginar.

—¿TEPT? —aventuro, utilizando las siglas del trastorno de estrés postraumático que sé que es común entre veteranos.

Asiente una vez, ese gesto breve tan característico suyo.

—Entre otras cosas —añade enigmáticamente.

Nos quedamos en silencio un momento, el crepitar del fuego es el único sonido entre nosotros. Hay tantas preguntas que quiero hacerle, tantas cosas que quiero saber sobre este hombre que ha irrumpido en mi vida y la ha puesto patas arriba. Pero intuyo que presionar demasiado solo conseguirá que se cierre más.

En lugar de eso, opto por compartir algo a cambio.

—Tuve que ir a escondidas al sicólogo cuando me hice mayor de edad —confieso, mirando fijamente el fuego.

Lo oigo inspirar bruscamente.

—Tu madre es una persona despreciable —dice, y la frialdad en su voz podría congelar el infierno.

Suelto una risa sin humor.

—No puedo negarlo —admito—. Pero lo peor es que una parte de mí sigue queriendo su aprobación. Es patético, ¿verdad?

—No —responde, con una vehemencia que me sorprende—. Es humano. Los lazos familiares son... complicados.

Hay algo en su tono, una nota personal que me hace preguntarme por cómo es su propia familia. Pero antes de que pueda indagar más, continúa:

—Lo que no es normal es la forma en que te trató. Nadie merece crecer así, Sienna. Nadie.

La forma en que dice mi nombre, con esa mezcla de firmeza y suavidad, hace que algo se agite en mi interior. Nadie pronuncia mi nombre así, como si fuera algo precioso y frágil a la vez.

—¿Qué hay de tu familia? —pregunto, desviando la atención de mí—. ¿Tus padres? ¿Hermanos?

Toma otro sorbo de whisky antes de responder.

—Mi padre era policía en Boston. Murió en acto de servicio cuando yo tenía doce años —dice, su voz sale controlada pero con un trasfondo de dolor antiguo, bien guardado—. Mi madre sigue allí, es una enfermera jubilada ahora. Tengo un hermano mayor, Declan,

que es detective en Boston, y una hermana menor, Nora, que es abogada en Nueva York.

—Lo siento —murmuro, la frase pareciendo inadecuada pero necesaria—. Lo de tu padre.

Asiente una vez, aceptando mis condolencias sin añadir nada más. Me pregunto qué impacto tuvo esa pérdida en el niño de doce años que fue, cómo moldeó al hombre en el que se ha convertido. Si esa es la razón de su férrea necesidad de control, de su impulso de proteger a los demás a toda costa.

—¿Los ves a menudo? —pregunto, genuinamente interesada—. A tu madre y hermanos.

—No tanto como debería —admite, y hay un deje de culpabilidad en su voz—. Boston está... lleno de recuerdos.

No explica nada más, pero no hace falta. Entiendo lo que es cargar con el peso de los recuerdos, lo que es evitar ciertos lugares porque contienen demasiado dolor.

—¿Y Easton y Weston? —pregunto, cambiando ligeramente de tema—. ¿Cómo los conociste?

Una sonrisa fugaz, apenas perceptible, cruza su rostro.

—En Afganistán —responde simplemente—. Pertenecíamos al mismo equipo, teníamos las mismas misiones, hemos vivido los mismos infiernos.

Hay toda una historia detrás de esa respuesta escueta, lo sé. Un lazo forjado en circunstancias que ni siquiera puedo imaginar, una hermandad que trasciende la sangre.

—Parecéis muy unidos —comento—. Como si pudierais comunicaros sin palabras.

—Eso pasa cuando confías tu vida a alguien repetidamente —dice, su mirada volviendo al fuego—. Cuando le debes tu vida a alguien.

Hay algo específico en esa última frase, una historia concreta que no comparte. Me pregunto quién salvó a quién, y cuántas veces. Qué horrores han visto juntos que los han unido de esa manera.

El fuego crepita, lanzando una lluvia de chispas hacia arriba. Las llamas están bajando, pero siguen proyectando ese resplandor cálido que hace que la habitación parezca más íntima, más segura.

—Gracias —digo de repente.

Grayson me mira, una pregunta en sus ojos.

—Por esto —aclaro, haciendo un gesto que abarca la cabaña, el fuego, el momento compartido—. Por... sacarnos de allí. Tenías razón. Lo necesitaba.

Su expresión se suaviza casi imperceptiblemente, esos ojos usualmente duros se vuelven del azul del océano en calma.

—No tienes que agradecer que alguien se preocupe por ti, Sienna —dice, su voz tan baja que casi no la escucho—. Es lo mínimo que mereces.

Sus palabras me golpean con una fuerza inesperada, removiendo algo profundo en mi interior. Porque ¿cuándo fue la última vez que alguien se preocupó por mí así? ¿No por lo que podía ofrecerles, ni por mi imagen pública, ni por el valor de mi marca? Solo por mí, por mi bienestar, por mi felicidad.

Siento mis ojos llenarse de lágrimas y parpadeo rápidamente para contenerlas. No voy a llorar frente a él. Ya me ha visto suficientemente vulnerable.

Pero quizás es demasiado tarde para mantener las defensas. Quizás las derribó en el momento en que me sostuvo durante mi ataque de ansiedad, respirando conmigo hasta que el mundo dejó de desmoronarse.

El silencio se extiende entre nosotros, pero ya no es incómodo. Es un silencio compartido, cálido como el fuego que nos ilumina, como el whisky que ahora me ofrece. Acepto el vaso, nuestros dedos se rozan brevemente en el intercambio, enviando un cosquilleo por mi brazo.

El primer sorbo quema mi garganta, pero el segundo es más suave, dejando un rastro de calor que se expande desde mi estómago. No soy muy bebedora, pero hay algo en este momento que hace que parezca correcto compartir esta bebida con él, este momento de quietud robada.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, sentados en silencio, contemplando cómo el fuego se reduce gradualmente a brasas resplandecientes. En algún momento, mis párpados comienzan a

pesar, el agotamiento del día finalmente me alcanza. Mi cabeza se inclina hacia un lado, apoyándose en el respaldo del sofá.

—Deberías irte a la cama —dice, su voz es un murmullo bajo que parece provenir de muy lejos.

—Mmm —asiento vagamente, pero no me muevo. Mis miembros se sienten pesados, mis pensamientos cada vez son más difusos.

Lo último que recuerdo es la sensación de ser levantada, de brazos fuertes sosteniéndome contra un pecho sólido. El olor a sándalo y cuero. El suave balanceo mientras sube las escaleras. El roce de sábanas frescas cuando me deposita en la cama con una delicadeza sorprendente para alguien de su tamaño.

Y justo antes de sumergirme completamente en el sueño, creo sentir—aunque podría ser parte de un sueño que ya comienza—el toque más ligero de dedos apartando un mechón de pelo de mi rostro. Un toque tan suave que bien podría ser el roce de una brisa imaginaria.

CAPÍTULO 22

SIENNA

Llevamos tres días en la cabaña y algo ha cambiado entre Grayson y yo. Es sutil, como el primer brote de primavera tras un invierno interminable, pero está ahí. Un nuevo ritmo, una cadencia diferente en nuestras interacciones.

Desde aquella conversación junto al fuego —desde que me llevó en brazos hasta mi cama, un gesto que todavía hace que mi estómago dé un vuelco al recordarlo— Grayson parece más... accesible. No exactamente relajado, porque dudo que ese hombre sepa lo que significa esa palabra, pero sí parece menos hermético. Como si hubiera entreabierto una puerta que siempre había mantenido firmemente cerrada.

Esta mañana, durante el desayuno, incluso le he visto sonreír. Una sonrisa genuina, no ese gesto contenido que apenas curva sus labios habitualmente. Ha sido en respuesta a algo que Scarlett ha dicho, una broma tonta sobre Easton y su obsesión por hacer tortitas perfectamente redondas. Una sonrisa breve pero real que ha transformado por completo su rostro, suavizando sus rasgos duros, iluminando esos ojos usualmente gélidos. Me he quedado tan sorprendida que casi he derramado mi café.

Ahora caminamos en silencio por un sendero que serpentea entre pinos centenarios. Easton y Weston han ido al pueblo a por provisiones, y Scarlett se ha quedado en la cabaña, alegando que necesitaba tiempo para diseñar inspirada por el entorno. Sospecho que ha sido su forma sutil de dejarnos solos, y no sé si agradecérselo o estrangularla por ello.

El bosque es espectacular, diferente a cualquier entorno en el que haya estado antes. Los árboles se alzan imponentes a nuestro

alrededor, sus copas son tan altas que tengo que echar la cabeza hacia atrás para ver dónde terminan. Un mosaico de luces y sombras baila sobre el suelo cubierto de agujas de pino, creando patrones que cambian con cada ráfaga de brisa. El aroma es intenso, una mezcla de tierra húmeda, resina y algo fresco y limpio que no tiene comparación con ninguna fragancia artificial.

Grayson camina ligeramente adelantado, moviéndose con esa gracia fluida que siempre me ha fascinado. Viste de forma casual —vaqueros gastados, una camiseta gris que se amolda a los músculos de su espalda, botas de montaña— pero incluso así mantiene esa aura de autoridad natural. Como si incluso la naturaleza salvaje supiera que debe respetarlo.

—¿Vienes mucho aquí? —pregunto, rompiendo el silencio cómodo que nos envuelve.

Se gira ligeramente hacia mí, sin detener su paso.

—No tanto como quisiera —responde, su voz mezclándose armoniosamente con los sonidos del bosque—. Dos o tres veces al año.

—¿Solo? —La pregunta escapa de mis labios antes de que pueda considerarla.

Hace una pausa breve mientras sortea un tronco caído, tendiéndome la mano para ayudarme a pasarlo. Su palma es cálida y áspera contra la mía, el contacto es breve pero electrizante.

—Generalmente —admite una vez que ambos estamos al otro lado—. Es... un buen lugar para pensar. Para recalibrar.

Asiento, entendiendo perfectamente lo que quiere decir. Apenas llevamos tres días aquí, pero ya puedo sentir cómo algo dentro de mí se está reordenando, como si el silencio y la distancia de mi vida habitual estuvieran permitiendo que las piezas descolocadas vuelvan a su sitio.

—Gracias —digo de repente—. Por traernos. Tenías razón, lo necesitaba.

Me mira con una intensidad que hace que mi pulso se acelere. Hay algo en sus ojos, algo que parece buscar más allá de mis palabras, como si intentara leer entre líneas un mensaje que ni siquiera estoy segura de estar enviando.

—No me des las gracias todavía —responde finalmente, con un deje de humor en su voz—. Aún tengo que devolverte a la civilización sin que me despidas por secuestro.

Suelto una risa que resuena entre los árboles, el sonido es extrañamente liberador en este entorno.

—No planeo despedirte —admito—. Resulta que eres bastante bueno en tu trabajo.

Una ceja oscura se arquea en señal de incredulidad.

—¿Solo «bastante bueno»? —Hay un tono de falsa ofensa en su voz que me arranca otra sonrisa.

—Vale, quizás excelente —concedo, fingiendo reticencia—. Pero que no se te suba a la cabeza.

Un destello de algo parecido a la diversión cruza su rostro antes de que vuelva a centrarse en el sendero. Continuamos caminando, y me sorprendo a mí misma estudiando su perfil: la línea firme de su mandíbula, la sombra de barba incipiente que la oscurece… Me fuerzo a dejar de mirarlo.

El sendero comienza a descender suavemente, y a medida que avanzamos, el sonido del agua se hace cada vez más evidente. Primero es un murmullo lejano, luego un rumor constante que va creciendo en intensidad.

Y entonces, tras un recodo, el bosque se abre de repente, revelando un lago que parece sacado de un cuento de hadas. El agua es de un azul imposible, tan cristalina que puedo ver el fondo pedregoso cerca de la orilla. Está rodeado de árboles que se reflejan perfectamente en su superficie, creando una imagen especular que difumina los límites entre lo real y lo reflejado. Una pequeña cascada alimenta el lago desde un lateral, el agua blanca contrastando con el azul profundo.

Me quedo sin aliento ante la visión, deteniendo mis pasos involuntariamente.

—Es... increíble —murmuro, las palabras son completamente inadecuadas para describir la belleza que tengo delante.

Grayson me observa con una expresión que no consigo descifrar.

—Sabía que te gustaría —dice simplemente, pero hay una satisfacción en su voz que me hace pensar que ha estado

anticipando este momento, mi reacción ante este lugar.

Me acerco a la orilla, donde el agua lame suavemente las piedras redondeadas. Me agacho y sumerjo los dedos, jadeando ante el frío mordiente. Es agua de deshielo, me doy cuenta, probablemente alimentada por la nieve de las montañas más altas.

Y de repente, me invade un impulso irresistible. Quiero sentir esa agua por todo el cuerpo, experimentar esa pureza, esa claridad que parece prometer una limpieza más allá de lo físico.

—Voy a meterme —anuncio, ya desabrochándome las botas.

Grayson, que se ha acercado a mi lado, me mira como si acabara de proponerle saltar desde un precipicio.

—El agua está helada —advierte, su tono volviendo a ese registro autoritario que tanto me irrita y me fascina a partes iguales—. Está demasiado fría para nadar.

—No voy a nadar —respondo, quitándome las botas y los calcetines—. Solo quiero sentirla. Mojarme los pies, quizás las piernas.

Su ceño se frunce, esa arruga de preocupación formándose entre sus cejas.

—Sienna, no es una buena idea. Ese agua probablemente está a pocos grados por encima de la congelación.

Pero ya he tomado una decisión. Y quizás es el entorno salvaje, o estos días de relativa libertad, o simplemente el hecho de que me apetece desafiarlo, pero no voy a dar marcha atrás.

—No seas aguafiestas, Callahan —digo, mientras mis dedos ya trabajan en los botones de mis vaqueros—. Un poco de frío no va a matarme.

Sus ojos se abren ligeramente cuando comprende lo que estoy a punto de hacer. Deslizo los vaqueros por mis piernas, quedando en unas braguitas de algodón negro y una camiseta blanca de manga corta. No es el conjunto de lencería más seductor del mundo, pero por la forma en que Grayson aparta bruscamente la mirada, podría estar completamente desnuda.

—Por el amor de Dios, Sienna —gruñe, dándome la espalda—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Hay algo en su reacción, en la rigidez repentina de sus hombros, en el tono estrangulado de su voz, que despierta una chispa de diversión en mí. Y con ella, un atrevimiento que no sabía que poseía.

—Voy a meterme en el agua —respondo inocentemente, mientras me quito la camiseta, quedando solo en ropa interior—. No seas mojigato, Grayson. Es prácticamente como un bikini.

No responde, pero puedo ver cómo los músculos de su espalda se tensan bajo la camiseta, cómo sus puños se cierran a los costados. Su control legendario está siendo puesto a prueba, y por alguna razón, eso me produce una satisfacción casi perversa. Siento como la excitación por su reacción me recorre.

Con una última mirada a su espalda rígidamente girada, avanzo hacia el agua. El primer paso me arranca un jadeo involuntario. Está tan fría que quema, enviando agujas de hielo por mi piel. Pero tras la conmoción inicial, hay algo deliciosamente vigorizante en la sensación.

Avanzo lentamente, acostumbrándome gradualmente a la temperatura. El agua me llega ahora a media pantorrilla, y cada paso sobre el lecho pedregoso envía pequeñas ondas que distorsionan el reflejo perfecto de los árboles.

—Deberías probarlo —le llamo por encima del hombro—. Es... estimulante.

Grayson sigue sin girarse y su postura es tan rígida como un poste de telégrafo.

—Cinco minutos —dice, su voz tensa—. Y después sales antes de que pesques una hipotermia.

Pongo los ojos en blanco, aunque no puede verme.

—Sí, señor —respondo con falsa sumisión—. Lo que usted ordene.

Un gruñido bajo es su única respuesta, y no puedo evitar sonreír. Es extrañamente satisfactorio ver al siempre controlado Grayson Callahan al borde de perder la compostura. Saber que soy yo quien lo provoca añade una capa extra de placer a la experiencia.

Me adentro un poco más, hasta que el agua roza mis rodillas. Es tan transparente que puedo ver perfectamente mis pies sobre las piedras multicolores. Un pequeño pez plateado pasa velozmente entre mis tobillos, haciéndome soltar una risita sorprendida.

El contraste entre el frío del agua y el calor del sol en mis hombros es delicioso. Me siento intensamente viva, cada terminación nerviosa despierta y cantando. No recuerdo la última vez que experimenté una sensación tan pura, tan directa.

Tras unos minutos, cuando mis pies empiezan a entumecerse por el frío, decido que es suficiente. Retrocedo hacia la orilla, el agua resistiéndose a dejarme ir, creando pequeños remolinos alrededor de mis piernas.

Al salir, una brisa fresca me golpea, provocando un escalofrío que recorre todo mi cuerpo. Mis pezones se endurecen bajo el sujetador, reaccionando al cambio de temperatura.

—Ya puedes mirar —anuncio, aunque no hago ningún intento por vestirme—. He sobrevivido a las aguas glaciares.

Se gira lentamente, como si se estuviera preparando para algún tipo de tortura. Sus ojos, cuando finalmente me miran, son de un azul tan intenso que casi duele contemplarlos directamente. Su mirada recorre mi cuerpo durante un segundo —un segundo que se siente como una eternidad— antes de fijarse obstinadamente en mi rostro.

—Vístete —ordena, su voz apenas reconocible de lo ronca que suena.

Pero algo dentro de mí se rebela ante su tono. Estoy cansada de este juego, de que me bese como si fuera lo único que importa en el mundo y luego me trate como si tuviera la peste, de las señales contradictorias, de la tensión no resuelta entre nosotros.

—¿Por qué? —pregunto, dando un paso hacia él—. ¿Te molesta verme así?

Un músculo palpita en su mandíbula. Sus ojos se oscurecen peligrosamente.

—Sienna —gruñe, mi nombre es una advertencia y una súplica a la vez.

Pero estoy demasiado cansada de este tira y afloja, demasiado frustrada por su distancia como para atender a sus advertencias.

—No lo entiendo, Grayson —continúo, avanzando otro paso, el agua goteando de mis piernas sobre las piedras—. Me besas como si me deseases y después me tratas como si fuera radiactiva. Me traes

a este lugar paradisíaco y luego te mantienes a kilómetros de distancia. ¿Qué es lo que quieres exactamente?

La frustración acumulada durante semanas se desborda en mis palabras. Quiero una respuesta, necesito una explicación, algo que me ayude a entender por qué este hombre me hace sentir tanto y luego actúa como si nada hubiera pasado.

—Esto no tiene nada que ver con lo que yo quiera —responde, su voz peligrosamente controlada—. Se trata de lo que es correcto.

Suelto una risa incrédula.

—¿Correcto? —repito—. ¿Desde cuándo lo correcto incluye tener a una mujer constantemente confundida sobre tus intenciones? ¿Es que no te resulto atractiva? ¿Es eso? ¿El beso fue un error, un momento de debilidad, y ahora no sabes cómo decírmelo?

Algo parece romperse dentro de él. En dos zancadas está frente a mí, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, contar las motas más oscuras en el azul de sus iris.

—¿Crees que no me resultas atractiva? —Su voz es baja, intensa, cargada de una emoción contenida que hace que mi corazón se acelere—. ¿De verdad piensas que ese es el problema?

No retrocedo, aunque la intensidad de su mirada casi me quema.

—No sé qué pensar —admito—. Te acercas y luego te alejas, me haces sentir cosas y después actúas como si no hubiera pasado nada. ¿Qué se supone que debo creer?

Sus ojos recorren mi rostro como si buscara algo. Lo que sea que ve parece tomar la decisión por él, porque cuando habla de nuevo, su voz ha perdido todo rastro de control profesional.

—Me alejo por tu propio bien —dice, cada palabra destilando una honestidad cruda que me deja sin aliento—. Porque si en algún momento te toco, si realmente te toco, sé que jamás podré mantener mis manos alejadas de ti.

El mundo parece detenerse. El rumor de la cascada, el canto de los pájaros, todo se desvanece ante el impacto de sus palabras. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—No es por falta de deseo, Sienna —continúa, su mirada es ahora tan intensa que casi puedo sentirla como un toque físico—. Es todo lo contrario. No hay nadie en todo el puto mundo que te desee más

que yo. Y es precisamente por eso que tengo que mantenerme alejado.

Las palabras golpean algo dentro de mí, despertando un calor que se expande desde mi núcleo hasta cada extremidad. Mi piel, aún fría por el agua, parece arder bajo su mirada.

—¿Quién te ha pedido que te mantengas alejado? —pregunto, mi voz es apenas un susurro.

Su mandíbula se tensa nuevamente, sus ojos se cierran momentáneamente como si luchara contra algún demonio interior.

—Soy tu guardaespaldas, Sienna —dice finalmente, como si eso lo explicara todo—. Mi trabajo es protegerte. No complicar tu vida. No quiero ponerte en una posición vulnerable. No...

—¿Y si yo quiero estar en esa posición? —le interrumpo, dando otro paso hacia él, eliminando casi todo el espacio entre nosotros—. ¿Y si yo también te deseo?

GRAYSON

— ¿Y si yo también te deseo?

Sus palabras son como una descarga eléctrica que recorre todo mi cuerpo, despertando cada nervio, cada músculo. La sangre ruge en mis oídos, ahogando casi cualquier otro sonido.

Está tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo a pesar del agua fría que todavía humedece su piel.

Una parte de mí, la parte racional, el profesional entrenado, me grita que me aleje, que ponga distancia, que recuerde mi deber. Pero hay otra parte, más primitiva, más honesta, que solo quiere alcanzar y tomar lo que he deseado desde el primer momento en que la vi.

—No sabes lo que estás diciendo —logro articular, mi voz suena tan tensa que apenas la reconozco.

Una sonrisa lenta curva sus labios.

—Creo que sí lo sé —responde, y hay una confianza en su tono que nunca le había escuchado—. Sé exactamente lo que estoy diciendo. Y lo que estoy preguntando.

Su mano se levanta lentamente, como quisiera darme tiempo para que me aparte. No lo hago. No puedo. Estoy anclado al suelo

por algo más fuerte que la gravedad.

Sus dedos, aún fríos por el agua, rozan mi mejilla. Un toque tan ligero que podría ser imaginario, y sin embargo envía una corriente de fuego a través de mi piel. Cierro los ojos involuntariamente, absorbiendo la sensación, grabándola en mi memoria.

—Mírame, Grayson —susurra.

Abro los ojos, y lo que veo en los suyos casi me pone de rodillas. Deseo, sí, pero también determinación, valentía, y algo más profundo, más significativo.

—Di que no me deseas —me desafía, su mano ahora completamente apoyada en mi mejilla—. Dímelo mirándome a los ojos, y te prometo que nunca más volveré a tocarte.

Es una trampa, y ambos lo sabemos. Porque mentir nunca ha sido mi fuerte, y esta sería la mentira más grande de todas.

—Sienna —mi voz es apenas un susurro ronco—. No es tan simple.

Su mano se desliza desde mi mejilla hasta mi nuca, sus dedos enredándose en mi pelo corto, enviando escalofríos por mi columna.

Pero no puedo.

Con un esfuerzo sobrehumano, cojo su muñeca y aparto suavemente su mano.

—No —digo, mirándola directamente a los ojos.

Una sombra de decepción cruza su rostro, pero es rápidamente reemplazada por comprensión. Y algo más. Respeto, quizás.

Me quito la chaqueta y la coloco sobre sus hombros, envolviéndola en el calor que hasta hace un momento me pertenecía. Mis manos permanecen un segundo de más en sus hombros, un pequeño gesto de intimidad que no puedo evitar.

—Vístete —digo, mi voz más suave ahora—. Volvemos a la cabaña.

No se resiste, solo me mira con decepción.

Mientras recoge su ropa y comienza a vestirse, me permito un momento de debilidad. La observo, grabando en mi memoria cada curva, cada línea, la forma en que la luz juega sobre su piel, cómo mi chaqueta la envuelve como si quisiera protegerla.

Y sé, con una certeza que me aterra, que estoy perdido.

Antes estaba obsesionado con ella.
Ahora que la conozco, estoy enamorado de ella.

CAPÍTULO 23

SIENNA

Me miro en el espejo del baño por enésima vez. La frustración y el deseo se mezclan en mi interior como un cóctel potencialmente explosivo. Han pasado dos días desde el episodio del lago. Dos días desde que Grayson Callahan me confesó que me deseaba más que nadie en el mundo y luego procedió a... hacer absolutamente nada al respecto.

No hemos vuelto a hablar sobre ese momento.

En su lugar, hemos estado ejecutando una elaborada danza de evasión. De alguna manera, Grayson ha conseguido no estar nunca a solas conmigo durante más de cinco minutos. Siempre hay alguna excusa: revisar el perímetro, ayudar a Easton con la cena, una llamada urgente que debe atender en privado. Es como si hubiera trazado un plan maestro para mantenerme a distancia sin parecer obvio.

Pero lo es. Dolorosamente obvio.

Suelto un suspiro exasperado y me aparto del espejo. Mi reflejo no tiene respuestas, solo la imagen de una mujer frustrada con el pelo recogido en un moño desordenado y ojeras incipientes por noches de sueño inquieto.

Salgo del baño decidida a hacer algo productivo con mi día, aunque sea solo para distraerme de mis propios pensamientos. La cabaña está inusualmente silenciosa. Easton y Weston han salido temprano a hacer algún tipo de reconocimiento del área —aunque sospecho que es solo una excusa para darnos espacio—, y Grayson ha desaparecido en una de sus misteriosas caminatas matutinas.

En la cocina encuentro a Scarlett preparando café, tarareando distraídamente una canción que no reconozco. Me observa mientras

me sirvo una taza.

—Tienes cara de haber mordido un limón —comenta, apoyándose contra la encimera—. ¿O debería decir de no haber mordido lo que querías?

Le lanzo una mirada asesina que ella ignora olímpicamente, bebiendo tranquilamente de su taza.

—No sé de qué hablas —miento, sabiendo perfectamente que es inútil intentar engañarla.

—Claro que no —responde con falsa inocencia—. Supongo que esas miradas que le lanzas a Grayson cuando crees que nadie te ve son puramente profesionales. Y esa tensión que se podría cortar con cuchillo cada vez que estáis en la misma habitación es solo... ¿qué? ¿Preocupación por tu seguridad?

Siento el calor subir a mis mejillas. ¿Tan obvia he sido?

—No es tan simple —murmuro, repitiendo sin querer las mismas palabras que Grayson utilizó junto al lago.

Scarlett suelta un bufido nada elegante.

—Por supuesto que lo es —contradice—. Te gusta. Le gustas. El resto son complicaciones autoimpuestas.

Su lógica implacable, tan similar a la que yo misma usé con Grayson, ahora se vuelve contra mí. Pero hay matices que mi hermana no entiende, capas de complejidad que van más allá de la simple atracción.

—Le dije que lo deseaba —confieso finalmente, la necesidad de compartir este peso superando mi orgullo—. Junto al lago. Prácticamente me ofrecí a él en bandeja de plata.

Los ojos de Scarlett se abren con sorpresa e interés.

—¿Y? —presiona cuando me quedo en silencio.

—Y me rechazó —respondo, la frustración es evidente en mi voz —. Bueno, no exactamente. Dijo que no quería complicar las cosas. Que era lo mejor para mí.

Una sonrisa lenta se extiende por el rostro de mi hermana, como si acabara de resolver un rompecabezas particularmente complicado.

—¿No lo ves? —pregunta, dejando su taza sobre la encimera—. Te estaba protegiendo. De él mismo, probablemente. Estoy segura de que ese hombre no se siente digno de ti.

Considero sus palabras, reconociendo a regañadientes que tienen sentido. Es exactamente el tipo de comportamiento noble y autocontrolado que encaja con Grayson Callahan.

—Eso no explica por qué ha estado evitándome desde entonces —señalo.

—Oh, eso es aún más obvio —responde Scarlett con una sonrisa conocedora—. Está aterrorizado. De lo que siente por ti, de cruzar esa línea profesional, de perder el control que tanto valora.

Parpadeo, procesando esta perspectiva. La idea de que Grayson, ese monumento de autocontrol y seguridad, pueda estar asustado de lo que yo le hago sentir es... desconcertante. Y me hace sentir extrañamente poderosa.

—¿Y qué sugieres que haga? —pregunto, rendida ante su evidente comprensión de la situación—. ¿Seguir esperando eternamente a que se decida?

Scarlett me mira como si la respuesta fuera obvia.

—No, hermanita. Lo que necesitas hacer es provocarlo hasta que pierda ese precioso control que tanto atesora.

La propuesta me deja momentáneamente sin palabras. ¿Yo, provocando deliberadamente a Grayson? La idea es tan aterradora como excitante.

—¿Y cómo pretendes exactamente que haga eso? —pregunto, intentando que mi voz suene escéptica en lugar de interesada.

Scarlett se acerca, bajando la voz como si compartiera un secreto de estado.

—Los hombres como Grayson son previsibles en cierto modo —explica—. Todo gira en torno al control. Lo que necesitas hacer es ponerlo en una situación donde no pueda mantenerlo.

—Sigue —la animo, súbitamente fascinada.

—Esta noche, cuando todos nos hayamos ido a dormir, vete a buscarlo —continúa—. Lleva algo provocativo. Encuentra una excusa para sentarte junto a él, y después... bueno, deja que las cosas fluyan naturalmente.

—¿Eso es todo tu gran plan? —pregunto, decepcionada—. ¿Sentarme junto a él y esperar un milagro?

La sonrisa de Scarlett se vuelve casi depredadora.

—Oh, no. La proximidad es solo el primer paso. Después necesitarás ser más... directa. Física. El contacto es clave con alguien tan contenido como él. Un toque casual aquí, una caricia aparentemente inocente allá... hasta que ya no pueda seguir fingiendo que no lo afectas.

La idea va tomando forma en mi mente, evocando imágenes que hacen que mi pulso se acelere.

—¿Y si simplemente me rechaza de nuevo? —pregunto, vocalizando mi mayor temor.

Scarlett toma mis manos entre las suyas, su expresión se vuelve más seria.

—Sienna, he visto cómo te mira —dice—. No es la mirada de un hombre que quiere rechazarte. Es la mirada de alguien que está librando una batalla interna y perdiendo lentamente.

Sus palabras encienden una chispa de esperanza y determinación en mi pecho. Quizás tenga razón. Quizás lo único que necesita Grayson es un pequeño empujón para cruzar esa línea que ha trazado tan firmemente entre nosotros.

—Está bien —decido, sorprendiéndome a mí misma con mi resolución—. Lo intentaré.

La sonrisa triunfal de Scarlett es casi cómica.

—Ese es el espíritu, hermanita —celebra—. Ahora solo nos queda planear tu atuendo para la seducción.

El reloj de la mesilla marca las once y media cuando decido que es el momento. He pasado la última hora escuchando los sonidos de la casa, asegurándome de que todos se han retirado a sus habitaciones. Scarlett se despidió con un guiño cómplice hace una hora, y poco después escuché a los chicos subir las escaleras, aunque no el sonido de su puerta cerrándose.

Frente al espejo, examino mi atuendo por última vez. Siguiendo el consejo de Scarlett, he optado por algo sugerente pero no excesivo: un pantalón corto de pijama que deja al descubierto mis piernas, y una camiseta de tirantes que muestra claramente que no llevo

sujetador. He dejado mi pelo suelto, cayendo en ondas naturales sobre mis hombros, y me he aplicado solo un toque de brillo en los labios.

El corazón me late con fuerza mientras abro silenciosamente la puerta de mi habitación. El pasillo está en penumbra, iluminado solo por la luz tenue que asciende desde la planta baja. Desciendo las escaleras con pasos cautelosos, mis pies descalzos apenas hacen ruido sobre la madera.

Tal como esperaba, Grayson está en el salón, sentado en uno de los sillones frente a la chimenea encendida. Un vaso de whisky descansa en la mesita junto a él, y un libro yace abierto sobre su regazo, aunque no parece estar leyéndolo realmente. Su mirada está perdida en las llamas, su expresión pensativa.

Lleva unos pantalones de chándal grises y una camiseta negra que se ajusta perfectamente a su torso musculoso. La luz del fuego juega sobre sus rasgos, acentuando los planos y ángulos de su rostro, creando un juego de luces y sombras que lo hace parecer casi irreal en su perfección.

Me quedo un momento observándolo desde las sombras, reuniendo valor. Ahora que estoy aquí, el plan me parece mucho más intimidante. ¿Qué estoy haciendo exactamente? ¿Realmente voy a intentar seducir a este hombre que claramente ha establecido límites entre nosotros?

Pero entonces recuerdo sus palabras junto al lago: «No hay nadie en todo el puto mundo que te desee más que yo». Y eso me da la determinación que necesito.

Avanzo hacia el salón, dejando que mis pasos sean lo suficientemente audibles para alertarle de mi presencia sin sobresaltarlo. Su cabeza se gira hacia mí, y por un instante, antes de que pueda recomponer su expresión, veo algo crudo y vulnerable en sus ojos.

—No podía dormir —explico innecesariamente, acercándome al área de la chimenea—. Vi luz abajo y pensé...

Dejo la frase inconclusa, como si no supiera exactamente qué había pensado. La verdad es que no necesito terminar; ambos

sabemos perfectamente por qué estoy aquí, a estas horas, vestida así.

Grayson se endereza ligeramente en el sillón, cerrando el libro sin marcar la página.

—Yo tampoco —admite, su voz suena más ronca de lo habitual.

—¿Te importa si me uno a ti? —pregunto, señalando el sofá cercano.

Duda un momento antes de asentir.

—Por supuesto.

Pero en lugar de sentarme en el sofá, tomo una decisión impulsiva y me dirijo directamente hacia él. Antes de que pueda reaccionar, me acomodo en el brazo de su sillón, tan cerca que nuestros cuerpos casi se tocan.

Lo siento tensarse inmediatamente, todo su cuerpo se vuelve rígido como una tabla. Está tan cerca que puedo percibir su aroma: ese olor a sándalo y cuero que siempre lo acompaña, mezclado con el whisky que ha estado bebiendo.

—¿Qué estás leyendo? —pregunto con falsa inocencia, inclinándome ligeramente para ver la portada del libro, un movimiento que hace que mi pelo caiga como una cortina, rozando su brazo.

—Hemingway —responde, su voz notablemente controlada—. El viejo y el mar.

—Mmm, una historia sobre un hombre obstinado luchando contra fuerzas que no puede controlar —comento, dejando que el doble sentido flote entre nosotros—. Es muy apropiado.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos, y hay una advertencia en ellos que hace que mi estómago dé un vuelco.

—Sienna —dice, su voz es un gruñido bajo—. ¿Qué estás haciendo?

Decido que es momento de ser directa. Los juegos y las indirectas claramente no están funcionando con este hombre.

—Lo que deberíamos haber hecho hace días —respondo, sosteniendo su mirada—. Hablar.

Un músculo se tensa en su mandíbula, y veo cómo traga saliva, su nuez de Adán se mueve de forma hipnótica.

—Este no es el momento —dice, aunque su voz carece de convicción.

—¿Y cuándo lo será? —pregunto, la frustración de días filtrándose en mi tono—. Has estado evitándome desde lo del lago. No, en realidad has estado evitándome desde que me besaste en la exposición. ¿Tanto te arrepientes?

La pregunta parece tomarlo por sorpresa, sus ojos se abren ligeramente.

—No me arrepiento —responde con una intensidad que me deja sin aliento—. Ese es precisamente el problema. Debería arrepentirme. Pero no puedo.

Su honestidad me desarma momentáneamente. No esperaba una admisión tan directa.

—¿Por qué deberías arrepentirte? —presiono, necesitando entender su lógica.

Suelta un suspiro profundo, pasándose una mano por el pelo en un gesto de frustración.

—Porque soy tu guardaespaldas, Sienna —explica, como si fuera obvio, pero siento que está escondiendo mucho más—. Porque mi trabajo es protegerte, no... complicar tu vida con mis sentimientos.

—¿Y si yo quiero esa complicación? —pregunto, mi voz más suave —. ¿Y si yo quiero más que tu protección profesional?

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento el tiempo parece detenerse. Hay tanto en sus ojos: deseo, conflicto, anhelo, miedo.

Y entonces, antes de que pueda responder, tomo una decisión impulsiva. Con un movimiento fluido, me deslizo del brazo del sillón y me sitúo directamente en su regazo, mis piernas se abren a cada lado de las suyas. Acabo sentada a horcajadas sobre él.

Su reacción es instantánea. Sus manos se aferran a mis caderas, pero no tengo claro si es para mantenerme en mi sitio o para apartarme. Sus ojos, ahora del color del océano en tormenta, se clavan en los míos con una intensidad abrasadora.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gruñe, su voz es tan baja y ronca que apenas la reconozco.

—Algo que ambos queremos desde hace demasiado tiempo —respondo, sorprendida por mi propia audacia.

Puedo sentir la tensión en cada músculo de su cuerpo, la forma en que se contiene con un esfuerzo sobrehumano. Y también puedo sentir, inequívocamente contra mi centro, la prueba de que no le soy indiferente. La dureza que crece bajo los pantalones de chándal es imposible de ignorar en esta posición, y la sensación envía una oleada de calor a mi bajo vientre.

—Sienna, tienes que parar —advierte, aunque sus manos siguen firmemente en mis caderas, sus pulgares dibujando pequeños círculos inconscientes sobre la piel expuesta donde mi camiseta se ha levantado ligeramente.

—¿Realmente quieres que pare? —lo desafío, rotando ligeramente mis caderas contra él, arrancándole un gruñido involuntario que resuena directamente entre mis piernas.

—Lo que quiero y lo que debo hacer son cosas muy diferentes —responde, su voz tensa con el esfuerzo de mantener el control.

Acerco mi rostro al suyo, dejando nuestros labios a centímetros de distancia.

—Deja de pensar en lo que deberías hacer —susurro—. Por una vez en tu vida, Grayson, haz lo que realmente quieres.

Y con esas palabras, cierro la distancia y presiono mis labios contra los suyos.

Durante un segundo, se queda completamente inmóvil, como si lo hubiera congelado con mi toque. Pero entonces, como una presa que finalmente cede ante la presión, algo se rompe dentro de él.

Con un gruñido que suena casi animal, sus brazos me rodean, una mano subiendo hasta mi nuca para mantener mi boca cautiva bajo la suya. El beso no tiene nada de tentativo o suave. Es hambriento, posesivo, casi desesperado, como si hubiera estado conteniendo este deseo durante demasiado tiempo.

Su lengua invade mi boca sin pedir permiso, reclamando, explorando, dominando completamente. Y yo me rindo a la sensación, dejándome llevar por el torrente de sensaciones que desata en mí.

Sus manos parecen estar en todas partes a la vez: en mi pelo, en mi espalda, bajando hasta mis muslos expuestos. Cada toque deja un rastro de fuego sobre mi piel, encendiendo nervios que no sabía que existían.

Me aprieta contra él con una urgencia que refleja la mía propia, y no puedo evitar gemir en su boca cuando siento la dureza de su erección presionando exactamente donde más lo necesito. Instintivamente, comienzo a mover mis caderas en círculos lentos, buscando la fricción que mi cuerpo ansía desesperadamente.

—Sienna —jadea contra mis labios, mi nombre sonando como una oración y una maldición a la vez—. No tienes idea de lo que estás haciendo.

—Entonces enséñame —respondo, sorprendida por la sensualidad en mi propia voz.

Algo cambia en su expresión, un destello de determinación que hace que mi corazón se acelere. En un movimiento fluido, sus manos se deslizan bajo mis muslos y se pone de pie, llevándome con él como si no pesara nada. Instintivamente, mis piernas se enroscan alrededor de su cintura, mis brazos rodean su cuello.

Me lleva así, pegada a su cuerpo, hasta el sofá, donde me deposita con una delicadeza sorprendente considerando la pasión que vibra entre nosotros. Pero en lugar de colocarse sobre mí, como esperaba, se arrodilla en el suelo, entre mis piernas abiertas.

Sus ojos, ahora casi negros por la dilatación de sus pupilas, me recorren con una intensidad que casi puedo sentir físicamente.

—Debería detenerte —dice, su voz tan profunda que parece resonar en mi pecho—. Debería ser profesional. Responsable.

Alzo una mano para acariciar su rostro, sintiendo la ligera aspereza de su barba incipiente bajo mis dedos.

—No quiero que seas profesional —confieso—. No ahora. No conmigo.

Cierra los ojos un momento, como si luchara con una decisión final. Cuando los abre de nuevo, veo que ha tomado una determinación.

—No voy a tomarte —dice, y antes de que la decepción pueda asentarse en mi pecho, añade—: No así. No cuando aún no estoy

seguro de que sepas lo que estás pidiendo. Pero...

Su mirada desciende por mi cuerpo, deteniéndose en mis pechos, donde mis pezones se marcan claramente contra la fina tela de la camiseta, luego más abajo, hacia el punto donde mis piernas se abren para él.

—Pero hay otras formas en las que puedo hacerte sentir bien —continúa, y el tono de su voz envía un escalofrío de anticipación por mi columna—. Si eso es lo que quieres.

Mi boca se seca ante la implicación de sus palabras. La idea de sus manos, su boca, sobre mí hace que un calor líquido se acumule entre mis piernas.

—Sí —logro articular, sorprendida por la urgencia en mi propia voz —. Por favor.

Una sonrisa lenta, casi predatoria, curva sus labios. Es una expresión que nunca le había visto, y que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Entonces relájate —ordena suavemente, sus manos deslizándose por mis muslos—. Y déjame adorarte como mereces.

GRAYSON

La visión de Sienna recostada en el sofá, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de deseo, es la imagen más erótica que he contemplado en mi vida. Está abierta para mí, confiada, vulnerable, y la responsabilidad de ese regalo me abruma tanto como me excita.

Una parte de mí, la parte racional, me grita que me detenga, que esto es un error, que estoy cruzando una línea que nunca debería cruzar. Pero hay otra parte, más primitiva, más honesta, que ha esperado este momento desde que la vi por primera vez.

Y ahora que la tengo así, a mi merced, no puedo negarme a ella. No puedo negarme a mí mismo.

Pero tampoco puedo tomarla completamente. No todavía. No cuando tengo tantas dudas sobre si la merezco. Pero puedo darle placer. Puedo mostrarle exactamente lo que me hace sentir, lo que su presencia en mi vida ha despertado en mí.

Mis manos ascienden lentamente por sus muslos, disfrutando de la suavidad de su piel bajo mis dedos ásperos. Llego al borde de su

pantalón corto y me detengo, mirándola a los ojos, buscando cualquier señal de duda o rechazo.

Lo que veo es todo lo contrario. Sus pupilas están dilatadas, su respiración acelerada, sus labios ligeramente separados por la anticipación. Es la imagen misma del deseo, y saber que es por mí hace que mi propia excitación alcance niveles dolorosos.

—Dime si quieres que me detenga —digo, mi voz apenas reconocible por el deseo—. En cualquier momento.

Asiente una vez, pero sus ojos me dicen claramente que detenerse es lo último que quiere.

Con movimientos deliberadamente lentos, deslizo mis manos bajo su camiseta, ascendiendo por su vientre plano hasta la curva inferior de sus pechos. Su piel es como seda caliente bajo mis dedos, suave y perfecta.

Cuando mis pulgares rozan la parte inferior de sus pechos, suelta un suspiro tembloroso que envía una corriente directa a mi ya dolorosa erección. La necesidad de tomarla aquí y ahora, de hundir mi cuerpo en el suyo, es casi abrumadora. Pero me contengo, recordándome que esto es para ella, no para mí.

Con un movimiento fluido le quito la camiseta, dejándola solo con el pantalón corto. La visión me deja momentáneamente sin aliento.

—Eres tan hermosa que duele mirarte —confieso, incapaz de contener las palabras.

Un rubor encantador se extiende por sus mejillas ante mi cumplido, pero hay también una confianza en sus ojos, un conocimiento de su propio poder sobre mí, que es igualmente cautivador.

Me inclino hacia adelante, besando la delicada piel de su cuello, descendiendo lentamente hacia su clavícula. Puedo sentir su pulso acelerado bajo mis labios, el ritmo de su corazón sincronizándose con el mío.

Miro sus pechos perfectos, coronados por pezones rosados endurecidos por el deseo, y pierdo la cabeza.

—Eres perfecta —murmuro, antes de inclinarme y tomar uno en mi boca.

El gemido que escapa de sus labios es el sonido más erótico que he escuchado nunca. Su cuerpo se arquea hacia mí, buscando más contacto, sus manos se entierran en mi pelo, manteniéndome en mi lugar.

Alterno entre ambos pechos, lamiendo, succionando, provocando con mis dientes hasta que está jadeando incontrolablemente, sus caderas moviéndose en búsqueda de algún tipo de alivio.

Mis manos descienden hasta el elástico de su pantalón corto, deteniéndome una vez más para buscar su permiso. Su respuesta es levantar sus caderas, permitiéndome deslizarlo junto con sus bragas por sus piernas.

Y ahí está, completamente desnuda para mí, vulnerable y confiada, la visión más perfecta que he contemplado jamás.

Lentamente, deliberadamente, separo sus rodillas, exponiendo completamente su centro. Está ya visiblemente húmeda, lista para mí, y la visión envía una oleada de deseo tan intensa que tengo que cerrar los ojos un momento para mantener el control.

—Grayson —susurra, su voz cargada de necesidad—. Por favor.

No necesito más invitación. Deslizo una mano entre sus muslos, mi boca encuentra su humedad, explorando suavemente al principio, aprendiendo lo que le gusta, lo que la hace gemir y arquearse.

Cuando encuentro el pequeño nudo de nervios que busco, la reacción de su cuerpo es inmediata y poderosa. Un jadeo entrecortado escapa de sus labios, sus caderas elevándose instintivamente hacia mi toque.

—Eso es —murmuro, separándome y acariciando el punto con movimientos precisos—. Déjame sentirte. Déjame ver cómo te deshaces para mí.

Mis palabras parecen afectarla tanto como mi toque, su respiración se vuelve más irregular, sus gemidos más frecuentes. Continúo acariciándola con ese ritmo, observando cada cambio en su expresión, aprendiendo exactamente cómo llevarla al límite.

Cuando deslizo un dedo en su interior, su cuerpo entero se tensa, sus paredes internas se aprietan alrededor de mí de una forma que me hace imaginar cómo se sentiría tenerla alrededor de mi polla. La idea casi me lleva al límite.

Añado un segundo dedo, estableciendo un ritmo lento pero implacable, curvándolos en su interior para encontrar ese punto especial que sé que la llevará al borde. Mi pulgar continúa circulando su clítoris, cada toque llevándola más cerca.

—Déjate ir —animo, mi voz ronca de deseo—. Quiero verte llegar, Sienna. Quiero ver cómo te corres para mí.

Sus ojos, que había mantenido cerrados, se abren para encontrarse con los míos. La vulnerabilidad, la confianza, el deseo crudo que veo en ellos me dejan sin aliento.

—Grayson —jadea, mi nombre en sus labios sonando como una plegaria—. Yo... no puedo...

—Sí puedes —insisto, aumentando el ritmo de mis dedos—. Déjate llevar. Estoy aquí. Te tengo.

Y con esas palabras, algo parece romperse dentro de ella. Su cuerpo entero se tensa, sus paredes internas apretándose alrededor de mis dedos, su espalda arqueándose de forma imposible. Un grito ahogado escapa de sus labios mientras el orgasmo la atraviesa en oleadas visibles.

Es la visión más hermosa que he presenciado jamás: Sienna Blake completamente entregada al placer, vulnerable y poderosa al mismo tiempo, su rostro transformado por el éxtasis que yo le he proporcionado.

Mantengo mis movimientos, aunque más suaves ahora, ayudándola a cabalgar las últimas oleadas de su clímax. Solo cuando siento que su cuerpo comienza a relajarse, que su respiración comienza a normalizarse, retiro lentamente mis dedos de su interior.

Sus ojos se abren lentamente, desenfocados y brillantes. Una sonrisa suave, casi tímida, curva sus labios.

—Eso ha sido... —comienza, su voz ronca—. No tengo palabras.

Sonrío, genuinamente complacido por su reacción. Verla así, saciada y relajada por mi toque, es más satisfactorio que cualquier liberación física que pudiera haber buscado para mí mismo.

Me levanto brevemente para tomar una manta del respaldo del sofá y la extiendo sobre su cuerpo desnudo para protegerla del frío que pronto sentirá. Después, me siento a su lado, atrayéndola contra mi pecho.

—Ven aquí —murmuro, envolviendo mis brazos alrededor de ella.

Se acurruca contra mí como si hubiera encontrado su lugar natural, su cabeza encajando perfectamente bajo mi barbilla, sus curvas moldeándose a mi cuerpo como piezas de un rompecabezas que finalmente encajan.

—¿Y tú? —pregunta después de un momento, su mano deslizándose tentativamente hacia mi evidente erección—. Déjame...

Capturo su mano con la mía, llevándola a mis labios para un beso suave.

—Esto era para ti —digo simplemente.

Me mira con una mezcla de confusión y gratitud.

—¿Estás seguro? —insiste—. Porque yo quiero...

—Lo sé —la interrumpo suavemente—. Y no sabes cuánto deseo eso. Pero cuando suceda, cuando realmente estemos juntos de esa forma, quiero que sea perfecto. No en un impulso. Quiero hacer las cosas bien.

La comprensión ilumina sus ojos, seguida por una calidez que me deja sin aliento.

—¿Siempre eres tan considerado? —pregunta, una sonrisa juguetona curvando sus labios.

—Solo con lo que realmente me importa —respondo honestamente.

Sus ojos se abren ligeramente ante mi admisión, y por un momento veo vulnerabilidad allí, una pregunta no formulada.

—Tú me importas, Sienna —digo, respondiendo a lo que no se atreve a preguntar—. Más de lo que debería. Más de lo que he permitido que me importe alguien en mucho tiempo.

No dice nada, pero su rostro se hunde en el hueco de mi cuello. Puedo sentir su respiración, cada vez más profunda y regular, indicando que el agotamiento post-orgásmico la está llevando hacia el sueño.

La sostengo así, escuchando cómo su respiración se vuelve rítmica, sintiendo cómo su cuerpo se relaja completamente contra el mío. Solo cuando estoy seguro de que está profundamente dormida, me permito presionar mis labios contra su frente en un gesto de ternura que nunca me permitiría si estuviera despierta.

—Dulces sueños, preciosa —susurro contra su pelo.

Y mientras la sostengo, mi propio cuerpo aún tenso de deseo insatisfecho, me doy cuenta de una verdad que he estado intentando negar desde que entró en mi vida:

Estoy completamente, irremediablemente enamorado de Sienna Blake.

Y que Dios me ayude, porque no tengo idea de cómo manejar eso.

CAPÍTULO 24

SIENNA

Me despierto con el aroma de Grayson impregnado en mi piel.

Durante un segundo creo que ha pasado la noche conmigo. Pero al extender la mano hacia el otro lado de la cama, encuentro solo sábanas frías. El recuerdo de cómo me trajo hasta mi habitación anoche, de cómo me depositó en la cama con una ternura que contradecía la pasión de momentos antes, me provoca una sonrisa involuntaria.

Me estiro perezosamente, sintiendo una deliciosa sensación de satisfacción. Mi cuerpo aún recuerda sus caricias, la precisión devastadora de sus dedos y boca, la forma en que me hizo sentir completamente adorada bajo su toque.

Pero también recuerdo su contención. Cómo se negó a cruzar esa última línea, a pesar de que su deseo era evidente.

Lo quiero todo. Quiero sentirlo por completo, fundirme con él, perderme y encontrarme en sus brazos.

Quiero a Grayson Callahan de todas las formas posibles.

Y esta vez, no voy a permitir que su noble autocontrol se interponga.

Me he cansado.

—¿Qué os parece si hoy vamos al pueblo? —propone Easton durante el desayuno—. Para que conozcáis algo más que esta cabaña y el bosque.

Me giro hacia Grayson, que ha mantenido una distancia prudencial durante toda la mañana, aunque sus ojos no han dejado de seguirme con una intensidad que hace que mi piel se erice.

—Por mí perfecto —respondo antes de que él pueda objetar—. Me vendrá bien ver civilización, por mínima que sea.

Scarlett, que ha estado observándonos como un halcón toda la mañana (y que sospecho que se ha dado cuenta de que anoche sucedió algo, por la sonrisa cómplice que me ha dirigido al verme), asiente con entusiasmo.

—Sí, por favor —secunda—. Necesito comprar algunas cosas. Se me están acabando los lápices de colores.

Grayson frunce ligeramente el ceño, ese gesto de preocupación que ha llegado a parecerme casi entrañable.

—Podría ser arriesgado —comenta, pero sin la dureza habitual—. Aunque el pueblo es pequeño y bastante aislado.

Weston, que ha permanecido callado como siempre, interviene con su voz grave y pausada:

—He revisado el perímetro esta mañana. No hay señales de seguimiento ni actividad sospechosa. Un día fuera no debería suponer un problema.

Es fascinante ver cómo funciona la dinámica entre ellos. Una simple mirada, un gesto, y parecen comunicarse sin palabras. Años de confiar la vida al otro, supongo.

—Está bien —concede finalmente Grayson—. Pero mantendremos los ojos abiertos. Y vosotras —añade, mirándonos directamente a Scarlett y a mí— no os separaréis de nosotros bajo ninguna circunstancia.

—Sí, mi capitán —respondo con un saludo burlón que me hace ganarme una mirada mitad irritada, mitad divertida.

Por un instante, sus ojos se suavizan, y veo un destello del hombre que me sostuvo anoche, que me susurró palabras que nunca nadie me había dicho antes. Y siento algo aletear en mi pecho, un sentimiento que va mucho más allá del deseo físico.

El pueblo es exactamente como imaginaba que sería un asentamiento de montaña: pintoresco, pequeño, con edificios de madera y piedra que parecen haber estado ahí durante siglos. Una

calle principal serpentea entre tiendas de artesanía, una panadería que emite aromas deliciosos, un par de restaurantes rústicos y una pequeña librería con un cartel desgastado por el tiempo.

El aire es fresco, con ese toque alpino que parece limpiar los pulmones y aclarar la mente. A nuestro alrededor, los lugareños nos miran con una mezcla de curiosidad y reserva, claramente no acostumbrados a forasteros, especialmente a un grupo tan diverso como el nuestro.

Easton lidera el camino, saludando a todo el mundo como si los conociera de toda la vida. Weston camina ligeramente por detrás, sus ojos vigilantes escaneando constantemente el entorno. Y Grayson... Grayson camina a mi lado, tan cerca que nuestros brazos se rozan ocasionalmente, enviando pequeñas descargas eléctricas por mi piel cada vez.

Nos detenemos en una tienda de artesanía local, donde Scarlett se queda inmediatamente fascinada por unos tapices tejidos a mano con motivos tribales.

—Estos colores son increíbles —comenta, pasando los dedos por los intrincados diseños—. Serían perfectos como inspiración para la colección de otoño.

Mientras ella conversa animadamente con la anciana propietaria, yo me dirijo hacia una vitrina donde se exhiben piezas de joyería artesanal. Pequeños colgantes de plata con incrustaciones de piedras locales, pulseras de cuero trenzado, anillos con diseños orgánicos que parecen imitar el flujo del agua de montaña.

Estoy tan absorta examinando un delicado collar de plata con una piedra azul que parece cambiar de tono con la luz, que no percibo la presencia de Grayson hasta que siento su calor a mi espalda.

—Es del mismo color que tus ojos —comento sin pensar, señalando la piedra.

Su mano se posa ligeramente en mi espalda baja, un toque casual para cualquier observador, pero que envía ondas de calor por todo mi cuerpo.

—¿Te gusta? —pregunta, su voz tan cerca de mi oído que puedo sentir su aliento en mi piel.

Asiento, incapaz de articular una respuesta coherente con él tan cerca. Sin decir más, hace un gesto a la dependienta, que se acerca con una sonrisa.

Antes de que pueda protestar, ha comprado el collar y lo sostiene entre sus manos.

—Date la vuelta —ordena, su voz suave pero firme.

Obedezco, y siento sus dedos rozar mi nuca mientras coloca el collar alrededor de mi cuello. El contraste entre la frialdad del metal y el calor de sus manos me provoca un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura.

—Te queda perfecto —murmura cuando termina, sus ojos recorren mi rostro con una intensidad que me deja sin aliento.

Llevo mi mano al pequeño colgante, sintiendo su peso ligero contra mi piel. Es un gesto tan íntimo que siento una opresión en el pecho que no puedo nombrar.

—Gracias —logro decir—. No tenías que...

—Quería hacerlo —me interrumpe, y hay algo en su mirada, una vulnerabilidad que rara vez permite que alguien vea—. Te queda muy bien.

Salimos de la tienda en un silencio cargado de significado. Scarlett nos lanza una mirada curiosa, notando el collar nuevo y la forma en que Grayson camina ahora más cerca de mí, su mano ocasionalmente rozando la mía como si no pudiera evitar el contacto.

Continuamos nuestro recorrido por el pueblo, deteniéndonos en varias tiendas. En cada una, Grayson permanece a mi lado, atento a mis reacciones, observando lo que capta mi interés. Es una forma de atención que nunca he experimentado antes: no invasiva pero constante, como si genuinamente le importara lo que me gusta, lo que me hace sonreír.

En una pequeña cafetería con terraza de madera, nos detenemos para tomar algo. El aire se ha vuelto más frío, y un escalofrío involuntario me recorre mientras esperamos a que nos sirvan.

Sin decir una sola palabra, Grayson se quita la cazadora de cuero que lleva y la coloca sobre mis hombros. El calor residual de su cuerpo me envuelve inmediatamente, junto con su aroma

característico: sándalo, cuero y algo exclusivamente suyo que no podría describir, pero reconocería en cualquier parte.

—No hace falta que... —empiezo a protestar débilmente.

—Estás temblando —responde simplemente, como si eso lo explicara todo.

Y quizás lo hace. Porque en ese pequeño gesto, en la forma en que sus ojos recorren mi rostro para asegurarse de que estoy cómoda, en cómo sus dedos se detienen un segundo más de lo necesario sobre mis hombros, hay una revelación.

Este hombre, que ha dedicado su vida a proteger a otros, que ha visto lo peor de la humanidad y sigue encontrando razones para preocuparse, me está ofreciendo mucho más que su chaqueta. Me está ofreciendo su atención, su cuidado, su presencia constante.

Y me hace inmensamente feliz.

La verdad me golpea con tal fuerza que casi me deja sin aliento:

Estoy enamorada de Grayson Callahan.

No es solo deseo físico, aunque eso también está ahí, ardiendo bajo mi piel cada vez que lo miro. Es algo más profundo, más completo. Es la forma en que me hace sentir segura y desafiada al mismo tiempo. Cómo ve partes de mí que nadie más ha visto. Cómo entiende mis silencios tanto como mis palabras.

El pensamiento debería aterrorizarme. Enamorarme de mi guardaespaldas suena como el comienzo de una mala comedia romántica, o peor, de un drama destinado al desastre.

Pero en lugar de miedo, siento una extraña paz. Como si una parte de mí hubiera sabido desde el principio que esto era inevitable. Que desde el momento en que Grayson Callahan entró en mi casa, en mi vida, algo fundamental había cambiado para siempre.

—¿Estás bien? —pregunta, notando mi repentino silencio.

Levanto la mirada hacia él, permitiéndome observarlo realmente. La forma en que el sol de la tarde dora su piel, cómo sus ojos azules parecen más claros al aire libre, las pequeñas arrugas en sus comisuras que aparecen cuando está preocupado.

—Nunca he estado mejor —respondo con honestidad.

Y es verdad. Porque por primera vez en mucho tiempo, quizás por primera vez en mi vida, sé exactamente lo que quiero. No lo que se

espera de mí, no lo que mi imagen pública dicta, no lo que es conveniente para la marca.

Lo que yo, Sienna Blake, realmente deseo.

Y lo que deseo es a él. Completamente, sin reservas.

Esta noche, me prometo a mí misma, no habrá más contención, no más límites autoimpuestos.

Esta noche, Grayson Callahan será mío. Y yo seré suya.

De todas las formas posibles.

CAPÍTULO 25

GRAYSON

Hay dieciséis pasos entre la ventana y la puerta. Catorce entre la cama y el baño.

He memorizado cada centímetro de esta habitación en las últimas dos horas, recorriéndola como un animal enjaulado. Incapaz de dormir, incapaz de mantenerme quieto, incapaz de pensar en otra cosa que no sea ella.

Sienna.

Su imagen me persigue: tumbada en mi sofá, desnuda y jadeante, su piel sonrojada por el placer que le había proporcionado. El recuerdo de sus gemidos, del sabor de su piel, de cómo se sentían sus paredes internas estrechándose alrededor de mis dedos... todo ello se repite en bucle en mi mente como una película que no puedo detener.

Pero no puedo permitirme ir a buscarla. No la merezco.

Me paso una mano por el pelo, frustrado en todos los sentidos posibles. La erección que llevo combatiendo desde entonces pulsa dolorosamente contra la tela de mis pantalones de chándal. Ni una ducha fría, ni el ejercicio intenso, ni siquiera el paseo por el pueblo han conseguido aplacarla durante más de unos minutos.

Estoy perdiendo el control. Yo, que he construido mi vida entera alrededor del control.

Me detengo frente a la ventana, apoyando la mano contra el cristal frío. Fuera, la noche es clara, el cielo está cuajado de estrellas que nunca son visibles en la ciudad. La luna ilumina el claro frente a la cabaña con una luz plateada casi irreal.

Solo dos noches más, me recuerdo. Cuarenta y ocho horas y volveremos a Palm Beach, a la normalidad, a nuestros roles

establecidos. Ella volverá a ser mi cliente, yo su guardaespaldas. Las líneas volverán a estar claras, definidas. Y esta locura temporal, este lapso de juicio, quedará como un recuerdo enterrado bajo capas de profesionalidad.

Es una mentira tan evidente que casi me río de mí mismo.

Porque sé, con una certeza que me aterra, que ya no hay vuelta atrás. No después de haber probado su piel, de haberla visto completamente entregada al placer que yo le daba, de haber sostenido su cuerpo mientras se dormía contra el mío.

No hay forma de deshacer lo que ya está hecho.

Y lo peor es que una parte de mí, una parte cada vez mayor, ya no quiere intentarlo.

Me aparto de la ventana y vuelvo a mi recorrido incansable. La tensión en mi cuerpo ha alcanzado niveles casi dolorosos. Cada músculo está contraído, cada nervio a flor de piel, como si estuviera preparándome para un combate inminente.

Sé exactamente lo que ocurrirá si vuelve a aparecer frente a mí, si vuelve a ofrecerse como lo hizo anoche. Todos mis argumentos sobre lo correcto y lo incorrecto, todas mis barreras cuidadosamente construidas... todo se vendrá abajo como un castillo de naipes.

Si se ofrece a mí esta noche, la tomaré. Sin reservas, sin contención.

La idea me golpea como un puñetazo físico, dejándome momentáneamente sin aliento. La honestidad de admitirlo, incluso solo para mí mismo, es tanto liberadora como aterradora.

Un suave golpe en la puerta detiene mis pasos a mitad de camino. El sonido, apenas audible, resuena en la habitación como un disparo.

Por un instante, me quedo completamente inmóvil. Quizás lo he imaginado. Quizás es solo el deseo que tengo a que suceda. Quizás es solo el viento, o la madera antigua de la cabaña asentándose.

Pero entonces se repite, ligeramente más fuerte esta vez. Tres golpes suaves pero inconfundibles.

Mi cuerpo entero se tensa en anticipación. Podría ser Easton o Weston con algún asunto de seguridad. Podría ser cualquiera.

Pero sé exactamente quién es.

Cruzo la habitación en cuatro zancadas, deteniéndome con la mano en el pomo. Respiro hondo, intentando recuperar algo de mi autocontrol antes de abrir.

Cuando finalmente abro la puerta, toda mi preparación mental se desvanece como humo.

Sienna está allí, de pie en el pasillo iluminado solo por la luz de la luna que se filtra por una ventana lejana. Lleva únicamente una camiseta de tirantes blanca que apenas llega a mitad de sus muslos, dejando al descubierto unas piernas infinitas que parecen brillar con luz propia en la penumbra. Sus pezones se marcan claramente contra la fina tela, una evidencia de que, como ayer, no lleva nada debajo.

Su pelo cae suelto en ondas doradas alrededor de sus hombros, y sus ojos, esos ojos verdes que me han perseguido en sueños desde que la conocí, me miran con una mezcla de determinación y vulnerabilidad que me desarma por completo.

Un sonido escapa de mi garganta, algo entre un gemido y un gruñido, completamente involuntario.

—Sienna.

Da un paso hacia mí, eliminando la escasa distancia que nos separaba. El calor de su cuerpo me alcanza como una onda expansiva, y su aroma —vainilla y algo cítrico, mezclado con el inconfundible olor de su excitación— invade mis sentidos.

—No voy a irme esta noche —declara, su voz es suave pero firme —. No hasta que me tomes como ambos queremos.

Las palabras golpean directamente en mi entrepierna, haciendo que mi ya dolorosa erección pulse con renovada intensidad. Aprieto el pomo de la puerta con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos, un último intento desesperado de mantener algo de control.

—Sienna, no creo que... —empiezo, pero ella me interrumpe colocando un dedo sobre mis labios.

—No más excusas, Grayson —dice, sus ojos fijos en los míos—. No más «lo correcto». Me deseas. Te deseo. Es así de simple.

Su dedo se desliza desde mis labios hasta mi mandíbula, luego baja por mi cuello, dejando un rastro de fuego a su paso. Cuando

alcanza el borde de mi camiseta, se detiene, sus ojos buscando permiso en los míos.

Todo en mi interior batalla por mantener la compostura, por ser el hombre responsable, el profesional que siempre me he enorgullecido de ser. Pero esa batalla está perdida desde el momento en que abrí la puerta. Quizás desde mucho antes.

Con un movimiento deliberado, tomo su muñeca, pero en lugar de apartarla, la guío bajo mi camiseta, permitiéndole sentir la piel ardiente de mi abdomen. El contacto de sus dedos fríos contra mi piel envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

Sus ojos se dilatan, su respiración se acelera notablemente.

—¿Estás segura de que quieres esto? —pregunto, mi voz apenas reconocible incluso para mí mismo—. Porque si empezamos, Sienna, no voy a poder detenerme.

Una sonrisa complacida curva sus labios.

—Jamás he estado más segura de nada en mi vida —responde, y esa es la última confirmación que necesito.

Algo se rompe dentro de mí. El dique que ha contenido mi deseo finalmente cede bajo la presión, liberando una inundación que arrasa con todo a su paso.

Con un movimiento fluido, la atraigo hacia mí y capturo sus labios en un beso que no tiene nada de gentil. Es hambriento, posesivo, casi desesperado. Mis manos se deslizan hasta su cintura, levantándola sin esfuerzo. Instintivamente, sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura, presionando su centro directamente contra mi erección.

El gemido que escapa de sus labios es el sonido más erótico que he oído jamás. Lo absorbo, lo saboreo, queriéndolo grabar en mi memoria para siempre.

Sin romper el beso, entro en la habitación, cerrando la puertea de una patada tras nosotros. La deposito sobre la cama con una fuerza calculada, observando cómo rebota ligeramente sobre el colchón. Sus ojos se abren con sorpresa, pero no hay miedo en ellos. Solo excitación, deseo, anticipación.

Me quedo de pie ante ella, permitiéndome un momento para absorber la visión: Sienna Blake, desplegada en mi cama, su pelo

desparramado sobre mis sábanas como oro líquido, sus ojos verdes brillantes de deseo, sus labios hinchados por mis besos, su pecho subiendo y bajando con respiraciones aceleradas que hacen que sus pezones se marquen tentadoramente contra la fina tela.

—Sabes cuánto tiempo llevo imaginando esto —digo, mi voz es un gruñido bajo mientras me quito la camiseta de un tirón—. Tú, en mi cama, a punto de ser follada como mereces.

Sus pupilas se dilatan ante mis palabras, su respiración entrecortándose visiblemente. Le gusta. Le gusta cuando hablo así.

—Quítate la camiseta —ordeno—. Quiero verte. Toda.

Sus manos tiemblan ligeramente mientras agarra el borde de su camiseta, deslizándola hacia arriba en un movimiento fluido que revela centímetro a centímetro de piel perfecta. Cuando la prenda cae al suelo, me permito devorarla con la mirada sin disimulo. Completamente desnuda, expuesta para mí.

Ahora que he dejado de contenerme voy a disfrutar de ella. Voy a darle placer. Voy a mostrarle mi faceta más dominante.

—Abre las piernas —instruyo, mi voz es profunda, áspera—. Quiero ver lo mojada que estás para mí.

Un rubor intenso tiñe sus mejillas, pero obedece, separando lentamente sus muslos. La visión de su sexo, rosado y brillante de excitación, me envía una oleada de deseo tan intensa que tengo que apretar los puños para mantener el control.

—Mira cómo me pones —digo, deslizando mis pantalones hacia abajo, liberando mi erección—. Duro como el acero, y es todo por ti.

Sus ojos se fijan en mi longitud con una mezcla de deseo y sorpresa que alimenta mi ego primitivo. Me acerco a la cama con la deliberada lentitud de un depredador, disfrutando de cómo sigue cada uno de mis movimientos.

Me arrodillo en el colchón, entre sus piernas abiertas, mis manos deslizándose por sus muslos en una caricia firme pero contenida.

—Voy a saborearte primero —anuncio, mi mirada fija en la suya —. Voy a devorarte hasta que grites mi nombre, hasta que me supliques que te folle. Y solo entonces, cuando estés desesperada por tenerme dentro, te daré lo que quieres.

Un gemido escapa de su garganta, sus caderas elevándose involuntariamente hacia mí. Me inclino, pero en lugar de ir directamente a su centro, comienzo un recorrido de besos y mordiscos por el interior de sus muslos, acercándome pero nunca llegando donde me quiere.

—Grayson, por favor —jadea después de varios minutos de esta dulce tortura.

—Por favor, ¿qué? —pregunto contra su piel, mi aliento caliente contra su humedad—. Dime exactamente lo que quieres, Sienna. Sé específica.

La veo tragar, el conflicto entre su timidez natural y su desesperación jugando en su rostro. Finalmente, el deseo gana.

—Por favor... tu boca. Quiero tu boca en mí.

Sonrío, satisfecho con su rendición.

—Buena chica —murmuro, y sin más preámbulos, hundo mi lengua en su centro.

Su reacción es instantánea y violenta. Su espalda se arquea, un grito ahogado escapa de sus labios, sus manos vuelan a mi pelo, manteniéndome en mi lugar como si temiera que pudiera detenerme. Como si pudiera parar cuando su sabor ya está en mi lengua, embriagador y adictivo.

La devoro con la misma precisión calculada con la que hago todo. Observo cada reacción, noto cada estremecimiento, catalogo cada sonido. Aprendo su cuerpo como he aprendido armas, estrategias, territorios. Con meticulosidad, con propósito, con absoluta dedicación.

Cuando su respiración se vuelve errática, cuando sus caderas comienzan a moverse sin ritmo contra mi boca, deslizo dos dedos en su interior mientras succiono su clítoris con precisión despiadada.

El orgasmo la golpea como una tormenta. Su cuerpo entero se tensa, un grito que es definitivamente mi nombre escapa de su garganta mientras se estremece contra mi boca. La sostengo a través de cada oleada, prolongando su placer hasta que comienza a retorcerse por la sobrestimulación.

Solo entonces me aparto, limpiándome la boca con el dorso de la mano en un gesto deliberadamente crudo. La visión de ella,

desplomada en la cama, ruborizada y jadeante, con las piernas aun temblando, desata algo primario dentro de mí.

—Date la vuelta —ordeno, mi voz es apenas reconocible—. Quiero que te pongas sobre tus manos y rodillas.

Sus ojos se abren con sorpresa, pero hay una excitación renovada en ellos que me dice que la idea le agrada. Se gira obedientemente, presentándose ante mí en la posición más vulnerable, más expuesta.

Me posiciono detrás de ella, una mano acariciando la curva de su espalda hasta llegar a la nuca, donde la sujeto firmemente, presionándola ligeramente hacia abajo para que su pecho descanse contra el colchón, su trasero elevado hacia mí.

—Perfecta —murmuro, la mano libre recorriendo la curva de su trasero, deslizándose hasta su sexo para comprobar su humedad—. Completamente empapada y lista para mí.

Tomo mi erección en la mano, deslizándola a lo largo de sus pliegues, embadurnándome con su humedad, provocándola. Su gemido frustrado cuando rozo su clítoris pero me retiro es música para mis oídos.

—¿Quieres esto? —pregunto, presionando la punta contra su entrada sin penetrarla—. ¿Quieres que te folle, Sienna? Dímelo. Dime exactamente lo que quieres.

—Sí —jadea, intentando empujar hacia atrás, buscando completar la conexión—. Te quiero dentro. Por favor, Grayson.

—Mírame —ordeno, esperando hasta que gira su cabeza, sus ojos encontrando los míos por encima de su hombro—. Quiero que veas quién te está follando. Quiero que sepas a quién perteneces.

Y con esas palabras, me hundo en ella de una sola y poderosa estocada.

La sensación es abrumadora. Su calor, su estrechez, la forma en que me envuelve como un guante de terciopelo húmedo y caliente. Un gruñido gutural escapa de mi garganta mientras me quedo completamente inmóvil, enterrado hasta la empuñadura, luchando por no terminar en ese mismo instante.

—Joder, estás tan apretada —gruño, mis dedos clavándose en sus caderas—. Tan perfecta alrededor de mi polla. Como si hubieras sido hecha para mí.

La siento estremecerse ante mis palabras, sus paredes internas apretándose involuntariamente a mi alrededor, arrancándome otro gruñido.

Comienzo a moverme, estableciendo un ritmo lento pero implacable. Cada embestida calculada, cada retirada medida. Control absoluto, incluso en el desenfreno del deseo. Observo cómo mi miembro desaparece en su cuerpo, cómo su piel clara contrasta con la mía más oscura, cómo sus jugos brillan en mi longitud con cada movimiento.

Es la visión más erótica que he contemplado jamás.

—¿Te gusta así? —pregunto, mi voz ronca, áspera—. ¿Te gusta cómo te estoy follando, Sienna?

—Sí —logra articular entre gemidos—. Dios, sí. Más... más fuerte.

Una sonrisa depredadora curva mis labios. Acelero el ritmo, aumentando la fuerza de mis embestidas hasta que el sonido de piel contra piel llena la habitación, mezclándose con nuestras respiraciones entrecortadas y sus gemidos cada vez más agudos.

Mi mano abandona su nuca, deslizándose por su espalda, apreciando la curva elegante de su columna, la suavidad de su piel bajo mis dedos callosos. Llego a su trasero, apretando, amasando, marcando mi posesión en cada toque.

—Eres mía —gruño, las palabras escapando sin filtro—. Completamente mía. Mía para protegerte, mía para cuidarte y mía para follarte.

Su respuesta es un gemido entrecortado, su cuerpo tensándose de una forma que reconozco: está cerca de nuevo. Deslizo una mano bajo su cuerpo, encontrando su clítoris hinchado, y comienzo a frotarlo en círculos precisos, sincronizados con mis embestidas.

—Córrete para mí —ordeno—. Córrete alrededor de mi polla, Sienna. Déjame sentir cómo me aprietas mientras te llenas de mí.

Como si mis palabras fueran el desencadenante que necesitaba, su orgasmo explota. Su cuerpo entero se convulsiona, deja escapar un grito ahogado contra las sábanas, sus paredes internas apretándose rítmicamente a mi alrededor en un agarre tan intenso que casi resulta doloroso.

La sensación es demasiado. Con unas pocas embestidas más, profundas y poderosas, mi propio clímax me alcanza. Me hundo en ella hasta la raíz, manteniéndome allí mientras me derramo en su interior, gruñendo su nombre como una letanía sagrada.

El tiempo parece detenerse, estirarse, comprimirse. Nuestros cuerpos unidos, nuestras respiraciones sincronizadas, nuestros corazones latiendo al mismo ritmo frenético. Por un momento eterno, somos una sola entidad, fundidos no solo físicamente sino en algún nivel más profundo, más fundamental.

Cuando finalmente recupero algo de cordura, me retiro con cuidado, observando con una satisfacción primaria cómo mi esencia se desliza por su muslo. La marca más básica, más antigua de posesión.

Con una delicadeza que contrasta con la intensidad anterior, la giro suavemente, hasta tenerla de frente. Quiero ver su preciosa cara. Quiero adorarla. Sus ojos están nublados por el placer, sus mejillas ruborizadas, sus labios entreabiertos mientras intenta recuperar el aliento. Es la imagen misma de la satisfacción.

Me tumbo a su lado, atrayéndola contra mi pecho. Sus curvas se amoldan perfectamente a mi cuerpo, su cabeza encontrando su lugar bajo mi barbilla como si hubiera sido diseñada específicamente para encajar allí.

—Madre mía. No sabía que podías ser tan intenso —bromea, pero su voz sale ronca.

—Todavía no has visto nada. Esto era solo el primer asalto —completo, mis dedos trazando patrones perezosos en su espalda desnuda—. Quiero tomarte de todas las formas posibles.

Levanta la cabeza para mirarme, una sonrisa lenta y satisfecha curva sus labios.

—¿Es eso una promesa, Callahan?

Tomo su barbilla entre mis dedos y la miro con intensidad.

—Es un juramento, Sienna —respondo, mi pulgar acariciando su labio inferior—. Y yo siempre, siempre cumplo mis promesas.

Y mientras ella se acurruca contra mí, su pelo extendido sobre mi pecho como una cascada dorada, sé con una certeza absoluta que mi vida ha cambiado irrevocablemente. Que ya no hay vuelta atrás.

Que esta mujer, esta increíble y compleja mujer, ha demolido cada una de mis defensas y se ha instalado permanentemente en mi corazón.

Y por primera vez en mucho tiempo, no siento miedo. Solo una paz profunda, una sensación de haber llegado finalmente a casa.

Ahora solo necesito conseguir que quiera tenerme a su lado.

CAPÍTULO 26

SIENNA

Han pasado tres días desde nuestro regreso de la cabaña, y todavía no me acostumbro al ritmo frenético de la vida real. A las llamadas sin parar, a los compromisos pendientes, a las reuniones acumuladas durante nuestra ausencia... es como si el mundo se hubiera propuesto hacerme pagar por ese paréntesis de felicidad que disfruté en la montaña.

Estaba tan asustada de que Grayson se alejase de mí cuando regresamos, que casi me pongo a llorar cuando la primera noche vino a mi cuarto para tomarme. No sé si ahora mismo sería capaz de separarme de él. Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Sus caricias, sus cuidados. Todo es perfecto.

Aquí no podemos permitirnos la intimidad que teníamos allí, pero nos las arreglamos. Una caricia furtiva cuando nadie mira, una mirada cargada de promesas al cruzarnos en un pasillo, sus manos encontrando excusas para tocarme bajo el pretexto de «ajustar» mi posición en situaciones de seguridad...

Ojalá fuese capaz de decirle que quiero más de él. Que no lo quiero solo como guardaespaldas con beneficios. Que lo quiero como algo más. Que lo quiero todo de él.

—¿Estás lista? —La voz de Grayson interrumpe mis pensamientos mientras termino de arreglarme para mi reunión con Valeria Suárez, una diseñadora española interesada en proponernos una colaboración.

—Casi —respondo, aplicando un último toque de brillo en mis labios.

Grayson me espera en la puerta de mi habitación, impecable en su traje gris oscuro. Ha vuelto a vestir en su versión más profesional

desde que regresamos, aunque cuando estamos a solas aparece ese otro Grayson que me robó el aliento entre las montañas.

—El coche está esperando —informa, consultando su reloj—. Weston conducirá. Easton se quedará vigilando a Scarlett.

Asiento, recogiendo mi bolso. Al pasar junto a él, sus dedos rozan brevemente los míos, un contacto tan ligero que podría parecer accidental para cualquier observador, pero que envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo.

—No me gusta este lugar para la reunión —comenta mientras bajamos las escaleras—. Está demasiado expuesto. Hay demasiadas entradas y salidas sin control.

—Es solo una cafetería, Grayson —le recuerdo con suavidad—. No puedo esconderme para siempre. Tengo un negocio que dirigir.

Frunce ligeramente el ceño, pero no insiste. En su lugar, añade:

—He enviado a Parker para que reconozca el terreno. Tendrás la mesa más alejada de las ventanas.

No puedo evitar sonreír. Su obsesión por mi seguridad debería irritarme, pero después de todo lo que hemos compartido, encuentro algo entrañable su preocupación constante.

—Eres incorregible —digo, sacudiendo la cabeza—. Pero gracias.

La cafetería Oceana es exactamente el tipo de lugar que adora Valeria: elegante sin ser pretencioso, con grandes ventanales que ofrecen vistas al mar y una decoración en tonos azules y marfil que evoca la costa mediterránea.

Tal como Grayson había prometido, nos conducen a una mesa ubicada en un rincón estratégico. Valeria ya está esperándonos, su inconfundible melena roja destaca como una llama entre los tonos suaves del local.

Se levanta para recibirme con ese entusiasmo típicamente español, besándome ambas mejillas y hablando a una velocidad que hace que sus palabras se atropellen.

—¡Sienna, cariño, estás radiante! —exclama, sosteniendo mis manos mientras me examina de pies a cabeza—. Ese vestido te

sienta de maravilla.

Nos sentamos y un camarero se acerca inmediatamente para tomar nuestro pedido. Café con leche para mí y un espresso doble para Valeria.

Mientras conversamos sobre su propuesta de colaboración, soy consciente de la presencia constante de Grayson a unos metros de distancia. Se mantiene aparentemente relajado, pero reconozco la tensión subyacente en sus hombros, la forma en que sus ojos no dejan de escanear el local. Me tengo que forzar a dejar de mirarlo y concentrarme en la reunión.

Estoy tan absorta en los bocetos que Valeria despliega sobre la mesa que apenas noto el sutil cambio en la atmósfera del lugar.

Es entonces cuando todo sucede, tan rápido que mi cerebro apenas puede procesar la secuencia de eventos.

Un hombre con una sudadera oscura y gorra se acerca con pasos rápidos hacia nuestra mesa. Su mano se desliza dentro de su bolsillo y extrae algo que brilla metálicamente bajo las luces de la cafetería.

El grito de advertencia de Grayson —«¡Al suelo!»— resuena un segundo antes de que el caos estalle. Con una velocidad asombrosa, se interpone entre el atacante y yo, bloqueando la trayectoria del cuchillo con un golpe.

El impacto hace que ambos trastabillen, pero Grayson mantiene el equilibrio con una gracia felina. En un movimiento fluido, agarra la muñeca del hombre y la retuerce en un ángulo imposible. El cuchillo cae al suelo con un ruido metálico que parece amplificado en el súbito silencio que ha caído sobre el local.

Pero el atacante no se rinde. Con su mano libre, lanza un puñetazo hacia el rostro de Grayson, que lo esquiva por centímetros. Los clientes comienzan a gritar y a alejarse, creando un caos de sillas arrastradas y mesas volcadas.

Valeria me agarra del brazo y me arrastra lejos de la confrontación, pero no puedo apartar la mirada de Grayson. Hay algo hipnótico en la forma en que se mueve, en la precisión letal de cada golpe, en la expresión de furia controlada que transforma su rostro.

No quiero que le suceda nada.

El atacante es bueno —sus movimientos hablan de entrenamiento profesional— pero Grayson es mejor. Con una serie de golpes precisos, lo desestabiliza y finalmente lo derriba con una llave que hace que el hombre grite de dolor.

En segundos, lo tiene boca abajo contra el suelo, una rodilla presionando firmemente su espalda, una mano retorciendo su brazo en un ángulo que amenaza con romperlo.

—¡No te muevas! —ordena Grayson, su voz es apenas reconocible por la rabia contenida.

Weston se acerca rápidamente.

—Llévate a Sienna —le grita Grayson a Weston—. Ahora. Yo me encargo de él.

Weston asiente. En segundos está a mi lado, su mano firme en mi codo.

—Tenemos que irnos —dice, su tono no admite discusión.

—Pero Grayson... —protesto, sin querer dejarlo solo.

—Él sabe lo que hace —responde Weston, su expresión seria—. Créeme, querrás estar lejos cuando empiece a interrogar a ese tipo. Además, no va a permitir que estés expuesta.

Hay algo en su tono que me provoca un escalofrío. Un conocimiento de lo que Grayson es capaz de hacer, de lo que hará para obtener respuestas.

—Lo siento, Valeria —digo, volviéndome hacia la diseñadora, que sigue mirándonos con ojos desorbitados—. Tendremos que continuar otro día.

—Por supuesto, por supuesto —responde rápidamente, recogiendo sus bocetos con manos temblorosas—. Llámame cuando... cuando todo esto acabe.

Weston me escolta hasta el coche, su mirada constantemente alerta. Antes de subir, miro hacia atrás una última vez. A través de la ventana, puedo ver a Grayson arrastrando al atacante hacia la parte trasera del local.

Su expresión me deja helada. Nunca lo había visto así, con una furia tan cruda, tan primitiva, que transforma completamente sus rasgos.

Y por primera vez, entiendo completamente lo que Weston ha querido decir. Hay una parte de Grayson Callahan que no conozco. Una parte oscura, peligrosa, capaz de cosas que prefiero no imaginar.

Una parte que, en este momento, está dispuesta a hacer lo que sea necesario para protegerme.

CAPÍTULO 27

GRAYSON

Arrastro al atacante hasta la pequeña oficina que me indican que existe en la parte trasera del local. El dueño, visiblemente nervioso, me entrega las llaves sin hacer preguntas y se apresura a salir, murmurando algo sobre atender a los clientes alterados. La adrenalina corre por mis venas, amplificando cada sonido, cada sensación. Mi cuerpo entero vibra con una rabia contenida que apenas logro mantener bajo control.

Este cabrón ha querido dañar a la mujer que amo.

Quiero matarlo.

Empujo al hombre contra la pared con toda mi fuerza, disfrutando del sonido sordo que produce su cuerpo al impactar contra el yeso. Un hilo de sangre corre desde su nariz, probablemente rota durante nuestra confrontación en el salón principal.

—Vamos a tener una conversación —digo, mi voz sale tan fría que apenas la reconozco como propia—. Y si valoras tu miserable vida, me dirás exactamente lo que quiero saber.

Escupe sangre al suelo y me mira con ojos entrecerrados.

—No tengo nada que decirte —responde, intentando sonar valiente a pesar del temblor evidente en su voz.

Me quito la chaqueta del traje con movimientos pausados, deliberados, y la coloco cuidadosamente sobre una silla cercana. Después desabrocho los puños de mi camisa y me remango lentamente, revelando antebrazos marcados por cicatrices de combate. Cada movimiento es calculado para incrementar su ansiedad, para hacerle entender que lo que viene no será agradable.

—¿Sabes quién soy? —pregunto, acercándome a él nuevamente.

Traga saliva visiblemente.

—Un guardaespaldas —responde, aunque la incertidumbre en su tono delata que sospecha que hay mucho más.

—Incorrecto —digo, mi voz casi conversacional—. Antes de proteger a civiles, serví en Afganistán. Operaciones especiales. El tipo de misiones que no aparecen en informes oficiales.

Me detengo a centímetros de su rostro.

—El tipo de misiones donde aprendes a hacer que un hombre hable. O a hacer que deje de respirar. Sin dejar evidencia de ninguno de los dos.

El miedo en sus ojos me dice que intuye de lo que soy capaz. Bien.

—Intentaste atacar a Sienna Blake —continúo, pronunciando cada palabra con precisión clínica—. La mujer bajo mi protección. Si hubiera sido solo por dinero, ya estarías muerto. Pero necesito saber quién te envió.

—No puedo... —comienza, pero lo interrumpo colocando mi mano en su garganta, aplicando la presión justa para dificultar su respiración sin cortarla completamente.

—Déjame aclararte algo —digo, mi voz descendiendo a un susurro amenazador—. La policía llegará en aproximadamente ocho minutos. Cuando lo hagan, encontrarán una de dos cosas: un sospechoso colaborando, o un cadáver. Tú eliges.

Lo suelto abruptamente y retrocedo un paso, dándole espacio para respirar y procesar sus opciones. No es un farol y, de algún modo, él lo sabe.

—¿Quién te contrató? —pregunto nuevamente.

Se pasa una mano temblorosa por el rostro, evaluando sus opciones. Finalmente habla, rendido:

—Una mujer —dice—. Me contactó a través de un intermediario. Paga bien.

—Quiero un nombre —exijo.

Duda. Veo el conflicto en sus ojos: el miedo a las represalias de quien lo contrató contra el terror inmediato que le provoco yo.

—Diana Blake —suelta finalmente.

La revelación me golpea como un puñetazo físico. ¿Diana Blake? ¿La madre de Sienna? Por un momento, me quedo completamente

inmóvil, procesando esta información inesperada.

—Estás mintiendo —digo, aunque una parte de mí ya sabe que dice la verdad—. ¿Por qué la madre de Sienna querría hacerle daño a su propia hija?

—No quería que le hiciera daño... no realmente —aclara rápidamente, las palabras saliendo atropelladamente—. Me contrató para que la asustara. Para que la hiciese sentirse vulnerable. Desprotegida.

Mi mente trabaja a toda velocidad, intentando encontrar sentido a esta revelación. ¿Qué clase de madre orquestaría algo así?

—¿Por qué? —pregunto, necesitando entender la lógica retorcida detrás de este plan.

—Control —responde—. Quería que sus hijas volvieran con ella. Dijo que necesitaban aprender que no podían valerse por sí mismas, que solo ella podía protegerlas adecuadamente.

La perversidad del plan hace que mi estómago se revuelva. Usar el miedo para manipular a tus propias hijas, para forzarlas a volver bajo tu dominio... es un nivel de crueldad calculada que, incluso habiendo visto lo peor de la humanidad en zonas de guerra, me resulta difícil de procesar.

—¿Qué instrucciones tenías exactamente? —presiono—. ¿Cuál era el plan final?

—Empezó con cosas pequeñas. Fotos inquietantes, sensación de ser vigilada, pequeñas intrusiones para desestabilizarla. Luego fue escalando gradualmente.

Se detiene, como si dudara en continuar.

—¿Y hoy? —insisto, mi voz peligrosamente suave.

—Se suponía que debía amenazarla con el cuchillo, asustarla lo suficiente para que creyera que estaba en peligro real. Después entregarle una nota diciendo que solo estaría a salvo si volvía con su madre.

La furia que siento es tan intensa, tan abrasadora, que por un momento temo perder completamente el control. La idea de que alguien, especialmente la persona que debería protegerla por encima de todo, planeara deliberadamente aterrorizar a Sienna de esta manera...

Mi puño impacta contra la pared junto a su cabeza, el yeso cediendo bajo el golpe. Ni siquiera he sentido el dolor; la adrenalina y la rabia lo han anulado completamente.

El hombre se encoge, claramente aterrorizado por mi reacción.

Deseo golpearlo a él, pero no quiero tener que declarar ante la policía porque eso solo retrasaría la búsqueda de Diana.

—¿Hay pruebas? —pregunto, forzándome a recuperar algo de compostura—. ¿Algo que vincule directamente a Diana con esto?

Traga saliva, asintiendo frenéticamente.

—Transferencias bancarias a una cuenta offshore a mi nombre. Y... grabaciones. Tengo grabaciones de nuestras conversaciones como seguro, por si algo salía mal.

Al menos no es completamente idiota. Es profesional, a su manera retorcida.

—¿Dónde? —exijo.

—Te lo diré solo si le dices a la policía que he colaborado.

—Si me das la información que necesito te verán con vida —le respondo en cambio, sabiendo que eso será suficiente motivación.

—Joder. Está bien. Están en mi apartamento. En una caja fuerte detrás del cuadro en el dormitorio. La combinación es 26-14-38.

Memorizo la información junto con la dirección de su casa cuando me la da, ya planeando enviar a Easton o Weston a recuperar esas pruebas cuanto antes. Si lo que dice es cierto, tenemos todo lo necesario para que Diana Blake pase una larga temporada tras las rejas.

El sonido de sirenas en la distancia me indica que el tiempo se acaba. Pronto llegará la policía y tendré que contenerme.

Me acerco nuevamente a él, esta vez sin amenaza física directa pero igualmente intimidante.

—Una cosa más —añado, inclinándome hasta que nuestros rostros están a centímetros de distancia—. Si alguna vez vuelves a acercarte a Sienna o Scarlett Blake, si siquiera piensas en ellas, te encontraré. Y lo que has sentido hoy te parecerá una caricia en comparación con lo que te haré. ¿Está claro?

El terror en su asentimiento es toda la confirmación que necesito.

Me coloco nuevamente la chaqueta transformándome otra vez en el profesional impecable que todos esperan ver. Pero por dentro, una tormenta de furia apenas contenida continúa creciendo.

Diana Blake.

La madre que debería haber protegido a Sienna, que debería haberla amado incondicionalmente, es quien ha estado aterrorizándola todo este tiempo.

Ahora tengo un nuevo objetivo, más allá de proteger a Sienna de amenazas inmediatas. Voy a asegurarme de que Diana Blake pague por lo que ha hecho.

Nadie amenaza a la mujer que amo y sale impune. Nadie.

Y si para lograrlo debo recurrir a métodos que juré dejar atrás cuando abandoné el servicio activo, que así sea. Por Sienna, cruzaré todas las líneas necesarias.

CAPÍTULO 28

SIENNA

El silencio en la mansión es tan denso que parece tener peso propio. Han pasado cuatro horas desde el ataque en la cafetería, y cada minuto se ha arrastrado como si tuviera pies de plomo. Scarlett y yo permanecemos en el salón principal, ninguna dispuesta a retirarse a su habitación, como si la cercanía física pudiera ofrecernos alguna protección contra la tormenta que se cierne sobre nosotras.

El té de manzanilla que Scarlett preparó hace rato ya se ha enfriado en mi taza, intacto. Mi estómago está demasiado contraído como para aceptar nada, anudado por una ansiedad que ni siquiera el ataque directo consiguió provocarme. Es la espera lo que resulta insoportable. La incertidumbre.

¿Dónde está Grayson? ¿Está bien? ¿Qué ha descubierto? ¿Quién está detrás de todo esto?

Mi pierna no deja de moverse en un tic nervioso que normalmente me irritaría, pero ahora apenas noto. Scarlett, sentada a mi lado en el sofá, coloca su mano sobre mi rodilla, deteniendo el movimiento con una presión suave pero firme.

—Vas a hacer un agujero en la alfombra —dice, intentando sonreír.

Aprecio su esfuerzo por aligerar la tensión, pero solo consigo responder con una mueca que pretende ser una sonrisa. El miedo se ha instalado en mi pecho como un animal hibernando, pesado e inmóvil.

—Debería haber llamado ya —murmuro, consultando el reloj por enésima vez en la última media hora—. ¿Y si algo ha ido mal?

Scarlett aprieta mi mano, sus dedos sorprendentemente cálidos contra mi piel helada.

—Grayson sabe lo que hace —responde con una confianza que envidio—. Y tiene a Easton y Weston con él. Estarán bien.

Asiento mecánicamente, aunque la preocupación no cede ni un ápice. No es solo por el ataque, ni por la identidad del responsable. Es por él. Por Grayson. Necesito estar segura de que está bien.

El sonido del timbre nos sobresalta a ambas. Intercambiamos una mirada rápida antes de que Parker, que ha estado montando guardia cerca de la entrada, se dirija a abrir la puerta.

Se escuchan voces en el vestíbulo. Una de ellas es inconfundiblemente la de Carrie. Sus tacones repiquetean sobre el mármol, acercándose con esa cadencia acelerada tan característica suya. Cuando aparece en el umbral del salón, su expresión es una mezcla de preocupación profesional y algo más personal que raramente deja entrever.

—Gracias a Dios que estás bien —dice, cruzando la habitación a grandes zancadas para darme un abrazo breve pero sorprendentemente sentido.

Parpadeo, desconcertada por esta muestra de afecto físico de alguien normalmente tan contenida como Carrie. Cuando se separa, noto las líneas de tensión alrededor de sus ojos, el ligero desorden en su normalmente impecable moño. Ha venido directamente, probablemente interrumpiendo alguna reunión importante.

—¿Sabes algo de lo que está pasando? —pregunta Scarlett, poniéndose de pie.

Carrie asiente, dejando su bolso Hermès sobre la mesita auxiliar con un suspiro cansado.

—Grayson me ha llamado hace veinte minutos —explica, sentándose frente a nosotras—. Me ha puesto al día de todo.

Mi corazón da un vuelco, acelerándose hasta un ritmo casi doloroso.

—¿Todo? —repito, mi voz apenas audible—. ¿Sabemos quién...?

Me detengo, incapaz de completar la pregunta. Una parte de mí no quiere saber la respuesta, como si la ignorancia pudiera protegerme un poco más.

Carrie me mira directamente, y hay una compasión en sus ojos que hace que un escalofrío recorra mi espalda. Sea quien sea el

responsable, la noticia no va a ser agradable.

—Sí —confirma, su tono más suave de lo habitual—. El atacante ha confesado. Y han encontrado pruebas contundentes.

Hace una pausa, como si buscara las palabras adecuadas.

—Sienna, Scarlett... —comienza, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Ha sido Diana. Vuestra madre está detrás de todo esto.

¿Qué?

Las palabras caen entre nosotras como piedras en un estanque, creando ondas que distorsionan toda la realidad a su alrededor. Durante varios segundos, mi mente simplemente se niega a procesarlas. Es como si Carrie hubiera hablado en un idioma que no comprendo.

Y entonces, lentamente, el significado penetra la barrera de incredulidad.

Nuestra madre. Nuestra propia madre ha orquestado cada momento de terror que hemos vivido estos meses.

—No —la voz de Scarlett rompe el silencio, pequeña y quebradiza como nunca la he oído—. Tiene que ser un error.

Pero incluso mientras lo dice, veo en sus ojos que ya lo está creyendo. Porque en el fondo, tiene sentido. Un sentido retorcido, enfermizo, pero sentido al fin y al cabo.

—Me temo que no hay error —responde Carrie, sacando su Tablet del bolso—. Grayson me ha enviado parte de las pruebas. Hay transferencias bancarias, grabaciones de conversaciones entre Diana y el hombre que te atacó hoy...

Desliza la Tablet hacia nosotras, mostrando documentos, capturas de pantalla de transacciones bancarias con el nombre de Diana Blake claramente visible. Mi estómago se contrae dolorosamente, una náusea repentina subiendo por mi garganta.

—¿Por qué? —logro preguntar, la palabra saliendo como un susurro ahogado.

Carrie suspira, su expresión una mezcla de disgusto y tristeza.

—Quería recuperaros —responde simplemente—. Quería que volvierais con ella. Según la confesión del atacante, el plan era aterrorizaros lo suficiente para que sintierais que no podíais estar

seguras por vuestra cuenta. Para que «entendierais» que solo ella podía protegeros adecuadamente.

La perversidad del plan me deja sin aliento. Es tan calculado, tan deliberadamente cruel, y sin embargo, tan típico de Diana. La manipulación llevada al extremo.

—Está enferma —murmura Scarlett, su voz cargada de una mezcla de horror e indignación—. Completamente enferma.

Siento su brazo rodear mis hombros, atrayéndome hacia ella en un gesto protector. Solo entonces me doy cuenta de que estoy temblando, pequeños estremecimientos que parecen surgir desde lo más profundo de mi ser.

—¿Dónde está ahora? —pregunto, necesitando saber que está lejos, que no puede alcanzarnos.

—La policía va de camino a detenerla —responde Carrie—. Grayson y Weston están con ellos. Easton se ha quedado en el apartamento del atacante con otros agentes, asegurando las pruebas.

Un nudo se forma en mi garganta. Grayson está ahí, enfrentándose a mi madre, protegiendo mis intereses incluso cuando eso significa verme sufrir por la verdad. La imagen mental de él, firme y resuelto, guiando a la policía hacia Diana, hace que algo se agite dolorosamente en mi pecho.

—¿Cuáles serán los cargos? —pregunta Scarlett, siempre la más práctica de las dos.

—Conspiración, amenazas, intento de agresión, contratación de mercenarios... —enumera Carrie—. Con las pruebas que tienen, Diana enfrentará una sentencia considerable. Grayson se está asegurando de ello.

Por supuesto que lo está haciendo. Es meticuloso, implacable cuando se trata de mi seguridad.

Una risa amarga, casi histérica, escapa de mis labios. Scarlett me mira preocupada, pero no puedo contenerla.

—Nuestra madre va a ir a la cárcel —digo, la ironía tan espesa que casi puedo saborearla—. La gran Diana Blake, tras las rejas por intentar aterrorizar a sus propias hijas.

No hay humor real en mis palabras, solo un dolor tan profundo que ha deformado cualquier otra emoción.

Carrie se inclina, tomando mis manos entre las suyas en un gesto sorprendentemente maternal.

—Lo importante es que estáis a salvo ahora —dice con firmeza—. Se acabó. Estáis libres de ella, de su control, de su manipulación. Libres para vivir vuestras vidas en vuestros propios términos.

Libres. La palabra resuena en mi mente como una campana, hermosa pero con un eco de tristeza. Porque la libertad tiene un precio que no había considerado.

Si estamos a salvo, si la amenaza ha sido neutralizada... ¿qué pasará con Grayson?

El significado me golpea con la fuerza de un mazo: su trabajo habrá terminado. Ya no necesitaré un guardaespaldas. Ya no tendrá razón profesional para permanecer a mi lado.

Se irá.

El pensamiento es tan doloroso que me quedo momentáneamente sin aliento, como si alguien hubiera extraído todo el oxígeno de la habitación. Mi mano vuela instintivamente al collar que me regaló en aquella tienda del pueblo de montaña, el único testimonio tangible de lo que compartimos.

—¿Sienna? —La voz de Scarlett me llega como a través de una niebla—. ¿Estás bien?

Parpadeo, volviendo al presente. Ambas me miran con preocupación, y me doy cuenta de que debo haber mostrado físicamente mi angustia.

—Sí, solo... estoy procesando todo —respondo, forzando una sonrisa que no engaña a nadie.

Scarlett entrecierra los ojos, leyéndome como siempre ha podido hacer. Una comprensión silenciosa cruza su rostro.

—Carrie, ¿podrías traernos algo de beber? —pide, una excusa transparente para quedarnos a solas—. Creo que todos necesitamos algo más fuerte que un té.

Carrie asiente, captando la indirecta con su habitual perspicacia.

—Por supuesto. Veré qué puedo encontrar en la cocina.

En cuanto desaparece por la puerta, Scarlett se gira hacia mí completamente.

—Es por Grayson, ¿verdad? —dice directamente—. Estás pensando que se irá ahora que todo ha terminado.

A veces olvido lo bien que mi hermana puede leerme. No tiene sentido negarlo.

—Su trabajo era protegerme de un acosador —respondo, la tristeza filtrándose en mi voz a pesar de mis esfuerzos—. Si no hay acosador, si estoy a salvo...

—Le importas —interrumpe Scarlett con firmeza—. Lo que pasó entre vosotros en la cabaña no fue solo trabajo, Sienna. Lo sabes.

Claro que lo sé. Cada mirada, cada toque, cada momento compartido en estos días me dice que lo que tenemos va mucho más allá de una relación profesional. Pero la duda sigue ahí, agazapada como una sombra.

—¿Y si no es suficiente? —exteriorizo mi mayor temor—. ¿Qué podría ofrecerle yo para que se quede?

Scarlett me mira como si no pudiera creer lo que está escuchando.

—Todo —responde simplemente—. Le ofreces todo. Tú, Sienna. Tú eres suficiente.

Sus palabras tocan algo profundo dentro de mí, una herida antigua que nunca ha sanado completamente. Durante toda mi vida, Diana me enseñó que nunca sería suficiente. No lo suficientemente delgada, no lo suficientemente hermosa, no lo suficientemente perfecta.

¿Cómo puedo creer ahora que soy suficiente para retener a alguien como Grayson?

—No sé cómo pedirle que se quede —confieso, mi voz apenas audible—. No sé cómo decirle que lo quiero en mi vida, no como guardaespaldas sino como...

Me detengo, incapaz de poner en palabras lo que realmente siento. Es demasiado grande, demasiado abrumador.

—¿Como el hombre que amas? —completa Scarlett suavemente.

El calor sube a mis mejillas, pero no lo niego. No puedo negarlo, no a ella, no a mí misma.

—Sí —admito finalmente, la palabra pequeña pero inmensa en su significado.

Scarlett sonríe, una sonrisa genuina que ilumina toda su cara.

—Entonces díselo —dice, como si fuera la cosa más simple del mundo—. Cuando vuelva, cuando todo esto se haya calmado un poco, díselo exactamente así.

Como si fuera tan fácil. Como si años de inseguridades inculcadas pudieran desvanecerse con un simple acto de voluntad.

—¿Y si me rechaza? —La pregunta sale antes de que pueda contenerla, revelando la vulnerabilidad que intento mantener oculta.

—¿Y si no lo hace? —contraataca Scarlett—. ¿Y si él siente exactamente lo mismo pero también tiene miedo de decirlo? ¿Vas a renunciar a lo que podríais tener juntos solo por miedo a un rechazo?

Sus palabras hacen eco en mi mente, planteando posibilidades que no me había permitido considerar completamente. ¿Y si Grayson también teme el final de su trabajo porque significa potencialmente el final de su tiempo conmigo? ¿Y si está tan asustado como yo de lo que vendrá después?

El sonido de la puerta principal abriéndose interrumpe mis reflexiones. Voces masculinas en el vestíbulo. Una de ellas, grave y con ese acento de Boston ligeramente perceptible, hace que mi corazón dé un vuelco.

Grayson ha vuelto.

Me levanto del sofá casi involuntariamente, mi cuerpo reaccionando a su presencia antes de que mi mente pueda procesar completamente lo que eso significa. Scarlett me lanza una mirada significativa antes de ponerse de pie también.

—Piensa en lo que te he dicho —murmura, apretando mi mano una última vez.

Y mientras los pasos se acercan por el pasillo, mientras me preparo para enfrentar a Grayson y todo lo que su regreso significa, tomo una decisión.

No voy a perderlo por miedo. No voy a dejar que mi inseguridad, que las cicatrices dejadas por Diana, me roben esta oportunidad.

Porque Scarlett tiene razón. Quizás, solo quizás, soy suficiente.

Y tal vez ha llegado el momento de creerlo.

CAPÍTULO 29

SIENNA

El tiempo parece detenerse en los breves segundos que tardo en llegar desde el salón hasta el vestíbulo. Cada paso me acerca más a Grayson, y con cada uno, mi corazón late con más fuerza, como si intentara escapar de mi pecho. Las palabras de Scarlett resuenan en mi cabeza —«Tú eres suficiente»— pero el miedo sigue ahí, agazapado como una sombra.

Y entonces lo veo, de pie junto a la puerta principal, hablando en voz baja con Weston. Su traje muestra signos de la larga jornada: la corbata ligeramente aflojada, pequeñas arrugas en la camisa que normalmente estaría impecable. Hay una tensión residual en sus hombros, en la forma en que su mandíbula permanece rígida incluso mientras habla.

Pero está aquí. A salvo. Real.

Cuando sus ojos encuentran los míos, todo a nuestro alrededor parece difuminarse. La expresión de dureza profesional que tenía se suaviza visiblemente, y algo que podría ser alivio cruza su rostro brevemente.

—Sienna —dice mi nombre como si fuera algo precioso, algo frágil.

Weston, captando el momento, murmura una excusa y se retira discretamente. Carrie, que ha vuelto del comedor con una bandeja, intercambia una mirada significativa con Scarlett antes de que ambas desaparezcan por el pasillo, dejándonos solos en el espacioso vestíbulo.

El silencio entre nosotros vibra con todas las palabras no dichas, con todo lo que ha sucedido en las últimas horas, con todo lo que podría pasar a continuación.

—¿Estás bien? —pregunta finalmente, acercándose un paso, sus ojos escaneándome como buscando heridas invisibles.

—Sí —respondo automáticamente, aunque ambos sabemos que es una respuesta superficial—. Carrie nos ha contado... todo.

Su expresión se endurece ligeramente, y sé que está pensando en mi madre, en su traición, en el dolor que me ha causado. Una parte de mí quiere hablar de eso, procesar lo que ha sucedido, pero hay algo más urgente, más vital que necesito abordar primero.

—Necesito hablar contigo —digo, las palabras saliendo con más firmeza de la que esperaba—. En privado.

Quiero hacerlo antes de que me anuncie que ahora se tienen que marchar ya que han acabado el trabajo.

Asiente una vez, ese gesto breve tan suyo.

—Por supuesto.

Le guío hasta el pequeño estudio junto a la biblioteca, una habitación que rara vez uso pero que ofrece la intimidad que necesitamos. Una vez dentro, cierro la puerta y me apoyo contra ella, como si necesitara el soporte físico para lo que estoy a punto de hacer.

Grayson permanece en el centro de la habitación, tan absolutamente quieto que parece una estatua tallada en mármol. Solo sus ojos, esos ojos azules imposibles, revelan la tormenta interior que siempre está conteniendo.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto, yendo directamente al grano—. Con nosotros.

La pregunta le toma por sorpresa, puedo verlo en el ligero ensanchamiento de sus pupilas, en la forma en que contiene la respiración por un segundo.

—Sienna... —comienza, pero me adelanto, necesitando decir lo que he venido a decir antes de que el coraje me abandone.

—Te amo.

Las palabras salen de mi boca como pájaros liberados de una jaula, rápidas y sin adornos, pero cargadas de verdad. Por un instante, el tiempo se detiene completamente. Veo cada pequeña reacción en su rostro: la sorpresa inicial, seguida de algo más profundo, más intenso, que hace que su mirada se oscurezca.

—No quiero que te vayas —continúo, las palabras fluyendo ahora que he abierto la compuerta—. Sé que tu trabajo era protegerme de un acosador y ahora que sabemos quién era técnicamente tu contrato ha terminado. Eso fue lo que te pedí. Pero no quiero que termine lo que hay entre nosotros. No quiero volver a una vida donde no estés presente cada día.

Doy un paso hacia él, luego otro, reduciendo la distancia física como si eso pudiera ayudarme a atravesar las barreras invisibles que él siempre mantiene.

—Te quiero en mi vida, Grayson. No como mi guardaespaldas, sino como el hombre que eres. El hombre del que me he enamorado.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. La vulnerabilidad de este momento es casi insoportable. Es como estar de pie en el borde de un precipicio sin saber si hay agua o rocas debajo.

Durante lo que parece una eternidad, Grayson permanece absolutamente inmóvil, mantiene los ojos fijos en mí con una intensidad que casi me quema. Y entonces, cuando estoy a punto de romperme bajo el peso del silencio, habla.

—Hay cosas que no sabes sobre mí, Sienna —dice, su voz suena más ronca, más cruda de lo habitual—. Cosas que podrían cambiar lo que sientes.

Un destello de determinación cruza mi pecho. No pienso dejar que se aleje, no sin luchar.

—Entonces dímelas —respondo simplemente—. Todas ellas. Veamos qué pasa.

Lo veo tomar aire profundamente, como preparándose para algo doloroso.

—Ya te había visto antes —comienza, sus ojos fijos en los míos—. Mucho antes de que apareciera en tu puerta como tu guardaespaldas. En una gala benéfica, hace casi un año.

La revelación me toma por sorpresa. Intento recordar esa gala específica, pero hemos asistido a tantas que se mezclan en mi memoria.

—Llevabas un vestido dorado —continúa, y hay algo en su tono, una intimidad que me dice que ese recuerdo está grabado a fuego en su mente—. Estabas al otro lado del salón, y no pude apartar mis ojos de ti en toda la noche.

Parpadeo, procesando esta información. La idea de Grayson observándome mucho antes de conocernos oficialmente es sorprendente y, extrañamente, conmovedora.

—Había algo en ti —continúa, su voz bajando a un tono casi confidencial—. Una soledad que reconocí, porque es la misma que llevo dentro. Una fragilidad cuidadosamente escondida tras una sonrisa perfecta.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda. ¿Cómo pudo ver tan claramente lo que me esforzaba tanto en ocultar?

—Desde ese día no he podido alejarme. Busqué todo de ti, te puse vigilancia para asegurarme de que no te pasaba nada. Me quedaba cada noche fuera de tu casa solo para estar seguro de que estabas a salvo y, la noche en la que ese cabrón se coló en tu habitación, supe que ya nada podía evitar que entrase en tu vida —continúa, y puedo ver que cada palabra le cuesta, como si estuviera arrancándose una parte de sí mismo para mostrármela. Quizás debería sentir miedo por lo que me está contando, pero todo lo que siento es gratitud. Felicidad. Este hombre ya se preocupaba por mí desde antes de conocerme si quiera—. Te vi, pálida, pero manteniendo la compostura mientras hablabas con los policías y supe que iba a hacer cualquier cosa para ser tu guardaespaldas.

Por eso entró en casa. No fue porque nadie le hubiera mandado.

—Al día siguiente, busqué a Carrie —confiesa—. Le ofrecí los servicios de Callahan Security con unos términos que no podía rechazar. Me aseguré de ser yo quien se encargara personalmente de tu seguridad.

Da un paso hacia la ventana, su perfil recortado contra la luz exterior, y puedo ver la tensión en cada línea de su cuerpo.

—Lo que estoy diciendo, Sienna, es que manipulé las circunstancias para entrar en tu vida —dice, su voz cargada de culpa —. Porque desde que te vi por primera vez, supe que había algo en ti que necesitaba proteger, que necesitaba... tener cerca.

Se gira para mirarme directamente, y la vulnerabilidad en sus ojos me deja sin aliento.

—No soy un hombre normal —continúa, cada palabra más intensa que la anterior—. Soy un ex militar con demasiadas cicatrices, la mayoría invisibles. Tengo pesadillas que me mantienen despierto la mayor parte de las noches. Tengo un control obsesivo sobre todo lo que me rodea porque he visto lo que ocurre cuando las cosas se descontrolan.

Da un paso hacia mí, luego otro, acortando la distancia que nos separa mientras expone sus vulnerabilidades más profundas.

—Soy posesivo, sobreprotector, a veces asfixiante —admite, sin apartar sus ojos de los míos—. No sé cómo amar a medias. No puedo ofrecerte un romance tranquilo y relajado. No puedo prometerte que no me volveré loco de preocupación cada vez que salgas de mi vista.

Mi corazón late tan fuerte que temo que pueda oírlo. Cada confesión, en lugar de alejarme como él parece temer, solo me atrae más hacia él. Porque por fin lo entiendo: este hombre me ve. Me ve realmente, como nadie lo ha hecho antes.

—Pero te amo —dice, su voz quebrándose ligeramente en la última palabra—. Te amo con una intensidad que me aterra. Estás bajo mi piel, en mi sangre, en cada pensamiento. Y si eso es demasiado, si mi amor te puede hacer daño, me iré. Porque lo último que quiero en este mundo es causarte sufrimiento.

El silencio que sigue a sus palabras es tan denso que podría cortarse. Permanece absolutamente quieto, esperando mi reacción, claramente preparado para el rechazo.

Pero rechazo es lo último que siento. En cambio, una oleada de certeza me inunda, tan poderosa que casi me marea. Esto es lo que he estado buscando toda mi vida. Este es el hombre que he estado esperando sin saberlo.

Acorto la distancia entre nosotros con pasos decididos. Mis ojos están húmedos, pero no de tristeza, sino de una felicidad tan intensa que duele físicamente.

—¿Crees que quiero un amor tranquilo? —pregunto, mi voz temblando ligeramente—. ¿Un amor cómodo y predecible? Grayson,

toda mi vida he estado rodeada de gente que me quiere por lo que represento, no por quién soy.

Tomo sus manos entre las mías, entrelazando nuestros dedos, anclándolo a mí como él me ha anclado tantas veces.

—Nadie, absolutamente nadie, me ha cuidado como tú lo has hecho —continúo, cada palabra saliendo directamente de mi corazón —. Nadie ha visto más allá de la fachada que he construido para protegerme. Nadie ha entendido mi soledad como tú, porque la reconociste en ti mismo.

Una lágrima escapa y rueda por mi mejilla. Grayson levanta su mano para atraparla con el pulgar, un gesto tan tierno que hace que mi corazón se contraiga.

—No podría quererte más si lo intentara —digo, la sinceridad en mi voz tan pura que casi duele—. Eres el hombre más increíble que he conocido. Fuerte, honorable, protector. Y si eso significa que a veces serás sobreprotector o posesivo, lo acepto. Lo acepto todo porque te acepto a ti, Grayson. Completamente.

Veo algo cambiar en sus ojos, como si una tormenta diera paso a un cielo despejado. La última de sus defensas se desmorona visiblemente.

—Si me quieres a tu lado —dice, su voz sale ronca por la emoción —, tendrán que matarme para alejarme de ti.

Las palabras resuenan en mis oídos como una promesa sagrada. La intensidad en su mirada, la convicción en su voz, hacen que mi corazón se expanda dolorosamente en mi pecho.

No sé quién se mueve primero. Solo sé que de repente estamos en los brazos del otro, nuestros cuerpos encontrándose como si hubieran sido diseñados específicamente para encajar juntos. Sus labios encuentran los míos en un beso que no tiene nada de tentativo. Es hambriento, desesperado, como si intentara comunicar con acciones lo que las palabras no pueden expresar plenamente.

Sus manos se hunden en mi pelo, sosteniendo mi rostro con una mezcla de reverencia y posesividad que hace que mi piel se erice. Respondo con igual fervor, mis dedos aferrándose a su espalda, intentando acercarlo más, aunque físicamente sea imposible eliminar más distancia entre nosotros.

—Te amo —murmura contra mis labios, las palabras mezclándose con nuestras respiraciones aceleradas—. Dios, Sienna, te amo tanto que duele.

En respuesta, mis manos encuentran los botones de su camisa, deshaciéndolos con una urgencia que hace que varios salten. Necesito sentir su piel contra la mía, necesito la prueba tangible de que esto es real, de que está aquí, de que es mío.

Grayson parece entender mi desesperación porque sus propias manos se mueven con similar urgencia, encontrando el cierre de mi vestido y bajándolo con destreza, intensificando el fuego que se extiende por mi cuerpo.

El vestido cae a mis pies, dejándome solo en ropa interior frente a él. Su mirada recorre mi cuerpo con una intensidad abrasadora, como si quisiera memorizar cada centímetro.

—Me vuelves jodidamente loco —dice, su voz tan baja que casi no le oigo.

Antes de que pueda responder, sus brazos me rodean nuevamente y me levanta como si no pesara nada. Instintivamente, mis piernas se enroscan alrededor de su cintura, y puedo sentir su excitación presionando contra mí a través de la tela de sus pantalones.

Me lleva hasta el escritorio y me sienta en el borde, colocándose entre mis piernas. Sus manos recorren mi espalda, mis costados, como si no pudiera decidir dónde tocar primero, como si cada parte de mí fuera igualmente irresistible para él.

Sus labios abandonan los míos para trazar un camino ardiente por mi mandíbula, mi cuello, el valle entre mis pechos. Un gemido involuntario escapa de mi garganta cuando sus dientes rozan el punto sensible donde mi cuello se encuentra con mi hombro.

—Grayson —jadeo, mis manos enredándose en su pelo corto, manteniéndolo cerca—. Por favor.

No necesito especificar qué estoy pidiendo. Él lo sabe. Con movimientos rápidos pero precisos, desabrocha mi sujetador y lo desliza por mis brazos, dejándome expuesta ante su mirada hambrienta.

Sus manos, esas manos grandes y fuertes que han protegido y matado, me tocan con una delicadeza reverente que contrasta con la intensidad de su mirada. Cuando sus pulgares rozan mis pezones ya endurecidos, un escalofrío recorre toda mi columna.

—Quiero besar cada centímetro de tu cuerpo —murmura, inclinándose para reemplazar sus dedos con su boca—. Quiero que sepas exactamente lo preciosa que eres para mí.

Su lengua traza círculos alrededor de mi pezón antes de tomarlo completamente en su boca, y el placer es tan intenso que arqueo la espalda involuntariamente, presionándome más contra él. Sus manos se deslizan hasta mis caderas, manteniéndome firmemente en mi lugar mientras continúa su dulce tortura.

Mis propias manos no están quietas. Recorro sus hombros anchos, su espalda musculosa, maravillándome de la fuerza contenida bajo mis dedos. Cuando finalmente consigo desabrochar su pantalón y deslizar mi mano dentro, el gruñido que escapa de su garganta envía una descarga de placer líquido directamente a mi centro.

—Si me tocas así en este momento —advierte, su voz ronca contra mi piel—, esto terminará antes de que podamos disfrutarlo plenamente.

Levanta la cabeza para mirarme, y lo que veo en sus ojos casi me deja sin aliento. Deseo, sí, pero también una vulnerabilidad que rara vez permite que alguien vea. Como si en este momento, conmigo, pudiera finalmente bajar todas sus defensas.

—Te necesito —digo simplemente, las palabras cargadas de significado más allá de lo físico—. Ahora.

No necesita más invitación. Con movimientos eficientes, se deshace de los pantalones y la ropa interior, quedando completamente desnudo ante mí. Su cuerpo es una obra maestra de músculos definidos y cicatrices que cuentan historias de batallas que no conozco pero que forman parte de quien es, del hombre que amo.

Sus dedos encuentran el borde de mis bragas y las desliza por mis piernas con una lentitud tortuosa, sus ojos siguiendo el movimiento como si estuviera develando una obra de arte. Cuando finalmente

estoy tan desnuda como él, sus manos se deslizan por mis muslos, separándolos más, exponiendo mi centro a su mirada intensa.

—Tan hermosa —murmura, casi para sí mismo, antes de inclinarse y besarme nuevamente, nuestros cuerpos desnudos finalmente en contacto completo.

La sensación de su piel contra la mía es electrizante. Cada punto donde nos tocamos parece arder, enviando ondas de placer que se expanden por todo mi cuerpo. Cuando su erección presiona contra mi entrada, ambos gemimos al unísono.

Con un movimiento fluido, entra en mí completamente, y el mundo parece detenerse por un instante. La sensación de plenitud, de conexión absoluta, es tan abrumadora que mis ojos se llenan de lágrimas. No es solo físico; es como si algo en lo más profundo de mi ser reconociera finalmente a su otra mitad.

—Sienna —mi nombre en sus labios suena como una oración—. Mi Sienna.

Comienza a moverse, estableciendo un ritmo lento pero implacable que me hace perder la noción de dónde termino yo y dónde comienza él. Cada embestida parece llegar más profundo, no solo a mi cuerpo sino a mi alma.

Mis manos se aferran a sus hombros, mis piernas se enroscan más firmemente alrededor de su cintura, cambiando ligeramente el ángulo para que cada movimiento frote exactamente donde más lo necesito. El placer se acumula en espiral, cada vez más intenso, llevándome inexorablemente hacia el borde.

—Mírame —ordena suavemente, y abro los ojos que no me había dado cuenta que había cerrado—. Quiero verte cuando te corras. Quiero que veas exactamente lo que me haces sentir.

La intensidad de su mirada, la vulnerabilidad cruda en ella, es casi demasiado para soportar. Pero no puedo apartar la vista. En sus ojos veo no solo deseo, sino devoción, protección, un amor tan profundo que me deja sin aliento.

—Te amo —digo, las palabras escapando entre jadeos entrecortados—. Te amo, Grayson.

Algo parece romperse en él ante mis palabras. Su ritmo se vuelve más rápido, más profundo, más desesperado. Una de sus manos se

desliza entre nuestros cuerpos unidos, encontrando el punto exacto donde más lo necesito y aplicando una presión circular que me envía directamente al borde.

El orgasmo me golpea con una intensidad que me deja sin aliento, oleadas de placer recorriendo todo mi cuerpo mientras me aferro a él como a un ancla en medio de la tormenta. Su nombre escapa de mis labios como un grito, una plegaria, una afirmación.

Le siento tensarse un momento después, su propio clímax alcanzándole mientras murmura mi nombre una y otra vez contra mi piel, como un mantra, como una promesa.

Durante lo que parece una eternidad, permanecemos así, entrelazados, nuestras respiraciones mezclándose, nuestros corazones latiendo al mismo ritmo acelerado. No hay necesidad de palabras; todo lo que necesitamos decir ya ha sido expresado con nuestros cuerpos, con nuestros ojos, con ese lenguaje silencioso que hemos desarrollado desde el principio.

Finalmente, Grayson se mueve, pero solo para acomodarme mejor contra su pecho, sus brazos rodeándome como si temiera que pudiera desaparecer si me suelta. Sus labios presionan un beso suave contra mi frente, un gesto tan tierno que hace que mi corazón se contraiga dolorosamente.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz una mezcla de preocupación y satisfacción masculina.

Levanto la cabeza para mirarlo, incapaz de contener la sonrisa que se extiende por mi rostro.

—Nunca he estado mejor —respondo con honestidad absoluta.

Y es verdad. En este momento, envuelta en los brazos del hombre que amo, que me ama no a pesar de mis imperfecciones sino incluyéndolas, me siento completa por primera vez en mi vida. Como si finalmente hubiera encontrado mi lugar en el mundo.

—¿En qué piensas? —pregunta, sus dedos acarician mi espalda desnuda.

—En que finalmente soy libre —respondo, sorprendiéndome a mí misma con la revelación—. No solo de Diana y sus manipulaciones. Libre para ser yo misma. Libre para amar y ser amada como realmente soy.

Sus ojos se suavizan, y veo en ellos un reflejo de mi propia felicidad.

—He pasado toda mi vida controlando todo a mi alrededor —confiesa—. Pero contigo... contigo puedo soltar las riendas a veces. Puedo respirar.

Entiendo exactamente lo que quiere decir, porque siento lo mismo. Con él no tengo que ser la Sienna Blake perfecta que el mundo espera. Puedo ser simplemente Sienna, con todas mis imperfecciones, mis miedos, mis deseos más secretos.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto, apoyando mi barbilla en su pecho para mirarlo mejor.

Una sonrisa curva sus labios.

—A corto plazo, te llevaré a tu habitación y te haré el amor apropiadamente en una cama —responde, su voz más grave, enviando un escalofrío de anticipación por mi columna—. A largo plazo... estoy donde necesito estar. A tu lado. Protegiéndote, amándote, siendo tuyo en todas las formas posibles.

Sus palabras tocan algo profundo dentro de mí, una certeza que se asienta como una piedra preciosa en mi pecho.

—¿Y tu trabajo? —pregunto, un último rastro de inseguridad asomando—. Ya no necesito un guardaespaldas, técnicamente.

Su expresión se vuelve más seria, más determinada.

—Mi trabajo es estar donde me necesites —responde—. Si eso significa seguir siendo oficialmente tu guardaespaldas mientras construimos algo más, lo haré. Si significa encontrar otro arreglo, lo haremos. Lo único que sé con certeza es que no me voy a ninguna parte.

La convicción en su voz disipa la última sombra de duda. Esto es real. Esto es para siempre.

Me incorporo para besarlo, intentando transmitir con ese contacto todo lo que las palabras no pueden expresar completamente: gratitud, amor, promesa.

—Entonces quedémonos aquí —digo cuando nos separamos—. Juntos.

Sus brazos se estrechan a mi alrededor, acercándome imposiblemente más a él.

—Juntos —repite, la palabra suena como un juramento.

Y mientras me ayuda a vestirme y me levanta en sus brazos para llevarme a mi habitación, sé que esto es solo el comienzo. Que lo que hemos encontrado el uno en el otro es algo raro, precioso, indestructible.

Un amor que no necesita ser perfecto, solo real.

Un amor que nos ha liberado a ambos.

CAPÍTULO 30

SIENNA

Cuatro meses. Han pasado cuatro meses desde que descubrimos la verdad sobre mi madre, desde que la pesadilla terminó, desde que le confesé mis sentimientos a Grayson y él me confesó los suyos.

Cuatro meses que han cambiado mi vida de una forma que jamás habría imaginado.

La luz del atardecer se filtra a través de las cortinas de gasa, bañando el dormitorio en un resplandor dorado que parece capturar perfectamente mi estado de ánimo. Estoy sentada en el borde de nuestra cama —aún me emociona pensar en ella como «nuestra»— terminando de arreglarme para la barbacoa que Easton ha insistido en organizar en el jardín.

El aroma de Grayson permanece en las sábanas, ese olor a sándalo y cuero que ahora es tan familiar como mi propio perfume. Su presencia está por todas partes en la habitación: la chaqueta cuidadosamente doblada sobre la silla, los gemelos de plata en la cómoda, los libros de historia militar que han encontrado su lugar junto a mis revistas de moda.

Pequeñas señales de una vida compartida. De un hogar construido entre los dos.

El sonido de la ducha cerrándose me saca de mi ensoñación. Momentos después, Grayson emerge del baño con solo una toalla atada a la cintura, gotas de agua aun brillando sobre su pecho esculpido. Incluso después de estos meses, la visión sigue robándome el aliento.

—¿Ves algo que te guste? —pregunta con una sonrisa ladeada, claramente consciente del efecto que tiene sobre mí.

—Puede —respondo, intentando sonar casual a pesar del calor que se extiende por mi vientre—. Pero llegaremos tarde si empiezo a enumerar exactamente el qué.

Su risa, ese sonido profundo y cálido que aún escucho con demasiada poca frecuencia, llena la habitación. Se acerca a mí y deposita un beso en mi frente, cuidadoso de no arruinar mi maquillaje recién aplicado.

—Estoy listo en cinco minutos —promete, dirigiéndose al armario.

Lo observo mientras selecciona su ropa: vaqueros oscuros y una camisa azul que hace juego con sus ojos. Su guardarropa ha evolucionado sutilmente desde que se mudó. Los trajes formales siguen ahí para las reuniones importantes de Callahan Security, pero han sido relegados a un segundo plano por prendas más casuales y cómodas.

Es solo uno de los muchos cambios que ha hecho. El más significativo ha sido delegar más responsabilidades en su equipo para poder estar aquí, conmigo, sin que su empresa sufra. Sigue siendo el CEO, sigue tomando las decisiones importantes, pero ha encontrado un equilibrio que antes parecía imposible.

—¿En qué piensas? —pregunta mientras se abrocha la camisa, sus ojos encontrando los míos a través del espejo.

—En ti —respondo honestamente—. En cómo has cambiado.

Arquea una ceja, un gesto que encuentro inexplicablemente atractivo.

—¿Para mejor o para peor?

Me levanto y me acerco a él, colocando mis manos sobre su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón bajo mis palmas.

—Para mejor —digo, poniéndome de puntillas para rozar sus labios con los míos—. Aunque también te quería antes, cuando eras un controlador obsesivo que me volvía loca.

Sus brazos me rodean, acercándome más a él.

—Sigo siendo un controlador obsesivo —murmura contra mis labios—. Solo he aprendido a enfocar esa obsesión más... selectivamente.

El brillo en sus ojos me dice exactamente dónde se concentra ahora esa obsesión, y un escalofrío placentero recorre mi espina

dorsal.

—Vamos —digo, apartándome reluctantemente—. Nos están esperando abajo.

El jardín trasero de la mansión se ha transformado bajo la dirección entusiasta de Easton y mi hermana. Luces de colores cuelgan entre los árboles, una larga mesa está dispuesta con aperitivos y bebidas, y la parrilla humeante promete delicias por venir. El aroma a carbón, carne asándose y el inconfundible perfume dulce de las gardenias en flor se mezcla en el aire cálido de la tarde de Florida.

Scarlett está sentada en uno de los sofás de exterior, conversando animadamente con Weston, quien, para sorpresa de todos, parece estar sonriendo. Easton se mueve entre la parrilla y la mesa de bebidas, claramente en su elemento como anfitrión autoproclamado, mientras Parker y un par de miembros más del equipo de seguridad de Callahan disfrutan de unas cervezas frías cerca de la piscina.

Es una escena que jamás habría imaginado hace unos meses. Estos hombres, formados en la disciplina militar y el peligro constante, ahora están relajados en nuestro jardín. Son parte de nuestra vida, de nuestra extraña familia elegida.

—¡Ah, por fin! —exclama Easton al vernos—. ¡La pareja del año se digna a honrarnos con su presencia!

Pongo los ojos en blanco mientras Grayson suelta un suspiro resignado. Las bromas de Easton sobre nuestra tendencia a «perdernos» en nuestra habitación son constantes y, para mi vergüenza, generalmente acertadas.

—Algunos tenemos trabajo real que hacer, Reid —responde Grayson, aunque el tono afectuoso elimina cualquier mordacidad de sus palabras.

—Oh, seguro que sí —ríe Easton, agitando las pinzas de la parrilla de forma sugerente—. Un «trabajo» muy duro, por lo que puedo imaginar.

El calor sube a mis mejillas inmediatamente, pero me niego a darle la satisfacción de parecer avergonzada.

—Al menos alguien disfruta de su vida sexual —respondo con dulzura fingida—. No todos sois ser tan afortunados.

Weston suelta una carcajada sorprendentemente fuerte desde el sofá, y Easton se lleva una mano al pecho, fingiendo dolor.

—Eso ha sido un golpe bajo, Blake. Un golpe muy bajo.

Grayson me aprieta la mano, una silenciosa muestra de aprobación por haber puesto a Easton en su lugar. Me guía hasta la mesa de bebidas, sirviéndome un vaso de limonada casera que Scarlett preparó esta mañana.

—¿Cómo va la nueva colección? —pregunta Parker, uniéndose a nosotros—. Scarlett nos estaba hablando sobre la expansión a Europa.

Es otro cambio bienvenido: el interés genuino de todos ellos en nuestro trabajo, en nuestras vidas más allá de la seguridad. Han pasado de ser empleados a amigos, a familia.

Mientras les explico los detalles de nuestros planes de expansión, no puedo evitar notar cómo la mano de Grayson permanece en la parte baja de mi espalda, un toque ligero pero constante. Es un hábito que nunca ha perdido: la necesidad de mantener algún tipo de contacto físico cuando estamos juntos. Al principio pensaba que era posesividad, pero con el tiempo he entendido que es algo más profundo, más vulnerable. Una necesidad de asegurarse de que soy real, de que estoy aquí, de que lo que tenemos no va a desvanecerse.

Creo que le calma tocarme.

La tarde transcurre entre risas, comida deliciosa y conversación fácil. Observo a Grayson interactuar con su equipo, cómo se relaja visiblemente en su presencia, cómo las líneas de tensión que siempre están grabadas en su frente desaparecen gradualmente. Sigue siendo el líder, por supuesto —hay jerarquías que ni siquiera la amistad más estrecha puede disolver completamente— pero es una autoridad llevada con más ligereza, con más calidez.

—Son como niños cuando están juntos —comenta Scarlett, sentándose a mi lado mientras observamos a los ex Navy SEALs discutir acaloradamente sobre la mejor manera de asar un filete—.

Cuesta creer que estos mismos hombres podrían desarmar a alguien en dos segundos.

Sonrío, compartiendo su asombro.

—Grayson es diferente con ellos —digo, observando cómo gesticula con las manos, más animado de lo que normalmente se permite ser—. Más libre, de alguna manera.

Scarlett asiente, sus ojos fijos en los hombres con una expresión pensativa.

—Es porque ahora está en paz. Desde que está contigo —responde con esa perspicacia que siempre me sorprende.

Sus palabras resuenan profundamente en mi interior. Me hace muy feliz pensar que puedo estar ayudando a Grayson tanto como él me está ayudando a mí.

Lo amo.

Scarlett toma un sorbo de su copa de vino, sus ojos permanecen fijos en algún punto distante.

—Me gustaría encontrar un amor así algún día —dice finalmente, su voz más suave, más vulnerable de lo habitual—. Alguien que me mire como Grayson te mira a ti. Como si fueras la respuesta a una pregunta que se ha estado haciendo toda la vida.

Su confesión me sorprende y me conmueve a partes iguales. Scarlett rara vez habla de sus anhelos románticos, siempre está más centrada en el negocio, en sus diseños, en cualquier cosa excepto en su corazón.

—Lo encontrarás —digo, tomando su mano entre las mías—. Estoy segura de ello. Mereces eso y mucho más, Scar.

Una sonrisa tímida curva sus labios.

—¿Crees que hay más hombres como él por ahí? ¿Intensos, leales hasta la médula, dispuestos a mover cielo y tierra por la persona que aman?

Miro hacia Grayson. Mi corazón se expande con un amor que a veces parece demasiado grande para contenerlo.

—Puede que no exactamente como él —respondo—. Pero sí, creo que hay alguien ahí fuera que te verá exactamente como eres y te amará por ello. Completamente.

Scarlett aprieta mi mano, una comunicación silenciosa que dice más que cualquier palabra.

—Mientras tanto —continúa, su tono volviendo a la ligereza habitual—, tendré que conformarme con diseñar vestidos de novia para otros y robaros momentos de vuestra empalagosa felicidad.

Río, agradecida por su capacidad de aligerar cualquier momento emotivo.

—Puedes robarnos toda la felicidad que quieras —respondo—. Tenemos de sobra.

La noche ha caído completamente sobre el jardín. Las luces entre los árboles brillan como estrellas terrenales, reflejándose en la superficie en calma de la piscina. Todos se han retirado: Scarlett a su estudio para trabajar en unos últimos bocetos antes de dormir, Easton y Weston a su casa, al igual que el resto del equipo.

Solo quedamos Grayson y yo, tendidos en una tumbona junto a la piscina, mi espalda contra su pecho, sus brazos rodeándome protectoramente. El cielo nocturno de Florida se extiende sobre nosotros, un lienzo negro salpicado de estrellas.

—¿De qué has hablado con Easton y Weston en tu despacho? —pregunto, rompiendo el silencio cómodo que nos envuelve.

Siento su pecho vibrar con una risa suave.

—Sobre una nueva clienta —responde vagamente, sus labios rozando mi sien—. Nada que deba preocuparte ahora.

—Siempre tan misterioso —bromeo, girándome ligeramente para poder ver su rostro.

Su sonrisa es enigmática, con ese brillo en los ojos que aparece cuando está tramando algo que considera particularmente ingenioso.

—El misterio mantiene viva la relación —responde, claramente sin intención de revelar más detalles.

Decido no presionar. Si Grayson está planeando algo, tendrá sus razones. Ha demostrado tener un instinto infalible para las personas, después de todo.

Nos quedamos en silencio por un rato, simplemente disfrutando de la noche, del calor de nuestros cuerpos entrelazados, del sonido distante de las olas rompiendo en la playa cercana. Su mano dibuja círculos perezosos en mi brazo, enviando pequeños escalofríos de placer por mi piel.

—¿Eres feliz? —pregunto de repente, la pregunta sale de mis labios antes de que pueda pensarlo mejor.

Siento cómo sus brazos me estrechan más fuerte contra él.

—Más de lo que jamás creí posible —responde, su voz es profunda y sincera—. Más de lo que creí merecer.

Me giro completamente para poder mirarlo a los ojos. Bajo la luz suave de la noche, su rostro parece más joven, las líneas de preocupación suavizadas, sus ojos reflejando las estrellas sobre nosotros.

—Mereces todo —digo con fervor—. Todo lo bueno en este mundo, Grayson.

Una sonrisa suave, vulnerable, curva sus labios. Una de sus manos se desliza hasta mi mejilla, acunándola con una ternura que aún me sorprende a veces.

—Tú eres todo lo bueno en mi mundo —responde simplemente—. Lo demás es secundario.

Mi corazón se expande dolorosamente ante sus palabras. Incluso después de estos meses, su capacidad para expresar exactamente lo que siente con tan pocas palabras me deja sin aliento.

—A veces pienso —continúa, su voz apenas es un susurro— que todo lo que pasé antes, todo el dolor, toda la oscuridad, fue solo para prepararme para ti. Para reconocerte cuando te encontrara.

—Como si estuviéramos destinados —murmuro, entendiendo perfectamente lo que quiere decir.

Asiente, sus ojos se quedan fijos en los míos.

—Como si hubiéramos nacido para pertenecer el uno al otro —dice, las palabras son una promesa solemne bajo el manto estrellado —. Dos piezas del mismo rompecabezas.

Me inclino para besarlo, intentando transmitir con ese contacto todo lo que las palabras no pueden expresar adecuadamente: gratitud, devoción, amor eterno. Sus labios responden con igual

fervor, sus manos se deslizan por mi espalda para acercarme más, eliminando cualquier espacio entre nosotros.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respirando agitadamente, hay un fuego en sus ojos que conozco muy bien, que hace que mi cuerpo responda instantáneamente.

—Deberíamos entrar —sugiero, mi voz ronca por el deseo.

Su sonrisa se vuelve depredadora, enviando una oleada de calor líquido a mi vientre.

—Deberíamos —concuerda, pero en lugar de levantarse, sus manos encuentran el borde de mi vestido, deslizándose por debajo para acariciar la piel desnuda de mis muslos—. Aunque el cielo está particularmente hermoso esta noche.

Miro a mi alrededor, consciente de la relativa privacidad de nuestro jardín, pero aun así...

—Grayson —advierto, aunque mi cuerpo ya está respondiendo a sus caricias—. Estamos al aire libre.

—En nuestra propiedad —responde, sus labios encontrando ese punto sensible justo debajo de mi oreja que sabe que me vuelve loca—. Con el mejor sistema de seguridad que el dinero puede comprar. Nadie nos verá.

Su mano asciende por mi muslo, encontrando el borde de mi ropa interior, y cualquier protesta que pudiera haber formulado se disuelve en un gemido cuando sus dedos encuentran mi centro ya húmedo.

—Tan perfecta —murmura contra mi piel—. Tan mía.

—Tuya —confirmo, rindiéndome a la sensación de sus manos, a la noche, a este amor que ha transformado completamente mi vida—. Siempre tuya.

Y mientras las estrellas brillan sobre nosotros, testigos silenciosos de nuestra pasión, de nuestra devoción, me permito disolverme completamente en él, en nosotros, en esta vida que hemos construido juntos.

Una vida que apenas comienza, pero que ya es más hermosa, más plena, de lo que jamás me atreví a soñar.

EPÍLOGO

WESTON

Intercambio una mirada cómplice con Easton mientras lo sigo por el pasillo que conduce al despacho que Grayson ha establecido en el ala este de la mansión de Sienna. No necesitamos palabras para comunicarnos; nunca las hemos necesitado.

—Me apuesto diez dólares a que quiere que trabajemos este fin de semana en Los Hamptons —murmura Easton, caminando tan cerca de mí que nuestros hombros se rozan. Es un hábito que hemos desarrollado desde Afganistán: mantenernos siempre al alcance del otro, como si la proximidad física fuera un recordatorio de que ambos seguimos vivos.

—No apuesto contra ti cuando tienes esa cara —respondo, reconociendo la expresión que pone cuando está completamente seguro de algo—. La última vez perdí trescientos dólares y tuve que aguantar tu sonrisa petulante durante una semana.

Su risa baja y cálida me rodea como siempre, haciendo que los músculos de mi espalda se relajen inconscientemente. Ese es el efecto que Easton tiene sobre mí desde el día que nos conocimos: él es luz donde yo soy sombra, sonrisas donde yo soy silencio.

Llamamos a la puerta del despacho y la voz de Grayson, firme y clara como siempre, nos invita a entrar. A diferencia de su oficina principal en la sede de Callahan Security, este espacio refleja una mezcla curiosa de trabajo y su nueva vida. Hay planos de seguridad y expedientes perfectamente apilados, pero también fotografías de Sienna, una chaqueta de ella colgada en el respaldo de una silla y una taza de té a medio terminar que claramente no es de él (Grayson nunca deja nada a medias).

Es extraño y fascinante ver cómo este hombre, tan parecido a nosotros en muchos aspectos, ha encontrado un equilibrio entre sus demonios y su vida amorosa que siempre me pareció imposible.

—¿A qué viene tanto misterio? —pregunta Easton, dejándose caer en una de las sillas frente al escritorio con esa gracia despreocupada tan característica suya—. Estaba a punto de ganarle a Parker al póker cuando nos llamaste.

—Estabas a punto de perder tu reloj —corrijo, ocupando la silla junto a la suya. Como siempre, nos sentamos tan cerca que nuestros codos se tocan. Es instintivo, una formación defensiva que nuestros cuerpos recuerdan incluso en entornos seguros.

Grayson nos observa con mirada penetrante. Hay algo en su expresión hoy, una especie de satisfacción contenida, que despierta mi curiosidad.

—Tengo algo para vosotros —dice finalmente, abriendo una carpeta sobre su escritorio—. Hay una misión que requiere vuestras... habilidades específicas.

—¿Habilidades específicas? —repite Easton, inclinándose hacia adelante con interés genuino—. ¿Nos estás asignando por fin algo divertido? ¿Infiltración? ¿Extracción? ¿O simplemente es otro multimillonario paranoico?

—Es un trabajo para la realeza —responde Grayson captando toda mi atención.

A mi lado, siento a Easton tensarse ligeramente, su brazo presionando contra el mío en un código silencioso que compartimos: «Esto es interesante».

—¿La realeza europea? —pregunto, recordando inmediatamente nuestra última experiencia con la nobleza. Fue un desastre que preferiría olvidar.

—Sí, británica —aclara Grayson—. Su Majestad el Rey Edward de Wessmore ha solicitado personalmente nuestros servicios para su hija, la Princesa Arabella Victoria Mountbatten Wessmore.

El nombre resuena con una formalidad que ya me irrita. Los recuerdos de nuestra última misión «real» vuelven a mi mente: un príncipe europeo menor con más dinero que sentido común, fiestas

interminables, drogas, proposiciones indecentes y una falta total de protocolos de seguridad básicos. Era insoportable.

—No —la palabra sale de mi boca automáticamente, firme y definitiva.

Easton me mira con sorpresa. No suelo ser tan tajante, al menos no verbalmente. Mi rechazo generalmente viene en forma de miradas frías y silencios prolongados.

—¿Ni siquiera quieres escuchar los detalles? —pregunta Grayson, sin parecer particularmente sorprendido por mi negativa.

—La última vez que aceptamos proteger a alguien con título nobiliario —respondo con voz controlada—, terminamos en medio de una orgía con modelos y suficiente cocaína para mantener despierto a un regimiento. No, gracias. No pienso volver a ser una niñera.

Easton suelta una risita a mi lado.

—Para ser justos —comenta, dándome un ligero codazo—, esa parte no estuvo tan mal. Y rechazamos la invitación. Bueno, tú la rechazaste por los dos.

Le lanzo una mirada que podría congelar el infierno. Es nuestra dinámica habitual: él provoca, yo contengo. Funciona para nosotros desde hace años.

—Esta misión es diferente —insiste Grayson—. La Princesa Arabella viene a completar su máster en Relaciones Internacionales y Derechos Humanos en la universidad de Columbia. Residirá en un ático de seguridad en Manhattan.

—Sigo sin estar interesado en ser la niñera de una princesa —respondo secamente—. Independientemente de lo que esté estudiando.

Easton, sin embargo, ha cogido el expediente que Grayson ha deslizado sobre la mesa y lo ojea con creciente interés.

—Aquí dice que ha tenido tres equipos de seguridad diferentes en el último año —comenta, alzando las cejas—. El último equipo renunció hace tres días alegando «incompatibilidad irreconciliable con el sujeto protegido».

—Lo cual solo confirma mi punto —señalo—. Una niña rica mimada que hace imposible la vida a quienes intentan protegerla.

Grayson me estudia con esa expresión neutra que ha perfeccionado a lo largo de los años.

—La compensación económica es... considerable —dice, extrayendo otro documento del expediente.

Easton silba al ver la cifra.

—Con esto podríamos remodelar completamente la casa del lago —dice, refiriéndose a la propiedad que compramos juntos hace dos años, nuestro refugio compartido lejos del ruido y las misiones—. Y aún sobraría para ese barco que hemos estado mirando.

Nuestro barco. Nuestro refugio. Nuestra vida compartida que nunca necesita explicaciones ni etiquetas. Así somos nosotros. Ahora solo nos queda encontrar a la mujer perfecta para los dos.

Pero ni siquiera la promesa de completar nuestros proyectos conjuntos me tienta.

—No necesitamos el dinero —respondo firmemente—. Y no quiero pasar los próximos meses en Nueva York persiguiendo a una princesa rebelde que probablemente considera que las reglas de seguridad son «sugerencias opcionales».

Grayson asiente, como si hubiera esperado exactamente esta respuesta.

—Entiendo —dice simplemente—. Buscaré otro equipo entonces.

Hay algo en su tono, una especie de resignación calculada, que me hace sospechar. Conozco a este hombre demasiado bien.

—Sin embargo —continúa, extrayendo una fotografía de un sobre —, pensé que deberíais ver esto antes de tomar una decisión final.

Desliza la imagen hacia Easton, quien la recoge con curiosidad casual que se transforma instantáneamente en algo completamente diferente. Lo observo quedarse absolutamente inmóvil, algo prácticamente inédito en él. Easton siempre está en movimiento: hablando, gesticulando, tocando, existiendo con una intensidad vibrante que a veces me agota y siempre me fascina.

Pero ahora está congelado, como si alguien hubiera presionado pausa en su perpetuo movimiento.

—Joder —murmura finalmente, y hay algo en su voz que nunca he escuchado antes. Algo reverente y sorprendido.

Mi curiosidad vence a mi reticencia.

—Déjame ver —digo, cogiendo la fotografía de sus manos.

El impacto es inmediato y desconcertante. La mujer en la imagen no se parece en nada a la princesa estirada y artificial que había imaginado. La Princesa Arabella tiene el pelo castaño rojizo cayendo en ondas salvajes alrededor de un rostro de rasgos definidos pero suaves. Lleva un jersey demasiado grande que se desliza por uno de sus hombros, exponiendo una clavícula delicada, y unos vaqueros gastados. Es hermosa, sí, pero no es su belleza lo que me paraliza.

Son sus ojos. Grises como una tormenta de invierno, miran directamente a la cámara con una intensidad que casi puedo sentir físicamente. Hay algo en esa mirada que reconozco instintivamente: una inquietud, un anhelo de algo más allá de los confines dorados que la rodean. Como un pájaro enjaulado que ha vislumbrado el cielo abierto y ya no puede olvidar cómo se siente el viento bajo las alas.

Hay una tensión en su postura, aparentemente relajada, pero con los hombros ligeramente elevados, como si estuviera lista para huir en cualquier momento. Como si llevara puesta una vida que no le pertenece y estuviera contando los segundos para poder quitársela.

Conozco esa sensación. La viví durante años en el servicio activo.

—¿Cuándo sale el vuelo? —pregunta Easton, rompiendo el hechizo que la fotografía ha lanzado sobre mí.

Parpadeo, devolviendo la imagen al escritorio con una indiferencia fingida que no engaña a ninguno de los presentes. Miro a Easton, que me observa con una expresión que conozco demasiado bien: ha tomado una decisión y espera que yo lo siga ciegamente, como siempre hacemos.

Pero esta vez es diferente. Esta vez, por primera vez en mucho tiempo, yo también quiero aceptar la misión. Y eso me inquieta profundamente.

—Aceptamos —digo finalmente, mirando directamente a Grayson —. Pero con una condición.

—¿Cuál? —pregunta, aunque su expresión me dice que ya lo sabe.

—Solo seremos nosotros —respondo—. Sin equipos adicionales, sin rotaciones. La Princesa Arabella será exclusivamente nuestra

responsabilidad.

Las palabras suenan más posesivas de lo que pretendía, y veo a Easton lanzarme una mirada sorprendida por el rabillo del ojo.

Grayson asiente, satisfecho.

—Salís pasado mañana —dice, entregándonos la carpeta completa—. El ático está siendo preparado según nuestros protocolos, y la Princesa aterriza en JFK el viernes a las 14:30.

Nos levantamos para irnos, y siento una extraña energía recorriendo mi cuerpo, una mezcla de anticipación y nervios que no he experimentado en años.

—Una última cosa —dice Grayson mientras nos dirigimos hacia la puerta—. No la subestiméis. Si ha conseguido que tres equipos de seguridad renuncien, es más peligrosa de lo que aparenta.

Asiento brevemente, pero mi mente ya está en otra parte. En esos ojos grises que parecen contener una tormenta. En esa expresión que habla de alguien atrapado entre mundos, entre obligaciones y deseos.

Cuando salimos al pasillo, Easton me mira con una sonrisa que conozco demasiado bien.

—¿Qué? —pregunto, aunque ya sé lo que va a decirme.

—Nada —responde, su sonrisa ensanchándose—. Solo que nunca te había visto cambiar de opinión tan rápido por una fotografía. Y no cualquier fotografía, sino la de una princesa. La misma princesa que hace cinco minutos no querías ni proteger.

—Cállate, Reid —gruño, pero sin verdadera molestia.

—Admítelo —insiste, caminando tan cerca que nuestros hombros se tocan nuevamente—. Hay algo especial en ella.

No respondo, porque no hay respuesta que pueda dar que no me delate. Porque tiene razón: hay algo en la Princesa Arabella que me intriga de una manera que no puedo explicar racionalmente. Algo que resonó dentro de mí en el instante en que vi su fotografía.

Y mientras nos dirigimos hacia el jardín para reunirnos con los demás, no puedo evitar pensar en lo que nos espera en Nueva York. En cómo será conocer en persona a la mujer con ojos de tormenta y alma inquieta que acabo de ver en papel.

Por primera vez en años, siento una chispa de algo que creía haber perdido en las montañas de Afganistán.

Curiosidad. Anticipación. Tal vez incluso esperanza.

Y eso es tremendamente peligroso.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.

O pulsando AQUI


VIOLETA DARK
Mis
GUARDAESPALDAS
irresistibles

¿TE ATREVES A CONOCER LA HISTORIA DE ARABELLA?

REVERSE HAREM + ELLOS CAEN PRIMERO Y MÁS FUERTE + PROXIMIDAD FORZADA

¿Se puede querer a dos hombres a la vez?

Arabella Victoria, princesa de Wessmore, está harta de vivir en una jaula dorada. Cuando consigue escapar a Nueva York para estudiar un máster, cree que por fin podrá ser libre.

Pero su padre, el Rey Edward, tiene otros planes.

Cuando Easton Reid y Weston Torres aparecen en su puerta, Arabella sabe exactamente lo que son: espías de su padre disfrazados de guardaespaldas.

Uno es luz, sonrisas peligrosas y tentación descarada. El otro es sombras, silencios intensos y control implacable.

Ambos son ex Navy SEALs. Letales. Disciplinados. Y absolutamente irresistibles.

Arabella está decidida a deshacerse de ellos. Ellos están resueltos a no separarse de ella.

Pero lo que ninguno esperaba es la pasión explosiva que surge entre los tres.

Cuando las amenazas reales comienzan, Arabella descubre que quizás necesite protección después de todo.

Y tal vez, solo tal vez, lo que siempre ha anhelado no era libertad... ...sino pertenecer a alguien. O a dos.

Romance adulto, escenas de voltaje y dos hombres que comparten mucho más que un pasado militar.

Segundo libro de la serie Guardaespaldas

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

Violeta Dark crea historias de amor intensas y apasionantes donde mujeres fuertes encuentran un amor que desafía todos los obstáculos. Sus novelas combinan romance, suspense y emoción, garantizando siempre ese final feliz por el que merece la pena luchar.

En sus páginas encontrarás hombres protectores y heroínas valientes, secretos que cambian destinos y una pasión que lo conquista todo. Porque el verdadero amor, ese que hace latir el corazón más fuerte, a veces llega de la forma más inesperada.

Le encanta saber cosas sobre sus lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto con ella:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/VioletaDark
Página web: https://violetadark.com